



Inspirada en una  
historia rea.

Confesiones  
de una

*Cortesana*

DEBORAH HALE

# CONFESIONES DE UNA CORTESANA

DEBORAH HALE

TRADUCIDO POR  
ISABEL M<sup>a</sup> GARRIDO BAYANO

# ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Epílogo](#)

[¿Realidad o ficción?](#)

[¿Qué le ocurrió a...?](#)

[Versos inscritos en el Templo de la Amistad de St. Anne's Hill](#)

[Funeral de la honorable señora Fox](#)

[Fuentes de investigación](#)

*Dedico este libro a mi hermana, Cyndi, que lo sabe todo sobre la supervivencia y la prosperidad  
en un mundo de hombres.  
Y a Mike, que me ha apoyado en cada paso del proceso.*

# PRÓLOGO

*St. Anne's Hill, Surrey, julio de 1795*

Cortesana. Meretriz. Ramera. Hetaira. Llámame lo que quieras. Y piensa en mí, según lo que prefieras, con rabia, pena, fascinación... o quizás con un toque de envidia.

Cuando escuches mi forma de hablar al estilo *cockney*, puedes tacharme de criatura común e ignorante y preferir las historias de las putas refinadas como Perdita Robinson o Dally Eliot. Será tu error, tú te lo pierdes.

No obstante, creo que coincidimos en algo. Ya sea por necesidad o por voluntad, las mujeres como yo viven al margen de las reglas que gobiernan al resto de nuestro sexo. Unas reglas estrictas y ridículas que animan a los hombres a comportarse de una forma por la cual a las mujeres se las castigaría con dureza. Romper dichas reglas puede ser como aventurarse en los oscuros callejones de Covent Garden al anochecer. El precio de la libertad y la aventura es el peligro constante.

Para evitar el peor de los riesgos de mi profesión, una chica tiene que observar la regla cardinal de la cortesana: *nunca te enamores*.

He roto esa regla... y con ella mi corazón.

## CAPÍTULO UNO

*Londres, día de la coronación, 1760  
... hace una vida*

—Esta mañana el aire huele distinto —Respiré profundamente para inhalarlo mientras mi madre y yo nos dábamos prisa por el Strand rumbo a Westminster en medio de una marea de londinenses.

—¿Qué me decías, Lizzie? —Mi madre me agarró la mano con más fuerza, quizás por el miedo a que una rápida corriente de palanquines y carretillas me apartara de ella.

Lo volví a repetir más alto para que se escuchara por encima del alboroto de las pisadas sobre los adoquines, los gritos de la gente y los pregones de los vendedores ambulantes para vender sus artículos.

Por un instante, la mirada de mi madre se desvió de mi hermano pequeño, que parecía sobrevolar por encima de la multitud sobre los hombros de mi padre.

—Cariño, estamos en esa época del año en la que no hace tanto calor como para que se huela a alcantarilla y es demasiado pronto para la niebla.

Me guiñó el ojo y luego escaneó la multitud en busca de Patrick. La gente se solía sorprender cuando descubría que mi madre tenía una hija de doce años. Se la veía especialmente joven y guapa ese día, llevaba un vestido de satén verde plateado con encaje en los codos. Quedaba tan bien con su abundante cabello cobrizo y su figura esbelta que nadie se daría cuenta de que se trataba de la prenda que había desechado una actriz a la que sirvió como ayudante de camerino.

Yo llevaba un vestido de seda color ciruela con una escalera de lazos en el corpiño. Las enaguas hacían un frufrú encantador cuando caminaba. Como mi madre era una gran costurera, lo había arreglado para que me quedara perfecto en esta gran ocasión. Por una vez, parecía la princesa de mis sueños más fantasiosos.

Antes de que me diera cuenta, el Strand se vaciaba en Charing Cross. Allí, nuestro flujo de tráfico se mezclaba con el de Haymarket. La multitud combinada se arremolinaba alrededor de la estatua del rey Charles a caballo, dándose empujones hasta canalizarse en dirección a Whitehall.

—¡Por aquí, Lizzie! —Mi madre me tiró hacia sí contra el tráfico—. No vamos a poder ver nada en la abadía.

Mi padre y ella apenas habían hablado de otra cosa durante la semana pasada. Pensaron que sería buena idea encontrar un lugar cerca de la Opera House para ver a los grandes señores y señoras en su camino a la abadía. Después, estaríamos bien posicionados para ir a Hyde Park, donde habría música, espectáculos de marionetas y, más tarde, fuegos artificiales.

—¿Te hace ilusión, Lizzie? —me preguntó mi padre mientras bajaba de los hombros a

Patrick.

Mis rizos rebotaron al asentar con energía.

—Le he dicho a mamá que esta mañana el aire huele distinto. Dice que es solo la época del año.

—Quizás sea porque se han juntado todos los fruteros, vendedores de salchichas y pasteleros —Mi padre olisqueó el aire—. ¡Huele que alimenta!

—Es algo más —Me costó transformar en palabras ese sentimiento vago pero insistente—. Huele a... esperanza.

—¡Qué inteligente! —Mi padre me tiró con afecto de la barbilla—. Quizás haya un aroma a optimismo en el aire. Por fin volvemos a tener un rey inglés, un buen muchacho con la cabeza bien amueblada, por lo que he escuchado. Que su reinado dure muchos años y traiga a Inglaterra paz y prosperidad.

No tuvimos que esperar mucho a que pasara por el Mall el desfile de espléndidos carruajes. La luz del sol se reflejaba en las joyas de las señoras y la suave brisa ondulaba las plumas altas de sus tocados. Las maravillosas vistas alimentarían mis sueños durante meses.

Pasó por delante un carruaje abierto con una pareja joven y rígida a los que no parecía gustarle servir de espectáculo para la multitud. La bella chica sentada al otro lado parecía estar tan absorta en sus pensamientos que no se daba cuenta de todas las personas que se quedaban embobadas mirándola.

—Papá —dije apuntando al hombre del carruaje—, ¿es nuestro nuevo rey?

Negó con la cabeza.

—El duque de Richmond con su duquesa, la otra señora es su hermana. Escuché que el rey quería casarse con ella, pero su madre y Lord Bute insistieron en una princesa alemana.

Estiré el cuello para seguir mirando a la señora todo el tiempo que pudiera. ¿Se lamentaría al ver a otra mujer coronada hoy en el lugar que podría haber sido suyo?

La inspiración de asombro de la multitud hizo que mi atención se posara en la bella mujer del siguiente carruaje.

—Lady Lorne —dijo mi padre—. Fue una de las aclamadas señoritas Gunnings. Vinieron de Irlanda unos años después de tu madre y fueron la sensación de Covent Garden. En la puerta del escenario solía formarse una multitud de admiradores. No duraron mucho como actrices, pues una se casó pronto con el duque de Hamilton y la otra con el conde de Coventry.

Me miró, sus ojos marrones brillaban.

—¿Te entristece que tu madre se casara con un pobre actor del que solo se recomienda su carisma? Ahora mismo podrías ser *Lady Elizabeth* y estar en uno de esos carruajes.

—¡William! —Mi madre le dio una manotada cariñosa en el brazo—. No le hagas bromas a la chiquilla. Nunca tuve pretendientes nobles.

Una mujer de la muchedumbre le dio un codazo a mi padre.

—¿Quién viene ahora? El caballero tiene una nariz tan afilada como una pica, pero la señora es muy guapa.

—Es Lord Spencer —Por el resoplido de mi padre sabía que le encantaba que le escucharan—. El primo del duque de Marlborough. Su Excelencia heredó el título, pero la anterior duquesa fue la que proporcionó la fortuna de la familia de Lord Spencer.

Conforme iban pasando los carruajes, mi padre sacaba a relucir algunos cotilleos sobre los ocupantes para entretener a los que estaban a nuestro alrededor. Ser el centro de atención le ponía de buen humor. Disfruté la gloria que desprendía y apenas podía contener mi orgullo.

Dos hombres jóvenes se abrieron camino a empujones hasta la primera línea de la multitud.

—Señor, usted que tanto presume de conocer a todos los aristócratas, ¿quién es?

—William Cane —respondió mi padre con tono frío—. Actor de teatro en Drury Lane. No me jacto de conocerlos, pero reconozco a aquellos que suelen ir al teatro.

—Nunca he oído hablar de usted —El más alto miró a mi padre de arriba a abajo—. Sin duda, se le da bien hacer de actor de teatro. Disemina mentiras para impresionar a los crédulos.

La mandíbula de mi padre se tensó y cerró la mano en un puño, pero mi madre susurró:

—No les hagas caso, Will.

Al sentir la humillación de mi padre, deseé poder formular más preguntas en lugar de apretarle la mano y morderme la lengua. Como, por ejemplo, quién era el chico del siguiente carruaje. Sus ojos brillaban bajo sus frondosas cejas oscuras y tenía el mismo interés en la gente que se agolpaba en la calle que el que teníamos nosotros en él.

Al cruzarse su mirada con la de mi padre, gritó:

—¡Señor Cane! —Saludó con la mano sin hacer caso a la elegante señora que le pedía que se estuviera quieto—. ¿Cuál será su próxima producción y qué papel tendrá? ¡Iré a verle cuando salga del colegio!

Estas pocas palabras alegres hicieron que mi padre y todos a nuestro alrededor cambiaran, apenas podía creerlo.

—Haré de Treble en *La mujer provocada* —Mi padre sonrió como si fuese a hacer de Hamlet—. ¡Espero verle allí!

Cuando el carruaje pasó, hizo un comentario en voz alta:

—Seguro que ha visto la obra antes. El señor Charles Fox ha ido mucho al teatro desde que era pequeño.

Los dos jóvenes que habían insultado a mi padre se retiraron hacia la muchedumbre, ahuyentados por las miradas sombrías y murmullos de enfado contra ellos. La gente rogaba a mi padre para que le contara más historias.

Horas más tarde, mi familia se fue camino a casa desde Hyde Park, fatigada por la emoción del día. Mi padre llevaba a Patrick, que se había dormido.

—¿Qué te han parecido todos los jóvenes señores y vizcondes del séquito, Lizzie? ¿Te gusta alguno?

Me salió una risita.

—No la animes, Will —Mi madre me puso el brazo sobre los hombros—. Ya tiene la cabeza llena de esas tonterías.

Mi padre negó con la cabeza.

—No rompamos los sueños de la chiquilla, cariño. La vida se encargará de ello pronto.

Cuánta razón tenía.

Durante el verano en el que cumplí trece años, mi padre volvió una noche a casa del teatro temblando de fiebre. Dos días después, tuvo un brote de viruela. Mi madre se contagió enseguida. Y después Patrick.

Mi padre vivió, aunque quedó ciego y con marcas de viruela, por lo cual no pudo volver a trabajar en el teatro. Mi madre y Patrick murieron y fueron al cielo, dejándome atrás... en el infierno.

*Diciembre de 1766, Vinegar Yard, Drury Lane*

Con la mano en carne viva e hinchada por los sabañones, cogí del brazo a mi padre y le llevé por la sinuosa calle.

—El mesón no queda muy lejos.

—No tienes por qué guiarme, Lizzie —Olisqueó el aire helado—. Puedo orientarme solo por

el olor.

El sabroso aroma a carne hizo que me rugiera el estómago.

—¿Podemos permitirnos comida caliente esta noche? —Me ajusté el chal por el frío extremo típico de Londres, la indeseable niebla del Támesis y el humo del carbón de mil chimeneas—. Vamos atrasados con el alquiler.

—Ha sido un día decepcionante —Toqueteó las monedas que llevaba en el bolsillo. Eran tan pocas que no hacían ruido—. No culpo a las personas por no querer pararse en el frío. Aun así, creo que el mesón es una buena inversión. Podemos comer y calentarnos a tiempo para la salida de los teatros.

Empezó a toser, hizo un ruido vacío y duro que me heló hasta un punto al que no llegaba la niebla.

—Tengo una idea mejor —Le avisé que había escalones más adelante y añadí—: Los actores cobran hoy, ¿no?

—¡Lizzie! —protestó mientras le guiaba por el abarrotado mesón hacia una de las pequeñas mesas al fondo—. Sabes que no soporto mendigar a mis antiguos compañeros del teatro.

—No tenemos que mendigar —Quitó los platos sucios de las cenas anteriores que había sobre la superficie llena de agujeros. El dueño nos bajó un poco el precio de la cena si éramos rápidos—. Los que nos den algo será porque pueden permitirselo. ¿Qué les supone tener unos pocos peniques menos para beber o apostar? Harías lo mismo por ellos.

Me ahorré tener que argumentarlo yéndome a la cocina.

—¡Eh, Joe! —exclamé—. Ese cordero huele tan bien que mi padre dice que podría llegar aquí siguiendo a su nariz.

—¡Hola, Lizzie! —Fat Joe puso un trozo de carne en cada uno de nuestros platos—. ¿Tienes mucho frío?

—Es la niebla —Tirité de forma exagerada—. Se asienta en los huesos en días como estos.

Tras la muerte de mi madre, descubrí que una sonrisa y un poco de desfachatez podría facilitarnos las cosas a mi padre y a mí. Al principio vino de forma natural, pero ahora que a menudo tenía hambre, frío y me preocupaba por la tos de mi padre, tenía que hacer un esfuerzo.

Al volver a la mesa, me lo encontré hablando con el señor Armistead, un amable hombre de Yorkshire que solía frecuentar el local de Fat Joe.

Se levantó y se inclinó para saludarme cuando me vio.

—Buenas tardes, señorita Elizabeth, te veo bastante sonrojada.

No había pensado que mi cara pudiera ponerse más roja de lo que el frío la había puesto, pero el señor Armistead tenía razón. Nadie me llamaba Elizabeth, y mucho menos *señorita*.

—¿Halagas a todas las señoras a las que peinas? —Coloqué un plato delante de él y otro frente a mi padre.

—Todo es parte del servicio —Los ojos azules del señor Armistead brillaron—, pero no era mi intención que te quedaras sin cenar.

Cuando empujó el plato hacia mí, se lo devolví.

—Puedo ir a por otro. Come antes de que se enfríe.

—Si insistes, señorita Elizabeth. Gracias —Se volvió a sentar en la mesa frente a mi padre—. Cuando se trabaja con mujeres, al igual que yo, se aprende pronto a no discutir con ellas.

—¿Mujeres? —dijo mi padre riéndose—. Mi Lizzie tan solo es una niña.

¿Una niña? ¿Acaso la viruela le había arrebatado la capacidad de contar, aparte de la vista y su apariencia? ¡Iba a cumplir diecisiete el verano siguiente! Era más alta que la mayoría de mujeres adultas y, si tuviera más para comer, pronto rellenaría el corpiño del viejo vestido de mi

madre. Mi padre no podría verlo, seguramente me imaginaría tal y como era cuando perdió la vista.

Los dos todavía estaban hablando cuando volví a la mesa con otro plato, pero ya no sobre mí, menos mal. Durante la cena debatieron sobre la última pantomima en Drury Lane, un ahorcamiento reciente y los altos costes de todo. De vez en cuando, miraba con admiración los bellos rasgos del señor Armistead. Aunque tuviese veinticinco años, su rostro todavía tenía un aire infantil.

Cuando terminamos de comer, mi padre rebuscó en el bolsillo y me entregó un surtido escaso de peniques y cuartos de penique para pagar la comida. En el camino de vuelta a la mesa vi que el señor Armistead venía hacia mí.

Intenté pasarle inclinando en silencio la cabeza, pero me bloqueó el paso.

—Tu padre no está bien, señorita Elizabeth.

—Es el frío. Se pondrá mejor cuando llegue la primavera. Le he estado cuidando los últimos tres años y no nos ha ido tan mal.

El señor Armistead me arrastró a una esquina, lejos del bullicio de clientes que entraban y salían.

—No me preocupa tu padre, sino el qué será de ti si algo le ocurre a él.

—¡No le va a pasar nada! —le insistí, desesperada por persuadir tanto al señor Armistead como a mí.

Sacó media corona del bolsillo y la presionó en mi palma.

—Para tu regalo de Navidad. Sé que es pronto, pero es posible que no te vea antes.

—No puedo aceptarlo —Intenté devolvérsela, aunque mis dedos se pegaran a ella—. ¡Es demasiado!

—No me hace falta —Asintió hacia mi padre—. Ve con él antes de que se preocupe, pero prométeme una cosa.

—¿El qué? —le pregunté con cautela repentina.

—Si alguna vez necesitas un amigo, ven a mí. Haré lo que pueda para ayudar.

—Ya te lo he dicho, estaremos bien —Quería lanzarle la moneda a la cabeza por haber sugerido lo contrario, pero no merecía la pena separarme de la preciada media corona por tal pequeña satisfacción.

Mi padre me dio la razón ese invierno, que Dios le bendiga. Resistió y se recuperó con la llegada de la primavera. Sin embargo, durante el verano la cosecha fue escasa y los precios subieron. La gente tenía poca limosna para un mendigo ciego y su hija.

Tuvimos que ir más lejos y quedarnos más tiempo fuera hiciese el tiempo que hiciese. Los días que podíamos permitirnos comer en el mesón eran cada vez más raros. La tos de mi padre volvió con la niebla y la primavera todavía estaba lejos.

—¡Hora de levantarse! —le dije sacudiéndolo una mañana después de una larga y fría noche—. Nadie va a venir a darnos dinero si nos quedamos en la cama todo el día.

Me habría gustado dejar que descansara, pero era imposible. Era el que hacía que los corazones de los desconocidos se compadecieran de nosotros. Además, me necesitaba para estar pendiente de él, porque ya se cayó una vez cuando salí a buscar trabajo. Desde entonces, se viene allá donde voy.

—Es domingo, ¿vamos a la iglesia? —pregunté cuando vi que no se movía—. Nos calentaremos con las velas encendidas y toda la gente. Y es posible que hasta alguien se sienta caritativo y nos dé algo.

Tenía hambre, más que la de mi estómago, de escuchar las palabras de un libro que hablaba

con amabilidad de los pobres.

—¿Dónde te apetece: St. Giles o St. Mary-le-Strand?

Fue al hacer una pausa para que me respondiera cuando me di cuenta de lo silencioso y quieto que estaba mi padre. Se me debilitaron las rodillas y me senté en el borde de la cama. Apenas me conmoví, puesto que no era la primera vez que veía la muerte. Ni lloré, aunque lo deseara.

Durante los últimos años, mi padre había sido la razón de todo lo que hacía: darle de comer, que no sufriera o hacerle compañía. La felicidad que sentía venía de cualquier cosa que le pudiera confortar.

Ahora se había ido y estaba sola, con mis miserables sueños como única compañía.

Unos días después de que se llevaran a mi padre en carro a una fosa común, subí arrastrándome un par de escaleras hasta una pequeña habitación encima de una sastrería en Ragged Staff Court. Estaba demasiado cansada para llorar. Tenía el corazón congelado para sentir algo, excepto una cosa: desesperación.

Fui a una oficina de información, donde se remitía a la gente que buscaba trabajo a tiendas que estuviesen contratando o familias que necesitasen sirvientes. Ya me habían rechazado en dos porque no podía pagar la tasa.

También había probado a encontrar trabajo en los teatros. Ni Covent Garden ni Drury Lane estaban contratando, y mucho menos a una chica que solo tenía experiencia mendigando. Pregunté si podía vender naranjas en el teatro, pero me dijeron que necesitaría un vestido nuevo, una caja de vendedor y frutas. ¿Cómo iba a poder hacerme con todo ello sin dinero a mi nombre?

Me detuve en la puerta de la oficina de trabajo, desfallecida por tener que subir tantas escaleras con el estómago vacío. Hacía más de un día que no comía, lo último fue una rebanada rancia que compré con la limosna que me dio un traperero por la ropa de mi padre. El hambre me roía los huesos y el estómago. Me fui a una esquina de la sala para esperar mientras la dueña de rostro serio atendía a los que tenía delante.

—Los puestos para mujeres son extremadamente escasos —la escuché decir a una chica que acababa de venir del campo. Consultó un libro grueso en la mesa frente a ella y después le dio un trozo de papel—, pero aquí tienes la dirección de una familia en Russell Street que necesita una criada.

Mientras atendía al siguiente, que era un hombre mayor, un bebé en los brazos de la chica que había detrás empezó a gemir.

La dueña se medio levantó de la silla con un dedo huesudo apuntando a la puerta.

—¡Largo de aquí y no vuelvas hasta que te hayas deshecho de ese mocosito!

—¡Te lo ruego! Necesito un trabajo o moriremos de hambre —La joven madre relató la historia de cómo la sedujeron y luego la abandonaron. Estaba segura de que ablandaría el corazón de la anciana mujer.

Sin embargo, sus rasgos angulares se ondularon en un ceño fruncido de impaciencia.

—Pierde a la criatura y te buscaré un lugar como nodriza.

La chica siguió rogando, pero la mujer que iba después en la cola la empujó hacia la puerta.

—Tenías que haber pensado en todo eso antes de levantarte la falda, tonta. ¡Vete! Nos estás haciendo esperar de más.

Un murmullo siniestro de aprobación del resto de la cola hizo que la chica saliera de la oficina llorando. Sabía que debería sentir pena por ella, pero no me lo podía permitir. Al irse, avancé de posición en la cola. Es posible que dejara un puesto vacante.

Estando de pie en aquella sala mal ventilada escuchando el zumbido de voces, los párpados

empezaron a pesarme. Desde la muerte de mi padre había estado viviendo en la calle y dormía a ratos por miedo. ¿Me congelaría hasta morir como aquella vieja mujer medio desnuda en la puerta de un pañero y con la nariz arrancada por las ratas? ¿Me atacaría la banda de chicos callejeros que vi una vez apalear a un perro cojo simplemente por placer?

Pareció que solo había pasado un instante tras cerrar los ojos cuando una voz aguda me despertó.

—¡Búscate otro sitio para dormir, holgazana! Esto no es una posada.

Me froté los ojos y tardé en recomponer mi pensamiento, pero agradecí encontrarme la oficina vacía, solo estábamos la dueña y yo. Es posible que sin la cola esperando no fuese tan rápida en despacharme.

—Lo siento mucho, señora, no era mi intención quedarme dormida. He venido a buscar trabajo.

Fijó en mí su mirada dudosa, pero extendió la mano.

—Que sea rápido, no eres la única que está cansada.

—No tengo ni un chelín —Y continué rápido antes de que pudiera detenerme—: Pero te pagaré el primero que gane, ¡te lo juro!

—Ni hablar —murmuró la mujer—. Ningún sitio al que te mande contrataría a una espantapájaros sucia como tú. La gente quiere chicas limpias y fuertes del campo como sirvientas, no a ladronzuelas novatas de St. Giles.

Una parte de mí quería protestar con mi honestidad, pero mi hambre de lobo me incitaba a hacerme con tantos papeles como pudiera de su mesa.

Antes de que tuviera una oportunidad, me empujó a la puerta.

—Si no te has ido cuando cuente tres, llamaré a los guardias.

No sé cómo, pero encontré las fuerzas para correr. Todo lo que había oído de las prisiones y las casas de trabajo me convencieron de que había cosas peores que la calle y no había ni la más remota posibilidad de que mejoraran mi situación.

Se estaba haciendo de noche cuando llegué a Covent Garden. Los fruteros y verduleros estaban recogiendo las carretillas para irse a casa, dejando la plaza abierta frente a la iglesia de St. Paul a los carruajes de los clientes del teatro, los muchachos que iluminaban el camino a través de las carreteras oscuras alrededor del teatro y las ramerías que abordaban a cualquier hombre que llevase un abrigo decente.

Recuperé suficiente sueño en la oficina de información como para deshacerme del estupor del agotamiento. Ahora tenía el corazón vibrando en las costillas y el estómago vacío temblando debajo. Cada ruido o movimiento repentino me sobresaltaba. El peligro acechaba en cada sombra, listo para abalanzarse. El pánico me agarraba por la garganta con tanta fuerza que apenas podía respirar.

Salí disparada hacia un escondite que encontré. Estaba detrás de una chimenea rota, a mitad de una callejuela que se hacía tan estrecha que solo se podía cruzar de lado. El suelo fangoso estaba cubierto de suciedad que le daba un hedor nauseabundo de cosas muertas supurando en lodo de alcantarilla. Solo el frío lo atenuaba para que fuera medio soportable.

Al acurrucarme en las malolientes sombras, temblorosa por el frío y el miedo, dos personas entraron a la callejuela. Me encogí, ahogando un gemido.

—Enséñame el dinero —dijo una mujer con una voz fina y estridente—. Primero pagas y luego te diviertes.

Escuché el ruido de las monedas mientras un hombre preguntaba:

—¿Cuánto habías dicho?

—Un chelín si lo quieres aquí, más si vamos dentro.

—Aquí tienes un chelín. ¿Seguro que no tienes la viruela?

—Te juro que estoy totalmente sana.

—De todas maneras... —El hombre parecía dubitativo—, ...como precaución y para beneficio de ambos...

Me encorvé en un silencio aterrador mientras la pareja sin nombre se lanzaba a un celo rápido y brutal, jadeando, gimiendo y chillando. ¡Tiene que dolerles mucho para hacer esos ruidos! ¿Por qué pagaría alguien para que se le golpee y azote?

Se fueron unos pocos minutos después tras terminar. Mientras tanto, me agazapé temblorosa y asqueada. En los últimos años había pasado mucho frío y hambre, pero nunca me había congelado tanto ni pasado tanta hambruna. Un dolor sordo y pétreo me subía por las manos y los pies, pero mis frenéticos esfuerzos por calentarme las extremidades hacían que el hielo me pinchara la carne. Sentía el hambre como si una rata se hubiera metido dentro de mí e intentara salir royendo.

Probé a evocar las magníficas fantasías que siempre me habían dado fuerzas sobre elegantes damas con finos vestidos y brillantes joyas bailando con galantes caballeros. Ahora me fallaba hasta la imaginación. Temía que si cerraba los ojos no volvería a abrirlos.

## CAPÍTULO DOS

—¡Caracoles calientes! ¡Los mejores de la ciudad!

—¡Leche! ¡Leche fresca y dulce!

A la mañana siguiente me despertaron los gritos de los vendedores ambulantes que competían entre sí, cuyos productos desprendían un olor que provocaba a mi estómago vacío. Aunque lo que importaba era que estaba viva.

Dolorida y con un frío que me llegaba a los huesos, me obligué a levantarme y salí de la callejuela. Me dirigí a Covent Garden decidida a rebuscar en la basura algo para desayunar. Puede que encuentre algunas hojas marchitas de col o una pieza de fruta en mal estado que alguien haya tirado para evitar que el resto se pudriera. Me servía lo que fuera, me comería cualquier cosa y haría lo que fuese para conseguirla.

—¿Adónde vas, bonita? —gritó un caballero bien vestido que salió de la taberna *Spotted Dog* y se dirigió hacia mí tambaleándose.

Miré a mi alrededor en busca de la mujer a la que se dirigía, pero la única que había cerca era una vendedora ambulante con marcas de viruela vendiendo peras duras en una olla de arcilla que llevaba en equilibrio sobre la cabeza. El olor de la fruta me hizo la boca agua, hasta que el hedor a alcohol del caballero se impuso.

Al cogerme del brazo supe en aquel instante de que sus palabras iban dirigidas a mí.

—Es un día muy frío para ir por la calle, cariño. Acompáñame dentro y tómate un negus caliente para entrar en calor.

La invitación era tentadora: sentarme en un sitio cálido y seco y llenarme el estómago con una bebida que me ayudaría a olvidar mi situación desesperada. Sin embargo, sabía lo que me costaría su hospitalidad y no podía soportar que se me usara como a aquella mujer miserable de la callejuela anoche para luego quedarme embarazada como la chica de la oficina de trabajo. Intenté soltarme.

—Lo siento, señor, tengo prisa.

—Vamos, chica, no seas tímida —Se agarró con más fuerza a mi brazo con una mano y metió la otra bajo el chal para manosearme el pecho—. Necesito aliviarme, dime el precio.

Un miedo lleno de impotencia me envolvió, frío y repugnante como el Támesis que rezuma bajo el Puente de Londres.

—¡Suéltame! ¡No estoy en venta! —Forcejeé para liberarme, pero el hambre y el frío me habían debilitado las fuerzas.

—¿Señorita Elizabeth? —La voz familiar del señor Armistead fue el sonido más acogedor del mundo en ese momento—. Conozco a esta joven mujer, señor. Quítale las manos de encima antes de que llame a los guardias.

Con un último apretón perverso a mi pecho, el borracho escupió un insulto y me lanzó a los brazos de mi rescador. Después se fue dando tumbos hacia Covent Garden para buscar alguna compañía voluntaria.

Poseída por una parálisis de pánico, me agarré al señor Armistead, suspirando en el perfume a flores secas y hierbas que desprendía su abrigo. ¿Pero qué pensaría de mi olor? Solo podía imaginármelo, pero fue lo suficientemente cortés como para ignorarlo y me acercó a él.

—¡Pobre chica! ¿Te ha hecho daño ese sinvergüenza? ¿En qué estaba pensando tu padre para dejarte vagar sola por estas calles y a esta hora? ¡Maldita sea! Ha fallecido, ¿verdad?

Asentí.

—La semana pasada. He estado buscando trabajo y un lugar para alojarme desde entonces.

—Y algo para comer —añadió el señor Armistead—. No has tenido mucha suerte, por lo que veo. Bueno, tu suerte acaba de cambiar —Me cogió de la mano y me llevó calle abajo—. Siento lo de tu padre. Siempre fue un tipo amable a pesar de sus desgracias, tenía un don raro.

Estaba tan sobrepasada por el alivio que solo podía aferrarme a la cálida mano del señor Armistead y seguirle allá donde me llevara. En la esquina de Russell y Bow Street, nos paramos en el puesto de un pastelero.

—Una de las mejores empanadas de cerdo para la señorita —El señor Armistead sacó tres peniques y lanzó las monedas al aire hacia el vendedor.

El pastelero pilló las monedas con la mano rebozada de carne. A continuación, sacó una empanada dorada de la carretilla y me la lanzó.

Me llevé la humeante empanada a los labios, preparada para engullirla, pero el señor Armistead negó con la cabeza.

—Deja que se enfríe un poco o te quemarás la boca. Vamos, nuestro destino no está lejos.

—¿Adónde vamos? —Acuné la empanada caliente en el chal para calentarme las manos—. ¿Y a qué te refieres con que mi suerte acaba de cambiar?

—Me refiero a que tengo trabajo para ti, si lo quieres, y un lugar para quedarte. Vamos a mis aposentos para que comas y coja una cosa o dos.

¿Adónde iríamos luego? Esa pregunta tendría que esperar, tenía otra más urgente.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Una modelo de cabello. Los mejores peluqueros las tienen para mostrar a las clientas lo último en peinados —Me tiró hacia él para evitar que me empaparan los contenidos de un orinal que acababan de vaciar en una ventana sobre nosotros—. Siempre pensé que tu pelo era maravilloso. Sigue siendo así, ¿no? ¿O te lo has cortado para venderlo?

Me maldije por no pensar en vender el pelo, pero fue solo un instante. Si lo hubiese hecho, habría perdido esta oportunidad de oro.

—Sigue ahí bajo el gorro.

—¡Bien! —El señor Armistead me dio una palmadita en la mano—. Cuando estés peinada, hayas engordado y te pongas un vestido bonito, serás la sensación.

Me pregunté si podría ser verdad mientras le escuchaba hablar sobre un futuro de color rosa para mí. ¿Me pagaría alguien para presumir en un vestido elegante y exhibir el peinado de mi hermoso cabello? Debería estar todavía acurrucada en ese callejón frío maloliente soñándolo.

—No puedo pagarte mucho —El aliento del señor Armistead dibujó fantasmas borrosos en el aire frío—. Y tendrás que compartir mis aposentos, pero no pasarás frío y podrás comer y vestir bien.

¿Compartir sus aposentos? Un repentino estremecimiento de desconfianza me recorrió la espalda, como el repugnante riachuelo que caía en la alcantarilla en mitad de la calle. ¿Querría el

señor Armistead lo mismo que aquel borracho del *Spotted Dog*? Los pesados letreros de madera de Drury Lane parecían advertir sobre algo al balancearse en las bisagras de hierro.

—Mi hogar no es muy grande —dijo el señor Armistead—, pero mi casera se hace respetar. Si alguien pregunta, di que eres mi esposa. La señora Elizabeth Armistead suena muy bien.

Sonaba como una de esas señoras elegantes que soñaba ser. ¿Era una forma de decir que debía comportarme como una esposa con él? Perder mi castidad me arruinaría, pero si no tenía nada más para seguir sobreviviendo, había peores sitios en los que entregarla que en la cálida cama del señor Armistead.

Entramos en Wych Street, una vía repleta de tiendas que vendían libros y grabados obscenos. Desde los pisos de arriba de las tiendas provenía un alboroto de cánticos borrachos, riñas violentas y lloros de niños, siendo estos últimos los sonidos más fuertes. Si me quedaba embarazada, estaría atrapada para siempre en una vida de la que estaba desesperada por escapar.

Nos detuvimos frente a una puerta estrecha y el señor Armistead hurgó en su bolsillo para sacar una llave.

—Hay algo más que tengo que preguntarte, pero no te ofendas. ¿Eres virgen?

Entendí que tenía que asegurarse de que no le iba a contagiar la viruela o a presentarle el hijo de otro hombre a los siete meses. Aun así, no pude evitar sentirme indignada por su pregunta.

—Sé que hay hombres que venderían a sus hijas por una copa de ginebra, pero mi padre no era uno de ellos.

—Eso es todo lo que necesitada escuchar, muchacha —El señor Armistead abrió la puerta y me hizo una señal para que entrara.

Dudé un instante, pues era un paso del que ya no podría volver, pero ¿qué otra opción tenía? Crucé la puerta y entré en un pasillo estrecho, tenía que ser mejor que morir de hambre o deambular por las calles ofreciendo mi cuerpo a desconocidos.

El señor Armistead me guio por un par de escaleras empinadas y me introdujo por una puerta a uno de los lados de un diminuto rellano.

Después del familiar hedor de las calles, no estaba preparada para el empalagoso aroma que me sobrecogió cuando entré en la habitación.

—¿Qué es ese olor?

El señor Armistead olisqueó.

—Herramientas del oficio: agua de rosas, bergamota y gomina. Ya no las huelo. Siéntate y cómete la empanada antes de que se enfríe demasiado. Voy a recoger unas cosas que necesito.

Antes de que mis temblorosas rodillas cedieran, me senté en una silla de respaldo violín con tapicería descolorida y empecé a devorar la empanada. El señor Armistead se metió en la habitación contigua. Vislumbré a través de la puerta una cama alta cubierta con cortinas marrones. La casa no era grande ni estaba bien amueblada, sin embargo, estaba más ordenada de lo que esperaba de un hombre que vivía solo. Parecía un palacio si se comparaba con lo que estaba acostumbrada.

Acababa de comerme la última miga de la empanada que llevaba en los dedos cuando reapareció el señor Armistead, cargado con una voluminosa bolsa de cuero.

—Unas cuantas buenas cenas calientes en el mesón y enseguida volverás a parecerte a la de antes. Antes de irnos, hay una cosa que tengo que comprobar.

Me quitó el gorro de lino y las horquillas del pelo.

—Es muy largo y grueso —murmuró hundiendo las manos en él—. Rizado, pero no demasiado. ¡Y qué color tiene! En estos momentos está lacio y grasiento, pero lo arreglaré pronto.

Me quedé paralizada, estaba asustada por la libertad que se estaba tomando y el placer prohibido de su tacto. Sus dedos eran largos y ágiles, no tenían las asperezas de los callos ni estaban flácidos o regordetes como los de algunos hombres que me habían dado monedas a lo largo de los años.

Por el rabillo del ojo, vi que blandía una pluma. Lo siguiente que recuerdo es que empezó a pasármela por el pelo en surcos, con la punta cerosa rozándome el cuero cabelludo.

Me aparté repentinamente.

—¿Qué haces?

—No temas —Me tiró del hombro para colocarme como estaba y siguió pasándome la pluma por el pelo—. Solo estoy comprobando si tienes bichos. No sirve de nada lavar el pelo si está lleno de piojos.

—¡No tengo piojos! —Le aparté la mano—. ¿Y qué querías decir con lo de lavar el pelo? Estamos en pleno invierno. ¡Me mataría!

—No donde te voy a llevar —El señor Armistead me devolvió el gorro—. Por si no lo sabías, hay más casas de baños a una milla de aquí que en el resto del país junto.

—¿Un lupanar? —Sacudí la cabeza energicamente mientras me recogía el pelo—. ¡Mi padre nunca me dejaba acercarme a esos sitios!

Las calles que rodeaban Covent Garden estaban repletas de casas de baños, lupanares y mancebías. O lo que es lo mismo: burdeles.

—No te preocupes —El señor Armistead cogió su bolsa y se fue a la puerta, haciéndome señas para que le siguiera—. A estas horas están todos vacíos. Me baño al menos una vez cada quince días y no me ha sentado mal. Iba de camino a la casa de baños cuando me encontré contigo. Puedo llevarte allí ahora.

Su tono no admitía discusión.

Tenía el corazón palpitándome en las costillas cuando el señor Armistead se metió en una callejuela sinuosa de Russell Street. Me costaba respirar cuando se detuvo frente a un edificio que parecía más próspero que sus vecinos.

—¡Entra! —gritó la anciana desdentada que respondió a su llamada—. ¡Venga, rápido, antes de que se meta una corriente de aire!

El señor Armistead parecía familiarizado con el lugar. Tras saludar con la cabeza a la mujer, se fue por un corto pasillo hacia una puerta ancha. Cuando la abrió, me invadió una ráfaga de aire cálido y húmedo. Entré de puntillas en la sala que había al otro lado, mirando a mi alrededor como ya hice cuando mi madre me llevó a St. Paul, pero aquello no era una catedral, sino más bien el templo de una diosa pagana del placer.

Unos pequeños azulejos de colores cubrían el suelo y la mitad de las paredes. También revestían una piscina hundida en medio de la habitación. Una hilera de ventanas de cristal ahumado en la parte superior de la pared del fondo dejaba entrar suficiente luz para que pudiera distinguir los hilillos de vapor que se elevaban desde la superficie del agua. Los laterales de la sala estaban divididos en compartimentos estrechos que podían hacerse privados corriendo una larga cortina roja y dorada.

—Te doy la bienvenida al mundo de los ricos ociosos —El señor Armistead se dejó caer en un banco bajo junto a la puerta y se quitó los zapatos—. Por seis guineas un hombre puede cenar aquí, bañarse y disfrutar de la compañía de una ninfa.

¿Seis guineas por una noche? Mi padre y yo habíamos vivido con medios y cuartos de penique. Para nosotros, un chelín suponía una ganancia inesperada. Seis guineas era una riqueza que casi no podía calcular.

Una vez descalzo, el señor Armistead se levantó y me entregó la bolsa que había traído.

—Quítate la ropa y métete en el agua. Ponte esto después de bañarte.

Se fue al final de la sala y entró en uno de los cubículos, cerrando la cortina tras de sí.

¿Desnudarme y meterme en el agua con un hombre desnudo? Se me aceleró tanto la respiración que sentía que se me iba a escapar. ¿Qué más podía hacer? ¿Volver a las gélidas y peligrosas calles de las que el señor Armistead me acababa de rescatar?

Me metí en un cubículo en el extremo opuesto de la sala. Un sofá largo ocupaba la mayor parte del espacio. No tuve que imaginar mucho para saber para qué se utilizaba. Luchando contra la desgana que sentía, me quité a tientas el viejo vestido de mi madre y las gruesas enaguas de lana de oveja. A continuación, me quité los zapatos rotos y me bajé las medias de hilo negro repletas de agujeros.

El señor Armistead ya estaba en el agua cuando salí sigilosamente del cubículo con una toalla de lino que apenas me cubría el pecho y el trasero. Jamás me había sentido tan desprotegida, mis piernas eran como dos palos largos y pálidos expuestos a su mirada.

Sin embargo, él no parecía dispuesto a observarme.

—Entra, muchacha. Si te quedas ahí de pie no vas a limpiarte.

Me metí en el agua con cautela, sosteniendo la toalla delante de mí hasta el último instante. El bendito calor hizo que me olvidara de mis temores. Mi carne fría lo absorbió con deleite.

—Se está bien, ¿verdad? —El señor Armistead cruzó el agua hasta mí—. El agua está más fría a esta hora del día. Por la tarde, para cuando lleguen los clientes, estará tan caliente como el horno de un pastelero. Échate hacia atrás y mójate el pelo.

Me estremecí cuando me tocó.

—No duele, te lo prometo —Me cogió del pelo y me echó la cabeza hacia atrás hasta el agua.

Aunque el pánico hervía en mi vientre, me sometí.

El señor Armistead me lavó el pelo con maestría. Luego empezó a masajearme el cuero cabelludo con la punta de los dedos. Al principio no sabía qué pensar, pero a medida que me acostumbraba a la sensación, me resultaba muy agradable. Cuando paró, tan repentinamente como había empezado, tuve que morderme la lengua para no rogarle que continuara.

—Podría quedarme aquí todo el día —dijo el señor Armistead después de lavarse el pelo—. Pero hay trabajo que hacer. Estate a remojo unos minutos más si quieres, luego sécate y vístete.

Cuando salió y se envolvió las caderas con una toalla, desvié la mirada, pero justo antes vi su cuerpo ágil y desnudo. Me recordó a las fotos que había visto en el teatro de Covent Garden, sin embargo, esas imágenes nunca me habían provocado semejante excitación.

Al oír los anillos de latón de la cortina deslizarse sobre la barra, me obligué a abandonar el seductor abrazo del baño. El soplo de aire fresco que sintió mi cuerpo mojado me ayudó a sofocar el desconcertante calor que se retorció en mis entrañas, pero intuí que no tardaría mucho en reavivarlo.

Me puse la ropa que el señor Armistead había traído en la bolsa, saboreando la sensación del fino lino contra mi piel... aunque me punzara la inquietud. ¿Cómo había conseguido prendas tan modernas?

—Las compré para mi primera modelo —respondió cuando me atreví a preguntarle—. Tuve dos antes que tú, las dos muchachas eran muy buenas. Tuvieron mejores oportunidades y creo que tú también las tendrás. Una muchacha guapa y bien arreglada paseando por Mayfair y el Soho atrae miradas favorables.

De regreso a casa medité algunas cuestiones. ¿Serviría mi asociación con el señor Armistead de algo más que salvarme del frío, el hambre y la violencia de las calles? ¿Podría ser el primer

paso hacia el tipo de vida de mis sueños?

MIENTRAS EL SEÑOR Armistead estaba trabajando, pasé el resto del día sentada junto a un pequeño fuego, peinándome y comiendo unas castañas asadas que me había comprado.

Por la noche me llevó al mesón a cenar algo caliente. Me resultaba muy raro estar en aquel entorno familiar sin mi padre. La tristeza me pinchaba el corazón, una sensación parecida a tener los dedos entumecidos y echarles agua caliente. Intenté consolarme diciéndome que mi padre debía de estar velando por mí desde el cielo y que había enviado a su amigo en mi ayuda. No obstante, mientras caminábamos de vuelta a Wych Street después de cenar, unas dudas indescriptibles surgieron de la niebla como zarcillos fantasmales para tirarme del dobladillo de la falda.

Los zarcillos me tensaron la garganta cuando el señor Armistead me hizo pasar a su habitación.

—Solo tengo una cama, espero que no te importe compartirla con un desconocido.

Una parte de mí anhelaba preguntarle directamente si tenía la intención de utilizarme en aquel lecho, pero parecería una ingenua por esperar lo contrario. Pero si no era esa su intención, no me podía permitir ofenderle.

—No somos completamente desconocidos, ¿verdad? —dije forzando una débil sonrisa.

El pavor se agitó en mi vientre mientras lo seguía al dormitorio. Esa misma tarde había echado un vistazo allí. En un rincón, a la izquierda de la puerta, había un gran biombo. Debajo de la ventana había una mesa estrecha que sostenía varias pelucas de señora, todas elegantemente peinadas y dispuestas sobre soportes de madera. Un gran espejo ovalado colgaba de la pared contigua, encima de un lavabo.

Me miré en el espejo. Por primera vez desde un lejano día entre bastidores en el teatro, contemplé mi propia imagen. Lo que vi me gustó y me consternó.

Un par de ojos grandes color avellana llenos de miedo me devolvían la mirada. Mi nariz era un poco larga, pero perfectamente recta, como la de mi padre. Mis dientes delanteros sobresalían un poco, pero no estropeaban la forma de mi boca gracias al grueso labio inferior. El cabello castaño caía como una cascada que me enmarcaba el rostro, suavizando sus sutiles cavidades y aportando un tono rosado a mi pálida piel.

A ninguna mujer se le ocurriría lamentarse porque su semblante le resultara agradable, sin embargo, yo tampoco podía alegrarme por ello. Abrirme paso en un mundo de hombres con semejante aspecto sería tan peligroso como caminar entre una multitud de portadores de antorchas llevando un vestido empapado en aceite.

Solté un grito ahogado cuando vi el rostro del señor Armistead en el espejo detrás del mío.

—¿Ves lo que quiero decir? —Levantó un mechón de pelo y lo rozó con los labios—. Cuando haya concluido mi trabajo contigo, vendrán hombres de todo Londres solo para ver cómo te cepillas el pelo.

La idea me asustó. ¿Cuántos de esos hombres se satisfarían solo con mirar?

Armistead me tiró con cariño del pelo. Seguramente solo pretendía ser juguetón, pero me dolió.

—Hay un orinal detrás del biombo y un camisón.

Se me aceleró el pulso y tuve ganas de huir, y en ese momento vislumbré a través de la ventana helada unos copos de nieve arremolinándose en la niebla. Ahí fuera no me esperaba nada mejor.

Temblando de frío y de nervios, me quité la ropa nueva con sumo cuidado y me puse el camisón con ribete de encaje. Rodeándome con los brazos, salí sigilosamente de detrás del biombo.

—Has tenido que pasarlo muy mal —El señor Armistead bajó las mantas a su lado—. Métete rápido antes de que te congeles.

Sus palabras hicieron que mi vacilación se hiciera añicos. Me escabullí por el suelo helado y me deslicé bajo la ropa de cama mientras él apagaba la vela y corría las cortinas.

—Buenas noches, señorita Elizabeth —Me armé de valor para su primera insinuación, ya fuera un apretón o un manoseo. En lugar de eso, se apartó de mí con una risita somnolienta—. ¿O quizás debería decir... señora Armistead?

Al cabo de unos instantes empezó a roncar suavemente.

Me quedé despierta mirando a la oscuridad, levemente aliviada, aunque extrañamente inquieta. Agradecí que me hubiera perdonado la virginidad al menos por esta noche. Aun así, mi cabeza no paraba de dar vueltas a las cosas.

Si no es mi cuerpo, ¿entonces qué quiere de mí el señor Armistead?

Durante los quince días siguientes, se fue desvaneciendo la sombra de mi antigua vida en mis pensamientos, como si se hubiera convertido en un sueño inquietante y a la vez lejano. Mi nueva vida también se asemejaba a un sueño del que no quería despertar. Disponía de todo lo que quería comer y más. No solo pan y cerveza, sino también sabrosas salchichas, jugosas naranjas y queso fuerte y succulento. Por la noche dormía en una cama cómoda y por el día me sentaba junto a un cálido fuego. Llevaba vestidos elegantes adornados con encajes y lazos y se me arreglaba tan bien como a cualquier dama mimada.

Al principio, me ponía tensa cada vez que el señor Armistead se acercaba de repente o me tocaba, pero nunca me hizo daño, como mucho era un poco brusco al peinarme o untarme el pelo con una pasta repugnante de gachas de avena. Cada noche, cuando me quitaba la ropa, me preguntaba si sería la noche en que me exigiría un pago por todo lo que me había proporcionado. Nunca se aprovechó de mi presencia en su cama, ni siquiera después de lavarme y engordar.

Disfrutaba de su compañía las mañanas que pasaba conmigo, arreglándome el pelo, enseñándome a andar, a hacer reverencias y a hablar como una señora. Los cálidos cumplidos que me dedicaba por mis esfuerzos hacían que por dentro me sintiera efervescente. Cada día que pasaba me sentía menos recelosa, más agradecida y deseosa de complacerle. Mantenía las habitaciones ordenadas y le zurcía las medias, hasta me sonrojaba cuando me lo agradecía.

No tardé en pensar en él como Ned. Cuando un día se me escapó en una conversación, temí que se pudiera enfadar, pero aceptó la familiaridad sin rechistar. Para ser algo tan insignificante, me llenaba de felicidad.

Todas las noches me quedaba cerca de la ventana, limpiando el vaho que mi aliento dejaba en el frío cristal. Viendo a la gente ir y venir por la calle, esperaba con creciente impaciencia ver la figura familiar de Ned. Siempre me había parecido un hombre apuesto desde que le vi la primera vez en la taberna. Ahora, al compararlo con todos los demás que pasaban bajo mi mirada, me daba cuenta de que era superior a ellos en todos los sentidos posibles. Los hombres más altos que él parecían grandullones, los más bajos parecían demasiado pequeños. Los hombres más oscuros parecían siniestros, los más blancos, descoloridos.

Cuando oía el paso ligero y veloz de Ned por las escaleras, mi ánimo alcanzaba la cumbre de la felicidad, algo que no había conocido en años. Cada día me despertaba preguntándome cuándo me declararía apta para empezar a ganarme el sustento como su modelo. Solo entonces podría pasar todo el día en su compañía.

—Te ves estupenda para trabajar para Reynolds o Gainsborough —anunció una mañana con una cálida sonrisa de aprobación que me alegró el corazón—, lo cual es una señal de que estás lista para ser mi modelo. Ponte la polonesa azul verdosa que te dije que guardaras para esta ocasión especial.

—¿Lo dices en serio? —Aplaudí mareada por la emoción.

Sonrió ante mi impaciencia.

—Jamás se me ocurriría hacer bromas al respecto, ¿no? Ahora vete. Asegúrate de llevar las enaguas buenas y las medias bordadas.

¿Qué más daba la ropa interior? Seguramente no querría que la gente dejara de admirar mi peinado por echar un vistazo al bordado del interior de la pantorrilla de las medias. No protesté. Si eso significaba que iba a estar en compañía de Ned durante todo el día, ¡me habría puesto hasta pantalones!

—¿Tenemos que caminar mucho? —pregunté cuando salí de la habitación y encontré a Ned con la bolsa bien cargada y marcando el ritmo en el suelo con el pie.

—Hasta el Soho —Me echó una capa sobre los hombros—. Great Marlborough Street.

Era un paseo, pero nada comparado con los kilómetros que había recorrido en el pasado con mi padre. Para cuando llegamos allí, me faltaba un poco el aliento. Aunque no estaba muy lejos de Vinegar Alley, Great Marlborough Street era un mundo aparte respecto a carácter. Era ancha, recta, limpia y estaba flanqueada a ambos lados por hermosas casas de ladrillo. No había ninguna imprenta a la vista y solo un pub.

Ned señaló una de las casas del lado norte de la calle.

—Lord Onslow vive allí y lord Charles Cavendish dos más abajo, con Lady Middleton al lado.

Nos detuvimos frente a una casa tan grande como las demás: tres pisos de altura y cuatro ventanas de ancho. La fachada de ladrillo marrón tenía una línea de molduras que sobresalía un poco del segundo piso y varios paneles hundidos en fila bajo el tejado. Me costaba creer que me dejaran entrar en un lugar así.

—Impresionante, ¿verdad? —Ned me observó con la mirada crítica de un hombre que se ganaba la vida embelleciendo mujeres—. Te irá bien. Cuida tus modales y haz lo que te digo.

Le seguí por un tramo de escalones de piedra hasta la puerta con paneles. Un hombre con la nariz torcida y los puños del tamaño de jamones ahumados respondió a la llamada de Ned.

—Buenos días, Enoch —Ned hizo una reverencia—. ¿Podrías avisar a la señora Goadby que estoy aquí? Dile que he traído a mi nuevo modelo de cabello.

El hombre nos hizo señas para que entráramos en un vestíbulo con papel pintado color rojo vino. Luego subió una amplia escalera de madera oscura y pulida.

Mientras Ned y yo esperábamos, me quedé mirando, inhalando los aromas del perfume, la buena comida y los vinos caros. Sobre el suelo se extendía una moqueta tejida con elegancia, cuyo vivo dibujo no se veía empañado por la suciedad. En la pared opuesta a la escalera, un gran espejo ovalado con un elaborado marco dorado colgaba sobre una esbelta mesa.

Un par de cuadros a ambos lados del espejo me llamaron la atención. Uno mostraba a un grupo de ninfas rollizas que se divertían con pastores apuestos. En el otro, tres mujeres desnudas yacían al borde de una piscina, como a la que Ned me había llevado.

Se me erizó la piel de la nuca.

—Vivir con este lujo es magnífico —dijo Ned.

—¿Estamos en...? —pregunté en un susurro vacilante y lleno de horror—. ¿Estamos en un burdel?

Me sentí tonta, aunque profundamente aliviada cuando negó con la cabeza.

—Un lugar como este no es un burdel común, muchacha. Estamos en una casa del placer.

## CAPÍTULO TRES

—¿Casa del placer? —Apenas me quedaba aire para repetir las palabras de Ned—. ¡Dios mío, no puedo quedarme aquí!

—¿Por qué no, pequeña? —Ned se interpuso entre la puerta y yo. Aunque él era una pizca más grande, sabía que también era fuerte. Si se negaba a dejarme pasar, tendría que luchar con todas mis fuerzas para esquivarle—. Trabajo aquí para ganarme el sueldo que te da cobijo y comida.

—Creía que peinabas a... señoras.

—Y así es, son señoras del placer —Su tono se volvió duro—. ¡Algunas tienen más educación que tú!

Me estremecí como si me hubiera asestado un golpe, era la primera vez que me hablaba de esa forma. Parecía un hombre completamente distinto. ¿Cómo había podido ser tan estúpida de darle mi confianza y mi corazón cuando apenas le conocía?

Antes de que pudiera protestar, escuché la voz de una mujer detrás de mí.

—Señor Armistead, es un placer, como siempre. Me han comentado que has contratado a una modelo.

—Así es, señora —Ned hizo una reverencia cortés mientras yo me giraba para ver por primera vez a una conocida madama.

Lo que vi no se parecía a nada de lo que esperaba. La señora Goadby, una mujer esbelta de mediana estatura, llevaba un vestido verde oliva de modesto escote drapeado con una pañoleta blanca. Llevaba el pelo pulcramente peinado y no llevaba joyas. Si nos hubiéramos conocido en otro lugar, habría dado por sentado de que se trataba del ama de llaves de alguna familia noble, la viuda de un próspero comerciante... quizá incluso la esposa de un obispo.

La mano de Ned me empujó hacia delante desde la parte baja de la espalda.

—Te presento a la señorita Elizabeth. Querida, esta es la señora Goadby, una de mis clientas más preciadas.

Cambié la expresión de mi boca a una sonrisa mansa e hice una reverencia.

No supe si la señora Goadby adivinó lo que estaba pensando, pero bajó el resto de los escalones con paso ligero hasta situarse ante nosotros.

—Un placer, querida.

Extendió el brazo y me rodeó la barbilla con la punta de los dedos. Luego me ladeó la cabeza hacia ambas direcciones, como si fuera un frágil cascarón vacío sin pensamientos ni sentimientos. Le di pocas razones para que supusiera lo contrario y me moví tal y como ella me instaba con una obediencia férrea.

A la señora Goadby pareció gustarle mi docilidad.

—Te felicito por tu magnífico ojo para la belleza y tu don para refinarla, señor Armistead. Pasa y enséñame el cabello.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia el amplio pasillo.

—Vamos —Ned me empujó hacia adelante—. Y no me hagas quedar mal. Tienes mucho menos que temer aquí que vagando por las calles de Covent Garden.

Me había acostumbrado tanto a obedecer todos los deseos de Ned que seguí a la señora Goadby, a pesar de que la razón me instaba a emprender la huida. Tras cruzar un par de puertas dobles abiertas, vislumbré un elegante salón delantero en el que cabrían las dos habitaciones de Ned. Podía oír las risas de las chicas que provenían del piso de arriba, que parecían muy fuera de lugar en un establecimiento como este. Por otra parte, nada de lo que había aquí se correspondía a lo que esperaba.

Aquello no calmó mi creciente desconcierto y miedo.

Ned y yo seguimos a la señora Goadby más allá de un comedor que parecía tener capacidad para una familia grande y adinerada y un salón trasero tan ricamente decorado como el delantero, y luego a través de una puerta que daba a la parte trasera de la casa. En un taller situado a un lado del pasillo, dos costureras se afanaban en medir y cortar un trozo de tela azul brillante.

La señora Goadby entró en una habitación ubicada al otro lado del pasillo. Era más pequeña que la sala de costura, pero cálida y perfumada con los aromas que había olido por primera vez que entré en la casa de Ned. Había tres sillas de respaldo bajo, una cómoda alta con un gran lavabo de cobre encima y una mesita con ruedas.

Ned me indicó que me acercara a la silla del centro.

—Siéntate y quítate el gorro para que la señora Goadby pueda verte el cabello —Hice lo que me pedía, dolorosamente cohibida bajo la mirada de la mujer—. Llevo pensando mucho tiempo en esto —Ned me quitó una horquilla del pelo, dejando caer un mechón sobre el hombro—. Los peinados rígidos y empolvados van muy bien para las ocasiones formales, sin embargo, no es lo que un hombre desea acariciar, ¿verdad?

Para demostrarlo, levantó el rizo caído y lo enroscó alrededor del dedo.

—Y si una dama... se esfuerza en la alcoba, por la mañana estará hecha un desastre —Por el tono despreocupado de Ned, podría haber estado hablando del tiempo o del precio del pan—. Este peinado es muy elegante hasta que se quitan las horquillas —Una a una, las fue quitando y dejando que mi pelo cayera libre—. Después se convierte en un peinado sencillito que no empeora por despeinarse un poco.

Se me encendieron las mejillas como carbones en una hoguera. Para ser un hombre que había compartido una cama casta conmigo durante tantas noches, Ned hablaba de forma muy elocuente sobre *despeinarse y esforzarse en la alcoba*.

—Una idea novedosa —La señora Goadby hizo un gesto de admiración mientras me rodeaba—. Hoy en día la novedad suele dictar la moda, y nosotros atendemos a caballeros modernos. Haré que te envíen a Craven enseguida.

Ned no se movió mientras la señora Goadby salía de la habitación, pero en cuanto sus pasos se alejaron por el pasillo, me sujetó y me levantó de la silla.

—¡Esta es la oportunidad que he estado esperando y no podría haberlo hecho sin ti, mi amor!

¿Su amor? Me derretí en los brazos de Ned justo como me había imaginado a mí misma durante los últimos días.

No obstante, cuando me soltó recuperaré un poco la cordura.

—¿Por qué no me dijiste que me traías a... un lugar como este?

—Temía que te negaras a venir —Ned abrió la bolsa y empezó a sacar peines, tijeras y

anillos para rizar el pelo colocándolos encima de la mesita con ruedas—. Si te decía que íbamos a una casa del placer, sabía que te imaginarías uno de esos pozos negros que hay por Covent Garden. Quería que vieras que este es un establecimiento de otro tipo.

—Es más elegante que los teatros —admití. Eran los únicos lugares con los que podía hacer una comparación.

—La señora Goadby es una mujer de negocios astuta —Ned sonrió—. Ahora tiene muchas imitadoras, pero fue la primera en abrir el tipo de casa que tienen en París para los nobles franceses. Hay un médico que examina a las chicas para asegurarse de que están limpias y sanas. No encontrarás nada parecido en Covent Garden.

—¿Trabajas siempre en... casas del placer?

Antes de que Ned pudiera responder, una joven entró en la habitación. Parecía unos años mayor que yo, con una abundante cabellera pelirroja, una nariz aristocrática larga y pecho grande. Aunque llevase mi polonesa azul verdosa, me sentía desaliñada al lado de aquella elegante chica, con sus zapatos de hebilla plateada y sus faldas fruncidas. Me quedé mirándola llena de admiración.

—¡Es un placer volver a verte, señora Craven! —Ned le hizo una reverencia—. Espero que hayas disfrutado tu visita a Tunbridge Wells. Debes de estar deseando que empiece la nueva temporada.

—Querido señor Armistead, siempre eres una compañía muy agradable, además del espléndido trabajo que haces —Alzó la mano y trazó la línea de su mandíbula con una de sus largas uñas—. Tunbridge es un lugar bonito, aunque bastante aburrido. He oído que tienes pensado arreglarme el cabello con un nuevo peinado que marcará la moda.

Una feroz puñalada de envidia me atravesó la garganta. Ned sonrió como un tonto.

—Creo que el nuevo peinado destacará a la perfección tus fogosas trenzas. Vamos, Elizabeth. Deja que la señora Craven vea lo que propongo.

—¡Pero eso no es ningún peinado! —se quejó la altiva descarada—. ¿Qué van a pensar Lord Vane o el Capitán Medleycott si los entretengo en un estado tan descuidado?

—No es descuidado, señora —El tono de Ned se agudizó un poco—. Yo lo defino como desenfadado. Según mi experiencia, a los caballeros les gusta mucho. Evidentemente, a ti te quedará mucho mejor. Imagínate que llevas cada mechón sujeto con un broche enojado a juego con el vestido. Creo que Lord Vane podría regalarte media docena.

El punto de vista de los regalos caros puso a la señora Craven de un humor más receptivo.

—Como dices, quedará mucho mejor con mi cabello brillante que con el color fangoso de esta modelo.

¿Fangoso? Ojalá tuviera un puñado de fango de las alcantarillas de Covent Garden para molerlo en la cara amargada de esta ramera. ¿Tenía tanta vanidad que no se daba cuenta de que Ned solo la adulaba para llevar el pan a casa? Solía elogiar el tono intenso y cálido de mi pelo.

Seguro que supo cómo me sentía, porque me puso las manos sobre los hombros y me dio un apretón cariñoso.

—Me vendría bien tu ayuda, querida. En una percha detrás de la puerta verás una capa de lino. Tráela para cubrir el vestido de la señora Craven.

Cuando me levanté de la silla para ayudar a Ned, la señora Craven se sentó en ella haciendo crujir la seda.

—Haz tu magia, señor Armistead, y sé rápido. Si no llueve, quiero dar un paseo en carruaje por Hyde Park esta tarde.

—Eres bastante severa, señora Craven —Su tono dio al insulto un aire de adulación—. Es

una suerte que tu belleza e ingenio sean tales que tus amantes sientan placer cuando les maltratas.

Mientras trabajaba, Ned me mantenía ocupada trayendo y tirando agua, barriendo el pelo cortado del suelo y sujetando el peine cuando tenía las manos ocupadas. Apenas parecía darse cuenta de mi presencia, excepto para darme órdenes. Todo su encanto se volcaba en su atractiva clienta, que le devolvía el coqueteo con mucho descaro.

—Ya casi he terminado —Ned me miró mientras dejaba las tijeras—. ¿Puedes ir a buscar a la señora Paget?

Estaba a punto de preguntar dónde la encontraría cuando la señora Craven espetó:

—En el tercer piso. Segunda puerta a la derecha.

—Ve por las escaleras de atrás —me dijo Ned tras de mí.

Al ver unas escaleras junto a la sala de costura, me apresuré a subirlas. Cuando llegué arriba, encontré la segunda puerta a la derecha y llamé sutilmente. Oí una voz de mujer en el interior. ¿Me estaba llamando? Abrí la puerta y entré de puntillas a un elegante saloncito.

Volví a oír la voz de la mujer. Procedía de una habitación contigua, tras una puerta ligeramente entreabierta.

—¡Qué lista he sido al pensar en este sitio! Siempre había querido ver el interior de uno. Ojalá tuvieran burdeles donde las mujeres pudieran venir a disfrutar de la compañía de jóvenes apuestos.

A través de la estrecha abertura que daba a la habitación contigua vi a un hombre y una mujer medio desnudos frente a una lujosa cama con dosel y cortinas doradas. Se besaban y acariciaban mientras se quitaban a tientas el resto de la ropa.

—¿Para qué los necesitas? —preguntó el hombre mientras le quitaba a la mujer el vestido por la cabeza—. Puedes tenerme a mí a tu servicio donde y cuando quieras.

Sabía que me había equivocado de lugar y que debía salir de inmediato, y aunque la sorpresa y la curiosidad me congelaron los pies en el suelo, mis adentros sintieron un anhelo ardiente que se agitaba como cuando espíe a Ned en la casa de baños.

La constitución delgada del hombre y su cabello castaño dorado me recordaban un poco a Ned. La mujer se parecía a una de las ninfas de los cuadros del piso de abajo, con facciones atractivas y pechos rellenos y rosados.

—¿Donde yo quiera? —La mujer soltó una risita gutural mientras el hombre amasaba los rollizos lóbulos de sus nalgas y besaba sus cremosos hombros blancos—. ¡Qué idea tan curiosa!

La forma juguetona en que esta pareja hablaba y se tocaba no se parecía en nada a lo que había vislumbrado en el callejón aquella horrible noche, que tan lejana me parecía ahora. No pude evitar imaginarme en el lugar de la mujer, con Ned manoseándome el cuerpo de aquella manera. Se me hizo la boca agua y me ardieron las mejillas.

—¿Quizás debajo de una mesa de banquete? —jadeó el hombre mientras se bajaba los calzones, dejando al descubierto su rígido miembro erguido—. ¿Mientras el estrépito de la plata y la cristalería ahoga nuestras travesuras?

—¡Qué perverso! —La mujer chilló cuando su amante la echó de nuevo sobre la cama y se abrió de piernas—. ¡Me encantan los hombres perversos! Son mucho más divertidos que los buenos. Date prisa, querido, tengo una cita con el señor Gainsborough a las cuatro.

El hombre no necesitó que se lo volvieran a repetir, se encaramó ansiosamente a la cama entre las piernas de la mujer y se deslizó dentro de ella. Pensé que gritaría de dolor, pero en lugar de eso tembló y suspiró de placer.

—Quizás pueda darte un poco de color a las mejillas y brillo a los ojos para el cuadro.

Apoyándose en los codos, el hombre acercó su boca abierta a la de ella para darle un beso

profundo y hambriento. Sus caderas empezaron a empujar lentamente y enseguida cobraron apremio.

La mujer gimió y jadeó bajo él... pero no de dolor.

Mi respiración iba tan rápido que me mareé. En ese momento, pensé que los amantes no me oirían a menos que diera un portazo. A pesar del miedo a que me descubrieran, tuve que centrar toda mi voluntad para apartar la mirada de sus cuerpos entrelazados y salir de la habitación.

No podía quitarme de la cabeza lo que había visto. Mi difuso afecto por Ned adquirió de pronto una forma muy clara. Aquella noche, cuando se desnudó para irse a la cama detrás del biombo, me lo imaginé quitándose cada prenda de ropa hasta quedar tan desnudo como el hombre de aquella casa. Cuando se metió en la cama a mi lado, en lugar de temer su atención, empecé a desearla.

Las semanas siguientes transcurrieron en una alegre bruma de felicidad, empañada por rachas de frustración, celos y sospechas. El flirteo constante entre Ned y sus clientas me irritaba cada vez más. Temía los sábados por la noche, cuando se iba sin mí y volvía a casa horas más tarde, apestando a brandy y perfume baratos.

Sabía que debía de estar visitando a una de esas mujeres y despeinando el cabello que había arreglado con tanto esmero. Era un milagro que mis ojos no se tornaran verdes como esmeraldas por la forma tan posesiva en que le observaba tratando de adivinar cuál de ellas era mi rival.

—¿Vas a salir otra vez esta noche? —le pregunté una templada tarde de sábado en marzo—. ¿Pasamos la noche juntos? ¿Vamos al otro lado del río, a Vauxhall? No he ido nunca allí.

—Esta noche no —El tono de Ned me advirtió que no rechistara. Estoy segura de que percibió los sentimientos que intentaba contener, porque su voz se suavizó y me ofreció un resquicio de esperanza—. Te llevaré en otro momento, cuando todas las plantas estén en flor.

Sabía que debía permanecer callada, pero me fue imposible.

—¿Me puedo ir contigo?

Ned se detuvo con la mano en el pestillo.

—Acabo de llevarte a cenar. ¿Qué más quieres?

No me atrevía a decirle que el día tenía muy pocas horas para tener toda la compañía que deseaba.

—No te supondría ninguna molestia, me sentaría en un rincón y no abriría la boca en ningún momento.

—No.

—¿Por qué no? ¿Te vas a algún lugar peligroso? —No parecía el tipo de hombre que buscase compañías dudosas—. ¿O a algún sitio al que te dé vergüenza llevarme?

—¡No es asunto tuyo! —espetó—. ¿Es que no puedo tener paz ni intimidad en mi propia casa?

La rabia que desprendían sus ojos me llegó al corazón.

—¡Mi querido Ned! —Me abalancé sobre él y le rodeé el cuello con los brazos—. Siento haberte molestado. Perdóname, por favor.

No sabía nada de besos, aparte del típico beso cariñoso entre familiares, pero había aprendido algo espiando a los amantes en casa de la señora Goadby. Incliné la cabeza para no chocar con la nariz de Ned y le rocé los labios con una provocadora invitación. Después, esperé a que respondiera.

Me levantó los brazos, que se habían aflojado en cuanto me acerqué a él. Quería que me rodeara con uno y me apretara más. ¿Me quitaría el gorro con el otro y hundiría los dedos en el pelo que con tanto cuidado había peinado aquella mañana? ¿O se deslizaría más abajo para

acariciarme el trasero?

—No tienes que hacerlo —Ned se llevó la mano a la nuca y me soltó los brazos—. Te lo tendría que haber dejado claro desde el principio. Tu cuerpo no es parte de nuestro trato.

—¿No me quieres? Alabas mi físico y dices que te gusta mi compañía. No lo entiendo.

—Eres una chica honrada —Ned parecía sincero, pero se alejó de mí mientras hablaba—. Y de buen corazón.

Entonces, ¿cuál era el problema?

—Fingimos que estamos casados, ¿no podríamos ir un poco más allá?

Negó con la cabeza y puso más distancia entre nosotros. ¿Tenía miedo de que intentara forzar me con él? ¿O estaba conteniendo una parte de sí mismo que me deseaba tanto como yo a él?

—No sabes lo que estás pidiendo, muchacha.

—Claro que no —Me fastidiaba admitirlo—. ¿Es por eso por lo que no me quieres? ¿Porque soy una virgen novata e ignorante y no una de tus bellas señoras del placer?

Se echó a reír, lo cual consiguió enfurecerme aún más.

—Así que es eso, ¿no? —grité—. Me he fijado en cómo coqueteas con esas mujeres perversas. ¡Es repugnante!

La risa de Ned cesó tan repentinamente y su mirada se volvió tan severa, que me hizo retroceder para apartarme de él.

—¡Eres una ignorante al sentarte a juzgar a esas mujeres y llamarlas perversas! Solo hacen lo que deben para salir adelante en este mundo, no hacen daño a nadie. Y eso es más de lo que puedo decir de algunas personas de esta ciudad que hacen un gran alarde de ser virtuosas y respetables.

Sabía que tenía razón. ¿Cómo me atrevía a cuestionar la moral de otra mujer cuando yo ansiaba entregarme a un hombre que no era mi marido? Sin embargo, mi orgullo herido y mi deseo frustrado se negaban a entrar razón.

—¿Cómo puedes ponerte de su parte contra mí?

—Solo las defiendo de una calumnia que no merecen, de alguien que no sabe de lo que habla. Si no te hubiera acogido, ya serías una prostituta con experiencia a unas pocas manzanas de la casa de la señora Goadby y sus señoras.

La aspereza de su carácter no hizo más que avivar el fuego del mío.

—¿Te habría gustado que así fuera? En ese caso, podrías mostrar el interés de un hombre de verdad en lugar de apartarme.

—¡No tienes ni idea de lo que estás hablando! —Ned cogió su bolsa y se marchó dando un portazo.

Cuando el sonido de sus pasos se difuminó escaleras abajo, me invadió el remordimiento. Estaba siendo una desgraciada desagradecida al acosar y reñir al hombre que tantas cosas había hecho por mí. El mismo al que había llegado a... amar.

No podía quedarme allí, carcomida por la vergüenza, esperando a que llegara tambaleándose a casa en unas horas y demasiado borracho como para escuchar y comprender. Sentí que debía ir tras él de inmediato y pedirle perdón antes de que el tiempo y la bebida recrudescieran su resentimiento.

Resultaba imposible. Esta parte de la ciudad era demasiado peligrosa para que una mujer vagara sola.

¿Y si nadie supiera que era mujer? Había oído a mi padre hablar varias veces de papeles en obras de teatro en las que la heroína se vestía de hombre. Dichas comedias eran muy populares

porque permitían a las actrices enseñar las piernas en público.

Antes de que me diera tiempo a pensar en una idea mejor, me arranqué el vestido y me puse unos calzones, una camisa y un abrigo de Ned. Me puse un sombrero tricornio en la cabeza y salí corriendo de casa por Wych Street, por donde tantas veces le había visto ir. Pasé por delante de imprentas y casas de empeño. Al doblar la esquina de Newcastle Street, miré a lo lejos y reconocí la figura familiar de Ned. Me apresuré a seguirle tan rápido como me permitían las piernas. Cuando se bifurcó la calle, ya había ganado suficiente terreno para saber por dónde iba.

Lo seguí a través de un laberinto de callejuelas y patios alrededor de Lincoln's Inn. Casi lo había alcanzado cuando se metió por un callejón de Chancery Lane y entró a una posada llamada The White Hart.

¿Era una casa de apuestas? ¿O un burdel? Aunque las ventanas estaban cerradas, podía oír los sonidos tenues de la música y las risas en el interior. Recorrí el callejón hasta el final pensando qué podía hacer a continuación. Debería irme a casa en lugar de arriesgarme a enfadar aún más a Ned. ¿Pero cómo podía darme por vencida cuando estaba a tan solo unos instantes de descubrir quién era la que acaparaba la atención de Ned? La insoportable picazón de la curiosidad amenazaba con dominar mis remordimientos.

En ese momento, una mano enorme se posó en mi hombro y me dio la vuelta.

—¿Qué haces merodeando por aquí?

—Yo... no estaba...

Un hombre todavía más grande que Enoch me empujó contra la pared.

—Sí que lo estabas.

Casi mojó los calzones de Ned.

—¿Eres uno de esos reformadores morales? —preguntó escupiéndolo sobre los adoquines.

—N-nunca había oído hablar de ellos, ¡lo juro! Pero sí que he oído hablar sobre The White Hart a mi amigo Armistead.

—¡Ah, Armistead! —El ceño del rufián se suavizó un poco—. ¿Qué buscas en *The Hart*?

—Tengo... noticias urgentes para el señor Armistead.

Los ojos del hombre se entrecerraron.

—¿Qué noticias?

Cierto, ¿qué noticias? Mentir era un asunto peliagudo, pero ya era demasiado tarde como para echarme atrás.

—Noticias que no quería que se difundieran. No tengo tiempo que perder. ¿Me dejas entrar o no?

El hombre se lo pensó un momento y luego me rodeó el brazo con su gran puño.

—Mejor aún, te voy a llevar directamente a él con tus noticias.

Se me estremecieron las entrañas de pánico mientras me arrastraba hacia la posada. ¿Cuánto me iba a costar mi imprudente curiosidad?

Mi captor abrió la puerta de un tirón y me metió dentro. Al principio no distinguía más que sombras en la entrada tenuemente iluminada. Oí el sonido de un violín y una flauta, el rítmico ruido de los pies de la gente que bailaba, las charlas a gritos y las risas estridentes. Los penetrantes olores del vino y los perfumes flotaban con tanta densidad en el aire que me provocaban arcadas.

—Por aquí.

Mi corpulento acompañante me empujó escaleras arriba.

Estaba tan oscuro y me temblaban tanto las piernas que tropecé. Me habría caído de no ser porque me sujetaron el brazo con fuerza. Me estremecí al pensar en aquella mano musculosa

sujetándome la garganta. Podía arrancarme la vida en cuestión de minutos o partirme el cuello como una insulsa rama. Mi única esperanza era que Ned me protegiera de cualquier daño. Porque lo haría, ¿verdad?

Cuando se me adaptó la vista a la penumbra, me di cuenta de que The White Hart era un burdel, aunque nada que ver con la elegante casa de la señora Goadby. En una gran sala de reuniones, las parejas se sentaban a beber en mesas de caballete dispuestas junto a las paredes, mientras otras bailaban en el centro. Vi a unos pocos hombres en la multitud, pero la mayoría eran mujeres, las putas más feas que había visto en la vida.

Una de ellas, bajita y corpulenta, se frotó contra mí y me dijo:

—¿Quién es este chico tan guapo? Me hace palpar el corazón.

Me encogí ante aquella descarada mujer. No me imaginaba teniendo algo con ella, aunque yo fuera hombre. Haría falta algo más que una gruesa capa de cerusa blanca y mejillas sonrosadas para hacer atractivas unas facciones tan toscas.

—Deja en paz al muchacho, señorita Labiazos —gruñó mi captor—. Ha venido a ver a Lady Lavender.

Mientras me preguntaba a quién se refería, la mujer de nombre poco acertado puso mala cara.

—Qué fastidio. Siempre se queda con todas las nuevas bellezas antes de participar en el baile. ¿Nos vemos otra noche, señor?

Un frenesí de movimientos procedente de una habitación apartada de la principal me llamó la atención. Las palabras que le habría dicho a la señorita Labiazos se me quedaron atrapadas en la garganta. En aquellas sombras vislumbré unos cuerpos desnudos que se levantaban y retorcían al son de un coro silencioso de gruñidos y gemidos. Una ola de asco se me subió por la garganta al mismo tiempo que se despertaba en mí un hambre inquieta.

—Ya habrá tiempo para eso más tarde —El hombre dejó de apretarme tanto. Sentí la yema de su grueso pulgar rozándome el brazo a través de la tela del abrigo de Ned.

La sensación me erizó la piel. ¿Se había dado cuenta de que era mujer? ¿Me utilizaría en la habitación de al lado? Me tambaleé hacia una puerta abierta.

La habitación que había al cruzar la puerta era más pequeña que por la que acabábamos de pasar, o quizás solo lo parecía porque estaba bien iluminada con varias velas. Me recordó a la sala de peluquería de la señora Goadby, con un gran espejo en una pared detrás de una mesa estrecha llena de peines, cintas y botes de pintura facial.

Asimilé todo aquello con una mirada de terror antes de posar la vista en una pareja de amantes acariciándose. El hombre estaba sentado en una silla delante de la mesa de aseo, mientras que la mujer, engalanada con un vestido morado pálido, se situaba de pie detrás de él. Estaba muy inclinada hacia delante agitando la mano sobre el regazo de los calzones del hombre mientras él no dejaba de besarle el cuello desnudo.

Los celos y el anhelo frustrado me destrozaron el corazón.

—¿Ned? —Pronuncié su nombre con náuseas.

La pareja sobresaltada levantó la vista.

Me eché hacia atrás. El hombre de la silla no era Ned.

—¿Elizabeth? —Esa sí que era la voz de Ned, pero provenía de la mujer del vestido morado.

Me quedé boquiabierto al reconocer los rasgos familiares de Ned en su atractivo rostro. Por primera vez, una chispa de deseo encendió la mirada de Ned al verme vestida de hombre.

## CAPÍTULO CUATRO

Me sentí como si hubiera aterrizado en medio de una pesadilla al oír la voz familiar de Ned saliendo de los labios pintados de una ramera.

—Maldita sea, muchacha, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Qué has hecho?

—¿Que qué he hecho? —La indignación destruyó mi desconcierto y mi miedo. Aproveché que mi captor había aflojado su agarre para soltarme de un tirón—. Por el amor de Dios, Ned, ¿qué has hecho tú?

No quería ni necesitaba una respuesta, todo lo que había visto desde que entré en The White Hart hablaba por sí solo, se trataba de una casa de maricas. Había oído bromas lascivas sobre este tipo de lugares, pero solo podía imaginar vagamente lo que eran. El velo de mi ignorancia se había rasgado, ver a Ned por lo que de verdad era me obligó a ver por qué mi vida con él era así. Ahora todo cobraba sentido: cada palabra, cada caricia y cada mentira.

—¡Me has utilizado, asqueroso! —Me arranqué el gorro de la cabeza y le aticé con él. Después me di la vuelta y salí corriendo.

El hombre que me había traído intentó sujetarme, pero le clavé los dientes en la mano para dar rienda suelta a la furia que no podía contener. Gritó y retrocedió, dejándome libre para correr. Salí disparada arremetiendo contra todo aquel que se cruzaba en mi camino, pisando fuerte, clavando los codos en el estómago y los puños en la nariz y la garganta. Cada golpe que daba tenía como objetivo a Ned Armistead.

Me abrí paso hasta las escaleras, salté por ellas e irrumpí por la puerta. Un hombre que caminaba hacia The White Hart retrocedió asustado cuando pasé corriendo a su lado. Salí disparada del callejón, crucé Chancery Lane y bajé por otra calle, sin pensar adónde me llevaban los pies, siempre y cuando fuera lejos de aquel lugar.

Corrí hasta que temí que me estallaran los pulmones. En ese momento me desplomé contra el lateral de una carnicería, jadeando por el hedor a despojos y pescado podrido de Clare Market. Esperaba que al menos me quitara la empalagosa dulzura de la casa de maricas.

El corazón me latía con tanta fuerza en los oídos que no oí el ruido de los pasos que se acercaban hasta que los tuve casi encima. Levanté la cabeza y vi a Lady Lavender corriendo hacia mí con las faldas levantadas y la elegante peluca ladeada.

Cuando me di la vuelta para huir, Ned jadeó:

—¡Elizabeth, por favor, escúchame! Me lo debes.

Quise gritar que no le debía nada, aunque supiese que no era cierto. A pesar de todo, Ned me había salvado de las calles y devuelto a la vida algo en mí que había muerto con mi madre y Patrick. Si no saldaba esa deuda, temía que siempre tuviera algo contra mí.

—De acuerdo —No me atrevía a mirarle a la cara—. No pienso volver a ese lugar.

—¿Nos vamos a casa entonces?

La casa de Wych Street no era mi hogar, por mucho que intentara fingir que lo era. Aun así, asentí a regañadientes.

Después de recuperar el aliento, Ned y yo salimos en silencio por las oscuras calles. No intercambiamos palabra alguna hasta que vimos la casa.

—¿Tienes las llaves?

Ned levantó su bolsa.

—Cogí esto antes de ir tras de ti.

No me había dado cuenta de que la llevaba.

—Ahí es donde guardas la ropa, ¿no? ¿La ropa normal?

Ned no contestó, pero buscó a tientas las llaves en la bolsa y abrió la puerta.

—Y cuando sales los sábados —insistí—, ¿llevas la... otra ropa?

Seguro que piensa que he sido una necia ciega por no haberme dado cuenta antes.

—¡Silencio, por el amor de Dios! —me suplicó en un susurro ronco—. Si la casera nos pilla así, estoy acabado.

—La señora Payne está tan mal de la vista que probablemente pensaría que tú eres yo y yo soy tú si nos viera.

A pesar de ello, apenas me atreví a respirar hasta que estuvimos en el salón de Ned, con la puerta cerrada tras nosotros. No podía explicarme por qué me parecía tan importante guardar su sórdido secreto.

Mientras yo encendía las velas, él se desplomó en el sofá como una dama desmayada.

—Prométeme que no se lo vas a contar a nadie. Nos podrían condenar a mis amigos y a mí a la horca. O a la picota, que es casi igual de malo.

—¡Ve a cambiarte de ropa y a quitarte esa maldita pintura de la cara! Quiero hablar con Ned Armistead, no con Lady Lavender.

Cuando le miraba estando así, no veía al hombre que amaba, sino a una odiosa rival que me había robado a Ned de una forma que ninguna otra mujer podría.

Se quitó la peluca.

—Soy así, muchacha, te guste o no. Cuando llevo los calzones fingiendo flirtear con mis bellas clientas es cuando siento que llevo un disfraz.

Se puso de pie y se dirigió a trompicones hacia el dormitorio.

Por un momento, me quedé pensando si yo también debía cambiarme de ropa, pero no quise. Ir vestida de hombre me hacía sentir más fuerte y segura a pesar de mi angustia. Necesitaría toda la fuerza que pudiera reunir para pasar la noche.

Un rato después, Ned salió del dormitorio en camisa y calzones, limpiándose la pintura de la cara con un paño húmedo. Parecía tan triste, cansado y asustado que una parte de mí deseaba consolarlo.

En ese mismo instante, recordé todas las veces que había rechazado mis inocentes insinuaciones.

—¿Descubrieron tu secreto las otras modelos?

—Una nunca se dio cuenta —Ned se hundió de nuevo en el sofá—. La otra lo supo desde el principio, pero no le importó.

—¿Y qué tipo de mejores oportunidades encontraron? —Aunque me lo podía imaginar, quería oír la verdad de su boca por una vez.

—Polly está en la casa del placer de la señora Hayes. Kitty estuvo con Madre Mitchell, pero ahora está al cuidado de un concejal.

—Buen negocio el tuyo, procurando vírgenes para las casas del placer.

Ned se sobrecogió ante mi mirada fulminante.

—No es algo que me propusiera hacer, no tuve más remedio. Necesitaba más dinero del que podía ganar con mi trabajo.

—Claro que sí. Los bonitos vestidos que te pones deben ser caros.

Negó con la cabeza.

—Todos son de segunda mano de mis clientas. La señora Goadby sabe cómo soy y le parece bien. Mejor tener a alguien como yo acicalando a sus chicas que a un tipo que podría escaparse con una o contagiarle la viruela.

—No sabes lo celosa que estaba de que esas chicas flirtearan contigo —Estallé en una carcajada frenética que solo logré detener cuando me amenazaba con desplomarme en sollozos.

—Mira, siento si te he hecho daño, esa nunca ha sido mi intención. Puede que no te lo creas, pero me importas de verdad, solo que no de la forma que tú necesitas.

Sus palabras me asestaron una puñalada en una herida abierta. No pude resistirme a devolverle el golpe.

—No, te preocupas por mí al igual que un carnicero se preocupa por su preciada res, un trozo de carne bien preparada para conseguir un buen precio en el mercado.

Ned se estremeció.

—No tiene por qué verse así. No obligué a nada a las otras dos y no te habría obligado a ti si no pudieras soportarlo. Pensé que una vez que te hicieras a la idea y vieras la buena vida que podrías tener, aprovecharías la oportunidad.

—¿De verdad crees que llevan una buena vida? —pregunté—. ¿O es así como tranquilizas tu conciencia?

—¡Es una vida muy buena! —No se podía dudar de la feroz sinceridad de Ned—. Mucho mejor de lo que una mujer entre mil conocerá jamás. Tienes ropa elegante, una casa grande y buena comida a tu disposición, hombres adulándote pagando el precio más alto por tus favores haciéndote el amor. ¡Para mí es el paraíso!

Tal y como lo describía sonaba peligrosamente atractivo, aunque ya no podía cesar el ataque.

—¿Entonces para qué necesitabas el dinero si no era para vestidos elegantes, encajes, joyas y regalos para tus ganímedes?

Ned se cruzó con mi mirada de indignación.

—Lo necesitaba para pagar el chantaje.

Por primera vez, reconocí su aura embrujada.

—Al llegar a la ciudad —dijo—, antes de encontrar el club de maricas de The White Hart, solía recorrer la Royal Exchange en busca de pareja, donde conocí a un hombre. Era guapo y parecía simpático. Me engañó para que le escribiera unas cartas de amor y me amenazó con llevarme a juicio. Tuve que arreglármelas para conseguir el dinero. ¿Sabes lo que me habrían hecho si me hubieran juzgado y declarado culpable?

Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta mientras asentía. Durante mis años de mendicidad, vi pasar dos veces un carro traqueteando delante de mi padre y de mí llevando presos de la picota a la prisión de Newgate. Una multitud de pescaderas corría detrás arrojando verduras podridas, vísceras de pescado y estiércol de caballo. Incluso en las punzantes calles de la ciudad, el hedor nauseabundo que supuraba me ponía enferma. Los hombres de aquellos carros apenas parecían humanos después de pasar horas en la inmundicia.

Cuando le pregunté a mi padre qué crimen habían cometido los prisioneros para merecer un trato tan cruel, sacudió la cabeza con lástima.

—No te preocupes, Lizzie. Fuera lo que fuera, estos pobres desgraciados no se lo merecen. Llena de indignación y humillación, no podía soportar pensar que se maltratara a Ned de esa forma tan brutal.

—¿Por qué no me has contado todo esto antes?

*Antes de hacer el tonto enamorándome de ti*, pensé.

—Estás de broma —Los labios de Ned se torcieron como si estuviese intentando sonreír después de chupar un limón—. ¿Decirte que era un marica que pretendía venderte a una madama? Habrías salido corriendo y gritando directamente al magistrado.

Retrocedí ante el desafío de su mirada. Ambos sabíamos que tenía razón. Por mucho que quisiera convertirlo en el villano de esta sórdida tragedia, no era capaz. A su manera, Ned era más víctima que yo: intimidado por las amenazas y atrapado en una red de secretos y mentiras.

—Ya que te lo estoy confesando —continuó—, deberías saber que mis modelos sirvieron para otra cosa, además de para hacerme ganar dinero. Desviaron cualquier atisbo de sospecha.

Una risita suave dio paso a un llanto aún más suave. Me habría unido a él, pero temía que si vertía mis lágrimas no pararía hasta ahogarme en ellas.

Ned se recompuso y me miró con una súplica desesperada en los ojos.

—¿Qué vas a hacer?

Me encogí de hombros.

—Desde luego, no voy a salir corriendo y gritando al magistrado. Además de eso, no lo sé. ¿Qué vas a hacer tú? Los vecinos empezarán a sospechar si traes a casa una cuarta esposa, tres es ya tentar a la suerte.

—Nunca pensé en una cuarta. Desde luego, no puedo seguir viviendo así, preguntándome si mañana será el día en que esa sanguijuela me entregue. Un amigo mío se fue al extranjero y me escribió para decir que la situación es mejor allí. Tenía pensado seguir sus pasos.

—¿Con el dinero que conseguirías por mí?

—Sí. Tendré que salir de la ciudad mientras pueda y pasar desapercibido en algún lugar hasta que pueda reunir el dinero para el viaje.

Estaba tan desanimado como yo.

Cuando Ned dejara la ciudad, yo lo perdería todo: trabajo, lugar donde vivir y protección. La furia que sentía antes se había consumido y convertido en cenizas frías y grises. Había sido tan repentina que no le dio tiempo a consumir la ternura que había estado creciendo en mi interior durante semanas por Ned. Al mirarle ahora, sabiendo que nunca se enamoraría de mí, no pude reprimir el impulso de perdonarle la vida.

—De acuerdo, lo haré.

Ned salió de sus pensamientos.

—¿Hacer el qué?

—Ir a la ciudad. No es mi arquetipo de paraíso, pero si voy a acabar allí de todos modos, prefiero que sea a mi manera. Puedes llevarme por la mañana a casa de la señora Goadby y cobrar el pago. Ahí es donde pretendías venderme, ¿verdad?

Parecía como si le hubiera asestado un golpe.

—Está deseosa de hacerse contigo. Por lo que he oído, tiene algo especial planeado para el comienzo de la temporada. Sin embargo, no puedo aceptarlo. Al menos no ahora.

—¿Y por qué no? Es lo que habías planeado. La única diferencia es que ahora sé lo que hay.

Ned había hecho mucho por mí y mis sentimientos hacia él habían surgido de la gratitud. Si se quitaba esa obligación, quizás podría liberarme de la dolorosa trampa del amor.

—Es más de lo que merezco —dijo Ned en un susurro ronco y con la mirada fija en mis

zapatos—. Mi vida sería mucho más fácil si pudiera ser el tipo de hombre que tú quieres, pero yo no soy así, amor. Solo espero que algún día no me odies por todo esto.

Negué con la cabeza.

—Mi vida sería mucho más fácil si de verdad pudiera odiarte.

La señora Goadby resplandecía de satisfacción cuando Ned me llevó a la mañana siguiente.

—El señor Armistead me ha comentado que deseas tener una plaza aquí.

Recordándome a mí misma que todas mis otras opciones eran mucho peores, asentí con solemnidad.

—Tengo fama de dirigir la casa de este tipo más exclusiva del país —anunció la señora Goadby con evidente orgullo—. Mantengo el círculo más selecto de mecenas, algunos de los primeros caballeros del reino entre ellos.

—Esta joven será un gran activo para ti, señora —Ned parecía estar incómodo.

La señora Goadby clavó en mí su mirada perspicaz.

—Ahora mismo no está muy animada, pero supongo que es de esperar.

No me atrevía a impresionarla con una falsa muestra de ánimo.

—Estará bien en cuanto se instale y se acostumbre al lugar —insistió Ned. Me pregunté si intentaba convencer a la señora Goadby o a sí mismo—. Es amable, servicial y tiene ganas de superarse.

—Cualidades encomiables —dijo la señora Goadby—. Le ofrezco a mis señoritas todas las oportunidades para cultivar sus encantos —Hizo una pausa y luego anunció—: Sí. Creo que lo va a hacer de maravilla.

Me cogió del brazo.

—Deja que te enseñe la casa. Mañana a primera hora te tomaremos las medidas para hacerte unos vestidos nuevos. El que llevas es bastante bonito, aunque está pasado de moda. Aquí solo llevarás las prendas más elegantes y modernas.

Mientras hablaba, me hizo pasar al espacioso salón.

—Dime, ¿con qué nombre quieres que se te conozca?

Lo pensé un momento. Ned me había explicado que la mayoría de sus clientas adoptaban un nombre artístico cuando se iniciaban en el oficio. Posiblemente no querían arriesgarse a deshonorar a familias respetables y tampoco querían que se les localizara fácilmente. Muchas adoptaban el nombre de su primer protector.

—Puedes llamarme señora Armistead —Ned nunca fue mi amante, pero sí el responsable de iniciarme en esta carrera.

También tenía otro motivo para utilizar su nombre. A partir de ahora, cada vez que lo oyera, me recordaría que mantuviera todas mis relaciones con los hombres en el ámbito de los negocios.

Mi primera semana en la casa de la señora Goadby transcurrió en un vertiginoso torbellino de preparativos para mi puesta de largo en la ciudad. Tuve que soportar horas de pruebas de vestuario hasta que me sentí como un alfilerero por todos los alfileres que me ponían. Me convencí de que era por una buena causa cuando me vi en un espejo de cuerpo entero con el primer vestido ya terminado.

Era de seda color melocotón con ribetes marrones fruncidos, tenía un coqueto volante en el bajo y encaje blanco en los codos. Hacía que hasta el mejor de mis antiguos vestidos pareciese destartado. Me lo puse esa misma tarde, cuando la señora Goadby me llevó a dar el primer paseo en carruaje por Hyde Park. ¿Se darían cuenta algunos de los caballeros que me miraban que hacía unos meses les había estado pidiendo limosna a la salida del teatro de Covent Garden?

Su atención despertó en mí una desconcertante mezcla de sentimientos, el más familiar era el

temor que me había acompañado tras la muerte de mi padre. Ahora se le unía un murmullo de satisfacción. Puede que Ned Armistead no me deseara, pero había muchos otros hombres que sí. Veía el deseo arder en sus miradas y sus sonrisas.

Sin saber qué decir, sonreí cuando un caballero me llamó la atención. Después, bajé rápidamente la mirada por miedo a parecer demasiado atrevida. No obstante, no pude resistirme a echar otro breve vistazo para ver si seguía observándome.

—Eres una coqueta nata, querida —La señora Goadby me dio una palmadita en la mano con aprobación maternal—. Creo que serás muy popular en compañía.

—Señora, ¿cuánto me falta para... empezar?

—No mucho. Ya he enviado invitaciones para un banquete de belleza que se celebrará la semana que viene.

Estoy segura de que percibió mi confusa reacción ante sus palabras, porque me miró con una perspicacia que parecía comprenderme mejor que yo misma.

—Estás ansiosa, es de esperar, de saber cómo será tu primera vez. Me atrevería a decir que a todas las mujeres les pasa, tanto a las señoritas exquisitamente educadas que llegan inocentes a su lecho nupcial como a las muchachas menos afortunadas que deben abrirse camino en el mundo.

Asentí, deseosa de sentirme segura.

—Una chica inteligente como tú debe ver que me interesa que tus primeras experiencias sean lo más agradables posibles.

Había estado demasiado desconcertada por los últimos acontecimientos para pensar en ello, pero tenía sentido.

—Conozco bien a los caballeros que he invitado para la semana que viene. No solo tienen grandes fortunas, también son jóvenes, apuestos y tiernos al tratar con doncellas. Espero recibir varias ofertas atractivas por el honor de tus primeros favores —La señora Goadby me miró con una sonrisa cariñosa—. Mi elección no solo estará determinada por el precio.

—Gracias, señora —dije aferrándome a su consuelo.

Mientras regresábamos a Great Marlborough Street, otro carruaje pasó junto a nosotras llevando a tres señoras bien vestidas de la edad de la señora Goadby. Nos miraron, quizás para comprobar si nos conocían. Justo después, una susurró a las otras y las tres volvieron la cabeza.

—No les hagas caso —La señora Goadby soltó una risita chillona—. Esas pobres mujeres no se atreven a prestarnos atención por miedo a manchar sus preciosas reputaciones. Las compadezco. A la mayoría las compran y venden sin más sentimiento que a la prostituta más mezquina de Covent Garden, que al menos tiene la ventaja de la variedad —Fruunció la boca—. Mi fortuna es mía para disponer de ella como me plazca. Todo lo que tienen ellas se les da y se les quita a capricho del marido.

Hacía que las mujeres casadas parecieran poco más que esclavas.

—P-pero si están enamorados...

Un escalofrío pareció asentarse sobre las facciones de la señora Goadby.

—Escúchame bien, Armistead. Las mujeres como nosotras no estamos sujetas a las reglas que rigen a la mayoría de nuestro sexo. Sin embargo, tenemos algunas propias para protegernos.

Me incliné hacia delante con la intención de aprender de la experiencia de alguien que había sobrevivido y hecho fortuna en el mundo en el que estaba a punto de entrar.

—La principal de ellas es la siguiente —La mirada dura de la señora Goadby me retó a dudar de ella—. *Nunca* te enamores.

## CAPÍTULO CINCO

Aquella tarde, la advertencia de la señora Goadby resonó en mi mente mientras jugaba a las cartas en su salón con las otras dos novicias. Harriet, una coqueta morena de las Tierras Medias, se había ofrecido a enseñarnos a Rose y a mí un juego llamado lanterloo de tres cartas.

—¿De qué palo es el triunfo? —preguntó Rose, una chica rubia de Kent cuyas mejillas con hoyuelos la hacían parecer menor de dieciséis años.

—Corazones —dijo Harriet sonriendo—. Me imagino que en un lugar como este los corazones deben ser siempre el triunfo.

—Diamantes, más bien —murmuré en voz baja recordando la conversación que había tenido antes con la señora Goadby.

—Ojalá tuviéramos unas monedas para apostar —Harriet hurgó en el montoncito de botones que hacía las veces de premio—. Haría el juego mucho más interesante.

Me encogí de hombros.

—Después de la semana que viene, tendremos monedas de sobra para apostar a las cartas o cualquier otra cosa que nos apetezca.

No tenía la más mínima intención de jugarme mis ganancias. Con el alojamiento, la comida y la ropa que me proporcionaba la señora Goadby, ahorraría el dinero para no acabar de nuevo en la calle.

—Se me ha ocurrido una cosa —dijo Harriet—. La que no se lleve ninguna baza tendrá que responder a una pregunta de las demás.

—¿Como si fuese una penalización? —Rose arrugó la nariz pecosa.

Harriet asintió.

—Las penalizaciones son muy divertidas. ¿No te parece, Elizabeth?

Creía que dependía de si se ganaba o perdía. Aun así, sentía curiosidad por las otras dos... y tenía buenas cartas.

—Sí, me parece divertido.

Rose se llevó una baza en la primera mano y yo me hice con las otras dos. Después de debatir en susurros risueños, planteamos una pregunta bastante inocente a Harriet.

—¿Te has enamorado alguna vez?

—Sí.

Su cortante respuesta no hizo más que provocar mi curiosidad.

No pude jugar la siguiente mano por culpa de unas cartas miserables.

Harriet se llevó todas las bazas y enseguida preguntó a Rose:

—¿Cómo te encontró la señora Goadby?

—En una oficina de trabajo —Rose se puso de todos los colores de la flor homónima—.

Estaba buscando un nuevo puesto.

Mano a mano, fuimos descubriendo las historias de cada una. Supimos que Rose había estado en activo hasta el día en que el tío de su jefe abusó de ella. Consiguió escapar con su virginidad intacta, pero quedó muy asustada.

—Después todo fue a peor. Milord afirmó que me lancé sobre él y que le rogué que me mantuviera —Rose se estremeció—. ¡Habría preferido morir de hambre! Pero el ama de llaves le creyó y me echó sin recomendación.

Harriet admitió que no había sido tan intachable en su conducta como Rose. Cuando pasó el invierno con su tía en Bath, se enamoró de un joven que la convenció para fugarse. La noche de bodas, después de apagar las velas, salió un momento de la habitación, volvió y le hizo el amor en silencio. A la mañana siguiente, al despertarse, encontró a un desconocido en el lugar del novio. Resultó que la ceremonia había sido una farsa y Harriet nunca volvió a ver a su «marido».

—El otro hombre me dejó algo de dinero. Me dijo que el señor Barton se gana la vida cortejando chicas inocentes para que los ricos viejos las desfloren. Casi se me había acabado el dinero cuando la señora Goadby me ofreció un puesto. Estoy segura de que el señor Barton la envió y se embolsó una comisión. Ojalá hubiera podido negársela, pero temía acabar en la cárcel de deudores. Al menos aquí sabré lo que hago y seré yo quien saque provecho de ello.

Harriet nos miró a Rose y a mí como si hubiésemos tenido que ver en su perdición.

—Supongo que pensáis que fui una mala persona por fugarme y una estúpida al caer en semejante engaño.

—No es ni una cosa ni la otra —Su historia mejoró mi opinión sobre Ned Armistead. Me había engañado, pero fue porque ocultaba un secreto demasiado peligroso para revelarlo—. Se han portado muy mal con Rose y contigo.

—¿Y qué tal se han portado en tu caso? —preguntó Rose—. ¿Te ha utilizado alguien de mala manera?

—La vida misma —Estaba a punto de contar mi historia cuando entró la señora Goadby.

—¿Todavía estáis despiertas a estas horas? Esto no puede ser, mañana tenemos un día muy completo. No podéis estar sin fuerzas y bostezando antes de la cena. A la cama... ¡ya!

No titubeamos, soltamos las cartas y corrimos a la alcoba de la señora Goadby para ponernos la ropa de dormir.

Una vez acostadas en los sofás del salón y apagadas las velas, el susurro de Rose rompió el silencio.

—Harriet, ¿cómo es... con un hombre? ¿Duele mucho?

—Es raro —suspiró Harriet—. Cuando creía que estaba con el señor Barton y que estábamos debidamente casados, apenas me importaba. Sin embargo, cuando descubrí cómo me habían engañado, sentí como si me hubieran despedazado.

A mí no me pareció raro. Habría soportado cualquier cantidad de dolor si Ned lo hubiese querido así. A pesar de las promesas de la señora Goadby, no podía librarme del pavor de mi iniciación. Por muy atractivo, hábil y amable que fuera mi primer compañero, no sería el hombre que yo quería... el único hombre que nunca podría tener.

Al subir las escaleras a toda prisa la noche siguiente, después de una última inspección de la señora Goadby, me encontré bajando a Isabella Craven.

—Disfruta de tu paseo, Armistead —Sul labio se arqueó en una mueca—. Dudo que puedas ir mañana. Hay que ser estúpida para creer que la señora Goadby te entregará a un caballero respetuoso que te lo pondrá fácil la primera vez.

El estómago me dio un vuelco nauseabundo.

En ese momento, se escuchó una voz bajar del piso de arriba, burbujeando con impúdico regocijo.

—¡Qué memoria la tuya, Craven! Me asombra que recuerdes lo que es perder la virginidad, teniendo en cuenta que perdiste la tuya hace mucho tiempo.

Levanté la vista para ver a Nell Paget inclinada sobre la barandilla.

—¡A mí me sorprende que tuvieras un himen que romper! —Isabella se alejó con la cabeza alta.

Nell me guiñó un ojo.

—Llamarla perra es un insulto hacia los canes. No te preocupes por lo que pase esta noche. Bebe mucho vino en la cena, tranquilízate y deja que el caballero se salga con la suya. Te acostumbrarás con el tiempo y descubrirás que puede ser muy agradable. Si no te gusta el caballero con el que estás, cierra los ojos y finge que es alguien que sí te gusta.

Se marchó escaleras abajo mientras yo me preguntaba si mi vívida imaginación por fin me haría algún bien.

No tardaron en llegar los invitados de la señora Goadby. A las chicas nuevas se nos dijo que esperaríamos arriba hasta que nos llamaran. Nos apiñamos en el vestíbulo mientras una cadenciosa mezcla de música, charlas y risas llegaba desde el salón delantero.

Llamaron a Harriet y luego a Rose. El tiempo se hizo eterno mientras esperaba mi turno, pero por fin vino Isabella a buscarme.

Mientras me preparaba para mi entrada, oí a la señora Goadby exclamar:

—He reservado lo mejor para el final. Esta joven acólita de Afrodita es de Greenwich, hija de un zapatero que abandonó a la pobre niña para hacerse predicador metodista.

¿Pero qué tontería era esa? Apenas me dio tiempo a pensar, pues se me enganchó el pie en algo y entré a trompicones en el salón. Intenté agarrarme, pero tenía tantas miradas sobre mí que no conseguía poner un pie en su sitio. Mientras me tambaleaba, me imaginé desplomada en el suelo y humillada mientras los invitados de la señora Goadby se reían a carcajadas de mi torpeza.

En ese momento, la mano de un hombre me cogió la mía, mientras con la otra me rodeó la cintura para darme el apoyo que necesitaba para recuperar el equilibrio.

—¿Ya ha llegado la hora de bailar? —gritó mi salvador—. Espera a que la señora Goadby termine de presentarte primero, bonita.

Los demás rieron con admiración a la rápida acción y galantería del caballero.

—Deja que Lyttelton se quede con la chica más bella.

Mareada y sin aliento, me entregué al caballero y me hundí en el sofá a su lado.

—Gracias por acudir a mi rescate, señor, te lo debo.

Me crucé con sus ojos grises, que brillaban ávidos de aventura.

—Ten cuidado con lo que dices, cielo. Podrías tentarme a seguir con mi reclamo.

—Pocas señoritas se opondrían a cumplir semejante condena.

Una carcajada sugerente me hizo arrepentirme de mi ligereza.

—¡Eso es juego sucio, Lyttelton! Ya te has llevado una conquista antes de que se nos haya presentado al resto debidamente a... Quiero decir, señora Goadby, revele el nombre de su divina y joven amiga.

—Será un placer —La voz de la señora Goadby no tenía ningún rastro de descontento por mi entrada sin gracia—. Esta encantadora incorporación a mi casa es la señora Armistead. Querida, te presento al capitán Ayscough, al señor Andrews, al capitán O'Byrne, al señor Barrington y a sir Francis Molyneux. Ya has conocido a Lord Lyttelton.

Los nombres de los otros caballeros se mezclaron en mi cabeza. Estaba demasiado ocupada

con milord como para preocuparme. Me recorrió el costado con la mano desde la base del corpiño hasta debajo del brazo.

Cuando apareció un criado con vino, Lord Lyttelton lo rechazó.

—Tengo las manos demasiado ocupadas en este momento como para distraerlas con otros menesteres.

Sinceramente, no sabía si quería que lo hiciera. Su tacto hizo que mi carne empezara a calentarse.

—¿Quieres compartir mi copa, señor? —Era lo menos que podía hacer para recompensarle por venir en mi ayuda.

—Eres tan generosa como bella —la comisura de su boca se arqueó en una sonrisa encantadora—. Debo felicitar a la señora Goadby por su nueva adquisición.

—¿Sueles venir por aquí a menudo, milord?

—La verdad es que no. Suelo ir a King's Place, que me es más cómodo. Esta noche estuve a punto de no salir, pero mis amigos insistieron y ahora les estoy muy agradecido

Le incliné el vaso para que bebiera y acercó la boca. Esperaba poder tentar a milord para que pujara por mí. No era Ned y apenas nos conocíamos, pero era apuesto y atento. Me podría ir mucho peor.

Mi compañía bebió y charló durante un rato. Luego, uno de los caballeros nos invitó a bailar. Harriet se unió a los demás para formar un grupo de seis, pero Rose y yo nos quedamos fuera. Aquella semana habíamos empezado con las clases de baile.

Cuando Lord Lyttelton me instó a intentarlo, negué con la cabeza.

—Siento decepcionarte, pero tengo que practicar más para poder aceptar la invitación la próxima vez que vengas.

—Es un excelente aliciente para volver —Una vez más, milord me levantó la mano. En lugar de besarla como hizo antes, me giró el brazo y rozó con los labios la sensible carne de la parte interior de la muñeca. Me pregunté si sería capaz de sentir mi pulso acelerado—. Espero que aprendas rápido.

—Lo intentaré, milord, tengo tanto que aprender —El baile, la música, el arte de la conversación animada... ¿lo llegaría a dominar todo?

—Me encantaría instruirte en uno o dos temas importantes —Posó la mirada en mis pechos, que sobresalían ligeramente por encima del bajo escote del vestido—. A mi parecer, soy un profesor paciente.

Después de varios bailes, uno de los caballeros anunció:

—Se me ha abierto el apetito. ¿Cuándo cenamos?

—Cuando deseas, señor —dijo la señora Goadby—. Esperamos que durante esta noche todos los apetitos queden satisfechos.

El vino me había calmado los nervios lo suficiente como para reírme con los demás. La música seguía sonando mientras la fiesta se dirigía al comedor. La sala parecía sacada de una de mis elaboradas fantasías: cristalería reluciente y plata pulida, mantelería blanca como la nieve y ramilletes de flores brillantes. El vapor salía de debajo de las tapas de los platos con un olor succulento. No tenía nada que ver con la taberna de Fat Joe.

Colmamos los platos con crema de ostras, pastel de pichón y chuleta de ternera. Tuve cuidado de no atiborrarme, era una noche demasiado importante como para arriesgarme a ponerme mala. Todos los caballeros comían y bebían con un apetito voraz. De vez en cuando, alguno se levantaba y proponía un brindis por las señoritas, la señora Goadby, la belleza, la juventud, la aventura o el pastel de macarrones.

Siguió un segundo plato, tan copioso como el primero, con ternera y aceitunas, budín de patatas y ragú de pato entre otros. Entre plato y plato, los caballeros se excusaban por turnos para conversar en voz baja con la señora Goadby.

—Están pujando por ti y las demás —susurró Nell—. Por lo que parece, llevan buen ritmo.

Sonrojada por la comida, el vino y la admiración de Lord Lyttelton, levanté la copa.

—¡Por el mejor postor!

Milord cogió su copa.

—¿Por quién brindas? Me uniré encantado.

—¿Qué le parece si brindo por usted, milord? —Hice todo lo posible por imitar la alegre insolencia de Nell.

—¿Me consideras demasiado modesto como para levantar una copa en mi honor? —Levantó su copa y se la bebió de un trago—. Soy un hombre de muchas virtudes, pero la modestia no está entre ellas.

Llegó el postre dejando un aroma dulce y picante en el ambiente: pequeños pasteles de ratafía, buñuelos de melocotón y nata.

—Ten, un bocado —Lord Lyttelton me acercó un pastel a los labios—. Para recompensarte por compartir el vino conmigo antes de la cena.

Le di un pequeño mordisco, saboreando el agri dulce sabor a nuez. Cuando el pastel empezó a desmoronarse y amenazó con llenarme el vestido de migas, me vi obligada a engullirlo, con los labios y la lengua rozándole los dedos. Le hizo gracia mi impaciencia.

Por fin, cuando la conversación empezó a decaer, la señora Goadby se levantó de la silla.

—Señoritas, retirémonos y dejemos a los caballeros disfrutar de su oporto.

Al levantarme para marcharme, Lord Lyttelton se me acercó para susurrarme:

—Déjate las medias puestas hasta que vaya. Me encanta ayudar a las señoritas a quitárselas.

—Ve a tus aposentos —murmuró la señora Goadby cuando salí del comedor—. Y cámbiate de ropa para la compañía privada.

Si hubiese bebido menos vino, sus palabras me habrían asustado. En su lugar, me sentí como si estuviera flotando sobre una bruma cálida y despreocupada—. ¿Voy a entretener a Lord Lyttelton esta noche, señora?

Por la forma en que se tensó la boca de la señora Goadby, supe que había hecho la pregunta equivocada.

—Entretendrás a quien yo te envíe, Armistead. Es más, entretendrás a todos por igual, sin parcialidad.

La severa fuerza de su desagrado me sacó de mi aturdimiento.

—Sí, señora.

Subí corriendo las escaleras hacia la cálida y tenuemente iluminada habitación, con la ropa de cama bajada. Me quité la ropa con torpeza para ponerme el camisón de muselina irlandesa y el vestido de brocado rosa que estaba extendido sobre el lecho.

Mientras me ataba el cinturón del vestido, oí cómo se abría la puerta de la habitación. Salí corriendo para saludar al hombre que había pujado más por mi virginidad.

—¡Lord Lyttelton! —Un dulce alivio me impulsó a sus brazos—. Temía que fuera otro hombre.

—No tenías por qué —Me besó en toda la boca. Era el tipo de beso que había deseado de Ned, pero que nunca había sido capaz de darme. Los labios de milord se movieron contra los míos, como si degustaran las migas de pastel picante o sorbieran la dulce espuma de la nata. Su beso sabía a lujos prohibidos que ya podría compartir. Prometía una vida fácil, placentera y

plena. ¿Cómo podría resistirme?

—Eres muy cariñosa —Milord me acarició el cuello—. ¿Es verdad que nunca te has acostado con un hombre a tu edad? Porque debes tener...

—Dieciocho años, milord, en julio —Me había acostado con un hombre, aunque no de la forma que él quería decir—. ¿Soy demasiado atrevida? Juro que soy virgen, lo descubrirás enseguida.

—¡Claro que sí! No te preocupes por cómo te comportes, no me van las putas tímidas y modestas. Puedo conseguir cualquier señorita casadera de ese estilo en una fiesta —Me dio otro beso con más ímpetu y con fuertes empujones de lengua.

Me sometí a él sin entusiasmo ni resistencia, sin saber qué quería. Mis propios sentimientos me confundían a partes iguales. Me escoció que nombrase a las putas de esa manera. Hasta ahora solo había oído hablar de la dama del placer, Thäis, devota de Venus, que solo sirvió para enmascarar y exaltar mi nuevo oficio. Ahora me enfrentaba a la verdad de que la única diferencia entre yo y una fulana de Covent Garden era el precio.

Lord Lyttelton metió la mano bajo el vestido para acariciarme el pecho a través de la ligera tela del camisón. Lo apretó con suavidad y luego frotó el pezón con la yema del pulgar hasta que se puso duro y erecto. Me recorrió el cuerpo una oleada de placer, cuyo feroz calor quemó mi vergüenza. Me contoneé sobre milord, respondiendo a sus besos y caricias.

Enredó los dedos en mi pelo. Dicha sensación me trajo a la mente un recuerdo tan potente de Ned que se me hizo un nudo en la garganta.

Meforcé a concentrarme en Lord Lyttelton. Ned Armistead me había engañado y utilizado para sus propios fines, pero el deseo de milord era tal que se podía medir en guineas de oro. Lo necesitaba para olvidarme de Ned.

—¿Por qué estamos todavía en la puerta? —preguntó milord sonriendo—. Tenemos dos buenas habitaciones a nuestra disposición. Por lo que he ofrecido, más vale que obtenga algo a la altura.

—Mis disculpas —De nuevo me sentí como la novata torpe y vergonzosa que era—. Pasa y ponte cómodo. ¿Quieres sentarte en el sofá o...? —Miré hacia la puerta del dormitorio.

Se encogió de hombros.

—Es mejor empezar por donde vamos a terminar. Si quieres que me sienta cómodo, me ayudará si me quito algo de ropa.

Me cogió en brazos y me llevó hacia la alcoba.

—Llevar a una señorita hasta el umbral y luego despojarla de su virginidad es lo más parecido a una noche de bodas, la cual espero que tarde mucho en llegar.

Chillé cuando me arrojó sobre la cama. La parte inferior del vestido se abrió y se levantó el camisón, dejándome al descubierto los tobillos.

—¡Buena chica! —gritó—. Te has acordado de dejarte las medias puestas.

Me miró las piernas con ojos llenos de deseo mientras se quitaba el abrigo y se desataba el cuello. Señalé con los dedos y giré el pie en círculo.

—Me preocupaba que no pudieras pujar lo suficiente para verlas.

Lord Lyttelton se dejó caer hacia atrás sobre la cama.

—Si me conocieras mejor, jamás habrías dudado.

—Pero solo hiciste una puja a primera hora de la tarde.

—Esa oferta fue de cinco libras por encima de cualquier cosa que ofrecieran los demás —Sujetó el dobladillo del vestido y lo subió lentamente hasta por encima de las rodillas, donde estaban los ligeros atados—. El pobre O'Byrne se ha llevado un disgusto. Estaba seguro de que

eras suya. Bueno, hablando de las medias...

Sujetó un extremo de la cinta de la liga con los dientes y tiró de ella. Después, se inclinó hacia mí y me dio un pellizco juguetón en la parte interior del muslo.

Chillé y solté una risita.

—¿Te he hecho daño? —Milord fingió preocupación—. Déjame que lo bese mejor.

El susurro de sus labios sobre la carne sensible me hizo cosquillas, pero también sentí que me subía una oleada de calor por el interior de la pierna para avivar el fuego ardiente que encendían sus besos.

Enganchó un dedo en la parte superior de la media y tiró de ella hacia abajo al mismo tiempo que sus labios me rozaban la pierna desnuda. Luego me quitó la otra media de la misma forma pausada y estimulante. La sacudió como si fuera un trofeo de conquista mientras me acariciaba las piernas con el dorso de la mano.

—Si el resto es tan encantador como lo que ya he visto, no me arrepentiré de haber pagado un penique de tu precio.

Milord me lanzó una mirada burlona mientras se desabrochaba los calzones y se los bajaba por las musculosas piernas—. ¿Has visto alguna vez a un hombre desnudo?

Aunque me preocupaba que la confesión pudiera hacerle dudar de mi virtud, asentí. Me sentí aliviada cuando vi que recibió la noticia con su sonrisa ladeada.

—Me pica la curiosidad por conocer la historia... pero no ahora.

Se quitó la camisa de un tirón y la arrojó a un lado, dejándome ver de cerca lo que hasta entonces solo había visto de refilón. El pecho desnudo de milord se ondulaba con hileras de músculos firmes y arqueados y lucía un ligero mechón de vello castaño. Tenía más a partir del centro del vientre y se extendía hasta una tupida mata en las ingles. Su miembro rígido estaba listo para la acción.

—Te toca desnudarte —Señaló hacia los pies de la cama—. Pero no demasiado rápido. Déjame saborear las vistas.

Deseé que fuera él el que me quitara el vestido y el camisón, tal y como había hecho con las medias. Si me quedaba allí tumbada y me sometía a él, me sentiría menos responsable de lo que estaba a punto de ocurrir. Reprimiendo cualquier molesto atisbo de pudor, me bajé de la cama y me aparté lo suficiente para que milord tuviera una buena vista mientras se reclinaba sobre las almohadas. El vestido ya estaba abierto, solo tuve que encogerme de hombros para que cayera lentamente y se enredara en los pies.

Cogí el dobladillo del camisón y lo fui levantando milímetro a milímetro. Milord emitió un profundo suspiro de aprobación cuando los muslos desnudos quedaron a la vista y otro cuando descubrí las ingles. Para entonces, ya había subido el camisón lo suficiente para ocultar mi rostro ruborizado. Una vez expuestos los pechos, supuse que ya no era necesario ir despacio. Me quité el camisón y sacudí la cabeza para que el pelo me cayera por los hombros.

—Desde luego, eres una Venus —Con una mirada alegre, milord me hizo unas señas—. Ven, Venus. Mis ojos ya se han dado un festín, ahora tocar satisfacer otras... partes.

Con la reticencia y el ansia luchando en mi interior, me subí a los pies de la cama y serpenté hacia él.

—Sigue —Deslizó las piernas por debajo de mí—. Un poco más. Perfecto.

Cuando me puse en la posición que él quería, tenía una mano a cada lado de su cabeza y las piernas a horcajadas sobre su pecho. Mis senos flotaban sobre su boca.

Extendió la lengua y la pasó por cada uno de los pezones mientras levantaba las manos para apretarme las nalgas.

—Esto es lo que yo llamo un banquete de belleza. Baja más la parte delantera. Buena chica.

Doblé los codos bajando el pezón hacia sus labios fruncidos. Me dolía el cuerpo de placer mientras me chupaba los pechos y me acariciaba el trasero, pero no podía entregarme por completo a él mientras tenía los brazos soportando mi peso en un ángulo tan extraño. Me recordé a mí misma que mi satisfacción no significaba nada, solo la de milord. Mi placer vendría del estómago lleno, la ropa elegante y una casa refinada.

En ese momento, desvió una mano por debajo de mí para acariciarme la fisura entre las piernas. Me estremecí de placer. Tuve que hacer un esfuerzo conseguí para no desmayarme sobre él.

—Estás tan mojada y deseosa como cualquier ramera a la que haya montado. Ahora descubriré si de verdad eres virgen —Bajó la mano y volvió a levantarla... o eso creía. Sin embargo, la suave punta carnosa que me presionaba era mucho más grande que sus dedos. Sabía lo que iba a ocurrir, pero estaba demasiado sumida en la lujuria para tener miedo.

—Antes de sentir su mordisco —dijo Lord Lyttelton rozándome el pecho con la mejilla suavemente afeitada—, tienes que sentir su caricia.

La corona resbaladiza de su miembro se deslizó sobre mis partes más íntimas, como si pasara una cuchilla sobre una piedra de afilar, haciendo que quisiera ir un paso más allá. En ese mismo instante, sentí una punzada de deseo que liberó un torrente de placer tan intenso que dominó mis sentidos. Me desplomé sobre Lord Lyttelton estremeciéndome de placer.

Antes de que pudiera recobrar la lucidez, nos hizo rodar a los dos y me inmovilizó bajo él. Levantó un poco las caderas para apuntar. La punta de su miembro dio en el blanco y disipó el eco del éxtasis que se había apoderado de mí un momento antes. Sus músculos se contrajeron y soltaron atravesándome con una potente embestida. El dolor fue tan intenso como el placer anterior. Me retorcí y grité.

Me hizo callar con un beso firme.

—Lo peor ya ha pasado.

Es posible, pero lo que vino después no fue mucho mejor. Si se hubiera retirado o quedado quieto para que se curara la carne desgarrada, podría haber olvidado enseguida el dolor. Empezó a salir y a entrar, y cada golpe me dejaba en carne viva. Me mordí el labio con fuerza, rezando para que acabara pronto. Puede que así fuera, según el reloj, aunque a mi parecer duró un buen rato. El áspero aliento de milord en mi oído acompañaba el movimiento de sus caderas, que cada vez iba más rápido.

Finalmente, cuando temí no poder soportarlo más, emitió un gruñido profundo y embistió por última vez. Agotado, se desplomó sobre mí. Estaba tan consumida por el dolor que palpitaba en mis entrañas que apenas sentía su peso muerto.

Cuando se apartó de mí y empezó a roncar, salí sigilosamente de la cama, dejando tras de mí una mancha de sangre en las sábanas como prueba de la virginidad que me acababan de saquear. Detrás del biombo, encontré una palangana y un aguamanil llenos de agua. Puse la palangana en el suelo y vertí en ella una medida de agua fría. Luego, con un sollozo de alivio, me senté en el agua.

Lo peor había pasado. Ya no tenía una virginidad que perder. Me aferré a la afirmación de Nell Paget de que acostarse con un hombre era más fácil después de la primera vez. Incluso con todos los lujos de la vida en casa de la señora Goadby, no estaba segura de poder soportar un encuentro así todas las noches.

¿Y qué otra opción tenía? Me acababa de convertir en puta y ya no había vuelta atrás. Una pequeña mancha en la reputación de una mujer era tan mala como toda una vida de libertinaje. A

partir de aquí solo podía ir hacia adelante y hacer lo que tuviera que hacer para sobrevivir.

## CAPÍTULO SEIS

Tenía la esperanza de poder darles tiempo a mis pobres y maltrechas partes para recuperarse antes del siguiente asalto. Aunque milord tenía otras ideas en mente.

Esa misma noche volvió a utilizarme dos veces más. Me besó y acarició igual que antes, pero el dolor que sentía abajo apagó cualquier chispa de placer. A la mañana siguiente se marchó de muy buen humor y me regaló cinco guineas. Se lo agradecí con sinceridad y me dije que mi iniciación podría haber sido mucho peor. Al menos había disfrutado con milord y también había hecho que el dolor mereciera la pena.

Me senté en la cama con el camisón puesto y pasé las monedas de oro de una mano a la otra. El tintineo no era agudo, como el de los cuartos y medios peniques, sino pesado y robusto. Dudaba que todos los caballeros a los que entretuviera fueran tan generosos. Y aunque solo me dieran la décima parte, ahorraría pronto lo suficiente para mantenerme en una modesta comodidad durante el resto de mi vida.

La puerta de la alcoba se abrió bruscamente y entró la señora Goadby.

—¡Bien hecho, querida! Lord Lyttelton ha quedado muy satisfecho. Uno de sus acompañantes te ha invitado para esta noche. En términos muy generosos, teniendo en cuenta que conoce el estado de tu virginidad.

—¿Otro caballero esta misma noche, señora?

—¿No te parece bien? —El helor de su tono me advirtió que me callara, pero el dolor de mis entrañas no me lo permitió.

—Es que estoy bastante... dolorida, señora. Si pudiera tener un poco de... tiempo para recuperarme.

—Yo en tu lugar daría las gracias —respondió la señora Goadby—, al menos eres una mujer adulta y capaz de satisfacer a un hombre. Yo no tuve tanta suerte, pero hice lo que tenía que hacer, y tú también lo harás. La temporada es demasiado corta como para obtener beneficios con chicas holgazaneando para recuperarse de su trabajo.

Me guardé una respuesta que habría hecho que me echaran a Great Marlborough Street.

—No es mi intención holgazanear, señora.

—Más te vale que no —La señora Goadby me dio mi vestido—. Y bien, ¿qué regalo te ha dado milord?

Dudé y estuve a punto de mentir, pero sabía que no serviría de nada.

—Cinco guineas, señora.

—Excelente —dijo extendiendo la mano con la palma abierta.

—Pero este dinero me lo he ganado. ¿No le ha pagado ya milord? Me dijo que había pujado mucho.

La señora Goadby mantuvo la mano extendida bajo mi nariz.

—No lo suficiente para cubrir el coste de tu alojamiento en esta casa, toda la ropa nueva que llevas y la comida. Por no hablar del dinero que le di al señor Armistead.

—Dinero que dio usted para comprarme —murmuré antes de poder contenerme.

—Me temo que el juez no lo vería así.

—¿El juez? —La palabra en sí me revolvió el estómago—. ¿Qué tiene que ver el juez?

Las comisuras de la boca de la señora Goadby se arquearon, pero sus ojos permanecieron tan helados como una fría noche de enero.

—Mucho, si me veo obligada a procesarte por impago. La prisión de deudores puede ser un lugar muy extremo para jovencitas tan hermosas como tú.

—¡Toma, aquí tienes! —Le di las monedas—. Déjame saldar la deuda, no era consciente de cuánto cuestan las cosas.

Me miró fijamente mientras acariciaba el oro.

—Muy bien. Espero que no volvamos a hablar más del dinero ni del descanso de tus obligaciones. Ponte el gorro y el vestido y ve al médico para que te examine. Nuestro sustento depende de nuestra reputación en cuanto a salud, ya lo sabes.

Se marchó dejándome conmocionada y desanimada. ¿Cuánto tiempo tardaría en saldar la deuda y poder empezar a ahorrar algo para el futuro?

Unos minutos más tarde, mientras cojeaba hacia las escaleras traseras, me encontré con Nell Paget.

Parecía cansada, pero estaba de buen humor.

—Anímate. Te vas a curar muy pronto. A mí me pasó lo mismo.

—No me importaría tanto si me hubiera quedado con el regalo que me hizo milord.

Sabía que no debía quejarme, pero mi ansia por recibir algo de empatía era aún más fuerte que el miedo que profesaba a la señora Goadby.

Nell lanzó una mirada furtiva detrás de nosotras y dijo en un susurro:

—A ninguna de nosotras nos gusta, pero así son las cosas por aquí. Hagas lo que hagas, no seas tan tonta como para intentar huir. Una de las chicas de King's Place lo hizo y la señora Hayes la mandó detener por robarle el vestido que llevaba.

Estaba segura de que la señora Goadby no dudaría en hacer lo mismo.

—Además, no te preocupes por el dinero —añadió Nell—. ¿Quién lo necesita cuando tenemos lo mejor de todo lo que se puede comprar?

Quise responder, pero para entonces ya habíamos llegado a la sala de reconocimiento. Nell se subió de un salto a la mesa alta del médico, parecía que se lo tomaba como un juego. Dobló las rodillas y abrió las piernas sin ruborizarse.

—Eche un vistazo, querido doctor, y vea si estoy igual de limpia que una monja.

El médico se rio y sacudió la cabeza ante su descaro. Era un hombre bajo y delgado, de mediana edad, con una peluca bien peinada y rostro amable. Su acento irlandés me recordaba a mi madre.

—Nunca he inspeccionado a una monja así. Y si algún día lo hiciera, espero que no tenga la viruela.

Cogió una extraña especie de lámpara de latón con una vela colocada frente a un espejo. Lo usó para hacer brillar una luz fuerte entre las piernas abiertas de Nell.

Me retorcí de vergüenza cuando le metió la mano, pero ella tan solo se estremeció de forma exagerada.

—¡Tienes las manos frías, doctor! Manos frías, corazón caliente, ¿no es así?

—Es posible —El médico inclinó la linterna y la cabeza para observar con atención—. O quizás sean tus partes las que están demasiado calientes.

—¿Qué perverso! ¿No has mirado ya bastante? —El tono burlón de Nell se volvió serio—. ¿Todo bien? No me duele cuando uso el orinal o cuando los caballeros me usan.

El médico retiró la mano.

—No veo nada malo. No hay secreción ni llagas.

—Te toca, amor —Nell se bajó de la mesa—. No seas tímida, no te va a funcionar en este negocio. Nuestro querido médico ha visto el trasero de tantas mujeres que para él no significa nada.

Ocupé su lugar y me coloqué como ella lo había hecho.

—¿Probaste la nata de anoche? —preguntó mientras el médico me examinaba—. Me podría comer los mismos tres platos todos los días.

Me estremecí cuando me tocó el médico, pero Nell le restó importancia.

—¿A que tiene las manos frías?

—Seré lo más cuidadoso posible —El médico tomó aire entre dientes—. Vas a necesitar un ungüento para aliviar la herida y ayudarla a sanar. Por lo demás, todo parece estar bien.

—Eso espero —Nell me bajó la ropa y me ayudó a sentarme—. ¿Te imaginas tener la mala suerte de contagiarte la primera vez?

Le di las gracias al médico cuando me entregó un pequeño frasco de ungüento, pero no pude mirarle a la cara.

—He oído hablar de la viruela —le admití a Nell una vez regresamos arriba—. Y sé cómo se contagia. ¿Pero hay alguna manera de evitarla? Es decir... no se tiene que examinar a los caballeros, ¿no?

—No es justo, ¿verdad? —Me cogió del brazo y me llevó por el pasillo hasta sus aposentos—. Hay algunas cosas que debes aprender rápidamente si quieres evitarla.

Pasamos por la sala de estar de Nell hasta su dormitorio. Dio unas palmaditas en el borde de la cama para que me sentara. Abrió un cajón de su mesita de noche y sacó una bolsa de seda azul cerrada con un cordón de cinta azul oscuro.

—No hay nada mejor para detener la viruela que estas pequeñas máquinas —Abrió la bolsa y sacó un tubo fino con un extremo redondeado y otro asegurado con una cinta fina del mismo color que el cordón de la bolsa.

Me quedé mirándola.

—Parece una salchicha.

—¡Una salchicha! —Nell cayó de espaldas sobre la cama con un ataque de risa—. ¡Tengo que contárselo a Polly!

Cuando me di cuenta de para qué debía servir aquella cosa, me sentí muy tonta.

—Hay tres tamaños —Nell se secó las lágrimas provocadas por la fuerte risa—. Este tamaño medio se adapta a la mayoría de los caballeros. Pero no importa cuál les des, tú di que es la más grande. Si de verdad quieres que un caballero la use no, finge que no estás segura de tener una lo suficientemente grande. Se la pondrá solo para demostrarte lo bien que lo llena.

Sonreí.

Nell volvió a guardar la bolsa en el cajón y me indicó con una seña que me acercara al biombo de su tocador en la esquina.

—Es tan malo contagiarte como quedarte embarazada.

Cogió un recipiente alto de porcelana del lavabo. Sobresalían tres palos de la boca del recipiente, como tallos sin flores. Nell sacó uno. El extremo tenía una tira de lino enrollada

alrededor, que creaba un tronco casi tan grueso como el de un hombre.

—Es como la baqueta que utilizan los soldados para apretar la pólvora de los mosquetes — Los ojos oscuros de Nell brillaron de alegría—. Mi primer cuidador estuvo en el ejército y de ahí surgió la idea.

Del extremo de la baqueta caían unas gotas. Nell la presionó contra el borde del jarrón para detenerlas.

—Las remojo en vinagre con hierbas guisadas —Se puso en cuclillas sobre la palangana y deslizó la baqueta envuelta en lino debajo del camisón—. Siempre hay una olla con este tipo de cosas en la cocina. ¡Una de las chicas nuevas del año pasado pensó que era té y se lo bebió!

—¿Tiene que ser vinagre? —Temía el dolor que me produciría en la carne herida—. ¿No funcionaría igual el agua?

Nell negó con la cabeza mientras se frotaba.

—El vinagre es estupendo para conservar algunas cosas, pero no la semilla del hombre.

Cuando terminó, dejó la baqueta en el recipiente y señaló las otras que quedaban en el jarrón.

—Te toca.

Me quedé inmóvil.

—Te va a doler, pero es un pequeño precio a pagar —Sus palabras me convencieron—. Hazlo y bajemos a desayunar.

Cogí ansiosa una de las baquetas como si se tratara de un cuchillo para apuñalarme. Apretando los dientes, empujé el fajo de lino mojado dentro de mí. Parecía una antorcha en llamas. Gemí cuando me quemó la carne viva, pero seguí adelante imaginando que me estaba limpiando la perniciosa semilla.

Parecía que esta nueva vida mía tenía tantos peligros como lujos. Si esperaba evitarlos, tendría que aprender rápido.

La señora Goadby se las ingenió para hacerme pasar por virgen bastante tiempo después de no serlo. Además de la poción limpiadora a base de vinagre, había otra hirviendo a fuego lento en la cocina. Era una especie guiso espeso de bayas de mirto y otros ingredientes extraños hervidos en vino que debía aplicarse varias veces al día para estrechar el conducto y proyectar la ilusión de una virginidad intacta.

Sabía que no debía cuestionar las órdenes de la señora Goadby, pero me quejé a Nell de camino a nuestro reconocimiento semanal.

No pudo evitar reírse.

—¿Acaso crees que los pobrecitos no pueden pagar lo que cobra la señora Goadby por una virgen?

—No soporto... engañar a la gente —Sobre todo después de la forma en que Ned me había engañado.

—Solo les ayudas a creer lo que quieren creer. ¿Qué tiene de malo? Además, no tienes elección. No tiene sentido sentirse culpable por lo que no puedes evitar.

¿Era así como Ned se había excusado por mentirme?

—Aun así —dijo Nell—, me alegro de haber terminado con todo eso. Es muy molesto aplicar el reconstituyente.

Creo que me habrían expulsado veinte veces de la casa de la señora Goadby aquellas primeras semanas si Nell no me hubiera tomado bajo su protección. Fue ella quien me dijo cómo inflar la cuenta de un cliente haciéndole pedir comida y vino, jugando a las cartas y entreteniéndole con música. También me advirtió que la señora Goadby desaprobaba que las chicas bebieran alcohol. Al igual que la suciedad y la enfermedad, la embriaguez era típica de las

vulgares mujerzuelas y nosotras estábamos muy por encima. En lugar de eso, se nos animaba a beber chocolate o leche hervida con azúcar y nuez moscada para que nuestro aliento oliera dulce.

—Mientras no os contagiéis de viruela u os quedéis embarazadas, estaréis a salvo al menos durante el primer año —nos dijo Nell a Rose y a mí un día mientras cotilleábamos con una taza de chocolate—. Cuando ya no podáis haceros pasar por vírgenes, entonces tendréis que andaros con cuidado.

Aunque hablaba con su habitual descaro alegre, las palabras de Nell hicieron que el chocolate me supiera amargo.

—Creí que todo sería más fácil cuando dejáramos de ser principiantes.

Nell se encogió de hombros con pesar.

—A los caballeros les gustan las... caras frescas.

—Tengo que hacerte otra pregunta.

—¡Acabas de sonrojarte! —gritó Nell—. Tiene que ser muy buena. Pregunta.

—Bueno... la señora Goadby dice que hay un caballero al que debo gratificar con la mano. ¿Cómo lo hago?

—Es muy fácil. Solo tienes que envolver los dedos alrededor de él, así —Nell hizo los movimientos con un caballero invisible de una manera tan cómica que Rose y yo soltamos una carcajada.

—¡Parece que estás ordeñando una vaca! —jadeó Rose—. Solo que al revés.

Las tres nos reímos hasta que nos empezó a costar respirar. Cuando por fin se calmaron las carcajadas, me arriesgué a reanudarlas.

—¿Es cierto que Lord Winterslow pagará solo por peinarme?

—A mí me peinó la semana pasada —dijo Rose—. Hizo un buen trabajo. Fue muy suave y no me dio ningún tirón.

Nell asintió.

—Paga bien por el placer. No es la petición más extraña que recibimos por aquí. Hay un caballero al que le gusta lavar nuestra ropa blanca y al capitán Pryce le encanta ponerse vestidos bonitos. La señora Goadby mandó hacer uno grande para él después de que rompiera un par de los de las chicas intentando ponérselos.

—¿De verdad? —preguntó Rose—. Me parece que nos estás contando historias disparatadas para ver si nos las tragamos.

Pensando en lo que había visto en The White Hart, no quise descartar el relato de Nell.

—Este tal Capitán Pryce... ¿es marica?

—¡Uuh! —Nell fingió escandalizarse—. Así que, después de todo, no te has criado en un convento.

Especulamos un poco más sobre el capitán Pryce y luego Nell nos habló de otras peticiones de nuestros clientes.

—De vez en cuando nos piden que les golpeemos con ramas —Sacudió la cabeza incrédula ante nuestras miradas vacías—. ¿Habéis oído hablar de los maricas, pero no de esto? Consiste en azotarles el trasero desnudo con una vara de abedul.

Puse una mueca de dolor.

—No creo que pudiera hacer daño a alguien, aunque quisiera.

—No te preocupes. La mayoría de caballeros de ese tipo van a Isabella Craven. Le encanta azotarlos hasta hacerlos gelatina.

No sé por qué no me sorprendió.

—Por eso la señora Goadby la ha mantenido tanto tiempo. Un buen azote se paga casi tan

bien como un himen. ¡Cómo desearía tener estómago para eso!

Apreté cariñosamente los dedos de Nell.

—Me alegro de que no lo tengas.

Poco a poco, mi vida en casa de la señora Goadby se convirtió en un patrón familiar. Dormía hasta tarde por las mañanas después de que se fuera mi cliente. Después de asearme, desayunaba con Nell, de la que solía aprender algún truco nuevo o cotilleo sobre lo que hacían los clientes.

Por la tarde, me arreglaba el pelo, me probaba ropa nueva y asistía a clases de música y baile.

—Casi no tienes ni un momento libre —me decía Nell—. ¡Nunca oí de nadie que trabajara tanto para ser una dama del placer! Si no estás leyendo el periódico, estás bailando o tocando el clavicordio. Me canso nada más pensar en todo lo que haces.

Percibí un sutil tono de desaprobación, pero le quité importancia.

—Tengo que mejorar todo lo que pueda, ¿no?

Mi ocurrencia ocultaba una sobria verdad. Aquellas clases eran lo único de valor duradero que podía ganar en casa de la señora Goadby. La buena comida se comía y desaparecía. Los vestidos elegantes pasaban pronto de moda. Los paseos en carruaje y las excursiones nocturnas eran diversiones pasajeras. Pero lo que pudiera aprender sería mío para siempre. No estaba dispuesta a desperdiciar estas oportunidades.

Varias noches a la semana, la señora Goadby llevaba a un grupo de chicas al teatro, a los jardines de recreo o a un baile de máscaras en Carlisle House, en la cercana Soho Square. Bailé de emoción cuando hice la primera salida al teatro de Drury Lane.

—Recuerda —murmuró Nell cuando nos sentamos en un palco de doce chelines sobre el escenario—, que no hemos venido a mirar, sino a que nos miren. Si ves a un caballero mirándote, sacude el abanico y mírale por encima.

Recorrí los palcos de enfrente para ver si algún caballero me miraba, pero fue una dama la que me llamó la atención. Parecía estar más cerca de los treinta que de los veinte, pero seguía siendo bella, con rasgos elegantes y un cuello grácil, alrededor del cual colgaba un collar de grandes perlas.

—Es Nancy Parsons —susurró Nell—. Es la amante del primer ministro. Las cortesanas como ella lo tienen mejor que cualquier otra mujer en el reino. Tienen propiedades y no están bajo el control de ningún hombre, ya que muchos otros compiten por sus favores. Gastan más en un año de lo que mantendría a la mayoría de la gente en la comodidad el resto de sus días.

—A mí me parece bien —Apenas podía apartar la vista de las joyas de Nancy Parsons—. ¿Cómo se puede llegar a ser cortesana?

—Es algo más que el físico —Nell señaló hacia el escenario, donde una señorita vestida con elegancia había empezado a cantar—. Es Sophia Baddeley. No paro de oír a hombres extasiarse con ella. Tiene a duques y condes pujando miles de libras por ser su cuidador y, sin embargo, no es ninguna belleza con esa cara tan larga... me recuerda a una yegua.

Teniendo en cuenta lo mucho que le gustaba a la mayoría de los caballeros la caza y las carreras, posiblemente les gustaran los rasgos de caballo. Fuera cual fuera la magia secreta que había elevado a Sophia Baddeley y Nancy Parsons a alturas tan vertiginosas, ¡deseaba que algo de eso se me pegara!

A la semana siguiente, la señora Goadby me incluyó en un grupo que iba a los jardines de Vauxhall. Mantuve una alegre charla con Nell y Rose mientras nuestro carruaje recorría Poland Street. Cuánto tiempo hacía que no recorría esta ruta con Ned, lanzando miradas envidiosas a las señoritas que pasaban en coche.

Encontramos Charing Cross repleto de carruajes y palanquines. Al principio me pregunté si

irían todos a Vauxhall, pero muchos parecían ir en dirección contraria.

—¡Cuántos soldados! —exclamó Rose—. ¿A que están guapos con sus casacas rojas?

La señora Goadby no parecía complacida por la cantidad de soldados que había en la calle.

No habíamos avanzado mucho por Whitehall cuando un oficial a caballo detuvo nuestro carruaje.

—¿Puedo preguntar a dónde se dirigen, señoras?

—Prometí a mis jóvenes amigas una visita a Vauxhall esta bonita noche, capitán —La señora Goadby parecía una dama de compañía respetable—. ¿Hay algún problema?

—Debería dar media vuelta en cuanto pueda, señora. Nos han ordenado restringir el tráfico por los puentes. Hay revueltas de «Wilkes and liberty» en Southwark. No puedo asegurar su protección si se aventuran a cruzar el Támesis.

—Le estamos agradecidas por la advertencia, capitán —La señora Goadby acalló nuestras quejumbrosas protestas con una mirada penetrante y luego indicó al cochero que volviera al Almirantazgo.

—«Wilkes and liberty» —murmuró—. ¡Más bien Wilkes el libertino! Nos va a perjudicar los negocios, ¡maldita sea!

Rota por la decepción, maldije también a ese tal Wilkes. ¿Cómo se atrevía a impedir mi primera visita a Vauxhall?

—Esta noche entretendremos en el salón trasero —anunció la señora Goadby cuando llegamos a la casa—. No quiero luces visibles en la parte delantera del edificio. Subid a vuestras habitaciones, chicas, y aseguraos de que las cortinas están echadas.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Rose mientras subíamos apresuradamente—. ¿Y qué son las revueltas de «Wilkes and liberty»?

—Disturbios —dijo Nell—. He oído que el señor Wilkes ha sido elegido para el parlamento, pero no le dejan ocupar su escaño porque escribió algunas cosas malas sobre el rey en un periódico. Los hombres que le votaron dicen que es su derecho decidir quién habla por ellos en el parlamento.

A pesar de la angustia que me producía que se arruinaran nuestros planes para la noche, no pude reprimir un destello de simpatía por el señor Wilkes y sus votantes. Sonaba como si se les estuviera tratando injustamente. Sabía muy bien cómo se sentían.

## CAPÍTULO SIETE

U nos meses más tarde, Rose entró una mañana muy alborotada en mi alcoba.

—¿Has visto a Harriet?

—No he visto a nadie esta mañana —Bostecé y me froté los ojos—. ¿Qué hora es?

Rose ignoró mi pregunta.

—Anoche no estuvo con nosotras en el salón, ¿te acuerdas?

—Probablemente le haya bajado —Cuando una chica sangraba, no salía de sus aposentos y la señora Goadby enviaba a sus clientes a que les satisficiera con la mano o a que dieran rienda suelta a sus excentricidades.

Rose negó con la cabeza.

—No está en su habitación, está vacía. Sus prendas y su ropa de cama han desaparecido.

—Pásame el vestido, vamos a preguntarle a Nell, siempre sabe lo que ocurre por aquí.

Esta vez no fue la excepción.

—Pobrecita —Nell sacudió la cabeza—. Me pareció ver que tenía los ojos rojos cuando volvió del médico. Creo que se ha contagiado de algo y nuestra querida madre Goadby la ha echado.

—Ni siquiera se ha despedido —Rose se mordió el labio inferior.

Aunque Harriet era más reservada que Rose y yo, había surgido un vínculo entre nosotras.

—No creo que tuviera la oportunidad, amor —Por una vez, a Nell no se le ocurrió nada descarado—. En cuanto la señora Goadby descubre que una chica tiene viruela o está embarazada, la echa. Lo mismo pasa si causan problemas o hay que hacer sitio para nuevas chicas. Simplemente desaparecen sin poder despedirse para no molestar al resto de nosotras y estropear nuestra compañía con los clientes.

Ya no hablamos más del tema. ¿De qué serviría? Pero estaba segura de que todas nos preguntábamos lo mismo. ¿Cuál de nosotras sería la siguiente en irse? ¿Y cuándo?

Todas seguíamos allí un año después, cuando dio comienzo una gran construcción detrás del jardín trasero de la señora Goadby.

Enseguida empezamos a odiar el constante golpeteo de los martillos, pero nuestra señora no quería oír quejas.

—Será un lugar de entretenimiento público, mucho más grande que Carlyle House, más cerca que Ranelagh y bajo un gran techo abovedado que sirve de resguardo frente a las inclemencias del tiempo, como Vauxhall. Los caballeros elegantes acudirán en masa. Hay que pensar en el negocio.

Mientras tanto, la vida en la casa de la señora Goadby seguía el movimiento de nuestros adinerados clientes. Cuando la sesión de primavera del parlamento atrajo a todos los lores a

Londres, celebró su «banquete de la belleza» anual. Después de varios meses de ajetreo, nuestros clientes abandonaron el calor y el hedor de la ciudad por sus propiedades en el campo y nosotras les seguimos hasta la localidad rural de Bath. De camino, nos detuvimos en Oxford para participar en la celebración de graduación de un grupo de estudiantes.

Un rubicundo joven lord pelirrojo me condujo hacia un muelle de madera, donde había amarrados varios botes pequeños.

—¿Qué mejor manera de despedirme de los libros y las conferencias que un espléndido picnic a orillas del Cherwell con tan encantadora compañía?

—¡Y con champán! —gritó uno de sus amigos—. Quiero beber hasta olvidarme de todo lo que he aprendido.

Los jóvenes caballeros nos ayudaron a subir a las barcas junto con provisiones para la excursión. Luego cogieron unas largas varas de madera y nos empujaron río abajo hasta un lugar apartado, a la sombra de varios árboles altos. No podía imaginarme un paraíso más bello que aquel lugar verde y agradable. La fragancia de las flores silvestres flotaba en la brisa cálida junto con la armonía relajante del canto de los pájaros y el murmullo del agua.

Abrimos las cestas y nos deleitamos con embutidos, gelatinas, bollos, queso y fruta, todo ello regado con grandes cantidades de champán. Cuando vaciamos varias botellas, el mundo entero parecía brillar a mi alrededor. Las risas se me subían a los labios como pequeñas burbujas, sobre todo cuando mi compañero pelirrojo me arrancaba un beso o sus manos errantes se metían bajo las enaguas. Desde que entré en la casa de la señora Goadby, no había disfrutado a menudo de la compañía de un hombre tan cercano a mi edad. Ahora me regocijaba en ella.

—No sé si piensas igual que yo —dijo mi compañero mientras jugueteaba con el cordón de mis medias—, pero me siento extremadamente incómodo con esta ropa tan ajustada y calurosa. ¿Quién me acompaña a darnos un chapuzón en el río?

—¡Suena estupendo! —Nell se quitó las zapatillas—. ¡Quiero ser la primera en entrar y que el diablo se lleve al último!

Su desafío desencadenó una loca carrera para quitarse la ropa, con muchos gritos y carcajadas vertiginosas. En unos minutos estábamos todos dando brincos en el agua moteada por el sol como animalitos lujuriosos... besándonos... chapoteando... jugueteando.

Estaba demasiado absorta en las atenciones de mi compañero como para fijarme en los demás. El calor de sus caricias sobre mi piel desnuda y húmeda me hizo retorcerme de deseo. Me agarró por las nalgas y me levantó para besarme. Le rodeé el cuello con los brazos y la cintura con las piernas, frotando los pechos contra los suyos. Los hombres solían llamarme ninfa y ahora me sentía como una abrazada a un joven sátiro. Salvaje y lasciva, le acaricié la lengua con la mía y me contoneé deslizando las nalgas sobre la punta de su miembro rígido.

Olvidando que me había contratado para usarme, enredé los dedos en sus rizos mojados y le dije en un susurro lo que quería que me hiciera.

—¿Aquí? —jadeó—. ¿Ya? Nos podríamos ahogar.

—¿Tienes miedo de agonizar de placer? —dije burlándome de él, refiriéndome al orgasmo.

—¡El mismo miedo que tú tienes de que te apuñalen! —Conmigo pegada como una lapa ardiente, vadeó hasta un lugar donde el río fluía hasta la cintura junto a la orilla.

Apoyado sobre la hierba, se rindió a mi deseo. Más tarde, nos fuimos hasta un rincón cubierto de musgo y pasamos un rato maravilloso mientras nos secábamos.

El verano en Bath fue como una resaca después del idilio alegre en Oxford. Íbamos al menos una vez a la semana con Nell y Rose al Pump Room, donde nos daban de beber un agua que sabía fatal, pero que supuestamente era buena para la salud. Otros días nos sumergíamos en el

agua caliente y maloliente del Queen's Bath. El lugar me recordaba a la casa de baños de Covent Garden, donde Ned me había llevado a bañarme, salvo que estaba abarrotado de gente, todos modestamente vestidos con batas y gorros de lino.

Pasábamos las tardes paseando por el Grand Parade o el lago Serpentine en Prior Park Gardens. Durante la noche asistíamos a obras de teatro y conciertos en el Theatre Royal.

Los negocios no eran tan dinámicos como en Londres y los caballeros que nos visitaban o eran mayores o estaban enfermos, aunque todavía tenían potencia como para disfrutar de la compañía de chicas guapas.

Me erizaba la piel que semejantes imbéciles me acariciaran y murmurasen. Agradecía el agua mineral de sabor áspero para purgarme la boca de sus besos de aliento viciado y el baño humeante para escaldarme de sus caricias lascivas. Aunque llevaba casi dos años siendo una señorita del placer, era la primera vez que me sentía como una ramera de verdad.

Las frescas heladas que hicieron volar a los pájaros hacia el sur y a los deportistas empuñar sus armas señalaron nuestro regreso a Great Marlborough Street para la temporada corta, que duró hasta que el parlamento cesó su actividad por el invierno.

Poco antes de Navidad, Nell me buscó una tarde.

—Rose y yo tenemos que salir a hacer un pequeño recado. Haznos un favor y distrae a Enoch unos minutos, ¿vale?

—¿Puedo ir yo también? Me voy a volver loca si me quedo encerrada mucho más tiempo — La señora Goadby llevaba resfriada más de una semana, por lo que no fuimos a las casas de recreo ni paseamos por el parque—. Empiezo a sentirme como una prisionera en esta casa.

—Supongo que todas somos prisioneras —Nell parecía haberse despojado de su personalidad despreocupada e insolente—. Pero Dios no permita que se nos libere.

—¿Adónde vais? —Pregunté. Sospechaba de su actitud extraña—. ¿Cuánto tiempo estaréis fuera?

—No mucho, espero —Nell bajó la voz—. En cuanto a lo otro, es mejor que no lo sepas.

Cuando se dio la vuelta para salir corriendo, le agarré la falda.

—Entonces es mejor que no vayas. No es la época del año para hacer enfadar a la señora Goadby.

Otras chicas habían desaparecido de la casa en diciembre y las habían sustituido novicias virginales a tiempo para el banquete de belleza de primavera de la señora Goadby.

Nell me fulminó con la mirada y me arrancó la falda de las manos.

—¡Haz lo que te digo y no nos meteremos en líos!

Entretuve a Enoch para apartarlo de su puesto junto a la puerta principal diciéndole que había visto una rata en el salón. Más tarde, mientras practicaba con el clavicordio, Isabella entró en el salón buscando a Rose. Le dije que no habrían coincidido.

—Dijo algo de tomar una taza de chocolate con Nell —Sabía que Isabella preferiría coger la gonorrea antes que aventurarse en el salón de Nell—. ¿Voy a por ella?

—Ni te molestes —espetó Isabella, como si fuera un insulto ofrecerle ayuda—. La veré tarde o temprano.

Me preocupaba cómo volverían a entrar mis amigas sin que las descubriera Enoch o Isabella, pero de algún modo se las arreglaron. Nell apareció a la hora de cenar diciendo que Rose estaba resfriada y que cenaría en su habitación.

—Qué gandula —murmuró Isabella cuando Rose no apareció en el salón esa noche para recibir compañía.

—¡Cierra la boca! —espetó Nell—. Rose tiene diarrea. Se recuperará en unos días.

Los ojos de Isabella se entrecerraron.

—Dijiste que estaba resfriada.

—También —respondió Nell tras una breve vacilación—. Y diarrea. Ten un poco de piedad con alguien que no eres tú.

Intenté ver a Rose varias veces al día siguiente. Tenía curiosidad por saber qué habían estado haciendo Nell y ella y tenía más posibilidades de sonsacárselo. Sin embargo, cada vez que pasaba por sus aposentos, encontraba a Nell con una excusa preparada para no ver a Rose.

—Vale, muy bien —le espeté al fin—. ¡Guárdate el secreto! No me importa.

La mirada atormentada en los ojos de Nell casi me hizo arrepentirme de mis palabras, pero estaba demasiado enfadada y dolida por haberme dejado de lado. Cuando Rose apareció en la cena aquella noche con aspecto pálido, me senté en el extremo opuesto de la mesa. No hablé con ninguna de las dos ni las miré durante toda la cena.

Al final Rose murmuró algo sobre que no tenía mucho apetito y que quería acostarse. La oí levantarse para irse.

Un grito ahogado de otra de las chicas me hizo levantar la vista. Dirigí la mirada inmediatamente a una mancha escarlata brillante en la parte trasera de la falda verde manzana de Rose.

Miró por encima del hombro y nuestros ojos se cruzaron un instante antes de que los suyos se pusieran en blanco y se desplomara en el suelo.

Me levanté de la silla y volé hacia ella.

—¡Ajá! —gritó Isabella—. Así que eso era lo que estabas tramando. Tendría que haberlo supuesto. Enoch, trae a la señora Goadby.

Cogí la mano de Rose, que estaba fría y blanca como una estatua de mármol. Nell se arrodilló junto a Rose, acunando la cabeza de la chica en su regazo.

—¡Vete! —Me miró con desesperación violenta—. ¡Vete de aquí!

Cuando intenté protestar, me golpeó con fuerza en la cara.

—¡Te he dicho que te vayas!

Tambaleándome por el golpe, rompí en sollozos y subí las escaleras a tientas. Justo cuando llegaba a mi habitación, oí un fuerte ruido de pies y a la señora Goadby reprendiendo a Enoch con voz chillona.

Fue la última vez que vi a mis amigas. No me atreví a preguntar dónde habían ido por miedo a desaparecer yo también, pero oí lo suficiente de los refunfuños de la señora Goadby y de los cotilleos furtivos de las otras chicas como para saber que Rose se había quedado embarazada. Nell había intentado ayudarla a deshacerse del bebé sin que la señora Goadby se enterara.

Rose murió desangrada aquella noche sobre la dura mesa de la sala de reconocimiento. Mientras tanto, los negocios continuaban como de costumbre en el salón delantero y en los dormitorios del piso de arriba. Antes de que la señora Goadby pudiera echar a Nell, esta huyó llevándose varios de sus mejores vestidos.

Durante las semanas siguientes, nunca me había sentido tan ansiosa por recibir a un hombre nuevo en mi cama cada noche. Tumbada bajo ellos, aprovechando algunos fugaces momentos de placer físico, era capaz de olvidar mi soledad, mi pena y mis remordimientos.

La vida en casa de la señora Goadby nunca volvió a ser la misma para mí después de lo sucedido, aunque exteriormente la rutina del lugar continuaba como antes. Detrás de una fachada reluciente de vestidos nuevos, conciertos y mascaradas, se escondía la sórdida rutina de las baquetas de limpieza, los reconocimientos para la viruela, las excentricidades de mis clientes y la preocupación por si la señora Goadby me echaba para dejar sitio a una chica más joven. A veces

me sentía como uno de los equilibristas que había visto en Ranelagh: en la cima del mundo, pero a un paso del abismo.

Cuando por fin se inauguró el Panteón en el invierno de 1772, la gente elegante acudió en masa, algunos pagando hasta cincuenta libras por una entrada. Después, tantos caballeros visitaron nuestra casa del placer que la señora Goadby apenas podía contener su alegría. Cuando nos llevó a mí y a las demás chicas a visitarlo por primera vez, me asombró su enorme tamaño. La gran cúpula se elevaba hasta una altura de cuatro o cinco pisos, con dos pisos de pasillos con columnas a cada lado.

Una tarde del año siguiente, paseaba por la columnata superior cuando la señora Goadby vino corriendo hacia mí. Tenía las mejillas sonrojadas y el gorro de encaje caído.

—¡Tienes que ayudarme, Armistead! —Me empujó hacia uno de los muchos sofás que se alineaban en la columnata.

—Por supuesto, señora. ¿Qué ocurre? —Tiene que haber sucedido alguna calamidad para haberla puesto tan nerviosa.

—El vizconde Bolingbroke —La señora Goadby no paraba de abanicarse—. Estuve en compañía de ese hombre cuando éramos jóvenes, pero hace años que no hablo con él. Hace un momento se aferró a mí y me ha costado escaparme.

—¿Te ha hecho daño? —Eché un vistazo a la galería, esperando ver algún toro desbocado cargando hacia nosotras.

Durante mis primeros días en casa de la señora Goadby, los detalles del sensacional divorcio del vizconde habían estado en boca de todos. Según recordaba, su esposa le había acusado de violencia.

—¿Daño? ¡Qué va! Tiene ganas de... recibir amor —La señora Goadby parecía dividida entre la vejación y la vergüenza—. Quiere que le entretenga esta noche como lo hice hace veinte años. ¿Acaso no he trabajado y ahorrado todo este tiempo para no sentirme obligada a acostarme por el capricho de un hombre? ¡Ni marido, ni cuidador, ni mucho menos Bully Bolingbroke!

—¿Qué tiene eso que ver conmigo, señora?

—Tienes que acompañarle a la casa y tranquilizarlo, por supuesto. Se te da bien calmar a los hombres, Armistead. Creo que habrías sido una buena esposa.

Las posibilidades de que ocurriera esto último eran nulas, y tampoco me importaba. Me preocupaba más tener que domar a la bestia de Lord Bully.

—Por favor, señora, ¿no podríamos reunir a las chicas y escabullirnos por la entrada lateral?

—Nos podría seguir y armar un alboroto en la casa, algo así nos costaría el negocio. Bully es un caballero de la alcoba del rey.

¿Entonces tengo que aplacar al caballero en mi alcoba? No me atrevía a decirle que no a la señora Goadby, no a mi edad. En el mundo de la alta prostitución, los veintitrés años eran una edad avanzada.

—¿Jane? —Escuché una voz ronca desde la galería—. Así que te has escondido aquí.

—No me importa lo que tengas que hacer —La señora Goadby se puso en pie de un salto—. ¡Mantén a Bully callado y alejado de mí!

Me empujó hacia un hombre alto y rubio que se tambaleaba hacia nosotras. Oí unas enaguas crujir a toda prisa mientras huía en la otra dirección.

—¡No te vayas, Jane! —Lord Bolingbroke se movió más rápido con la mirada dirigida a mis espaldas—. Tenemos mucho de lo que hablar.

—Te ruego me disculpes, milord —Me interpuse en su camino rápidamente—. La señora Goadby me ha pedido que te diera un mensaje.

Temí que me tirara al suelo, pero se detuvo a tiempo para evitar la colisión y terminó cara a cara conmigo. Sin articular palabra, me quedé mirando fijamente un par de sorprendentes ojos azules. Mi principal impresión del hombre fue la de una fuerza y un vigor tremendos. Si no fuese por la tensión del momento, sus cualidades podrían haberme atraído. Esta noche habría preferido a otro tipo de cortesano real.

—¿Qué mensaje? —El olor a alcohol de su aliento casi me embriaga—. ¡No te quedes ahí callada, chica!

Aunque me temblaban las rodillas bajo las muchas capas de seda, me obligué a enfrentarme a la enérgica mirada de milord. Le hice señas para que se inclinara más. Hacía tiempo aprendí que un susurro podía llamar la atención mejor que un bramido.

Cuando Lord Bolingbroke se inclinó hacia mí, acerqué los labios a un milímetro de su oído.

—La señora Goadby me ha pedido que te lleve a la casa para que la esperes. ¿Vendrás conmigo, milord?

Levantó la cabeza para mirarme. Al vislumbrar una chispa de interés en sus ojos, vacilé entre el alivio y el miedo.

—Me parece bien que nos vayamos de aquí —El vizconde me ofreció el brazo. A través del grueso terciopelo azul de la manga de su abrigo, sentí sus músculos robustos—. La interminable ronda de máscaras y reuniones me cansa.

—¿Qué aficiones tienes, milord? —No me pareció un ávido aficionado al teatro, excepto quizá para contemplar a las actrices guapas—. ¿Te gusta la caza?

—La buena carne de caballo se desperdicia cuando persigue a un maldito zorro por todo el campo.

—Entonces tienes que ser un amante de las carreras —Se les llamaba «piernas negras» por las altas botas negras de montar que llevaban casi a todas partes. Ya había compartido mi cama con varios que estaban deseando hablar de su pasión por el césped.

—Hoy en día solo crío bestias —Cuando Lord Bolingbroke se tocó cautelosamente la pierna izquierda, me di cuenta de que su andar tambaleante se debía en parte a una cojera—. Desde que tengo esto.

—Me encantaría ver una carrera de caballos algún día. Dicen que son muy emocionantes.

—Lo son, sobre todo si apuestas por el ganador. Tengo una potra prometedora entrenando que podría hacerme ganar un buen dinero si la llevan bien. Se necesitan bolsillos muy grandes para mantener un establo en condiciones.

Durante todo el camino de vuelta a casa de la señora Goadby, divagó sobre pedigrees, apuestas y el Jockey Club. Pero cuando le acomodé en mi salón con una botella de brandy, su conversación cambió de dirección.

—Estuvieron allí esta noche, fueron muy descarados al mezclarse en la sociedad respetable. Ella es una adúltera y él un descarado que ha seducido a la mujer de otro hombre. Solo se les acepta en compañía porque el hermano de ella es duque y Beauclerk es un gran favorito del viejo Dr. Johnson.

Así que Lord Bolingbroke había visto a su antigua esposa y a su nuevo marido en el Panteón. ¿Por eso había bebido tanto y perseguido a la señora Goadby?

—Podría haber tolerado perder a Di —Milord sonaba más como un niño enfurruñado que como un cortesano real de mediana edad—. Si tan solo hubiera sido discreta. ¿Pero dar a luz a un bastardo que podría reclamar mi título y propiedades si algo malo les ocurriera a mis hijos?

—¿Tienes hijos? —Este tema me interesaba más que el césped—. ¿Qué edad tienen? ¿Cómo se llaman?

—George tiene doce y el joven Fred diez —El sincero cariño paternal atemperó el tono amargo del vizconde—. Sienten la pérdida de su madre. Por su bien, le he dado permiso para que pueda verlos siempre que lo desee, lo cual no ha sucedido muy a menudo.

—Eres un padre bondadoso al anteponer la felicidad de tus hijos a tus propios sentimientos.

—Eres muy amable —Lord Bolingbroke me miró por encima del borde de la copa. Una lenta sonrisa iluminó su rostro, insinuando el atractivo aspecto de su juventud—. ¿Puedes perdonar mis malos modales por haber tardado tanto en preguntarte tu nombre?

Había aprendido a detectar el más leve indicio de lujuria en la mirada o el tono de un hombre. No había debilidad en el interés de milord.

—No te preocupes, milord. Soy Elizabeth Armistead.

—Eres una buena yegua, señora Armistead —Me tiró hacia abajo para darme un beso con sabor a brandy—. ¿Puedes aguantar hasta el final?

Su robusta masculinidad me despertó.

—¿Contigo en la silla de montar, milord?

Respondió con una carcajada.

—Tienes espíritu, una buena cualidad tanto en el césped como en la cama. Apuesto a que podrías llevar a un hombre a un galope salvaje.

Nuestras bromas picantes y su atrevida seducción fermentaron en mí un embriagador brebaje de deseo. Riéndonos y besándonos, entramos en mi alcoba dejando un rastro de ropa tras nosotros. A medida que nos despojábamos de cada una de nuestras elaboradas prendas, nuestra pasión iba en aumento. Cuando llegamos a la cama, estábamos tan desnudos como Adán y Eva. Lord Bolingbroke se frotó contra mí con profundos gruñidos de placer, separó las rodillas y me penetró.

Estaba preparada para él, presintiendo que tendría que participar en una carrera para reclamar mi premio antes de que cruzara la línea de meta. Me enterró la cara en el pelo, con su aliento sibilante, caliente y rápido contra mi cuello. Me contoneé bajo él y chillé de felicidad cuando el placer me recorrió por completo. Aquello fue el acicate que necesitaba mi semental para alcanzar su propia victoria.

Poco después se quedó dormido y pude zafarme de él. A la mañana siguiente se despertó de mal humor por el dolor de cabeza, pero conseguí calmarlo. Pasó el resto del día en mi cama, hablando más de sus caballos y de un plan que tenía para mejorar su fortuna cercando algunos páramos.

No confiaba en la promesa de milord de volver a visitarme, así que me sorprendió que regresara quince días después y luego una semana más tarde. Pronto se convirtió en un visitante asiduo y le tomé un extraño cariño. Me recordaba a un cachorro enorme que mordía zapatillas, soltaba pelo por todas partes y asustaba a la gente con sus feroces ladridos, pero al que le encantaba jugar y a menudo parecía hambriento de afecto.

Una noche, cuando estábamos en medio de un jugueteo lujurioso, oí unos golpes en la puerta de mi salón y gritos alborotados de «¡Bully!».

Me pregunté cómo semejante grupo de patanes se le había escapado a la señora Goadby y a Enoch.

—Son los de mi club —gruñó Bully—. Reconozco la voz de Fox. Sin lugar a dudas, Bob y Fitz están con él.

—Si nos llamamos es posible que se vayan —propuse en un susurro de esperanza—, o la señora Goadby hará que los echen.

—Ni hablar —Bully alzó la voz hasta un bramido que llenó una breve pausa entre los golpes

y llamadas—. ¡Largaos, idiotas! ¿No puede un hombre disfrutar en paz?

Con un violento estruendo, la puerta de mi alcoba se abrió de golpe y varios hombres entraron en tropel. Las llamas de las velas que portaban parpadeaban salvajemente y parecían una manada de demonios.

Me aferré a la sábana para cubrirme mientras sus miradas lascivas me recorrían el cuerpo desnudo.

—¿Dónde están tus modales, Bully? —gritó uno de los intrusos arrastrando la voz—. ¿No invitas a tus compañeros del club a una copa? ¿Qué va a pensar de nosotros nuestro invitado francés?

Otro chasqueó la lengua.

—¡Qué lapsus tan escandaloso!

Bully salió disparado de la cama.

—¡Hijos de puta!

Tuve la visión de una pelea en mi alcoba, como las de las tabernas de Covent Garden, con muebles volando, ventanas rotas y sangre corriendo.

¿Y si se ponía tan violenta como para llamar a la guardia y acusar a la señora Goadby de desorden público?

Si eso ocurriera, no culparía al caballero. Sería yo quien lo pagase.

## CAPÍTULO OCHO

—¡Caballeros, por favor! —Arranqué la sábana de los pies de la cama, me envolví en ella y me lancé a la refriega. Aunque estaba asustada y avergonzada, no podía esconderme bajo las sábanas y perder el lugar que tanto me había costado conservar—. ¡Esto no es el Coliseo!

—¿Y una plaza de toros? —preguntó un caballero alto y fornido, que posiblemente fuera el que abrió la puerta a patadas.

Un caballero más bajo, de espesas cejas oscuras, le ofreció el sombrero a mi amante desnudo.

—¡Cúbrete, hombre, por el amor de Dios! Nos vas a hacer quedar mal.

Sus compañeros estallaron en risas. Eran seis, de todas las formas, tamaños y colores. Lo único que tenían en común era que ninguno aparentaba más de veinticinco años. No me sorprendió descubrir que Bully tenía como amigos a una manada de jóvenes salvajes. Solía recordarme a un niño demasiado grande.

Le arrebató el sombrero con fuerza violenta y se lo puso por encima del miembro.

—Admítelo, Bully —dijo el joven de ojos brillantes—. Serías el primero en montar este tipo de asalto a cualquiera de nosotros si las tornas cambiaran.

—Maldita basura insolente —gruñó Bully, pero sentí que su rabia se enfriaba rápidamente—. ¿Cómo demonios me habéis encontrado aquí?

—Estábamos disfrutando de una partida amistosa de faro en el club *avec Monsieur le Duc* —El hombre que le había dado el sombrero a Bully señaló con la cabeza a un hombre esbelto de complexión fina—. Y nos enzarzamos en una disputa sobre qué ciudad tiene las mejores casas de juego, si París o Londres. Cuando perdimos todo el dinero, decidimos llevar a nuestro amigo de excursión para que lo viera de primera mano. Cuando supimos que estabas aquí, no podíamos irnos sin echarte una flor.

—Bonitos cumplidos —Bully volvió a mi cama—. Ahora que ya habéis hecho la travesura, largaos de aquí.

Los caballeros me hicieron una reverencia y salieron de mi alcoba, riendo entre dientes. El de los ojos brillantes fue el último en irse y no pudo resistirse a una broma de despedida.

—¿Significa que no nos vas a invitar a tomar algo?

Se escabulló un instante antes de que una de mis almohadas saliera volando hacia él.

Al día siguiente, cuando acudí a la llamada de la señora Goadby, estaba aterrorizada. Su sombrío ceño me hizo sentir aún más nerviosa.

—No puedo permitirlo, Armistead. Sabía que Bully no traería más que problemas.

—No fue culpa de milord —Mi respiración se aceleró tanto que apenas pude jadear las palabras—. Fueron esos alborotadores de su club. Y, por supuesto, tampoco fue culpa mía. Fue

usted quien me ordenó que me enfrentara a Lord Bolingbroke.

Deseé haberme mordido la lengua cuando terminé la frase.

La señora Goadby se levantó de la silla, con su tranquila y gélida dignidad en total desacuerdo con mi frenética consternación.

—Te dije que distrajeras a Bully y evitaras que creara disturbios, no que lo conquistaras.

¿Habían roto algo más que la puerta? ¿Se sentía menospreciada la señora Goadby porque había hecho que Lord Bolingbroke se olvidara de ella? No tenía sentido. Tenía muchas ganas de escapar de él la noche en el Panteón, pero sabía que cuando se trataba de hombres y vanidad, los sentimientos de las mujeres a menudo desafiaban la razón.

—Te prometo no volverá a ocurrir, señora.

Negó con la cabeza.

—Lo siento, Armistead. Cuando se trata de Lord Bolingbroke, no es una promesa que puedas cumplir. No quiero a ese hombre en mi casa y, puesto que eres tú quien le atrae aquí, no tengo más remedio que prescindir de tus servicios.

—¡Por favor, señora! —Aunque sabía que era inútil, me arrodillé y junté las manos—. Te he dado cinco años de fiel servicio.

—Y se te ha recompensado bien por ello —La señora Goadby parecía ofendida de que pudiera sugerirle lo contrario—. Los mejores vestidos, alojamiento, comida, cuidados médicos, un palco en el teatro, viajes a los jardines... ¿qué más podría necesitar una joven?

—Otra oportunidad, señora, es todo lo que pido. No tengo adónde ir. ¿Qué será de mí si pierdo mi puesto aquí?

Con cada súplica, la boca de la señora Goadby se fruncía más, hasta que parecía estar a punto de desaparecer. Sus ojos grises eran tan fríos e impenetrables como la niebla del invierno.

—Eso no es asunto mío. La caridad es un rasgo admirable en una gran señora con grandes ingresos, pero no en una mujer de negocios que debe abrirse camino en el mundo.

Me tendió un fino paquete envuelto en papel.

—Esto debería servirte hasta que encuentres algo.

El dinero podría durarme hasta el verano si iba con cuidado. Era un soborno para sacarme de aquí sin armar jaleo y quizá para tranquilizar su conciencia, si es que la tenía. En cambio, si no lo aceptaba, no tendría nada.

La señora Goadby colgó el paquete sobre mí. No podía alcanzarlo de rodillas, así que me puse en pie y cogí el dinero antes de que cambiara de opinión. Se me permitió llevarme la ropa, tal vez porque era demasiado alta y los vestidos no les quedarían bien a las otras chicas, pero tuve que salir de casa mientras se iban a dar una vuelta por el parque. No me dejaron despedirme. Desaparecí, como tantas otras antes que yo.

Pensar en ello podría haberme hecho estallar en lágrimas, pero en ese momento llorar solo indicaría debilidad. Para sobrevivir, tenía que seguir ascendiendo en el mundo sin volver a caer. Solo se me ocurría una manera de conseguirlo, aunque las probabilidades eran muy bajas.

Debo arriesgarme en mi apuesta y confiar en la suerte.

—¿Estás segura de que es este el lugar que buscas, señora? —El conductor señaló con la cabeza un edificio de ladrillo en Pall Mall, a pocos pasos de la estrecha entrada de King's Place, donde tenían sus locales muchos de los competidores de la señora Goadby—. Es un club de caballeros, no es más que un antro de juegos.

Hacía poco que las campanas de Westminster habían dado la medianoche, pero las luces parpadeaban en las ventanas de arriba.

—Sí, es aquí —Apenas podía escuchar mi voz por la sangre que me palpitaba en los oídos—.

No tardaré mucho, si es tan amable de esperarme.

—Sí, señora —Me ayudó a bajar del carruaje—. No tardará porque no la dejarán entrar. En estos sitios solo se admiten socios e invitados, y en ningún caso mujeres.

Inhalé una corriente de aire húmedo como si fuera una poción para templar mis nervios.

—Me admitirán.

A ver qué les parecía a los amigos de Lord Bolingbroke que una intrusa invadiera su lugar privado en mitad de la noche. Desearía tener media docena más conmigo, incluyendo uno muy fuerte para derribar la puerta. Como yo solo era una, tendría que ganar la entrada con maña femenina en lugar de fuerza varonil.

Me detuve ante la puerta del club y saqué el pañuelo. Por un momento imaginé qué sería de mí si mi desesperado plan fracasaba. Los poderes de mi fantasía no se habían debilitado desde la infancia, aunque habían adquirido un matiz más oscuro. Enseguida se me llenaron las mejillas de lágrimas.

Llamé a la puerta. En cuanto empezó a abrirse, me lancé contra ella y me arrojé a los brazos del hombre de mediana edad que había dentro.

—Lord Bolingbroke —sollocé—. ¡Por favor, lléveme hasta él! Ha ocurrido algo terrible... ¡Tengo noticias urgentes para él!

—Iré por él, señora —El pobre portero retrocedió horrorizado, tal y como esperaba. En mi experiencia, la mayoría de los hombres prefieren tratar con un salteador de caminos armado que con una mujer llorando—. Espera aquí. Volveré con milord en un santiamén.

Subió las escaleras a una velocidad digna de uno de los caballos de carreras de Bully. Empecé a seguirle cuando superó el primer rellano, secándome las lágrimas mientras subía.

Al llegar al segundo piso, abrí de un empujón unas puertas dobles que estaban entreabiertas. Entré en una sala grande y luminosa, amueblada con muchas mesas. Alrededor de cada mesa, los naipes estaban esparcidos por el suelo.

El lugar estaba abarrotado de caballeros vestidos con la más extraña variedad de prendas que jamás había visto. Algunos llevaban abrigos de lana gruesos, mientras que otros llevaban sus propios abrigos del revés. Varios llevaban mangas de cuero, como las que usan los lacayos para limpiar la plata. Muchos llevaban sombreros de paja de copa alta adornados con flores y cintas.

Algunos caballeros se giraron para mirarme cuando entré, pero la mayoría siguió jugando. El zumbido de las voces, el tintineo de las monedas y el traqueteo de los dados llenaban el ambiente, junto con los vapores del vino y las nubes de humo de las pipas. Miré ansiosamente a mi alrededor en busca del portero. Finalmente, lo vi en una mesa cercana hablando con un hombre enmascarado.

—¿Señora Armistead? —Bully se quitó la máscara cuando me acerqué—. ¿Qué demonios haces aquí? ¿Y de qué gran calamidad está hablando este tipo?

—La travesura que perpetraron tus amigos anoche me ha costado mi puesto en la casa de la señora Goadby.

Enfurecida porque algunos de ellos me ignoraron para seguir jugando a las cartas, cogí la baraja de la mano del crupier. El gesto llamó su atención y se quitaron las máscaras para revelar lo que había sospechado. Lord Bolingbroke se estaba divirtiendo alegremente con los mismos hombres que habían irrumpido en la casa la noche anterior.

—¿Eso es todo? —Bully infló el labio inferior—. En ese caso, te mantendré. Me estaba cansando de mi última amante.

Su oferta me sorprendió y me conmovió. No obstante, quedarme a cargo de Bully sería, como mucho, una solución temporal. Conocía sus problemas de dinero y no confiaba en absoluto

en su descabellado plan de encierro. Además, podría echarme en cualquier momento, como a su actual amante, de la que no sabía nada.

Mi mejor esperanza era seguir con mi plan original.

—Te agradezco tu generosa oferta, milord, pero tus amigos son más culpables de mi situación que tú. Creo que es justo que contribuyan a mi rescate.

Me miraron riéndose como si estuviera loca.

—¿Qué quieres que hagamos, señora? —gritó uno—. ¿Hacerte nuestra banquera? No me importaría perder tanto por una mujer tan bella.

Su ocurrencia alivió mi desesperación.

—Es una oferta tentadora, señor, pero tengo otro puesto en mente. Uno que creo que podéis ayudarme a obtener, si estáis a la altura del desafío.

—¿Desafío? —Otro hombre lanzó al aire una ficha dorada valorada en veinte libras y volvió a atraparla—. ¡Santo Dios, Bully, tu amiga nos tiene tomada la medida!

—¿Verdad? —coincidió el hombre moreno de espesas cejas, a quien acababa de reconocer como el célebre político Charles Fox—. Lo único a lo que nos cuesta más resistirnos que los desafíos es la tentación. ¿Qué buscas, querida, un puesto en el Tesoro?

—Nada que ver con eso, señor —Su regocijo ante mi intrusión aumentó mi confianza—. Busco un puesto para el que estoy bien cualificada.

—Qué idea tan novedosa —dijo el señor Fox riendo entre dientes—. Dar puestos a personas cualificadas para ocuparlos, en lugar de a quienes pueden ejercer más influencia. Debes ser una Wilkesita, señora.

¿Acaso estos hombres se tomaban en serio algo que no fuera satisfacer su propio placer imprudente? Me recordé lo bien que eso los calificaba para mis propósitos.

—Mi objetivo, caballeros, es convertirme en la cortesana más solicitada del reino. Con un poco de ayuda, creo que puedo lograrlo —Extendí las cartas y me abaniqué con ellas—. ¿Puedo contar con vuestro apoyo?

—Una cortesana, ¿eh? ¿Como la exquisita señora Baddeley?

—Mejor —declaré, envalentonada por un potente rayo de esperanza—, porque soy más guapa.

—Maldita seas si no lo eres —Una sonrisa de radiante dulzura iluminó las morenas facciones del señor Fox—. Este desafío parece un buen deporte. ¿Nos apuntamos, caballeros? Parece lo menos que podemos hacer por la pobre señorita, después de los problemas que le hemos causado. Ojalá todos nuestros problemas pudieran remediarse tan fácilmente.

—Tienes que aprender francés —dijo uno de sus amigos.

—Y Reynolds tiene que hacerle un retrato —sugirió otro—. ¿No crees, Charles?

El señor Fox asintió.

—¿Te has subido a algún escenario o actuado alguna vez, querida?

¡Iban a hacerlo! Quise lanzar las cartas por los aires y bailar por la sala, pero logré contenerme.

—Estoy segura de que puedo aprender.

—Está decidido, entonces —dijo el señor Fox—. Bully le dará alojamiento. Richard le buscará un profesor de francés. Bob organizará su exhibición en la galería y yo me encargaré de su debut como actriz. Muy pronto estará de moda.

Sus amigos murmuraron su acuerdo.

—Muy bien —Bully me arrebató las cartas de la mano—, ¿podemos volver al juego antes de que se me tuerza la suerte?

Los caballeros me dieron la espalda como niños que acababan de perder repentinamente el interés por alguna novedad pasajera.

Seguí al portero del club fuera de la sala de juego, sin saber si estar eufórica o aterrorizada por lo que acababa de hacer. ¿Olvidarían los amigos de Bully nuestro trato en cuanto me perdieran de vista? Afortunadamente, parecían tomarse más en serio su promesa que sus deudas de juego.

Al día siguiente, Bully me encontró alojamiento en Piccadilly, no muy lejos de su club. Mi casera tenía tres suites de habitaciones que alquilaba a mujeres jóvenes en manutención. Aunque no eran tan espaciales ni elegantes como las de la señora Goadby, estaba contenta con ellas. Me sentía como un pájaro cantor que acababa de salir de una jaula de oro. Aunque tendría que cazar mis propias migajas y cuidarme de los depredadores, ahora podía volar tan alto como me llevaran mis alas.

En aquel entonces no tenía ni idea de lo alto que llegaría.

ME FAMILIARICÉ enseguida con mis nuevos patrones, ya que cada uno desempeñaba su papel en la preparación para convertirme en cortesana.

Poco después de instalarme en mi nuevo alojamiento, uno de ellos me hizo una visita. Era un hombre alto y robusto, de constitución delgada y musculosa y el porte orgulloso de un soldado. Sospeché que era el responsable de haber pateado la puerta aquella fatídica noche en casa de la señora Goadby.

—Richard Fitzpatrick a tu servicio, señora —Hizo una reverencia cortés, aunque tenía los brazos llenos de libros y revistas—. Permíteme presentarte a tu profesor de francés, M. Boucher —Señaló con la cabeza a un hombre más bajo, igualmente cargado de material de lectura.

Les invité a pasar al salón y pedí chocolate.

—Esto es para ti —dijo el señor Fitzpatrick mientras el profesor de francés y él colocaban los libros en la mesa de té—. Charles Fox y yo hemos estado hablando sobre nuestra campaña para ayudarte. Acordamos que necesitarás algo más que belleza y espíritu para triunfar como cortesana.

Miré la tambaleante pila de libros con una mezcla de interés y aprensión.

—Estoy deseando leerlos, señor Fitzpatrick.

—Llámame Richard —dijo con un aire de encanto tan despreocupado que no pude resistirme—, o Fitz si lo prefieres. Mis amigos y yo no solemos ser ceremoniosos. Ten cuidado con los estudios, porque de vez en cuando te preguntaremos durante la cena o en un paseo por el parque.

—Como quieras... Richard —A pesar de su reputación desaliñada, el caballero tenía un aire distinguido que me hizo sentir un poco intimidada por él.

Cuando Lord Robert Spencer insistió en que le llamara Bob, la informalidad llegó con facilidad. Todo en su aspecto sugería un humor pícaro, desde su cabellera rubia y sus ojos siempre brillantes hasta su amplia sonrisa y su larga barbilla de Polichinela. No me sorprendió descubrir que se le conocía como Spencer el cómico.

Bob había conseguido que Sir Joshua Reynolds pintara mi retrato. Me acompañó a mi primera sesión en el estudio del gran artista en el cercano Leicester Fields y me calmó los nervios con sus alegres bromas.

—¿Entonces —le pregunté—, los demás y tú sois amigos desde hace mucho tiempo?

Asintió.

—Desde que íbamos al colegio. Todos parecíamos rodear a Charles. Era un joven muy

simpático y lleno de espíritu.

Por lo que había visto, su carácter no había cambiado desde entonces. Charles Fox era claramente el líder del grupo y sus amigos buscaban su inspiración y aprobación. Nunca había conocido a nadie que se lanzara a todas las actividades con tanto entusiasmo. El hombre parecía decidido a exprimir la experiencia y el disfrute de tres vidas en el lapso de una.

—Por aquel entonces —continuó Bob—, nos llamábamos The Spares, porque todos somos los hijos más pequeños. Mi hermano mayor es el duque de Marlborough, el de Richard es el conde de Ossory. Ste, el hermano de Charles, es el heredero de la enorme fortuna de Lord Holland. También está casado con una de las encantadoras hermanas de Richard, qué afortunado. Pero ser el segundón es vivir la buena vida. No tenemos las responsabilidades y expectativas que pesan sobre nuestros pobres hermanos. Sin embargo, los banqueros están dispuestos a prestarnos dinero con la esperanza de que algún día podamos heredar, ¡Dios no lo quiera!

Mientras me reía del fingido horror de Bob, reflexionaba sobre lo que había dicho, tratando de encontrarle sentido a mis inteligentes pero irresponsables patrones.

Mientras esperábamos en la galería frente al estudio de Sir Joshua, Bob señaló varios retratos agrupados en una pared.

—Sir Joshua ha pintado a todas las impuras modernas: Kitty Fisher, Nelly O'Brien, Polly Jones y Nancy Parsons. Ahora que lo pienso, Bully ha mantenido a la mayoría de ellas en un momento u otro, así que estarás en compañía de calidad.

Los bellos rostros se asomaban a sus marcos con miradas seductoras, a diferencia de las damas bien educadas que bajaban los ojos o dirigían frías miradas a lo lejos. Las miradas directas de las cortesanas prometían perversas delicias a cualquier hombre que tuviera la fortuna de reclamarlas. Prometí practicar esas miradas en mi espejo tan fielmente como estudiaba mis lecciones de francés y leía los libros que Charles Fox me había prestado.

Parecía que Bob también se acordaba en ese momento del señor Fox.

—Charles dice que, si queremos lanzarte al estrellato, tenemos que hacer un estudio adecuado del tema. Me ofrecí a interrogar a las meretrices que conozco sobre los trucos de su oficio.

—Qué amable por tu parte tomarte tantas molestias por mí —bromeé.

—No sabes el gran inconveniente y enorme fastidio que me ha producido —dijo Bob esforzándose por mantener la cara seria—. ¡Pero que nunca se diga que un Spencer ha eludido su deber de divertir a las bellas damas!

Su ingenio estaba repleto de coqueteo. Sopesé la idea de invitar a un hombre a mi cama solo porque me gustaba.

—Y que me diviertan a su vez, sin duda —Fruncí los labios en un desafío seductor. Después de todo, necesitaba práctica.

—Por supuesto, si surge la oportunidad —La provocativa risa ronca de Bob hizo que se me erizara la piel de la nuca, como si sus labios la hubieran rozado.

Antes de que nuestro flirteo pudiera avanzar más, apareció Sir Joshua para llamarnos a su estudio. Era un hombre de mediana edad, estatura media, rasgos afilados y barbilla hendida. Si no hubiera sido por la paleta salpicada de color que llevaba en la mano izquierda y el olor a aceite de linaza que flotaba a su alrededor, me habría parecido más un próspero hombre de negocios que un retratista.

Estrechó la mano de Bob.

—Me alegro de verte fuera del club de vez en cuando, muchacho. ¿Es esta tu nueva protegida? *Enchanté*, querida. Qué perfil tan fino tiene... ¡y qué cabello! Tenemos que sacarle

todo el provecho posible.

Sir Joshua nos condujo a una espaciosa habitación abarrotada de casi tanto atrezzo como los bastidores de un teatro. Una mezcla de olores penetrantes y desconocidos me crispó la nariz.

Mientras Bob y él charlaban sobre los distintos miembros de la familia Spencer que había pintado a lo largo de los años, Sir Joshua me sentó y procedió a hacerme posar. Con movimientos enérgicos me bajó la manga izquierda del vestido hasta dejarme el hombro al descubierto y luego me soltó un mechón de pelo, que se me enroscó en el cuello desnudo. Sin embargo, el calor de las yemas de sus dedos sobre mi piel me hizo preguntarme si su intención era tan profesional como podría parecer a ojos de un espectador.

Cuando terminó de acomodarme a su gusto, acercó una silla a Bob.

—Siéntate, si eres tan amable, y atrae la atención de la señorita. De lo contrario, me temo que seguirá mirando hacia mí y estropeará el perfil.

—Solo si me prometes que no me vas a pintar —Bob extendió el frac de su abrigo y se sentó con una graciosa floritura—. Parezco bastante enfurruñado en el retrato que me hiciste después de mi Grand Tour.

Mientras Sir Joshua se escabullía detrás de su caballete, Bob me sonrió.

—¿De qué te puedo hablar para mantener tu atención?

Quizás podría decirme cómo pretendía conquistar mi cama esta noche. Estaba segura de que quería intentarlo.

—Podrías empezar por contarme algunos de los secretos que aprendiste sobre lo que hace falta para convertirse en una cortesana de éxito.

¿Había algún nuevo acto carnal que debiera dominar? ¿Alguna posición exótica?

Bob lanzó una mirada furtiva a Sir Joshua y luego se inclinó hacia mí. Sus ojos brillaban lascivos.

—Tienes que aprender algo... obsceno —susurró.

—¿Sí? —Se me aceleró la respiración.

—Tienes que aprender a gastar cantidades *obscenas* de dinero.

—¿Gastar dinero? ¡Canalla!

Unas horas después de abandonar el estudio de Sir Joshua, me acurruqué en el regazo de Bob Spencer en mi salón y fingí estrangularle.

—Pensé que ibas a revelarme alguna nueva y emocionante habilidad en la alcoba.

—¿Eso era lo que querías saber? —Bob me soltó las manos del cuello y me plantó un beso en cada palma—. En ese caso, hay un divertido truco que aprendí de una verdadera cortesana en la Toscana. Me encantaría enseñártelo.

—Lo que sea para cumplir tu obligación conmigo —Me incliné hacia delante como si fuera a besarle, pero cambié de rumbo y le acaricié el cuello.

—Por supuesto —Me tiró de la manga para dejarme el hombro al descubierto, como había hecho Sir Joshua—. Que nunca se diga que un Spencer elude su deber...

—¿Es cierto lo que me dijiste sobre gastar dinero? —le pregunté mientras le desataba el pañuelo del cuello—. ¿O solo estabas de broma?

—¿Haría alguna broma sobre dos temas tan solemnes como el sexo y el dinero? —Me llenó el hombro desnudo con besos que me hacían cosquillas.

—¡Creo que harías bromas sobre cualquier cosa! —Disfruté de la novedad de jugar con un hombre por el mero placer de hacerlo.

—Es posible —Bob bajó aún más el escote del corpiño—. Pero esta vez voy en serio. Me lo dijo Nancy Parsons, que es la máxima autoridad. Me dijo que la diferencia entre una cortesana y

cualquier otro tipo de ramera es que las demás son para el placer privado, mientras que la cortesana está destinada para alardear en público.

—¿De verdad? —solté una risita cuando los pechos se salieron de las ballenas—. Cuéntame más.

—Vámonos a tu cama —murmuró—, y te prometo que te desvelaré todo lo que he investigado tan minuciosamente.

Me arqueé para rozarle con el pezón erecto en los labios.

—Pero me interesa más saber lo que has investigado sobre el placer.

Nos retiramos a mi dormitorio, donde Bob procedió a quitarme la ropa y a quitarse la suya. Cuando su boca no estaba ocupada en otra cosa, me contaba más secretos que había sonsacado a la hermandad de meretrices. Sus roncos susurros y seductores murmullos me estimulaban casi tanto como el hábil juego de sus manos, labios y lengua.

—El tipo de hombre que mantiene a una gran cortesana no le hace un nidito de amor y la oculta del mundo. Todo lo contrario. La lleva a la ópera y a los jardines de recreo, donde los vestidos elegantes y las joyas caras exhiben su riqueza y su exquisito gusto para que todos la vean... y envidien.

Su aliento se aceleró en un siseo sensual y sus dedos se deslizaron sobre mí.

—Lujuria... orgullo... avaricia... envidia. Una cortesana personifica a la diosa del placer y el pecado.

Su serpiente se deslizó y me abrasó con deleite perverso.

## CAPÍTULO NUEVE

MI retrato llevaba unas semanas colgado en la «galería de galantería» de Sir Joshua cuando Charles Fox me invitó a asistir con él y sus amigos al estreno de una nueva obra en Covent Garden.

—Según los fascinantes descubrimientos de Bob, Richard sugirió que emprendiéramos una campaña que combinara publicidad y misterio. Debería despertar la curiosidad por ti en los sectores adecuados.

—¿Publicidad y misterio? —Miré a cada uno de ellos en el interior del carruaje de Richard, esperando encontrar una pista que resolviera el acertijo de Charles—. ¿Cómo vas a conciliar dos cosas tan opuestas?

—Es endiabladamente inteligente, ¿no? —Richard parecía estar muy satisfecho de sí mismo—. Tu retrato es el ejemplo perfecto. Todos los que visitan la galería de Sir Joshua lo ven.

—En otras palabras, todas las personas importantes de Londres —añadió Bob.

—Cuando ven tu hermosa imagen colgada entre la de Kitty Fisher y la de Nelly O'Brien —continuó Richard—, saben que pueden contratar tu compañía. Pero eso es todo lo que saben. Ni nombre, ni dirección, ni antecedentes. Los caballeros curiosos preguntarán a sus amigos por ti. Se correrá la voz.

—Esta noche se deberían avivar aún más las llamas —Bob rio entre dientes—. La mayoría de la gente va al teatro tanto para ver a otros miembros del público como a los actores en escena.

Recordé mi primera visita a Drury Lane. Me dolía el corazón al recordar a Nell, como una vieja herida que nunca se acababa de cicatrizar. Esperaba que hubiera encontrado un caballero amable y adinerado que la mantuviera.

—Una amiga me dijo una vez que el sentido de ir al teatro no era ver, sino que te vean.

Charles Fox asintió.

—Se podría decir eso de la mayoría de lugares de entretenimiento público.

—Esta noche sí que te van a ver —dijo Richard—. Y en compañía de tres de los jóvenes más conocidos de Londres. Llegaremos justo cuando empiece la obra y nos iremos antes de que los actores hayan terminado la despedida. Eso hará que se muevan las lenguas.

Una vez sentados y comenzada la obra, estaba mucho menos segura de que alguien se fijara en mí. Sin embargo, estaba tan entretenida que apenas me importaba. La nueva obra del señor Goldsmith, *Doblegada para vencer*, pronto hizo que todos los miembros de nuestro grupo se rieran a carcajadas.

—Ese joven Marlow se parece mucho a ti, Charles —dijo Richard dándole un codazo a su amigo durante el intermedio—. ¡No tiene nada que hacer con las mujeres de su misma clase! ¿Tendrá que hacerse pasar alguna pobre señorita por moza de taberna para conquistar tu

corazón?

—Hace falta algo más que eso. *J'ai nulle inclination pour le marriage, et que rien ne m'y pourroit engager* —Charles se volvió hacia mí con un brillo de picardía en sus ojos oscuros—. ¿Qué me dices a eso, señora Armistead?

—No tienes ninguna intención de casarte —No me resultó difícil traducirlo—. Y nada podría inducirte al matrimonio. ¿Y si una señorita tuviera una gran fortuna?

Había oído que a Charles le había engañado una casamentera profesional que le había prometido encontrarle una heredera antillana.

Pensé que se enfadaría conmigo por aludir a su antigua vergüenza, pero se rio más de sí mismo que de los demás.

—¡La peor de todas las razones posibles! Aunque esa locura pasajera llamada amor le sigue de cerca. La amistad es la única felicidad verdadera en el mundo.

Bob y Richard asintieron enérgicamente. Recordando mi desastrosa pasión por Ned Armistead y los sagaces consejos de la señora Goadby, yo también sentía lo mismo.

—Charles —dijo Bob—, ¿has tenido suerte persuadiendo a David Garrick para que le dé a la señora Armistead un papel en una de sus obras?

—Hasta ahora no. Con dos bellezas codiciadas ya en su compañía, el pobre hombre no quiere buscarse problemas presentando a una rival más joven.

Al no poder ocultar mi decepción, Charles me dio una palmadita alentadora.

—No te preocupes. Ser una belleza más entre tantas no te haría sacar el mejor partido. Creo que estarías mejor aquí, en Covent Garden. Hablaré con el señor Colman y veré qué puede hacer por ti.

Durante los meses siguientes parecía que Charles Fox y sus amigos hacían mucho más por mantenerme en secreto que por dar a conocer mi existencia. Los teatros cerraron durante el verano sin que se decidiera nada sobre mi salida a escena. Para cuando abrieran de nuevo en otoño, ¿alguien recordaría o se preocuparía por la misteriosa señorita entre los muchos retratos de Reynolds?

Mi divertida aventura con Bob Spencer no duró más que las flores de primavera. La verdad es que sentí más alivio que pena cuando terminó. No estaba acostumbrada a compartir mi cama con un hombre excepto en términos comerciales directos. Sin ese intercambio de honorarios por servicio, las relaciones entre los socios se complicaban mucho más. Temía que uno de los dos empezara a sentir por el otro más de lo que podía permitirse.

Cuando Bully me pidió que le acompañara a las carreras en Berkshire y luego pasara el verano con él y sus hijos en su finca de Wiltshire, le pregunté si había oído algo más sobre la promesa que me habían hecho sus amigos.

Bully se encogió de hombros.

—No se puede hacer nada al respecto en esta época del año, con la alta sociedad diseminada por los cuatro puntos cardinales del reino. Además, Charles tiene asuntos más importantes en los que ocuparse que en tu debut en el escenario. Sus padres se están muriendo y Dios sabe qué será de él entonces.

—¡Pobre hombre! —Aunque sentí una punzada de vergüenza por estar tan ocupada con mis propios intereses, me recordé a mí misma que a nadie más le importaría lo que fuera de mí si yo no lo hacía.

Bully parecía menos preocupado por la pérdida personal de su amigo que por la financiera.

—Desde que le conozco, Charles ha pedido prestado más de lo que se podía permitir, pero pronto tendrá que pagarlo.

Como Bully había predicho, los padres de Charles murieron ese verano con seis semanas de diferencia. Nos enteramos de que Lady Holland le había dejado una herencia que me habría permitido vivir lujosamente el resto de mi vida, pero Charles parecía decidido a jugárselo todo antes de que un penique llegara a sus manos. Dado que mi mayor deseo en el mundo era tener una pequeña medida de seguridad, sus acciones me desconcertaron y me irritaron.

Sin embargo, no podía seguir enfadada con él. Sobre todo, después de que viniera hasta la finca de Bully en Wiltshire con buenas nuevas para mí.

—Mi querida señora Armistead —Se inclinó sobre mi mano. Parecía sinceramente encantado de volver a verme—. Espero que no pienses que me he olvidado de hablar con el señor Colman en tu nombre. Parece que no tiene nuevas obras para la temporada de invierno y espera satisfacer la sed de novedades de su público contratando algunos actores nuevos. Le aseguré que tu aparición atraería a una buena multitud de caballeros.

—Así será —declaró Bully—, ¡aunque tengamos que perseguir a todas las compañías desde Almack's hasta Covent Garden!

Charles asintió.

—El señor Colman desea que le hagas una visita lo antes posible.

—Me alegro de que te hayas acordado, a pesar de haber estado tan ocupado —Me arrepentí de haber pensado mal de él. Lo que hiciera con su fortuna no era asunto mío—. Iré a Covent Garden en cuanto volvamos a la ciudad.

—Creo que vas a hacer muy bien el papel de Indiana, querida —El señor Colman me entregó un libro de teatro de *Los amantes conscientes* de Richard Steele—. Los ensayos empiezan la próxima semana con vistas al estreno a principios de octubre.

¿Ya tenía el papel? Jamás había conseguido algo tan fácilmente.

—Gracias, señor. Lo espero con impaciencia. Trabajaré muy duro para hacer justicia al papel, se lo prometo.

El director me sonrió de una manera que reconocí al instante.

—No tanto como para quitarte el sueño y oscurecer esos ojos tan bonitos.

Me di cuenta de que no le importaba si me quedaba rígida como la madera en el escenario. Lo único que quería era exhibirme para atraer a una multitud de jóvenes adinerados. Aunque eso me convenía para mis propósitos, prometí ofrecer una actuación que hiciera que el público se fijara en mí y enorgulleciera la memoria de mi padre.

Durante las semanas siguientes, dediqué todo mi esfuerzo a aprenderme el papel y a interpretarlo bien. Pronto descubrí que actuar era mucho más difícil de lo que parecía desde el asiento del palco.

Memorizar mi papel solo era el principio. Tenía que hablar lo bastante alto para que se me oyera por encima del ruido de la galería superior, pero sin que pareciera que gritaba cada palabra. También tenía que infundir a las palabras un sentimiento acorde con el personaje y la situación. Tenía que acompañar mis líneas con gestos adecuados para que fueran algo más que un recitado estático. Cuando se levantó el telón de mi primera representación, ya respetaba hasta al peor de los actores.

No podía decir lo mismo de la obra, una comedia muy escasa en humor, pero cargada de ingenio. En cuanto a mi personaje, la pobre pero virtuosa heroína, su situación me recordaba demasiado a la mía con Ned Armistead. ¿Cómo pudo Indiana ser tan ingenua como para no cuestionar los motivos de un hombre que le proporcionaba todas las comodidades y, sin embargo, decía no querer nada a cambio?

¿Cómo pude serlo yo?

Entre bastidores, a la espera de mi señal, oí las carcajadas del público. Tal vez se reconocieran en la descripción del sirviente del mastuerzo:

—Los hombres de placer de la época, los mejores jugadores... y falsos amantes, tienen gusto por la música, la poesía, el *billet-deux*, la ropa, la política, las damiselas...

Hice mi entrada en el siguiente acto, paseando por el escenario con la señora Kennedy, una actriz experimentada y de buen corazón que interpretaba el papel de mi tía.

En el momento en que me fijé en el público y vi a tantos caballeros mirándome fijamente, me sentí como cuando los amigos de Bully nos descubrieron juntos en la cama en casa de la señora Goadby, pero mucho peor. Al menos entonces solo habían sido unos pocos y estaban en mi territorio. Ahora había cientos y yo estaba a su merced. Es cierto que no estaba desnuda, pero en aquel momento me parecía tan solo un pequeño consuelo.

Me empezaron a temblar las piernas violentamente bajo las faldas. Y cuando intenté pronunciar la primera frase, no me salía nada.

—De verdad, querida, no ha ido tan mal como crees —Bully intentó consolarme mientras yo lloraba lágrimas de humillación y fracaso en un pañuelo empapado.

Su carruaje avanzaba hacia el oeste, hacia Piccadilly, con Charles, Richard y Bob apretujados en el asiento de enfrente.

—Por favor, llévame a casa —sollocé—. Perdóname por actuar tan mal después de las molestias que te tomaste para conseguirme el papel y convencer a tantos amigos tuyos para que me vieran. Ojalá pudiera devolverles el dinero.

—No digas tonterías —Bob sonaba tan imperturbable por mi desastroso debut como por sus propias pérdidas en el juego—. Colman ha cobrado las entradas acorde a tu primera aparición en un escenario. El público esperaba que estuvieras nerviosa. Si no, se habrían sentido decepcionados.

—Además —añadió Richard—, el comportamiento... moderado le sentaba bien a una heroína casta y modesta como Indiana. Si hubiera habido más señoras entre el público, estoy seguro de que se habrían sentido más identificadas con tu actuación.

—La obra era horrible —Charles soltó una de sus risitas contagiosas que me tentaron a sonreír a través de las lágrimas—. No soporto las comedias sentimentales. Prefiero el humor subido de tono de Farquhar o el ingenio de Congreve. Pero te han visto, querida, y ese era el objetivo, ¿no?

Tuve que asentir, aunque no parase de moquear.

Bully cambió bruscamente de tema para distraerme.

—¿Cómo va la cosa en el Parlamento, muchachos? ¿Se está algo más cerca de resolver la agitación que se ha producido en las colonias?

Las noticias que venían de América en los últimos años habían sido inquietantes, aunque nunca les había prestado mucha atención. Últimamente, las asambleas coloniales habían resuelto no comerciar con Inglaterra y habían levantado una milicia de voluntarios.

—Tendrías que haber oído el último discurso de Charles —Richard brillaba de orgullo por su amigo—. Dijo que la política de Lord North «se basaba en información falsa, fruto de la debilidad y la ignorancia, y que se había ejecutado con negligencia». Por el amor de Dios, si tuviera la mitad de habilidad para el juego que para el debate, ¡sería tan rico como un noble!

Nunca me había interesado por la política. Según mi experiencia, el funcionamiento del parlamento nunca marcó una gran diferencia en la vida de la gente como yo. Pero oír a Charles y a sus amigos debatir sobre la situación americana con tanta pasión despertó mi sentido de la justicia. Parecía que el gobierno del rey trataba a las colonias como la señora Goadby trataba a

sus hijas. Nunca habíamos tenido a nadie que buscara justicia en nuestro nombre. Me alegré de que las colonias explotadas tuvieran un defensor tan elocuente en Charles Fox... aunque él y sus amigos fueran muy inferiores en número.

—¿Has visto la crítica de tu actuación? —Bob Spencer agitó un ejemplar del *Westminster Magazine* ante mí cuando él, Charles y Richard pasaron por mi alojamiento quince días después de mi debut en el escenario—. Dice que el miedo subyugó tus facultades de expresión, pero alaba tu figura lujuriosa y compara tu voz y tu perfil con los de la señora Cibber, lo cual es un gran halago.

Los tres parecían muy alegres a pesar de tener los ojos saltones y estar sin afeitarse. Aunque era casi mediodía, sospeché que venían de jugar toda la noche en el club.

—El señor Colman parecía bastante satisfecho con mi recibimiento —Les hice señas para que entraran y pedí café, aunque unos tazones de sopa caliente les habrían sentado mejor—. Me ha pedido que interprete el papel dos veces más este mes y que hiciera de suplente de la heroína en *Cuento de invierno*. Tendré que cantar una canción, pero creo que podré hacerlo.

—¡Es magnífico! —dijo Charles sonriendo—. ¿Has dejado claro que no vas a aparecer en el cartel con tu nombre?

Asentí.

—Me ha prometido que apareceré como «Una novata en el escenario» o algo así. ¿Crees que todavía hay que ocultar mi nombre?

—Sin duda. La curiosidad por ti ha ido en aumento y pronto llegará el momento de actuar —Charles dio un codazo a Richard, el cual me entregó un fajo de billetes—. La fortuna nos sonrió a los tres anoche, un acontecimiento pasajero poco frecuente. Acordamos dártelo para hacerte unos vestidos nuevos y preparar tu lanzamiento al estrellato.

—¿Vestidos nuevos? Pero seguramente... tus acreedores...

Charles rechazó mis objeciones.

—Es el mejor uso que se le puede dar a este dinero. Sabes que, si nos lo quedamos, lo volveremos a perder. De este modo, nos salvarás de nosotros mismos y los comerciantes se beneficiarán. Asegúrate de encargarte un espléndido traje para el personaje de la reina Isabel. Habrá un baile de máscaras en el Panteón a principios de Año Nuevo. ¿Qué te parece si te presentamos como la reina de las meretrices? Nosotros representaríamos a tus cortesanos.

¡La reina Isabel! Se me escapó un chillido de placer más propio de una novata de quince años que de una avezada Thaïs de veinticinco.

—Yo quiero ir de Sir Walter Raleigh —dijo Richard—, y Charles tiene que ser Shakespeare, pues nadie aparte de Garrick conoce mejor sus obras.

—¡Yo me pido Francis Drake! —gritó Bob—. Pareceré un granuja con un anillo en la oreja.

—No creo que necesites ayuda para serlo —me burlé de él, aliviada de que nuestra amistad hubiera sobrevivido a unas cuantas aventuras en la cama.

En la noche del baile de máscaras estaba emocionada y nerviosa. Estaba impaciente por lucir mi traje, un espléndido vestido de satén blanco al estilo Tudor, adornado con cuentas doradas y encaje. El volante de encaje almidonado que me rodeaba el cuello me resultaba muy extraño, pero me obligaba a mantener la barbilla alta y la espalda recta.

—Te comportas como una reina, querida —susurró Richard mientras él y sus amigos me acompañaban por la rotonda—. Mejor que la actual. No puede igualarte en estatura y no para de procrear, pobre mujer.

Miró a Bob.

—¿Cuántas cunas hay en la guardería real? ¿Una docena?

—No más de diez, pero sigue siendo una familia enorme. Con tantos príncipes jóvenes y sanos, Inglaterra no tendrá que preocuparse por la sucesión en la vida.

Las bromas de mis acompañantes no paraban de hacerme reír y sonreír. Así me presentaban de forma más favorable a cualquier caballero que me observara. Y no eran pocos. Cada vez que mi atención se desviaba un instante, captaba la mirada de uno u otro. Poco después, ya no se contentaban con mirar y empezaron a acercarse a nuestro grupo.

Un caballero muy alto y rubio le ofreció la mano a Charles.

—Mi querido amigo, últimamente no te veo mucho. ¿Qué te atrae a Almack's esta noche?

—Buenas noches, Cholmondeley —Charles saludó al hombre como si nada en el mundo pudiera complacerle más que su encuentro—. Mis amigos y yo no nos hemos podido resistir a esta oportunidad de hacer de escuderos de la divina señora Armistead. Es una reina de corazones que supera a todas las demás.

Richard se inclinó más cerca y me susurró al oído.

—Finge que no te has enterado. Ríete como si acabara de hacerte una sugerencia escandalosa.

Hice lo que Richard me pedía, actuando mucho mejor de lo que lo había hecho en el escenario de Covent Garden. Pero también estuve atenta a la respuesta del caballero a Charles.

—Ah, ¿sí? Es la primera vez que oigo hablar de la señora.

—Puede que sea la primera vez que oiga hablar de ella —respondió Charles—, pero dudo que sea la última. Su retrato está colgado junto al de Kitty Fisher en la galería de Sir Joshua y hace poco apareció en el escenario de Covent Garden. Mis amigos y yo estamos encantados con ella.

—Ah, esa señora —Parecía que el caballero había oído hablar de mí, después de todo—. ¿Podría ser tan amable de presentarme?

—Encantado de complacer a un viejo amigo del colegio —Charles me cogió de la mano y me hizo avanzar—. Señora Armistead, permíteme presentarte al conde de Cholmondeley. Hay pocos hombres en el reino con mejor ojo para la belleza.

Mientras le hacía una reverencia al conde, oí a Bob murmurar:

—Pocos aún están mejor equipados para acostarse con las bellezas que espían.

—Señora Armistead —Lord Cholmondeley se inclinó sobre mi mano—. ¿Podría rogarle el honor de un baile?

Estaba a punto de aceptar cuando Richard se adelantó y me cogió del brazo.

—Puedes suplicar todo lo que quieras, viejo amigo, pero la señora ya está prometida conmigo y debo reclamar el honor antes de que la asedien con ofertas.

—Richard —protesté mientras me llevaba hacia el ábside sur, donde la orquesta tocaba un minueto—, ¿a qué juegas? Tus amigos han empleado todo este tiempo y dinero para presentarme como cortesana y ahora me apartas del primer caballero que muestra interés. Un joven caballero de aspecto agradable, además.

—No te preocupes —Richard me dio un apretón tranquilizador en la mano cuando empezamos a dar los lentos y elegantes pasos del baile.

—Cholmondeley no perderá interés en ti por tener un poco de competencia por tus favores. Todo lo contrario.

—Pero no compites por mis favores —A veces deseaba que Richard traicionara ese tipo de interés por mí, pues era con diferencia el más atractivo de mis tres amigos—. Bob dice que las únicas mujeres a las que seduces son las esposas de otros hombres.

—¡Qué tontería! Jamás haría tal cosa —La amplia boca de Richard se torció en una sonrisa

diabólica—. Pero si se proponen seducirme, estoy dispuesto a someterme. Te doy un consejo. Si Cholmondeley puja por tus favores, cóbrale por centímetros. El tipo está loco como los sementales de Bully.

—Así que a eso se refería la broma que murmuró Bob —Me reí tanto que apenas podía respirar.

—Al pobre Cholmondeley lo maltrataban sin piedad en el colegio. Al menos hasta que Charles le puso fin.

No me sorprendía. A menudo había oído a Charles salir en defensa de alguien al que estaban maltratando.

—¿Y cómo lo consiguió?

Richard se rio.

—Diciendo a los demás chicos que los que más atormentaban a Cholmondeley eran los que tenían más motivos para envidiarle.

Siendo como eran los colegiales, debía de hacer falta una mezcla especial de encanto y valor para hacer semejante comentario sin que te molieran a palos. Cada vez comprendía mejor por qué los amigos de Charles lo idolatraban tanto.

El resto de la noche prosiguió como había empezado, con Charles y los demás haciéndome desfilar y presentándome a caballeros de título y fortuna. Pero en cuanto recibía una invitación para bailar, cenar o retirarme a la sala de cartas, Bob o Richard alegaban un compromiso previo y me llevaban a tomar una copa de vino o a otro minueto.

¿Se trataba de una especie de farol con el que pretendían subir la apuesta y animar a que pujaran más alto por mí? Esperaba no haber cometido un error desastroso al poner todo mi futuro en manos de jugadores tan temerarios.

## CAPÍTULO DIEZ

Al día siguiente me desperté con una sacudida nauseabunda al oír unos golpes frenéticos en la puerta y los gritos estridentes de mi casera.

—Señora Armistead, ¿puedes venir, por favor?

Salí arrastrándome de la cama, con el cuello agarrotado y escocido por el collar. Me dolían los pies de desfilar por el Panteón toda la noche con un par de zapatos nuevos. Cuando me miré al espejo que había sobre el tocador, una criatura de rostro pálido, ojos hinchados y pelo alborotado me devolvió la mirada. No parecía alguien por quien un caballero de buen gusto pagaría más de unos chelines.

¿Estaba loca por creer que podría convertirme en cortesana? Me pregunté cuánto tiempo más seguirían Charles y sus amigos con su campaña si no daba resultados. Aunque me había encariñado bastante con los tres, sabía que no podía creer que fueran hombres de propósitos firmes, especialmente en lo que se refería a las mujeres.

Deseaba volver a meterme en la cama, esconderme bajo las sábanas e ignorar la urgente llamada de mi casera, pero no servía de nada. Todos mis esfuerzos por mejorar mi vida podrían ser en vano, pero rendirme sin duda lo sería.

Me quité una lágrima cobarde con el dorso de la mano, me puse el vestido y abrí la puerta un poco.

—Bajaré en cuanto me vista. ¿Qué pasa?

—Toma —Mi casera me extendió un ramo de flores y dos cajas—. Pero tengo a tres criados sentados en el salón esperando cualquier mensaje que quiera enviar a sus amos. Están siendo tan descortesés entre ellos que temo que acabe en una pelea si no los satisfaces.

Al principio no entendía lo que estaba sucediendo.

—¿Qué es todo esto? —Olfateé las flores y al levantar la tapa de una caja descubrí un lujoso manguito de piel.

—Creo que son muestras de admiración —Mi casera pasó la mano por el manguito—. Signos de interés en pujar por tus favores.

Deslicé la mano dentro del manguito. Estaba forrado de satén lujoso y... algo más. Saqué un fajo de billetes y jadeé tras calcular su valor.

—Esto es para demostrar que el caballero está muy interesado. ¿Y ves esto? —Mi casera dio la vuelta al ramillete de flores. Lo que sujetaba los tallos no era una cinta, sino un anillo de oro con un gran diamante brillante.

—¡Vaya! —De repente me sentí mareada, me tambaleé hacia atrás y me desplomé sobre un taburete.

Ojalá Charles, Richard y Bob hubieran estado allí en ese momento, porque les habría dado un

beso que nunca olvidarán.

Armada con mi nueva riqueza, descendí hacia los comerciantes de Mayfair como un niño hambriento suelto en una pastelería. Mi profundo deseo de seguridad me impulsaba a vivir con frugalidad y ahorrar para el futuro. Pero cada vez que me mostraban una cofia nueva, un trozo de fino encaje o un libro sobre moda de París con fotos de los últimos vestidos, el seductor consejo de Bob Spencer se repetía en mis pensamientos.

—*Gasta cantidades obscenas de dinero.*

—¿Qué te parece este, señora? —La modista de mantuas sostuvo un vestido—. Llegó el otro día de París. Fíjate en el escote, no es de pico o cuadrado, sino de corte rectangular adornado con volantes de gasa. Realza los bustos finos como el tuyo a la perfección.

—Es muy bonito, señora Whitelock.

—¿Y has visto el corpiño? Lleva rosetones en la parte delantera en lugar de lazos. Este tipo de detalle novedoso marcará la tendencia.

Hizo señas a dos de sus ayudantes, unas chicas de la edad que yo tenía cuando empecé a trabajar en casa de la señora Goadby. Entre las dos sostenían un trozo de tafetán color lavanda.

—¿No quedaría el vestido precioso con esta tela? —preguntó la señora Whitelock—. Se puede recortar con un tono más oscuro de violeta, ¿no? O, quizás...

—Lavanda no —Aunque habían pasado ocho años, un simple vistazo a ese tono me hacía revivir la noche en que descubrí a Ned en la casa de maricas—. El color no me sienta bien. ¿Tienes algo más brillante?

La señora Whitelock apartó a sus ayudantes con el tafetán.

—La semana pasada le compré al mercero un trozo de satén turquesa, señora. Esperaba ofrecérselo a la joven señora Eliot, pero la pobre mujer se ha divorciado de su marido por recibir las atenciones de Lord Valentia. No se aventurará en sociedad por un tiempo, te lo aseguro.

—He leído sobre ella en las revistas de escándalos —Junto con los cotilleos de mi peluquero y la modista, dichas publicaciones eran mi principal fuente de información sobre la sociedad.

¿Despreciaba o compadecía a Grace Eliot Dalrymple? Se la apodada «Dally la Alta» por su estatura y su apellido de soltera. No podía decidirme. Una parte de mí quería creer que habría sido fiel a un marido si hubiera tenido la suerte de casarme con un hombre capaz de cuidar de mí. Pero, ¿podría haberme contentado con un doctorcillo adusto que me doblase la edad, sobre todo teniendo a caballeros encantadores como Lord Valentia y Richard Fitzpatrick, que ofrecían una tentación tan irresistible? Tal vez no debería juzgar tan rápido.

—Me quedo con el turquesa —grité en cuanto vi el rollo de tela en manos de las ayudantes de la señora Whitelock. Ese color tan intenso e inusual llamaría la atención—. Con ribetes dorados. Y guarda tela para un par de zapatillas a juego.

El vestido turquesa debutó en junio en una gran regata en el Támesis. Iban a competir doce barcos desde el puente de Westminster hasta el puente de Londres, ida y vuelta. Se habían instalado gradas para los espectadores a ambos lados del río, pero la mejor vista del acontecimiento sería desde barcas privadas amarradas a lo largo de las orillas. Los asientos de estas eran muy codiciados, al igual que las entradas para la cena y el baile posterior en Ranelagh.

Recibí varias invitaciones. Al final, acepté la de un famoso libertino, el conde de March, pues me prometió que Charles Fox y Richard Fitzpatrick formarían parte de su fiesta. Había estado tan ocupada desfilando por la ciudad del brazo de mis diversos mecenas y gastando su dinero con gran facilidad, que apenas había visto a mis amigos en toda la temporada. Echaba de menos su animada e inteligente compañía más de lo que esperaba.

Acostumbrada como estaba a las lujosas exhibiciones de riqueza, no pude evitar quedarme

boquiabierta cuando subí a bordo de la barcaza de Lord March aquella tarde. Era una embarcación larga y poco profunda, tripulada por ocho remeros vestidos con una espléndida librea verde y dorada. Una elaborada cabina elevada con grandes ventanales ocupaba la parte trasera de la barcaza. Desde lo alto de su techo plano con barandilla se podía oír música majestuosa interpretada por cuerdas y vientos. Toda la barcaza estaba adornada con tallas doradas de fantásticas criaturas marinas: marsopas, caballitos de mar y sirenas de pechos generosos.

Entré en el camarote y encontré a Charles y Richard bebiendo champán sentados en un largo banco tapizado con brocado verde y dorado. Me saludaron con entusiasmo e intervinieron con muchos comentarios halagadores cuando Lord March me presentó a sus otros invitados. Mis amigos insistieron en que me sentara entre ellos para ver la carrera, petición que accedí encantada.

—¿Qué travesuras has estado haciendo? —le pregunté a Richard con fingida severidad—. He oído susurrar tu nombre en las sátiras del Herald. «Críticas de... algo».

—...de la Rolliad —Puso cara divertida—. En deshonor del Muy Deshonorable Señor Rolle. Ese mendigo se merece algo peor que el afilado filo de mi pluma por intentar toser sobre el fino discurso de Edmund Burke. Solo lamento que ese imbécil no sea tan listo como para apreciar el abuso literario que le inflijo.

—Hablando del señor Burke, ¿cuáles son las últimas noticias de América? —Me volví hacia Charles—. ¿Habrà guerra?

Mi pregunta borró la expresión de buen humor de sus rasgos morenos.

—No debe y no debería... pero me temo que la habrá. Y cuando suceda, Inglaterra saldrá derrotada. Los colonos tienen determinación, son ingeniosos y... ¡tienen razón! Mientras tanto, el gobierno no está para nada preparado para emprender una lucha que han hecho todo lo posible por provocar.

—¿Nadie puede hacer entrar en razón al rey? —pregunté—. ¿Bully, quizás? ¿No es un Caballero de Cámara?

—Sí —suspiró Richard—, pero su salario por el puesto es todo lo que le mantiene a flote, así que no se atreve a hacerse más impopular ante el rey y arriesgarse a perderlo.

—Su Majestad considera esas colonias como hijos descarriados de Inglaterra —dijo Charles—, a los que hay que hacer obedecer por todos los medios.

Richard puso los ojos en blanco.

—Su propia prole es casi tan numerosa como las colonias.

—Y la trata poco mejor —refunfuñó Charles—. He oído que educa a sus hijos de forma muy estricta y se les obliga a obedecer siempre. Cualquier desafío a la autoridad de su progenitor se castiga con dureza. Dios sabe lo que el rey habría pensado del sistema de educación de mi padre.

Sus ojos oscuros se llenaron de lágrimas al mencionar a su difunto padre. Me dolió el corazón, pero no supe qué decir.

Mientras Charles se esforzaba por serenarse, Richard hizo una broma para animar a su amigo.

—Lord Holland concedía a sus hijos todas las libertades que puedas imaginar, sobre todo a Charles. Si pedía un cuenco de nata fresca de la mesa para bañarse, su padre se lo permitía. Si insistía en romper un valioso reloj de bolsillo para examinar su funcionamiento, Lord Holland se limitaba a decir: «Si tienes que hacerlo, hazlo». Me estremezco al pensar lo que habría ocurrido si Charles hubiera deseado alguna vez prender fuego a la casa.

Una parte de mí quería reírse al pensar en un joven Charles haciendo tales payasadas, pero

otra parte se preocupaba de que el tema solo le entristeciera aún más.

Sin embargo, la táctica de Richard pareció funcionar. Charles soltó una risita suave que sonó un poco como un suspiro.

—Siempre que mi madre protestaba, mi padre insistía en que no se hiciera nada para quebrantar mi espíritu. Fui muy afortunado en mi educación. Ojalá las colonias tuvieran un padre real tan ilustrado.

Aunque Charles tenía sus defectos, estaba segura de que su carácter franco y generoso demostraba lo acertado de su inusual educación.

Después de que Richard me entretuviera con algunas historias más de la infancia de su amigo, la regata estaba a punto de comenzar. Doce botes, remados cada uno por dos remeros, se formaron en tres escuadrones, con los colores rojo, blanco y azul.

—¿Quieres apostar? —me preguntó Richard—. Hará que la regata sea mucho más emocionante.

—¿Por eso apuestas? —Le di un golpecito coqueto en la muñeca con el abanico—. ¿Para hacer la vida más emocionante?

Bajó la voz a un murmullo ronco.

—Hago muchas cosas para que la vida sea más emocionante.

El bribón era demasiado atractivo.

—¿Cosas como acostarte con mujeres casadas? ¿Quién fue tu última conquista? Me temo que un día de estos te demandarán por estafa.

Charles respondió:

—Lo único que le salva el pellejo es saber que no tiene dinero para pagar daños y perjuicios. Pero hablando de la carrera, apuesto cincuenta guineas al azul. ¿Estás segura de que no vas a apostar, señora Armistead?

Negué con la cabeza con tanta fuerza que casi se me cae el sombrerito de plumas de pavo real.

—Nunca apuesto.

Ni con dinero ni con el corazón. Vivir el tipo de vida que llevaba ya era bastante arriesgado.

La barcaza de Lord March estaba amarrada al otro lado del Támesis, así que teníamos una buena vista de la salida de la regata y de su emocionante llegada. Todo quedó en silencio durante unos instantes mientras esperábamos a que la regata se pusiera en marcha. Ondearon una bandera brillante y los barcos se pusieron en marcha, remando con fuerza contra la marea.

Se oyó un gran estruendo desde las otras barcasas y los andamios a lo largo de las orillas del Támesis. A mi lado, Charles saltó de su asiento con las manos moviendo un par de remos invisibles.

—¡Vamos, azul! ¡Estamos a la cabeza! ¡Remad, hombres, remad!

Su apuesta de cincuenta guineas no explicaba aquel entusiasmo tan infantil. Sabía que, si perdía, lo descartaría con alegre indiferencia.

—Volarán hasta la meta con la corriente a sus espaldas —Richard parecía tomarse la carrera con más calma que su amigo, aunque yo sospechaba que había apostado al menos la misma cantidad.

—¡Maldita sea! —bramó Charles cuando el barco que iba en cabeza chocó contra una de las barcasas del gremio de mercaderes que había soltado amarras y se había adentrado en el río—. ¡Pido falta!

Cuando todos los barcos doblaron la curva del río, los gritos y silbidos se calmaron. Mis amigos y yo reanudamos la conversación y tomamos un sorbo de champán. Un rato después, el

ruido volvió a aumentar y cuatro embarcaciones volaron hacia la meta, dos del escuadrón blanco, una del rojo y otra del azul. Aunque Charles gritó hasta quedarse ronco, el escuadrón rojo remó hasta la victoria.

Tras la regata, todas las barcasas y botes se reunieron en una gran procesión y navegaron río arriba hasta los jardines de recreo de Ranelagh, en Chelsea. Muchas de las otras barcasas también llevaban músicos a bordo, animando la velada.

La música continuó en Ranelagh, donde la rotonda se había convertido en un enorme comedor para la multitud. Charles dijo que la comida estaba insípida y Richard se quejó de la escasez de vino, aunque se las arregló para conseguir suficiente para que yo bebiera mucho más de lo habitual. Bailamos minuetos y cotillones hasta el amanecer.

Aquel fue uno de los últimos días verdaderamente despreocupados que tendríamos en mucho tiempo. Mientras Londres disfrutaba del placer de su primera regata, una sangrienta batalla se libraba al otro lado del Atlántico en un lugar llamado Bunker Hill.

Mientras la situación en las colonias iba de desastre en desastre, mi carrera como cortesana iba viento en popa. Antes de que acabara el año, había adornado los brazos y calentado las camas de dos duques, un marqués y cuatro condes.

Uno de ellos era el conde de Cholmondeley, el primer caballero al que Charles me había presentado. Fue él quien me envió el manguito de piel relleno de billetes. Pronto descubrí que Richard no había exagerado sobre sus proporciones varoniles.

Cada nueva conquista traía consigo una lluvia de regalos caros, invitaciones al teatro, mascaradas, jardines de recreo y paseos por el parque en el carruaje de milord. Luego, de madrugada, caía en la cama con un hombre cuyo aprecio por mí se medía en oro y joyas, un hombre que había competido por el honor de mis favores, lo cual actuaba como un poderoso estimulante de mi deseo.

Por mis manos pasaban sumas de dinero impresionantes, que salían casi tan rápido como entraban para comprar sombreros y vestidos elegantes. Un peluquero francés me empolvaba el pelo y me hacía peinados elaborados y elevados. Llevaba linos, encajes, cintas, medias, zapatillas adornadas con hebillas enjovadas o rosetones de seda a juego con los colores de mis vestidos, abanicos pintados y adornados para captar la atención de un caballero y luego revolotear en un elegante coqueteo cuando le lanzaba una mirada seductora por encima.

Disfrutaba al máximo de cada momento. Los recuerdos del hambre y la miseria hacían más succulento cada bocado de capón asado, más dulce cada sorbo de vino y más agradable el calor de las caricias de un caballero. Aquellos días abundantes y despreocupados se deslizaban como un sueño vívido y embriagador. Aunque sabía que algún día tendría que despertar de él, tal vez con una terrible resaca, me negaba a dejar que estropeará mi disfrute mientras durara.

A principios de año, Richard me llamó una tarde. Su rostro erizado sin afeitarse y las sombras bajo sus ojos me indicaron que no había dormido la noche anterior.

—¿Cuándo fue última vez que comiste? —le pregunté.

—¿Comer? —Hizo una mueca—. Todavía no tengo estómago. Quizá esta noche no me siento tan mal y pueda cenar en el club.

—Al menos tómate un café y biscotes —Llamé a mi sirvienta—. Vas a arruinar tu constitución si sigues así. ¿Quieres ser un anciano a los treinta y cinco y sufrir gota?

Su rostro palideció aún más.

—Ninguno de mis padres llegó a cumplir los cuarenta, así que no espero hacerlo. Voy a vivir todo lo que pueda en el tiempo que me queda. Si eso acorta mi vida uno o dos años, ¿qué importa?

¿Era por eso por lo que buscaba los favores de las mujeres casadas en lugar de buscarse una esposa? ¿Porque no esperaba vivir mucho tiempo y no podía soportar dejar a nadie desamparado por su muerte, como le habían dejado a él? Mis propios temores para los años venideros eran todo lo contrario: acabar de nuevo en la calle, indigente y sola.

—A mí sí me importa —Sugerí un futuro más feliz para ambos—. Espero que sigamos siendo amigos dentro de muchos años. Un caballero encorvado y canoso, tan inteligente e ingenioso como siempre, y una anciana regordeta y arrugada...

—...tan amable y simpática como siempre —Una fugaz sonrisa mejoró considerablemente su desdichado aspecto.

—Y ninguno de los jovencitos y jovencitas que nos vean charlar junto al fuego adivinará jamás que pasamos una juventud tan disoluta.

—Está bien —Se rindió con una risita irónica—. Aliméntame contra mi voluntad y prolonga mi disoluta vida. A cambio, tengo un regalo para ti.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una cajita blanca que me entregó con una floritura. Al mirarla de cerca, pude ver que estaba hecha de marfil tallado.

—¡Qué bonita! —Le di la vuelta a la caja, maravillada por el intrincado tallado—. Debes de haber ganado mucho en las mesas para permitirte esto, pero no puedo aceptarlo. Deberías pagar a tus amigos, no comprar baratijas para mí.

—No te preocupes —Me hizo un gesto cuando intenté devolverle la caja—. No he perdido ni un penique por ella, al contrario. Te la doy de parte de otro.

—Vaya —Aunque no quería que se hubiera gastado tanto en mí, me sentí extrañamente decepcionada al descubrir que el regalo no era suyo—. ¿Quién es ese otro? No pensaba que tuvieras un solo conocido que no estuviera endeudado hasta las cejas.

La sirvienta apareció entonces con café. Richard tomó un sorbo del suyo antes de responder a mi pregunta.

—El regalo viene de la persona con la que la mayoría de nosotros estamos en deuda: el general Smith. ¿Le conoces?

—Bob me dijo quién era en Newmarket. ¿Es un noble?

—Uno de los más ricos —Richard mordió con cautela una galleta—. Antiguo comandante en jefe de Bengala. Regresó a Inglaterra hace unos años con una fortuna que se rumorea supera el cuarto de millón de libras.

En mi asombro manoseé la caja. Algo en el interior hizo un tintineo considerable. La abrí y encontré media docena de fichas de oro que mis amigos utilizaban para hacer sus apuestas en Almack's. Valían veinte guineas cada una.

Los ojos de Richard se iluminaron al ver las fichas.

—Debes saber que el general Smith prometió perdonarme parte de la deuda si le entregaba su regalo y hablaba contigo en su favor.

—¿Te perdonará más deuda si acepto? —pregunté—. Suena como una escena de la obra del señor Foote sobre el noble que amenaza con arruinar a un padre endeudado a menos que la hija aceptase casarse con él.

—Hay cierta similitud —Richard parecía como si el café empezara a reanimarle—. Pero el general no me ha amenazado, no soy tu padre y...

—...y el general Smith no está interesado en el matrimonio.

—Un acuerdo bastante menos permanente, aunque con el número de divorcios que llegan al parlamento...

Volví a cerrar la caja.

—Dime, entonces, ¿cuáles son las condiciones de rendición del general?

Richard se rio.

—Deberías escribir *tête-à-têtes* para la revista *Town and Country*.

Me contó la oferta completa, que incluía el alquiler de una casa en una calle elegante, un carruaje a mi disposición, más criados, una modista y una generosa asignación. A cambio, el general deseaba mi compañía exclusiva durante seis meses. Era la mejor oferta que había recibido hasta entonces en mi carrera de cortesana.

—No sé qué hacer —Ya lo tenía medio decidido, pero esperaba que Richard confirmara lo que pensaba. Por extraño que pudiera parecer, confiaba en su juicio.

Mi amigo apretó las puntas de los dedos y los arqueó frente a él.

—Creo que, si juegas tu mano con habilidad, el general Smith subirá la apuesta.

Me preguntaba hasta dónde estaría dispuesto a pujar el general. ¿Lo suficiente como para concederme una renta vitalicia que me salvara de acabar de nuevo en la calle cuando ya no pudiera comerciar con mi físico y mi juventud?

## CAPÍTULO ONCE

Al final el general terminó mejorando la oferta, aunque no era la renta vitalicia que me esperaba. Me consolé con el alquiler de una casa en Bond Street. Cuando por fin terminara mi carrera, podría mantenerme modestamente alquilando alojamiento a mujeres jóvenes de la ciudad. Sin embargo, cuando terminó mi relación con el arrogante y exigente general Smith, me alegré de haber ganado esa casa, ¡hasta el último ladrillo!

Sentada en un palco de Covent Garden y rodeada de varios admiradores, todos deseosos de ocupar el lugar del general en mi cama, estaba dispuesta a dejar atrás los últimos seis meses y volver a disfrutar de la vida.

—¡Vaya, pero si es la célebre Thaïs, señora Armistead! —La burla afectuosa de la voz de Richard Fitzpatrick cortó la charla de mis admiradores—. Me temo que la reina de la *haut ton* ni se molestará en pensar en un pobre hombre arruinado.

Su saludo citaba algunas frases halagadoras de un reciente *tête-à-tête* sobre mí en *Town and Country*. Por su tono, nadie se daría cuenta de que había leído la parte en la que se relataba que se había enviado a prisión al general Smith acusado de corrupción tras comprar descaradamente un escaño en el parlamento mediante sobornos.

—¡Mi querido Richard! —Salté de mi asiento y le eché los brazos al cuello despreciando alegremente el decoro—. Me alegro tanto de volver a verte que no me afectan tus bromas. Si me olvidé en algún momento de ti, sería porque no te había visto en mucho tiempo. ¿Dónde os habéis escondido los demás y tú?

Durante los últimos meses había deseado volver a los emocionantes e inciertos días en que un grupo de jóvenes buscavidas había llevado a cabo su campaña para convertirme en la cortesana más codiciada del reino. Si las revistas de escándalos eran de fiar, lo habían conseguido.

Miré detrás de Richard, ansiosa por vislumbrar las pobladas cejas de Charles Fox o la prominente barbilla de Bob Spencer. En lugar de dichas imperfecciones, me encontré con un rostro de una belleza masculina tan impecable que me dejó muda.

Los modales cortesanos de Richard me salvaron de la vergüenza, pues ignoró que me había quedado completamente boquiabierta.

—¿Escondidos? Lo dudo. Con la caza y las carreras no solemos quedarnos en la ciudad en esta época del año, pero ya estamos de vuelta.

Atrajo hacia sí a su impresionante acompañante.

—Permíteme presentarte a mi primo, John Frederick, duque de Dorset. Está loco por conocer a la bella de la que ha leído tan elogiosos artículos. Esta es la famosa señora Armistead. Dime, ¿la reconocerías en ese detestable grabado de *Town and Country*?

Haciendo una profunda reverencia, le tendí la mano al duque, esperando que no temblara.

—Desde luego que no —Su Excelencia se inclinó y me rozó los dedos con los labios con mucha delicadeza. Un pulso de calor me recorrió el brazo y todo el cuerpo—. Sin embargo, la descripción escrita se acercaba más a la realidad. Es elegante y bella.

Ambas palabras podrían haberse aplicado mejor a él. Podía ver un parecido con su primo en sus rasgos apuestos y aristocráticos. La belleza corría por las venas de su familia materna. No obstante, mientras que los de Richard eran más toscos, los del duque me hacían pensar en un ángel. Las hebras doradas de su cabello leonado brillaban como un halo, y sus finos ojos color avellana tenían un brillo melancólico que despertaba todo el cariño de mi corazón.

—Es un honor y un placer conocer a Su Excelencia.

Un placer para los ojos de cualquier mujer exigente. Los hombros del duque eran anchos y su cuerpo tenía la ágil firmeza de un deportista consagrado. Aunque vestía con desenfado, supuse que estaría magnífico sin ropa.

En ese momento concluyó la tercera pieza musical, señal de que el telón estaba a punto de levantarse.

—Puedes hacerme compañía —Deseé que todos los caballeros apiñados en el palco desaparecieran—. Tu primo y yo tenemos muchas noticias de las que ponernos al día, Su Excelencia. Estoy ansiosa por escuchar lo que piensa sobre la situación en América.

Richard rio entre dientes.

—Dudo que a los actores les guste competir con nuestra animada conversación. Además, Dorset y yo estamos acompañando a nuestras hermanas a la obra, no podemos abandonar a las señoritas.

Reprimí una punzada de decepción, aunque el aprecio de los caballeros por sus hermanas me hizo simpatizar con ellos. Qué diferente habría sido mi vida si se me hubiera bendecido con un hermano mayor protector.

—Si hubiese sido por otro motivo —murmuró el duque—, con mucho gusto abandonaríamos nuestro palco por este.

—Si tienes pensado hacer otro *petit souper* —dijo Richard—, te agradeceríamos una invitación. Me gustó mucho el último. Pocos lugares ofrecen una mezcla tan perfecta de intimidad, informalidad y hospitalidad.

—Tendréis una invitación —prometí—, antes de que termine la semana.

Después de que Richard y su primo regresaran a su palco, volví a sentarme en medio de mis admiradores e hice un esfuerzo por concentrarme en la obra, pero me fue imposible. Se me desvió la mirada hacia los otros palcos, donde rápidamente vi al grupo de Richard: tres mujeres de mi edad y tres chicas más jóvenes y guapas flanqueadas por sus apuestos parientes.

Intenté captar la mirada de Richard, pero tenía la atención fija en el escenario. Cuando desistí y miré hacia el duque, me encontré con que yo era objeto de su mirada pensativa. De repente, en el teatro hacía mucho calor. Desplegué el abanico y lo agité para refrescarme las mejillas.

Al día siguiente recibí como regalo un magnífico abanico nuevo con varillas de carey tallado y un paisaje pastoral pintado en la hoja de terciopelo. Atado a la cuerda del abanico había un monedero de piel de cisne lleno de guineas. No me habría sorprendido recibir una oferta por mis favores de cualquier otro hombre. Pero, ¿por qué iba a proponerme el elegante duque pagar por lo que cualquier mujer le concedería gustosamente?

Le comenté mi asombro a Richard aquella misma semana, después del *petit souper*.

Se encogió de hombros.

—Mi primo es un gran deportista. Cricket, tenis, billar... destaca en todo. Le gusta competir y

le encanta ganar. Al reclamar a la cortesana más famosa del momento, puede que sienta que ganará también en el deporte de la galantería.

Así que, una vez más, sería el premio para un hombre con algo que demostrar. El *tête-à-tête* sobre el general Smith y yo había afirmado que buscaba mi compañía para demostrar que había llegado a la altura de los duques y condes que habían compartido mi cama antes que él. Cada vez confiaba más en la sabiduría que Bob Spencer había extraído de la célebre Nancy Parsons. La cortesana era un lujo que debía saborearse en privado y ostentarse en público.

Tal vez debería haber negociado mis favores con el apuesto duque con tanta dureza como lo hice con el general. Sin embargo, mi deseo por él me lo impedía.

—Desearía poder llegar a un acuerdo, por supuesto —Los expresivos ojos del duque se oscurecieron con pesar—. Pero eso requiere un gran desembolso de capital y mis finanzas no alcanzan para nada la suma de lo que vales, mi querida señora Armistead. *C'est plus triste*.

Su Excelencia me quitó el guante y empezó a besarme la mano. No el rápido roce de un cortés saludo público, sino una conquista pausada y muy sensual de mi palma, mi muñeca y cada uno de mis dedos. Desafiaría a cualquier mujer a soportar sensaciones tan exquisitas de un hombre tan atractivo y mantener la cordura.

Lo intenté.

—Tengo que pensar en mi futuro, Su Excelencia. Además, también tengo otros admiradores.

—¿George Cavendish? —dijo Lord Dorset con un suspiro—. El hombre es muy frío, como toda su familia. Su hermano tiene una esposa encantadora y aún no hay la menor señal de un heredero de Devonshire. A pesar de toda su alegría, no creo que la joven duquesa sea feliz con su marido.

No me agradaba el tono tan suave de la voz de Su Excelencia al hablar sobre la duquesa de Devonshire. La había visto en teatros y jardines de recreo y envidiaba su belleza aristocrática. Nunca tenía que preocupar su bonita y dorada cabeza por el dinero. Por otra parte, no podía tener como amante al cautivador duque de Dorset sin arriesgarse a la ruina.

A los ojos de la sociedad educada, ya estaba arruinada, lo que significaba que tenía muy poco que perder. Eso me daba una preciosa libertad más allá de lo que la mayoría de las mujeres podría imaginar.

—Puede que Lord George no sea muy hablador —protesté mientras mi resistencia se desmoronaba—, pero tiene buen carácter y es generoso.

—¿Y qué tal otra casa? —El duque pasó la lengua por mi dedo índice y luego se trazó los labios con la punta humedecida—. Después de todo, solo tienes una.

Hizo que sonara como una grave privación. La mayoría de la gente que conocía el duque tenía dos o tres casas. Seguro que no entendía que durante la mayor parte de mi vida no hubiera podido reclamar una más. Dos casas supondrían el doble de gastos, pero podría alquilar una para tener ingresos.

Levanté la mano, atrayendo a Su Excelencia hacia mí.

—Cuando tenga la nueva casa, te daré la llave.

—¿Y la llave de tu corazón? —Me bajó la mano dejando mis labios desprotegidos.

—Creo que ya me la has robado —No era una falsedad absoluta, tan solo el lenguaje de la galantería.

Muchos caballeros me profesaban regularmente su amor. Estaba segura de que el duque también podía hacerlo con perfecta sinceridad. Un término más adecuado habría sido «deseo apasionado», que sin duda sentía por él. Sería una locura permitirme sentir algo más. Tarde o temprano, un hombre de su posición debe tomar una esposa adecuada y engendrar un heredero

para sus títulos y su fortuna.

Pero por el momento, él quería mi compañía y yo la suya. Después de mi relación con el general Smith, estaba hambrienta de todo lo que el duque estaba tan divinamente preparado para proporcionarme. Su Excelencia murmuró:

—¿Sellamos el trato jugando en tu cama?

Su hábil y seductor beso prometió delicias aún mayores a cambio de libertades más íntimas. Aunque era pleno día y el sol brillaba en el exterior, acepté de buen grado. De hecho, esa era parte de la razón por la que me había rendido con tanta facilidad. Desde mi inocente pasión por Ned Armistead, no había estado tan ansiosa por deleitarme con el cuerpo de un hombre.

Nos retiramos enseguida a mi alcoba, donde Su Excelencia procedió a quitarme la ropa con una atención pausada que provocó en mí una expectación casi insoportable. Después de quitarse cada prenda, se detuvo a besar y acariciar partes de mí por las que ningún otro hombre se había interesado.

¿Quién iba a imaginar que la parte posterior de la rodilla sería un punto tan sensible? El movimiento de su lengua sobre ella hizo sentir flechas de deseo subiendo por los muslos para alcanzar su objetivo carnal. La deliciosa sensación de sus besos me llovió por la espalda después de que me desatara los cordones y me levantara la camisa. Cuando me quitó hasta la última prenda, estaba acalorada y retorciéndome por la necesidad de tenerlo.

Pero aun así mi dulce torturador no tenía prisa.

—Eres una obra de arte viviente —Se apartó para admirarme, aun completamente vestido, aunque vislumbré un prometedor bulto en los calzones—. Te pareces mucho a las maravillosas pinturas renacentistas que admiré en mi Grand Tour.

Muchos hombres habían elogiado mi aspecto, pero ninguno me había hecho sentir tan bella.

El duque me cogió de la mano.

—Ven, ponte junto al poste de los pies de la cama. Levanta el brazo derecho hacia la cara — Su tacto estremeció mi carne desnuda mientras me posaba—. Ahí, cruza la pierna izquierda delante de la derecha. Como la Eva de Rubens.

Se desabrochó el abrigo y se lo quitó mientras me cautivaba con su mirada.

—Ahora réclinate sobre la cama, recostada sobre las almohadas.

—¿Así? —Abrí las piernas y moví los pechos provocativamente.

—¡Muy bien! —Los ojos del duque me absorbieron mientras se quitaba los zapatos, las medias y el chaleco—. Ahora sube la pierna derecha, dobla la rodilla y levanta el brazo derecho para apoyarlo sobre ella.

Mientras seguía sus instrucciones, vi cómo se desataba el cuello y se quitaba la camisa blanca por encima de la cabeza. La tentadora visión de su pecho musculoso y prieto me provocó un exquisito dolor en las entrañas.

—Toma —El duque me tendió la camisa—. Cúbrete los muslos con esto mientras dejas caer la pierna izquierda sobre el borde de la cama. Mmm... Debo decir que tienes una cara mucho más bella que la Dánae de Correggio. Me pregunto si Reynolds o Gainsborough te pintarían en esta pose para mí.

La sensación del fino lino sobre los muslos, que aún conservaba el calor de su magnífico pecho y estaba perfumado con el sutil almizcle de su aroma, me hizo sentir un delicioso anhelo. Era todo lo que podía hacer para no rogarle que dejara de jugar con mi deseo y lo satisficiera, pero ese no era mi derecho. Su Excelencia me pagaba generosamente por satisfacer el suyo.

—Solo una más —me prometió en un susurro sin aliento—. La Venus de Tiziano. Siempre quise hacerle el amor desde que la vi por primera vez en la galería de Florencia. Recuéstate un

poco más sobre las almohadas —Cogió la camisa por la manga y la quitó—. Junta las piernas, la izquierda cruzada sobre la derecha por debajo de la rodilla. Y la mano derecha... así.

Me levantó la mano y dejó caer un beso en mi palma, luego la acomodó para que descansara sobre el monte de Venus. Estuve tentada de usarla para sentir el alivio que Su Excelencia me negaba.

—Ahora mírame —me ordenó el duque—. No sonrías. Baja un poco los párpados de los ojos y úsalos solo para decirme lo que quieres.

Nunca habría llegado tan alto en mi profesión si no hubiera dominado el arte de la comunicación con un hombre con la mirada. Pero nunca había sentido una necesidad tan urgente de emplear esa habilidad. Miré a Su Excelencia directamente a los ojos con una mirada tan brumosa y ardiente que me sorprendió que no le quemara las cejas. Dejé que mis ojos bajaran, recorriendo su fina boca y su firme barbilla hasta su elegante cuello y su pecho ondulado, y luego bajaron por su vientre plano hasta la cinturilla de los calzones. Mis ojos subieron para encontrarse de nuevo con los suyos, exigiendo verle en todo su esplendor varonil.

—Bien hecho —Sus manos volaron para atacar los botones que lo aprisionaban, liberando sus caderas esbeltas y un miembro atrevido y erguido del tamaño y la forma perfectos para someter mis ansias lascivas—. Esa es precisamente la mirada que tenía, casi exploto de lujuria en el acto.

Qué bien conocía esa sensación.

Por mucho que me hubiera gustado deleitarme los ojos con su excelente forma, no podía demorarme. Abandoné la pose del arte y adopté otra, totalmente propia, que consiguió atraer al duque hacia mí.

Con una gracia ágil, me montó y posó sus labios sobre los míos. Esperaba un crescendo de vigorosos empujones, pero en lugar de eso me volvió loca con caricias lentas y comedidas que pronto nos llevaron al borde del éxtasis y más allá. Aunque lo disfrutaba, no podía evitar la sensación de que estaba utilizando mi cuerpo para satisfacer su deseo por otra persona.

Aun así, la habilidad de Su Excelencia como amante era todo lo que deseaba y aliviaba cualquier remordimiento que pudiera tener por no haberme asegurado una anualidad con él. En cuanto pude hacerme un vestido nuevo, me llevó a Vauxhall, donde paseamos cogidos del brazo.

Aunque había visitado los jardines de recreo muchas veces desde que los disturbios de Wilkes impidieron mi primera visita, seguían pareciéndome encantadores. Se me ocurrían pocas formas más agradables de pasar una tarde que paseando por las anchas avenidas de grava empedrada bordeadas de majestuosos olmos, sicomoros y tilos.

Las estatuas, cascadas, templos y ruinas esparcidas por el parque siempre me hacían sentir como si hubiera entrado en un reino mágico. Esa sensación se redoblaba cuando caía la noche y los cientos de diminutos farolillos esparcidos por los jardines hacían titilar su luz de fantasía. O cuando los brillantes fuegos artificiales salpicaban el cielo nocturno de colores vivos y centelleantes.

—¿Te has dado cuenta de que todo el mundo con el que nos cruzamos se vuelve para mirarnos? —preguntó el duque cuando nos detuvimos en la arboleda que rodea el pabellón de la música para escuchar a la orquesta tocar un alegre concierto de Vivaldi—. Después susurran con furia a sus acompañantes. Tus muchos admiradores deben de estar abatidos porque les has abandonado.

Me reí.

—Supongo que los cuchicheos provienen de las frustradas viudas que se consuelan entre sí porque no está dispuesto a sentar la cabeza y casarse con una de sus hijas.

El duque no parecía tan halagado por mi ocurrencia como yo esperaba. Tal vez la idea de ser el premio de otra persona no le sentara bien.

—Eso me recuerda que vi a Lady Betty... es decir... Lady Derby en el templo budista. Es la mujer que más cerca ha estado de sacarme de la soltería.

Hablaba como el ávido entusiasta del cricket que era. En el poco tiempo que llevábamos juntos, había oído hablar mucho sobre campos y wickets, carreras, pliegues y entradas como para convertirme en toda una experta en este deporte.

—¿Por qué no te casaste con ella? —Tal vez había sido demasiado entusiasta y no planteaba suficiente desafío a la naturaleza competitiva de Su Excelencia.

—No soporto haberla dejado escapar, pero no tenía alternativa —El duque puso cara de pena—. Era demasiado joven para sentar la cabeza, ni siquiera había hecho mi Grand Tour. Y ella no podía esperarme, como me temía, ni yo tenía esperanzas de que lo hiciera. Espero que sea feliz con Derby. Es un buen tipo.

Justo entonces vi a Bob Spencer entre la multitud y le hice señas para que se acercara.

—Me alegro de verte tomando el aire en vez de encerrado en la humeante sala de juego del club. Espero que hayas traído a Charles y Richard contigo.

—Por desgracia, no —dijo Bob—. Se han ido a París a divertirse.

—¿A París mientras la Cámara está en sesión? —Me resultaba difícil de creer—. ¿Sabes cuándo tienen pensado volver?

—Estarán allí hasta al menos después de Navidad. Charles afirma que no hay nada más que pueda decir sobre la situación americana hasta que la administración esté preparada para atender a razones. Y Richard quería irse de juerga antes de que envíen a su regimiento a América en Año Nuevo. No hay duda de que volverán a casa enfermos de viruela y sin un penique, pero con el mejor de los ánimos.

El alegre relato de Bob me deprimió, pues era la primera vez que oía que iban a enviar a Richard a la guerra. Todos los esfuerzos de Charles para poner fin a las hostilidades de repente adquirieron una urgencia mucho mayor para mí.

—Bienvenida a Knole, señora Armistead —dijo Lord Dorset mientras subíamos por una amplia avenida flanqueada por altos árboles, con su oscura red de ramas desnudas contra el pálido cielo invernal.

Mi aliento empañó la ventanilla del carruaje del duque mientras intentaba vislumbrar la casa por primera vez. Me sentí halagada cuando Su Excelencia me invitó a pasar las Navidades en su finca familiar de Weald of Kent. A la izquierda podía distinguir una fachada de piedra gris coronada por varios frontones holandeses. Parecía una hilera de casas estrechas idénticas en alguna concurrida calle de Londres, salvo que no había puertas, sino columnas de ventanas bajo cada frontón. Por encima del tejado marrón oxidado, unas delgadas columnas de humo salían de las chimeneas.

Un movimiento repentino me hizo volver a mi asiento.

—¡Mire, Su Excelencia, un ciervo!

La criatura se había quedado muy quieta, medio oculta por uno de los anchos troncos de los árboles. Después se alejó saltando sobre el suelo cubierto de nieve. Lo siguiente que supe fue que media docena más se pusieron en movimiento con rapidez y elegancia, incluido un ciervo con una gran cornamenta.

—Más vale que haya —dijo el duque riéndose—, ya que es un parque de ciervos. Muchas fincas rurales los tenían en su día para suministrar piezas de caza, pero hace tiempo que se pasaron de moda. Afortunadamente, Knole no se somete a ese tipo de veleidades.

Sin aliento por el asombro, observé a los ciervos hasta que el carruaje atravesó una puerta entre dos robustas torres. Entró en un gran patio cubierto de nieve y se detuvo.

—Este es el Green Court —dijo el duque cuando bajé del carruaje, con las extremidades agarrotadas por el largo y frío viaje—. Tienes que volver en verano, cuando el lugar haga honor a su nombre.

¿Pretendía que estuviéramos juntos tanto tiempo? Estaba tan ansiosa por convertirme en su amante que nunca habíamos acordado la duración de nuestra relación. Aunque el sentido práctico y la experiencia me advertían de que debía terminar tarde o temprano, esperaba retrasar ese día todo lo posible.

Aferrada al brazo del duque, miré a mi alrededor a la luz mortecina. Unas vetas escarlatas de enredadera recorrían los grises muros de piedra. Seguro que cuando echaban hojas en verano el Green Court parecería un bosquecillo.

—¿Todo esto es tuyo? —pregunté. No me extraña que Su Excelencia pensara que necesitaba más de una casa. Las dos mías se habrían perdido en esta vasta y antigua mansión.

—Esto es solo el principio —El duque señaló hacia un pasadizo en la pared del fondo. Detrás de él se alzaba una esbelta torre del reloj—. Hay un patio más allá de este y uno más al otro lado. También hay más por allí —Deslizó el brazo hacia el norte—. Siete en total. Uno para cada día de la semana, con escaleras para cada semana del año y una habitación para cada día del año, aunque no he conseguido contarlas todas.

¿Trescientas sesenta y cinco habitaciones? La mayoría de ellas estarán vacías durante semanas y meses, sin duda, mientras familias enteras se hacinaban en una sola en mi antiguo barrio. ¿Qué había hecho yo para merecer escapar de todo aquello? Las paredes desgastadas de Knole me recordaron algo que la experiencia había demostrado una y otra vez: nada bueno perdura.

Me estremecí.

—Vamos dentro para calentarnos —El duque me condujo a través de una enorme puerta de madera—. Habrá tiempo de sobra para recorrer la casa a fondo.

Un año no habría sido tiempo suficiente para explorar Knole al completo, me di cuenta después de la primera semana de mi estancia. El lugar se parecía más a una antigua ciudad amurallada, con barrios enteros de edificios agrupados alrededor de cada uno de los siete patios. Algunos de ellos parecían estar separados entre sí por siglos. Cuando atravesé una puerta del patio de piedra que conducía al antiguo salón de banquetes, no pude evitar la sensación de estar cruzando un umbral en el tiempo.

Los aposentos privados del duque, que daban a los jardines del sur, eran bastante modernos y elegantes como para haber sido las obras maestras de una finca más modesta. Sin embargo, no eran nada en comparación con el esplendor dorado del salón de baile, con su manto de alabastro tallado. O la magnífica cama de la habitación del embajador veneciano, con sus colgaduras ricamente bordadas.

—Se dice que el antiguo pretendiente nació en esta cama —El duque acarició con el dorso de los dedos las cortinas drapeadas—. Quizá el rey Guillermo se la dio a mi bisabuelo para que no se lo recordara.

Gracias a Charles Fox, había leído suficiente historia como para tener alguna idea de lo que Su Excelencia estaba hablando. Me encantaban las historias sobre reyes y reinas. Me evocaban las fantasías perdidas de mi infancia, al tiempo que me recordaban que la vida no siempre era fácil para los ricos y poderosos. En Knole, rodeada de sus retratos, las sillas en las que se sentaron y las camas en las que durmieron, sentí una conexión con ellos como personas reales y

no como nebulosos personajes de libros de historia.

Cuando Su Excelencia me llevó a las partes más antiguas de la casa, a través de oscuras galerías con paneles de madera y subiendo por una ornamentada escalera custodiada por feroces leopardos tallados, sentí que los fantasmas seguían mis pasos. No espectros inquietos y vengativos, sino fantasmas ocupados, tan ocupados en urdir tramas cortesanas que se negaban a prestar atención a trivialidades como el tiempo y la muerte.

—A ver qué te parece esto —El duque me hizo señas para que entrara en una sala junto a uno de los grandes dormitorios.

En cuanto entré, me sentí observada y evaluada por varios pares de ojos de párpados pesados y penetrantes.

—Las bellezas de la corte de Carlos II, de Lely —Su Excelencia habló con el tono afectuoso de un hombre que presenta a viejos amigos—. No sé si encuentro a alguna de ellas particularmente bella, pero parecen maduras para un revolcón en la cama.

En efecto, así era, con sus cascadas de rizos, sus vestidos sueltos y vaporosos y sus escotes pronunciados que mostraban una gran cantidad de pechos regordetes y blancos. Aquí y allá, el provocativo asomo de un pezón invitaba a acariciarlo.

—Me gustaría haber vivido en aquella época —El duque soltó una risita seductora mientras se acercaba a mí por detrás. Metió la mano bajo la capa corta de piel que llevaba para abrigarme durante la exploración de los aposentos y empezó a explorar un poco por su cuenta—. Una vida placentera y fácil.

Me reí mientras me acariciaba la oreja. ¿Cómo podía ser su vida más fácil o más dedicada al placer de lo que ya era? Las damas de la corte del rey Carlos me contaron una historia diferente de su época. Por sus miradas duras y celosas, intuí que el placer de los hombres poderosos había sido un asunto serio para las mujeres que lo proporcionaban. El paso de ciento cincuenta años no había cambiado algunas cosas.

—¿Volvemos a tus aposentos? —pregunté al duque en un murmullo seductor—. ¿Y nos calentamos?

Me abrazó sin sacar las manos de debajo de la capa.

—Creo que podemos calentarnos aquí mismo. Cada vez que contemplo a estas bellas señoritas, me invaden los impulsos más lascivos.

—¿De verdad? —Me rendí a su beso, con el deseo avivado por la fantasía de que teníamos un público silencioso para nuestro deporte—. Ya estoy empezando a entrar en calor.

Como el movimiento bien practicado de un baile, su gracia nos hizo girar a los dos, presionándome contra la puerta cerrada.

—¡Apuesto a que puedo calentarte aún más!

Antes de que tuviera tiempo de replicar, se arrodilló y se zambulló bajo mis faldas. Di un chillido de sorpresa cuando se metió bajo las enaguas y el dobladillo de la camisa, susurrando con el pelo sobre mis muslos desnudos.

Amortiguada por las capas de lino y terciopelo, su voz emergió del interior.

—Siempre había deseado hacer esto. Aquí dentro hace tanto calor como en un invernadero y desprende el mismo aroma.

Me recorrió piernas con las manos desde la parte superior de los ligeros hasta las caderas. Desde allí, subió a mi trasero, amasando la suave carne mientras las mejillas me presionaban las ingles haciéndome cosquillas. Se entretuvo así un rato mientras me recorrían oleadas de un calor sensual. Luego deslizó los dedos entre mis muslos y los separó para dejar al descubierto mi tierna entrepierna. El susurro húmedo de su aliento me advirtió que su lengua vendría después,

pero no me preparó para el fuego líquido y titilante de su caricia.

Apoyándome en la puerta, me entregué a las sensaciones hasta que me consumió el éxtasis.

## CAPÍTULO DOCE

**D**urante un mes en Knole aprendí más sobre historia y arte que en el mejor colegio de Francia. Aunque siempre estaba ansiosa por mejorar, seguía deseando volver a Londres.

—Su Excelencia —le dije una noche mientras yacíamos entrelazados después de un lujurioso revolcón—, ¿qué te parecería si organizara una pequeña fiesta en tu nombre para despedir a tu primo Richard antes de que se marche a América?

—Una idea estupenda —respondió en un murmullo somnoliento—. Seguro que nuestras tías organizarán una aburridísima reunión familiar. No podemos enviar al pobre a la batalla sin al menos una buena noche de borrachera.

La noche de la fiesta estaba tan nerviosa que no podía estarme quieta. Arreglé y reacomodé las flores del invernadero tantas veces que los pétalos empezaron a caerse. El sonido del primer invitado que entraba en la casa me hizo jadear y mirar hacia el reloj de la chimenea. La fiesta no empezaría hasta dentro de media hora. Tal vez el duque había llegado antes para ayudarme a dar la bienvenida a los demás.

Pero no fue Su Excelencia quien entró en el salón un momento después.

—¿Richard? —Se me debilitaron las rodillas, al igual que la voz. No me había dado cuenta de lo mucho que significaba para mí hasta que supe que podía perderlo para siempre.

—¿He llegado pronto? —Miró la habitación vacía—. ¿O mi honor es demasiado dudoso como para que alguien cene y beba por él?

—Sí, llegas pronto —Volé hacia él y le estreché las manos—. Y me alegro de ello. ¿Por qué te fuiste a París sin decirme que iban a enviar tu regimiento a América?

Se encogió de hombros con despreocupación.

—Tal vez lo habría hecho si nos hubiéramos encontrado en algún sitio antes de irme, pero mi primo reclamaba todo tu tiempo. ¿Y qué habría supuesto... a menos que tuvieras alguna influencia en Lord North para impedir mi marcha? Aunque la tuvieras, no estoy seguro de que quisiera que lo hicieras. Me entrené como soldado y ya es hora de que me pongan a prueba en la batalla. Además, ¿qué mejor manera de escapar de mis acreedores?

—¿Cómo te atreves a hacer bromas con eso? —Me empezaron a picar los ojos—. ¡No dejaré de preocuparme por ti todo el tiempo que estés fuera!

Abrió los brazos hacia mí y me dio un suave beso en la frente. Fue un gesto casto de amistad y nada más, pero una tensión tácita se aceleró entre nosotros. Me sentí como si me tambaleara al borde de un precipicio, sabía que debía retroceder para alejarme del peligro y a duras penas reprimí el impulso de tirarme.

Richard también lo sintió, aunque no dio más señales que un leve suspiro entrecortado y una sutil tensión muscular. Una mujer con menos experiencia podría haber pasado por alto las

señales.

—Me conmueve que te preocupes —Se apartó de mí deprisa y con un tono demasiado despreocupado—. Pero no llores, te lo ruego. Mis hermanas ya han derramado lágrimas suficientes para hacer flotar el barco a Nueva York. No contribuyas a la inundación general.

Su ocurrencia me hizo reír a pesar de mis otros sentimientos desconcertantes. Por él me hice la alegre anfitriona aquella noche, pero no podía deshacerme de mis preocupaciones tan fácilmente. Había perdido a demasiada gente que me importaba como para creer que Richard volvería ileso.

—¿Has pedido este bonito día, señora Armistead? —preguntó Charles al subir a mi carruaje una tarde soleada tres meses después de la fiesta de despedida de Richard—. Y pensar que podría haberlo desperdiciado en casa de no ser por tu amable invitación.

Su amplia sonrisa era tan natural y entusiasta como la de un niño y su calor primaveral me levantó los ánimos.

—Richard querría que cuidara de ti mientras él está en América —Hice señas al cochero para que partiera hacia Green Park.

—¡Tonterías! —El corpulento cuerpo de Charles se estremeció de risa—. Si Richard siguiera aquí, seríamos compañeros de juerga y estaríamos yendo y viniendo a los Comunes y al club, con breves desvíos al teatro y aún más breves a casa para dormir, afeitarnos y cambiarnos de ropa. Por mucho que deteste esta guerra, tanto marchar y cabalgar y los horarios regulares le vendrán bien.

Para variar, Charles no consiguió hacerme reír.

—¿Entonces crees que la guerra puede mejorar la salud de Richard si es que no lo mata? ¿Has tenido noticias de él?

—Ninguna importante. Ambos ejércitos están todavía en cuarteles de invierno después del regalo de Navidad del general Washington de dos derrotas. Pero, ¿por qué me pregunta a mí? Seguro que Dorset ha tenido noticias de su primo, ¿o ya te has cansado de los esplendores de Knole?

Que Charles creyese que era yo la que podría perder interés en el duque y no al revés me hizo sentirme halagada.

—Sigo siendo la amante de invierno de Su Excelencia, pero Richard no le ha escrito.

—¿Amante de invierno? —Charles levantó una ceja poblada—. ¿Tiene Dorset otro amor para el verano? ¿Se puede saber quién es?

—El amor de verano de Su Excelencia es poco verde —Intenté que no se me moviera el labio para que Charles no lo adivinara demasiado pronto.

—¿La señorita Warren de la casa de la señora Hayes?

Negué con la cabeza.

—He oído que tiene buenas piernas y le hace correr.

Charles sugirió otros nombres que delataban su íntimo conocimiento de los burdeles de King's Place.

No pude reprimir una risita.

—Le encanta cuando usa las pelotas y las mete por los agujeros.

Charles estalló en una carcajada encantada.

—¡Me has engañado, descarada! Tendría que haber adivinado que te referías a la señorita Cricket. Solía jugar en el colegio y todavía disfruto los partidos amistosos de vez en cuando, si no se prolonga demasiado. No me parece tan divertido como el deporte que un hombre puede practicar con su señora.

Cómo me gustaría que el duque compartiera el buen humor terrenal de mi amigo. Poder divertir a Charles con mis bromas aliviaba el descontento que luchaba por ocultar.

—Quizá deberías buscarte algo para divertirte durante el verano —sugirió Charles cuando se le pasó la risa—. George Colman ha dejado Covent Garden para dirigir la ópera de Haymarket. Apuesto a que estaría encantado de que te volvieras a subir a un escenario si te apeteciera.

—Apostarías por cualquier cosa —dije burlándome de él—. Después de mi lamentable actuación en Covent Garden, supongo que el señor Colman preferiría pagarme para mantenerme fuera de su escenario.

—No seas tan severa contigo misma —Charles me dio una palmadita alentadora—. Además, el entretenimiento comercial depende de algo más que de una hábil actuación.

—Ah, ¿sí? ¿Qué más se necesita entonces?

—Algo que atraiga al público, algo novedoso o famoso. Cuando apareciste por primera vez, proporcionaste lo primero, ahora estás en posición de ofrecer lo segundo.

Tal vez una aparición en el escenario o dos podría reavivar la pasión del duque por mí al fomentar cierta competencia por mis favores.

—He de decir, señor Fox, que eres un hombre peligroso.

—¿Eso crees? —Sacudió la cabeza ante lo absurdo de mi afirmación—. Entonces me sorprende que seas tan valiente como para arriesgarse a dar un paseo por el parque conmigo. Dime qué peligro represento y para quién.

—Para cualquiera sobre el que quieras ejercer tu poderoso poder de persuasión.

Su atractiva sonrisa perdió parte de su brillo.

—Si eso fuera cierto, hace tiempo que habría persuadido al gobierno de Su Majestad de no proseguir esta guerra innecesaria.

Antes de que pudiera reprenderme por haberle quitado el ánimo, pareció refrescarse en algún profundo manantial de optimismo.

—Pero no me daré por vencido hasta que me rinda, y eso no lo voy a hacer.

Me pregunté si sentía una mayor urgencia por detener la guerra ahora que uno de sus mejores amigos se enfrentaba al fuego de un enemigo incondicional al que ambos admiraban.

Pareció adivinar mis pensamientos.

—Me preocuparía menos por Richard si estuviera sirviendo bajo las órdenes del general Washington que bajo las de Howe o Cornwallis. Así, si ocurriera lo peor, al menos podría llorarlo con honor por dar su vida por una causa noble.

No podía permitir que ninguno de los dos pensase en la posibilidad de que Richard muriera.

—¿Puedes decirme cómo puedo hacer que le lleguen cartas?

—Dámelas —se ofreció Charles—, y yo las sellaré dentro de las mías.

—¿Ya te vas? —Me deslicé hasta el borde de la cama donde Lord Dorset estaba sentado calzándose las botas.

A la tenue luz de la mañana, con el pelo suelto y cayendo sobre sus anchos hombros desnudos, era una vista tentadora.

—¿No podrías quedarte un poco más? —Le pasé la mano por la espalda en una caricia atrayente—. Así Cook podría prepararte el desayuno luego.

Se giró para acariciarme los pechos y darme un beso rápido que me hizo sentir aún más frustrada.

—No puedo quedarme en la cama esta mañana, tengo que ir a Hambledon a jugar un partido. Dios, ojalá hubiera un campo de cricket decente cerca de Londres. Winchelsea habló de hacer uno... quizás cuando vuelva de América.

Siempre el cricket, por supuesto. Se me pasó por la cabeza burlarme del duque atacando a su amante de verano, pero dudaba que se riera como lo haría Charles. Qué pena que el sentido del humor de Su Excelencia no estuviera tan desarrollado como sus músculos.

Dejé que mi mano se desviara hacia su muslo duro y fino.

—Hablando de América, ¿te he dicho ya que he recibido una carta de tu primo?

—Ah, ¿sí? ¿Cómo le va a Richard? ¿Ha apostado toda su paga en el comedor y seducido a las esposas de sus oficiales superiores?

Tuve que morderme la lengua para no preguntar si jugar a algún partido estúpido durante días era aprovechar mejor el tiempo de un hombre que apostar y seducir.

—Está bien y parece que está de buen humor, Charles Fox me trajo su carta. Han invitado a Charles a pasar el verano en Chatsworth con los Devonshire.

—Chatsworth, ¿eh? —El duque se retorció dentro de su camisa ignoró mi caricia lasciva—. Me pregunto qué hará Fox con la bonita duquesa de Lord Devonshire. Le gusta jugar a las cartas hasta altas horas de la noche y su suerte es tan detestable como la de él.

El duque se levantó para ponerse el abrigo, acabando con mis esperanzas de atraerlo de nuevo a la cama. Deseaba más que nunca un revolcón rápido por el mero hecho de hacerlo. Hacía mucho tiempo que había aprendido que los hombres se convencían más fácilmente de cualquier cosa en la dichosa neblina posterior al acto amoroso. Como no poseía el poder de persuasión de Charles Fox, tuve que confiar en mis propias artimañas.

—¿Su Excelencia?

—¿Hmm? —Miró hacia atrás, claramente ansioso por irse.

—Me han pedido que aparezca en el escenario de la ópera el próximo mes. Espero que des tu aprobación.

Se quedó pensativo un momento.

—No veo por qué no. Avísame cuando se celebre la función e intentaré asistir, pero ahora tengo que irme.

Vino a la cama, me dio un beso rápido en la frente y se retiró antes de que pudiera abrazarlo.

Poco vi al duque desde entonces hasta la noche de la obra. Vino a la representación con algunos de sus amigos jugadores de cricket, pero me alegró mucho más ver a Charles Fox y a Bob Spencer entre el público.

Aunque al principio estaba muy nerviosa, recuperé la confianza en mí misma cuando oí su caluroso aplauso en mi primera escena. Estaba decidida a hacer que se sintieran orgullosos de mí y escribieran elogiosas críticas a Richard. Tuve tanto éxito que el señor Colman me pidió que volviera al mes siguiente en una farsa que había escrito.

—¿Qué fecha de junio? —preguntó el duque cuando se lo comenté—. Me temo que tendré que perdérmela. El conde de Derby organiza un partido de cricket en Surrey y le prometí que le iba a ayudar.

El duque hizo escala en Londres a su regreso de Surrey y me recogió para otra visita a Knole. Se deshizo en elogios hacia la hospitalidad de Lord Derby y el entusiasmo de Lady Derby por su deporte favorito.

—Al principio pensé que Betty estaba de broma cuando propuso que las mujeres jugaran un partido. Pero lo hicieron muy bien, aunque las enaguas les impedían correr. Betty jugó tan bien como algunos hombres que conozco.

—¿Lady Betty? —Recordé que la había mencionado antes—. Es con la que casi te casas, ¿no?

—Pensé en declararme —murmuró el duque mirando por la ventanilla del carruaje la verde

campiña de Kent—, y hasta ahí llegué.

¿Deseaba que hubiera ido más lejos?

Al sentir la puñalada de los celos, me propuse hacer que Su Excelencia se olvidara por completo de la condesa jugadora de cricket durante nuestra estancia en Kent.

Knole, en todo su esplendor estival, era un lugar completamente distinto de la fría y fantasmal finca del invierno. Las enredaderas verdes y rojas suavizaban los muros de piedra, que adquirirían un brillo dorado. La exuberante hierba alfombraba el Green Court, mientras la fragancia de rosas y lavanda iba de aquí para allá con la brisa.

A instancias del duque, jugué a los bolos sobre hierba en el green ovalado rodeado de jardines. Cuando el tiempo se volvió lluvioso, nos retiramos a una alcoba de la galería Leicester, donde intentó enseñarme a jugar al billar. Exploramos partes de la casa que no había visto en mi anterior visita y me empapé de más arte e historia.

Me habría contentado con quedarme todo el verano, pero el duque parecía inquietarse a pesar de mis esfuerzos por entretenerle. Al cabo de unas semanas, me llevó de vuelta a Londres, de camino a una ronda de fiestas en unas casas del norte.

—¿Le doy recuerdos a Charles Fox cuando lo vea en Chatsworth? —me preguntó al despedirse de mí.

—Desde luego, mis más afectuosos saludos. ¿Cuándo te espero de vuelta en la ciudad?

El duque se encogió de hombros.

—Iré a casa de Lord Carlisle después de Chatsworth, puede que me quede allí a cazar. Después iré a Newmarket.

Me podría haber llevado allí si quisiera. En el rufianesco mundo de las carreras de caballos, los caballeros escudaban a sus amantes antes que a sus esposas. Es posible que el duque no quisiese venir hasta Londres a buscarme.

—Estaré encantada de verte cuando vuelvas —Me despedí de él con la mejor sonrisa que pude esbozar.

Aunque parecía un poco distante, nada en sus modales sugería que unas semanas más tarde dejaría de enviarme dinero de repente y sin previo aviso.

Una oleada de pánico se apoderó de mí cuando recibí la noticia de mi banquero. Conocía a media docena de hombres que habrían aprovechado la oportunidad para ayudarme, pero todos estaban dispersos por el país y no volverían a Londres hasta dentro de dos meses por lo menos. Para entonces podría estar pudriéndome en la prisión de deudores.

—La famosa señora Armistead —Charlotte Hayes, una de las prostitutas con más éxito de King's Place, me miró de arriba abajo—. ¿A qué debo el honor?

Se me encogió el corazón. Me esperaba encontrar alguna suplente a cargo de la casa, una mujer más cercana a mi edad que pudiera reconocer lo mucho que teníamos en común y encontrar un poco de compasión en su corazón. Una mujer como la señora Hayes no habría llegado a la cima de esta profesión y permanecido allí tantos años si no hubiera barrido la compasión de su corazón.

Casi podía oler las alcantarillas de Covent Garden arrastrándome hasta allí.

La señora Hayes parecía tener la edad de la señora Goadby, quizá el doble que yo. Sus rasgos eran demasiado planos para haber sido alguna vez verdaderamente bella. Pero había un engañoso aire de inocencia en su rostro que no habría desentonado en la estatua de un santo. ¿Podría ser esta la mujer que, al descubrir que una de sus chicas pretendía escaparse, había sacado a la pobre criatura a la calle desnuda?

—Señora —Hice una respetuosa reverencia—. Tengo una propuesta que espero que nos

beneficie a ambas.

Me señaló con la cabeza una silla de su salón.

—Di lo que quieras, pero que sea breve, soy una mujer ocupada.

Respiré hondo y apoyé las manos enguantadas en el regazo para que no delataran mi desesperación.

—En estos momentos estoy libre y pensé que a algunos de sus clientes les gustaría probar un estilo de compañía al que normalmente no podrían aspirar.

Después de los últimos anos, en los que había podido elegir a mis mecenas entre los hombres más ricos y de mayor alcurnia del reino, me ponía enferma volver a rebajarme a este tipo de prostitución. Recordé algo que la señora Goadby había dicho aquella noche en que Lord Bolingbroke la abordó en el Panteón: ¿Acaso no he trabajado y ahorrado todo este tiempo para no sentirme obligada a acostarme por el capricho de un hombre? Ahora sabía lo que quería decir.

Sin embargo, la prisión de deudores sería cien veces peor y esta era mi única esperanza de evitarla... si tenía suerte.

—¿Crees que soy tonta? —La señora Hayes se reclinó en su silla—. ¿Darte mis clientes? Los caballeros pueden llamarme Santa Carlotta, pero no estoy en el negocio de la caridad. Si hubieras acudido a mí el mes pasado, podría haberte contratado para la fiesta tahitiana de Venus que organicé. Fue una gran noche.

En efecto. Toda la galantería se había escandalizado. Inspirada por las exóticas historias de la expedición del capitán Cook al Pacífico Sur, la señora Hayes había invitado a su fiesta carnal a dos docenas de caballeros adinerados y con título. Allí asistieron a la iniciación de un grupo de supuestas vírgenes en los ritos del amor.

Los cotilleos sobre la orgía tahitiana me habían repelido y excitado a la vez. Al menos, en los banquetes de belleza de la señora Goadby la cópula había tenido lugar en privado. Pero, ¿y si participar en semejante orgía hubiera sido mi única opción para no ir a la cárcel de deudores? ¿Hasta dónde me atrevía a aventurarme por ese camino?

La señora Hayes debió intuir mis pensamientos.

—Ya no puedes permitirte ser particular, querida. Te ha abandonado el duque, ¿verdad?

—¿Cómo...?

—Es asunto mío saber quién está en compañía de quién. Te sorprendería saber con qué frecuencia puedo utilizar ese tipo de información en mi beneficio. Harías bien en aprender de mi ejemplo.

—Ya veo, señora —Puede que no aprobara todas las cosas que hacía para triunfar, pero respetaba su talento para la supervivencia—. Y te aseguro que no he venido a pedir caridad. Pensé que algunos de tus clientes estarían dispuestos a pagar una tarifa más alta por una noche con una célebre cortesana. Si dividimos esos honorarios, saldrías ganando.

Aunque los rasgos anodinos de la mujer permanecían pasivos, un atisbo de avaricia brillaba en sus pálidos ojos azules.

—Tu parte sería enteramente ganancia —añadí—, pues yo pagaría todos mis gastos.

—Sabes cómo funciona mi negocio —dijo la señora Hayes—, te lo reconozco. Lo que tienes que aprender es cómo funciona el tuyo. El verano siempre es una época de vacas flacas, tienes que estar preparada para ello.

—Lo estaré —me prometí, más a mí misma que a ella—, si consigo pasar este año. No tuve ninguna advertencia, todo parecía ir bien entre nosotros.

La señora Hayes se levantó de la silla.

—¿Qué advertencia esperabas, tonta? Ningún hombre se sentirá obligado contigo, por muy

sentimental que hable cuando intente meterse en tu cama. Los mecenas no son más fieles que la mayoría de los maridos, por eso una mujer como tú necesita un acuerdo.

No me estaba diciendo nada que no supiera ya, aunque estaba claro que necesitaba un recordatorio después de la forma en que le había dado al duque de Dorset un poder tan peligroso sobre nuestra alianza. A partir de ahora, tendría que asumir el control, tomando y dejando mecenas en los términos que me fueran más ventajosos.

Asumir el control. Eso era lo que necesitaba.

—Gracias por tu excelente consejo, señora Hayes —Me levanté e hice otra reverencia—. Si no te interesa mi propuesta, tal vez a la señora Windsor o a la señora Mitchell sí. Que tengas un buen día.

—¡Espera! —gritó cuando me dirigía a la puerta—. No te precipites, es posible que podamos llegar a un acuerdo.

La sesión de otoño del parlamento no se abrió hasta mediados de noviembre, lo que hizo que mi periodo de apuros económicos se prolongara aún más de lo que esperaba. Recortando los gastos al mínimo, vendiendo algunas de las baratijas que me habían regalado mis admiradores y aceptando a todos los clientes que me enviaba la señora Hayes, conseguí evitar la prisión de deudores.

Sin embargo, el miedo me acosaba cada vez que estaba despierta y me perseguía en sueños por la noche. A menudo me despertaba sudando frío, segura de que volvería a encontrarme en aquel miserable callejón, hambrienta y congelada.

Sin cartas de Richard que me aseguraran que estaba a salvo, mis preocupaciones por él también se volvieron oscuras y terribles. En el aire otoñal corrían rumores tan ligeros como la caída de las hojas. Algunos decían que el ejército británico había obtenido una importante victoria sobre los americanos. Otros afirmaban que habían sufrido una derrota desastrosa. Y otros murmuraban funestas predicciones de que los franceses o los españoles podrían invadir Inglaterra.

Hacía unos pocos meses, la paz y la seguridad que ansiaba parecían por fin a mi alcance. Ahora me encontraba acosada por todos lados. ¿Existía la verdadera seguridad o era solo una mera ilusión?

Mis ánimos estaban por los suelos un día que oí que llamaban a mi puerta. Un cliente de King's Place, sin duda.

Me puse en pie e hice un esfuerzo por esbozar una sonrisa. Fuera quien fuese, le debía mi mejor servicio. Los hombres a los que había hecho compañía este verano eran bastante decentes: hombres de negocios, corredores de bolsa y prestamistas. Sin embargo, representaban un peligroso retroceso en mi ascenso hacia el éxito. Ansiosa como estaba por tantos asuntos, fingir que estaba despreocupada y deseosa de agasajarlos ponía a prueba mi compostura.

—Saludos, señora Armistead —Charles Fox entró en mi salón rebosante de vitalidad y buen humor.

Ante su inesperada presencia, la frágil coraza de mi compostura se hizo añicos y rompí a llorar.

—¡Perdóname, querida! —Charles se apresuró a ofrecerme su pañuelo—. Esperabas a otra persona y te he decepcionado, ¿verdad?

—No hay nadie a quien me alegre ver más —Me sequé los ojos, riéndome de mi propia tontería—. Excepto, tal vez, que Richard haya regresado de América sano y salvo. ¿Tienes alguna noticia? Corren tantos rumores que no sé qué creer.

—Vamos a sentarnos —Charles me cogió del brazo mientras dejaba en el sofá y luego se

dejó caer a mi lado—. Te contaré todo lo que sé, por poco que sea. A finales de verano las fuerzas americanas consiguieron una victoria, pero no creo que el regimiento de Richard participara en los combates.

—¿Se pondrá Francia del lado de los americanos y nos invadirá? —Me sequé las últimas lágrimas de las mejillas.

Había algo sólido y esperanzador en la presencia de Charles que me tranquilizaba. ¿Por eso había apostado una fortuna? ¿Para vacunarse contra desastres peores? ¿O estaba infectado por la infundada seguridad del jugador de que su suerte cambiaría y su próxima apuesta sería segura? Justo entonces, necesitaba creer lo mejor de él.

—No me cabe duda de que los franceses quieren luchar. Todavía están dolidos por las derrotas en la última guerra y los americanos han enviado al Dr. Franklin a París para defender su causa. Es un viejo muy persuasivo.

Otro hombre habría intentado calmarme con evasivas o medias verdades, sin embargo, sentí que Charles me respetaba demasiado para eso. Aunque me había dicho lo contrario de lo que deseaba oír, mis sentimientos de alarma se aliviaron.

—Una cosa es lo que los franceses quieren —continuó—, y otra lo que harán de verdad. No actuarán mientras el resultado de la guerra esté en duda. Antes de eso, espero que podamos hacer entrar en razón al gobierno. Hace tiempo que creo que a Inglaterra le iría mejor abandonando las colonias que conquistándolas.

Se me quitó un peso del corazón. Desde el momento en que conocí a Charles Fox, me había encantado su jovialidad y su buen humor. Más tarde llegué a respetar su inteligencia y amplitud de conocimientos. Ahora, admiraba sus principios y su coraje.

—Puedes persuadir a los Comunes. Estoy segura de ello.

—Le doy mucha importancia a tu confianza —Rebuscó en su bolsillo y sacó dos cartas, dobladas y selladas con el sello de Richard—. Estas noticias de nuestro amigo son viejas, pero aún pueden alegrarte un poco. Tengo la intención de enviarle una respuesta de inmediato, si tienes algunas líneas que quieras adjuntar.

Mi corazón rebotaba gratitud mientras me aferraba las cartas. No solo porque había aliviado mis temores, sino porque me sentía más fuerte y mejor persona por conocerle.

—Le escribiré a Richard esta misma noche. Gracias por traérmelas... y por todo.

—Un placer, querida —respondió Charles—. ¿Para qué crees que están los amigos?

## CAPÍTULO TRECE

La visita de Charles supuso un cambio casi milagroso en mi suerte. Animada por su ilimitado optimismo, no solo escribí una larga carta a Richard, sino también cálidas notas a varios de mis antiguos admiradores. Al final de la semana, uno de ellos puso un carruaje a mi disposición y varios otros solicitaron el honor de sentarse en el palco de Covent Garden conmigo.

Todos se apresuraron a ponerme al corriente sobre los rumores de que el duque de Dorset se había embarcado en una aventura amorosa con la bella Lady Derby. No podía oír el nombre de esa mujer sin que me invadiera un feroz resentimiento, pues era la causa de todos los problemas que tenía últimamente. Estaba segura de que el partido de cricket de señoras que había organizado fue un intento calculado de atraer la atención del duque.

—Es posible —dijo Bob cuando se lo conté—, su madre se casó con dos duques. ¿Cómo podría Lady Betty contentarse con un solo conde, aunque sea el hombre más rico del reino?

Una semana más tarde, en el salón de cenas del Panteón, Lord Cholmondeley se detuvo junto a mi mesa para presentar sus respetos. Sabía que el bien dotado conde no buscaba mi atención, pues había leído en las revistas de escándalos que se había echado una nueva amante: Dally Eliot, la famosa divorciada de la que me había hablado mi modista. Estaba con él esa noche, una belleza elegante como un cisne que igualaba la elevada estatura del conde. El hombre que los acompañaba parecía casi empujado por sus altos acompañantes.

—¡Señora Armistead, es siempre un placer! —Lord Cholmondeley atrajo hacia sí a su señora—. Te presento a la señora Eliot.

No muchos hombres estaban tan seguros de presentar a su amante actual a una anterior, pero milord lo hizo sin sentirse incómodo.

Mientras la señora Eliot y yo intercambiábamos corteses reverencias y educados murmullos de saludo, sentí que muchas miradas se posaban en nosotras. Me preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que una de las revistas de escándalos informara de que nos batiríamos en duelo con alfileres de sombrero.

No puedo negar que sentí un destello de celos competitivos hacia la elegante divorciada que parecía dos o tres años más joven que yo. Al notar la ternura que suavizaba sus rasgos aristocráticos cuando miraba al conde, me pregunté si serían ciertos los rumores de que pretendía convertirla en su condesa.

Aunque me gustase jugar, no apostaría por ello. Después de todo, ¿qué ganaría milord convirtiéndola en su esposa que no obtuviera ya teniéndola como amante? ¿Se había molestado alguien en contarle a la joven señora Eliot la regla cardinal de las cortesanas?

Mientras pensaba en todo esto, Lord Cholmondeley presentó a su acompañante masculino.

—¿Puedo presentarte también al conde de Derby? Lleva tiempo deseando conocer a la

célebre señora Armistead.

Así que este era el hombre cuya esposa me había robado al duque de Dorset. Aunque carecía de la deslumbrante belleza masculina del duque, Lord Derby era bastante atractivo de una manera franca, honesta y completamente inglesa.

—Un honor, milord —Hice una reverencia y le tendí la mano para que se inclinara—. Creo que te vi de lejos en Newmarket anteanoche.

Purgué la mente de todo lo que había aprendido sobre cricket mientras intentaba recordar todo lo que podía sobre el césped.

—¿Tienes algún potro o yegua prometedores para las carreras del año que viene?

El rostro del conde se iluminó ante mi pregunta.

—Tengo una potra joven en la que tengo grandes esperanzas, engendrada por Herod —Miró hacia la mesa—. ¿Puedo acompañarte?

—Me encantaría. ¿Lord Cholmondeley, señora Eliot?

—Quizás en otra ocasión —Lord Cholmondeley parecía aliviado de librarse de la compañía del conde—. Nos esperan en la sala de cartas, si nos disculpáis.

Mientras se marchaban, me pregunté cómo podría soportar el pobre Lord Derby salir en público con todo el mundo cotilleando sobre su esposa y el duque de Dorset. Posiblemente fuera mejor que soportar la tensión tácita en casa. O quizás buscaba desesperadamente alguna distracción de su problemático matrimonio.

Juré hacer todo lo que estuviera en mi mano para entretener al pobre hombre. Después de todo, su herida era peor que la mía por la aventura de Lord Dorset con su esposa.

—¿Herod? Creo que es uno de los potros de Lord Bolingbroke.

—¡Así es! —El conde parecía agradablemente sorprendido por mis conocimientos—. Highflrier ganó en Newmarket el mes pasado. Creo que ese caballo le va a hacer ganar mucho dinero a Bully.

—Háblame de la potra —le pregunté—. ¿Cómo se llama?

—Bridget. Es un nombre bonito, ¿no crees?

—Desde luego —Sus palabras me arrancaron una sonrisa, porque Bridget era mi segundo nombre, la única herencia de mi madre irlandesa—. ¿Estará lista para competir el año que viene?

Lord Derby negó con la cabeza.

—Incluso con el cambio a las carreras de caballos de tres años, no podrá correr hasta un año después, pero está en buena forma y tiene un gran espíritu. Espero que cumpla su promesa.

Disfrutamos juntos de una taza de ponche de arrack y de unos pasteles muy ricos, mientras le hacía a Lord Derby todo tipo de preguntas sobre caballos y carreras.

—Tengo la intención de promover una carrera para potras de tres años —me dijo—. En Epsom Downs, con un recorrido más corto. Cuando el club hípico la apruebe, Bridget podrá competir.

Siguió hablando de su otro pasatiempo favorito, las peleas de gallos. Aunque me asustaba la idea de un deporte tan sanguinario, hice todo lo posible por parecer interesada.

Cuando nos separamos por la noche, Lord Derby parecía no querer dejarme.

—No recuerdo haber pasado una velada tan agradable, señora Armistead. Espero que te parezca bien que te llame cuando te venga bien.

Por ridícula que pudiera parecer su petición, me pilló desprevenida. Solo pretendía mostrarle al conde un poco de amabilidad, no conquistarlo.

—Puede venir el jueves —acepté con reticencia—. No tengo compromisos para esa noche.

Cuando esbozó una sonrisa ansiosa, le advertí:

—Solo para que podamos hablar y lleguemos a un acuerdo.

—Por supuesto —Lord Derby no vaciló—. Como desees.

Al día siguiente me envió una cesta de naranjas de su invernadero y al otro un regalo con carne de caza de una de sus fincas. Le di las gracias por ambas cosas cuando llegó aquella noche.

—Serán muy útiles para preparar el menú del próximo *petit souper* con mis amigos liberales.

—Me han hablado muy bien de tu hospitalidad —La felicidad de Lord Derby por haberme complacido era obvia y aumentó aún más mi simpatía por él.

—Puedes unirme a nosotros, si lo desees.

—Di la hora y allí estaré —El conde se inclinó hacia delante en la silla—. Si hay algo más que pueda proporcionarte para la mesa, no tienes más que pedírmelo.

Negué con la cabeza.

—Tu compañía será más que suficiente. Con una silla más ocupada, quizá no echemos tanto de menos a Richard Fitzpatrick.

Una expresión de duda nubló el rostro de Lord Derby.

—No esperes entonces que tome parte en la conversación. Nunca podría igualar el elocuente ingenio del señor Fitzpatrick.

—Quería decir que te daremos la bienvenida a nuestra compañía, así que espero que te diviertas.

Me eché hacia atrás cuando Lord Derby voló de su silla para arrodillarse a mis pies.

—También me gustaría disfrutar más de tu compañía, señora Armistead. Tan solo dime cómo puedo conseguirla para mí.

Me encogí ante el inesperado ardor del conde antes de que mi mente respondiera a su oferta. ¿Podría ser esta mi oportunidad de obtener unos ingresos seguros para no tener que volver a solicitar negocios en los burdeles de King's Place?

—Por favor, milord —Le cogí de las manos para evitar que me abrazara—. No te precipites. Si acepto una oferta tuya, me temo que empeorarás tu situación.

—¿Empeorar? —Soltó un gruñido de risa amarga—. ¿Qué puede ser peor que saber que la mujer con la que quería pasar el resto de mi vida apenas soporta verme? Cada vez que le hablo, parece que está a punto de vomitar. Si intento tocarla, o cogerla de la mano, se encoge de asco. ¿Acaso soy un monstruo?

Bajó la cara para posarla sobre nuestras manos entrelazadas.

Aunque intenté mantener un frío distanciamiento que me permitiera explotar esta situación en mi beneficio, fui incapaz. La lástima por Lord Derby me ablandó el corazón, dejándolo peligrosamente vulnerable.

—¡No es cierto! Pareces un hombre muy bueno.

—Me creí el hombre más afortunado del mundo cuando Betty Hamilton aceptó casarse conmigo, e intenté ser un buen marido. Nunca fui cruel con ella. Nunca alardeé de una amante en sus narices como Devonshire hace con su duquesa. Le di todo lo que me pidió. ¿Qué más podía hacer?

El conde aún amaba a su errante esposa, no había duda de ello. Además, los Derby tenían dos hijos pequeños. Me había hecho demasiado conocida por mis vínculos con el conde como para escapar a las habladurías, tal vez incluso para otro *tête-à-tête* en *Town and Country*. Si su matrimonio podía salvarse, un escándalo público como ese condenaría cualquier esperanza.

—Todavía hay una cosa que puedes hacer, milord —Temí arrepentirme en vida de lo que estaba a punto de decir.

Levantó la cara para mirarme con ojos atormentados.

—¿De qué se trata? Dímelo.

Ansiaba pasarle la mano por el pelo para acariciarle y reconfortarle, pero resistí el impulso.

—Puedes esperar. De hecho, creo que es lo que tienes que hacer. Por el bien de tu familia, no empeores las cosas actuando de forma tan precipitada. Un capricho imprudente surge y se consume muy rápidamente.

Tal vez no por parte de Lady Derby, pero tenía razones para saber que el duque de Dorset era voluble en sus afectos. Si el conde tuviera paciencia, su rival podría pasar a una nueva conquista. En ese momento, la despreciada condesa podría aprender a valorar más la amabilidad y la constancia.

—Es como las carreras, ¿no? —añadí, con la esperanza de persuadirle hablando en términos que le resultaran familiares—. Algunos caballos empiezan muy rápido, pero acaban derrotados en la recta final por los verdaderos campeones que saben mantener el ritmo.

El rostro de Lord Derby se iluminó.

—¡Por Dios, puede que tengas razón! Con lo mucho que hay en juego, debería vigilar mi estatus y no retirarme antes de tiempo. He visto demasiados finales en manos de un jinete paciente con una montura estable.

Me dio un beso firme pero casto en la mano y volvió a su silla.

—¿Puedo ir igualmente al *petit souper*?

—Por supuesto —¿Era tonta por dejar escapar la mejor perspectiva de mi carrera?—. Me gustaría que formara parte de mi círculo de amigos.

—¿Y si necesito una confidente? Este no es el tipo de cosas de las que un hombre puede hablar con otros hombres, y parece entenderlo todo muy bien.

¿De verdad? Hubo momentos en que creía que sí. Quería observar un distanciamiento profesional en los asuntos del corazón. Así podría influir en ellos en mi propio beneficio, pero mi locura con Lord Dorset demostró que aún podía ser víctima de las intrigas del deseo.

—Me honra que confíes en mí —le respondí—. Mi pasado me ha dado una perspectiva poco común sobre las relaciones entre hombres y mujeres. Será un placer ponerla a tu servicio junto con mi discreción.

Hablamos un poco más y Lord Derby se levantó para marcharse.

Mientras le entregaba su sombrero, anunció:

—Le daré a mi esposa seis meses para que entre en razón y repare nuestro matrimonio. Si después de ese plazo persiste en su locura, ¿considerarás la posibilidad de ofrecerme algo más que simpatía y consejo?

Asentí.

—Tienes mi palabra de que lo consideraré entonces. Aunque, por tu bien y el de tus hijos, espero que no sientas necesidad por mí.

Me cuestioné la sensatez de mi respuesta a Lord Derby durante varias semanas. Intuía que solo soportaba su matrimonio por la promesa que me había hecho. Si le liberaba de ella, estaba segura de que estaría encantado de convertirse en mi mecenas exclusivo en condiciones muy favorables.

Cuando recordé cómo su esposa me había robado al duque, sentí la tentación de hacerlo. Me lo impidieron menos mis escrúpulos que la reticencia a poner de nuevo todos los huevos en la misma cesta. Por el momento, contaba con varios mecenas que contribuían a mi sustento. Aunque eso significaba que estaba más ocupada haciendo malabarismos con mis obligaciones para con varios caballeros, por fin había podido pagar todas las facturas pendientes y empezar a ahorrar un poco. Si uno de mis amantes se cansaba de mí, lo cual era menos probable con varios

compitiendo por mis favores, no sería una calamidad tan grande como perder a mi único benefactor.

Entonces, una noche de diciembre, oí una noticia que confirmó la prudencia de mi decisión.

—Es una locura —gruñó Charles Fox mientras cenaba conmigo y con sus amigos después de la salida de los Comunes—, se han declarado seis semanas de vacaciones cuando la nación está en medio de semejante crisis.

—No encontrarás a nadie en esta mesa que esté en desacuerdo contigo, Charles —dijo James Hare, un célebre ingenioso cuya principal ocupación parecía ser apostar la fortuna de su pobre esposa abandonada. Bebió con aprecio un sorbo de borgoña bien añejado de una de las varias botellas que Lord Derby había traído a mi último *petit souper*.

Bob Spencer se bebió toda la copa. Estaba claro que el debate del día les había dejado a todos con necesidad de refrescarse.

—Derby podría rebatirte si estuviera aquí. Espero que no hayamos asustado a tu nuevo amigo con toda nuestra oposición retórica, señora Armistead.

—Espero que no hayas introducido entre nosotros a un espía del gobierno —murmuró Hare, que posiblemente no hubiese dicho nada al respecto, pero el vino le había soltado la lengua.

Antes de que pudiera protestar por mi inocencia, Charles Fox se levantó de la silla. Sus ojos oscuros ardían de indignación.

—¡Qué vergüenza! Qué manera de insultar a una persona que nos ha mostrado tanta hospitalidad. La señora Armistead está por encima de permitir que la política dicte sus amistades. Somos nosotros los que arrastramos nuestros debates a su casa. Si alguno de nosotros tiene algo que decir que no puedan oír sus invitados, ¡más vale que se calle!

Su vigorosa defensa me conmovió. Y no me apenó ver al sarcástico señor Hare reprendido por el hombre al que claramente idolatraba.

En respuesta a su disculpa masculada, le contesté:

—Mi único motivo para invitar a Lord Derby fue mi simpatía por su situación. Esperaba que el pobre hombre encontrara algunas horas de diversión entre vosotros. Si os oponéis a su compañía, le invitaré en otra ocasión.

—Por supuesto que no —Charles lanzó una mirada mordaz al señor Hare—. Me gustaría hablar con Derby. Quizá pueda contarnos cómo llegó su tío a rendir siete mil soldados en Saratoga. Dios sabe que no he sido capaz de sonsacar ninguna información al gobierno.

—Sobre Lord Derby —se aventuró a decir un miembro joven del círculo de Charles—, he oído el rumor de que su esposa está encinta. Quizá por eso no se ha unido a nosotros esta noche.

¿Lady Derby está embarazada? La noticia me emboscó con un desconcertante revoltijo de emociones, todas ellas demasiado intensas para permanecer tranquila. Quizás la más aguda de ellas era la envidia. Con cada cumpleaños que pasaba, mi deseo de tener un hijo crecía, sin embargo, los recuerdos de aquella joven madre desesperada en la oficina de trabajo hacía tantos años y de la mancha de sangre en el vestido de Rose cuando se desmayó en el suelo me impulsaban a limpiarme tras cada noche que entretenía a un hombre.

Bob rompió el silencio que se había apoderado de la mesa.

—¿Apostamos? ¿Empollará Lady Betty un gallo de Derby o una pelota de cricket de Kent?

¡Pobre Lord Derby! Todos los cotillas de la ciudad no tardarían en chismorrear sobre si el niño era suyo o de Dorset.

—Qué apuesta tan estúpida —Tiré la servilleta, disgustada con Bob por hacer una broma tan desconsiderada a costa del conde—. ¿Acaso se puede saber con seguridad?

Lord Derby sabía de quién era el hijo que esperaba su esposa, o creía saberlo, cuando visitó

mi casa unos días después.

—Sin duda habrás oído la noticia y todos los cotilleos que la rodean.

Respondí con un mudo movimiento de cabeza, pues no me atrevía a hacerle la única pregunta que se me agolpaba en la punta de la lengua.

—El niño es mío. El embarazo de Betty está demasiado avanzado para que no sea así. Te agradezco que me hayas convencido de que debo ser paciente. Espero que esto dé tiempo a mi esposa para considerar todo lo que puede perder si persiste en su locura.

Más bien le daría al duque de Dorset la oportunidad de desviarse. No me pareció el tipo de hombre que encontrase atractiva a una mujer embarazada.

—Si le muestras amabilidad ahora, estoy segura de que le hará recordar dónde están sus verdaderos afectos —No es que se lo mereciera después de lo que había hecho, pero esperaba que todo entre ellos no saliera mal por el bien de Lord Derby.

Intenté ignorar una punzada de decepción por lo que podría haber ganado de un mecenas tan generoso. Un susurro malicioso en mi mente me recordó que pronto cumpliría los treinta.

La temporada social pronto volvió a brillar con máscaras y ridottos en el Panteón, paseos por el canal de St. James Park y veladas en la ópera. Sin embargo, bajo esta ronda de placeres, como traicioneras corrientes bajo el frágil hielo primaveral, acechaban los peligros de la guerra.

Hice todo lo posible por ignorar el peligro que no podía evitar, fingiendo creer las falsedades reconfortantes que se publicaban en los periódicos, pero no podía taparme los oídos a las conversaciones de sobremesa de mis amigos liberales. Tampoco podía cerrar los ojos a las periódicas cartas que recibía de Richard.

Había participado en dos batallas importantes el otoño anterior para arrebatarse la ciudad de Filadelfia a los americanos. Pero esa ventaja se había perdido con la rendición de siete mil soldados británicos por parte del tío de Lord Derby, el general Burgoyne. Aunque Richard era un soldado bien entrenado que sirvió lo mejor que pudo, intuía que había llegado a admirar a sus «enemigos» americanos y albergaba dudas aún más graves sobre la guerra.

Mientras tanto, sus amigos de Londres continuaban su valiente lucha, aunque en inferioridad numérica, para que los ministros del rey reconocieran su locura.

—Me gustaría que hubieras oído a Charles la semana pasada, señora Armistead —dijo Bob una noche a mediados de febrero, cuando se reunieron de nuevo alrededor de mi mesa—. Consiguió pillar a Lord North desprevenido al preguntarle si sabía que Francia había firmado un tratado con los americanos. North tuvo que admitir que no lo sabía. El único mérito de ese hombre es que puede soportar que le demuestren una y otra vez que es tonto y, sin embargo, no dimite de su cargo.

Charles negó con la cabeza.

—North tiene más mérito del que supones, Bob. No es un mal hombre, y desde luego no es tonto, pero se ve a sí mismo como un servidor de la Corona y hace todo lo que está en su mano para cumplir ese papel.

Así era Charles. Siempre salía en defensa de cualquiera que estuviera siendo maltratado por el resto de la compañía, incluso si esa persona era su más acérrimo enemigo político.

—Una observación interesante —dijo el señor Sheridan, el dramaturgo irlandés y nuevo gerente de Drury Lane que se había unido a nosotros esa noche a petición de Charles—. ¿No os considera al parlamento y a ti servidores de la Corona, señor Fox?

Charles tragó el último bocado de lenguado de Dover del plato y luego lo regó con vino.

—Señor, cada día estoy más convencido de que el parlamento y todos sus honorables miembros deben servir al pueblo.

Siguieron bebiendo y comiendo mientras hablaban de la guerra y de sus ganancias y pérdidas en el juego. Gracias al señor Sheridan, también hablaron de las obras que se representarían en Drury Lane en las próximas semanas.

—¿Alguna en la que aparezca la divina señora Robinson? —preguntó Bob con mirada alegre—. Espero que pronto la veamos en un papel con calzones.

¿Así que esta tal señora Robinson era la nueva favorita? Se me pusieron los pelos de punta. La antigua favorita, la señora Baddeley, ya no aparecía en el Panteón llevando sus diamantes. Me preguntaba cuándo ocuparía su lugar la señora Robinson. ¿O sería el mío?

Aunque sonreí, asentí con la cabeza y fingí que me interesaba la conversación de mis amigos, el resto de la velada estuve preocupada. Solo me animé cuando tuve unos minutos a solas con Charles, después de que sus amigos se fueran al club.

—Respecto al tratado entre Francia y América —le pregunté mientras le entregaba mi última carta a Richard—, ¿pone a los franceses en guerra contra nosotros?

—Es el primer paso —Charles se guardó mi carta—. Solo espero que la amenaza de una invasión francesa saque al gobierno de su locura.

No parecía esperanzado.

—Por cierto —comentó mientras se dirigía a la puerta—, cené con tu amigo Lord Derby la otra noche.

—Espero que se encuentre bien.

Charles negó con la cabeza.

—El pobre vaga estos días cenando por toda la ciudad. Y está desesperadamente enamorado de ti.

¿Enamorado? Esperaba que Charles solo se refiriera a esa palabra en el sentido en que solía utilizarse para expresar deseo o fascinación. No quería que Lord Derby sintiera algo más profundo por mí porque no podía corresponderle como se merecía.

Charles demostró pronto que tenía razón tanto sobre los franceses como sobre el conde. Cuando Lady Derby dio a luz a su hija a finales de abril, ya no era la única que temía una invasión francesa. Se estaban reclutando regimientos de milicias para defender la costa, la mayoría dirigidos por jóvenes nobles deseosos de jugar a ser soldados, como si la guerra fuera una caza del zorro masiva acompañada de una gran fiesta al aire libre organizada para su diversión.

Muchos fueron a acampar a Kent, cerca de la magnífica finca del duque de Dorset. Lord George Cavendish, el más rico de mis mecenas, hablaba de pasar allí el verano con su hermano, el duque de Devonshire.

—Deberías venir conmigo, señora Armistead —sugirió una noche en Vauxhall—. Muchos de los otros oficiales se han llevado a sus esposas o amantes con ellos.

—Déjame pensarlo —No me gustaba la perspectiva de ponerme entre la costa de Dover y Londres, el objetivo más probable de un ataque francés, pero tampoco quería repetir mis experiencias del verano anterior perdiendo la protección de un admirador de confianza.

Mientras me decidía, Lord Derby apareció una tarde para invitarme a dar un paseo en carruaje por el campo.

—Hace seis meses que hablamos por última vez —me recordó mientras nos dirigíamos a Wembley.

—Así es, milord. Enhorabuena por el nacimiento de tu hija.

—Pobrecita —suspiró—. Su madre apenas podía esperar a librarse de la carga que la mantenía alejada de su amor. Intenté recuperarla con amabilidad, pero el poder de Dorset sobre

ella era demasiado fuerte. Mientras que el mío... dudo que alguna vez haya existido.

Desearía poder asegurarle lo contrario, pero no podía.

—Se ha ido a Brighthelmstone —añadió con un tono de amarga ironía—, para recuperarse del parto.

En los últimos años, bañarse en el mar se había convertido en una cura de moda para casi todo, ¿pero quién estaría tan loco como para pasar el verano a la orilla del mar cuando una flota invasora francesa amenazaba la costa? ¿Una mujer locamente enamorada, quizás? Por mucho que despreciara a Lady Derby, no podía ignorar el poder que un hombre como el duque podía ejercer sobre las mujeres cuando quisiera.

Me preguntaba con qué frecuencia se aventuraría a bajar de Knole para visitar a su nueva amante. Parecía que no se había cansado de Lady Derby, como había predicho. Tal vez, mientras ella mantuviera la farsa de su matrimonio, siguiera suponiendo un reto para el competitivo deportista. Aunque recordaba con añoranza el aspecto divino del duque y su perversa habilidad como amante, no podía envidiar de verdad a Lady Derby. Pronto descubriría que él no tenía ni corazón ni conciencia.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté a Lord Derby.

El conde exhaló un profundo suspiro.

—Durante estas últimas miserables semanas, he pensado a menudo en nuestro último encuentro y he comparado tu conducta con la de mi esposa. ¿Me equivoco al creer que merezco la compañía de una mujer que valore mis mejores cualidades y se preocupe por mi felicidad?

Aunque mi ansia de seguridad me instaba a conseguir un mecenas rico que fuera el doble de hombre de lo que jamás sería Su Excelencia de Dorset, dudé. Lord Derby sonaba como si pudiera querer más de mí de lo que yo estaba dispuesta, o era capaz, de dar.

—Por supuesto que sí —dije al fin. ¿Sería yo la mujer que él necesitaba?

—¿Lo harás, entonces? —El repentino resplandor que iluminó el rostro de Lord Derby casi eclipsó el sol primaveral—. ¿Me permitirás el honor de sufragar en exclusiva tus gastos?

Tardé en tomar una decisión, pero al final se impuso el sentido práctico. El acuerdo que me ofrecía era justo lo que necesitaba. Me proporcionaría seguridad durante la escasa temporada estival sin obligarme a convertirme en una glorificada seguidora del campamento.

Cuando Lord Derby me llevó a casa, habíamos llegado a un acuerdo. A cambio de seis meses de derechos exclusivos sobre mi compañía, él sufragaría todos mis gastos... y me proporcionaría una renta vitalicia de doscientas libras al año. Nunca más tendría que preocuparme por acabar en la calle.

—¡Espléndido! —El pecho del conde se hinchó como uno de sus gallos de pelea—. ¿Puedes hacer las maletas y estar lista para irnos el lunes?

—¿Irnos? —le pregunté—. ¿Adónde tienes pensado llevarme?

¿A su casa de Epsom quizás? ¿O, mejor aún, a su finca de Yorkshire, lejos de la vulnerable costa sur?

El conde pareció sorprendido por mi pregunta.

—Al campamento, por supuesto. Los Stanley tenemos una orgullosa tradición de luchar por nuestro país.

## CAPÍTULO CATORCE

Sentada en la silla de montar de un viejo y dócil caballo, me quedé a la sombra de un haya en una colina baja con vistas al campamento de la milicia de Winchester. En el descampado, las compañías de voluntarios marchaban y entrenaban. Detrás de ellas, las hileras y más hileras de tiendas de lona blanca hacían que el campamento pareciera un cementerio. El redoble de tambores, el chasquido de los mosquetes y el sordo estruendo de los pies al marchar cargaban el perezoso aire veraniego con una corriente subterránea de peligro.

Divisé a Lord Derby a caballo pasando revista a sus hombres. También se dio cuenta de mi presencia, porque se levantó el sombrero y lo agitó en el aire. Unos instantes después, giró el caballo y subió la colina hacia mí.

—¿Has cabalgado hasta aquí sola? —Me dedicó una sonrisa de admiración, como si hubiera realizado una hazaña milagrosa.

La calidez de sus elogios me inquietó. Parecía pedirme más de lo que estaba dispuesta a dar.

—A un paso muy tranquilo, pero he llegado hasta aquí sin caerme.

—Pronto podrás galopar a mi lado —La voz del conde estaba llena de confianza.

Solté una risa nerviosa.

—No esperes demasiado de mí. Además de aprender una nueva habilidad, tengo que superar mi miedo.

Desde mi inestable posición en la silla de montar, el suelo parecía estar muy lejos. E incluso el caballo más manso seguía siendo una bestia grande y poderosa que podía arrojarme fácilmente del lomo o huir conmigo. Si me hubieran dejado a mi aire, nunca habría aprendido a montar a mi edad.

No obstante, no estaba a mi aire, pues me había comprometido con Lord Derby durante seis meses y tenía la determinación de convertirme en jinete. ¿Qué otra cosa podría querer hacer de mí? Ese pensamiento me inquietaba tanto como el diabólico asunto de la equitación.

Señalé con la cabeza a los soldados.

—Parece que a tus hombres les va bien.

—Han adquirido cierta disciplina —El conde se llenó de orgullo—. Creo que estarán en buen estado para que el rey pase revista cuando venga.

—¿Y cuándo va a ser?

—A finales de verano, cuando haya menos peligro de invasión. Me han dicho que la reina y él tienen planeado visitar todos los campamentos.

Jugando a la guerra, pensé, como si aquellos hombres que marchaban bajo el sol ardiente fueran soldados de juguete sin vidas ni sentimientos que importaran. Todo lo contrario que Lord Derby, que parecía preocuparse mucho por los hombres que comandaba.

—¿Has tenido más problemas con los proveedores? —pregunté.

Los milicianos estaban a merced de los deshonestos vendedores ambulantes de provisiones, que les vendían comida a precios excesivamente altos y a menudo incomible.

Lord Derby se quitó el sombrero y se abanicó la cara con él.

—Acorralamos a algunos de los peores y les pusimos una trampa. Pillamos a un granuja remojando huevos viejos en cal y agua para que parecieran frescos. ¡Que le den a él y a todos los contratistas corruptos!

No me cabía duda de que acabarían contagiándose de viruela, con todas las «lavanderas» y seguidoras del campamento disponibles para contratar. Me compadecí de aquellas mujeres y me sentí afortunada de que Lord Derby fuera tan moderado en sus amores. Por primera vez en años, no tenía que preocuparme por contraer una enfermedad.

—¿Te espero para cenar, milord?

Aunque vivía en el campamento, el conde me había instalado en una agradable casita no muy lejos. Me visitaba al menos tres noches por semana para cenar conmigo y pasar la velada.

—No tengo obligaciones apremiantes en este momento —Lord Derby volvió a ponerse el sombrero—. Te acompañaré a casa y me quedaré a cenar.

Volvimos cabalgando a un ritmo más rápido del que yo había venido. Percibí la impaciencia de Lord Derby, pero a mí el paso ligero ya me parecía una velocidad de vértigo.

—Intenta no estar tan tensa, señora Armistead. Relaja el cuerpo y deja que se mueva con el caballo.

Podría haberle dado un consejo similar sobre su forma de hacer el amor. Sus insinuaciones eran tan tímidas y metódicas que a veces me encontraba imaginando cosas perversas sobre el duque de Dorset para hacerme más receptiva a Lord Derby.

Aquel verano lejos de la ciudad pasó lentamente, pero al menos Inglaterra se libró de una invasión y me alivió saber que Richard Fitzpatrick había regresado sano y salvo de América. Ansiaba verle, pero estaba ocupado cuidando de su hermana, la joven viuda del hermano de Charles Fox.

—Me temo que se está consumiendo —dijo el hermano de Richard, Lord Ossory, cuyo regimiento también estaba acampado en Winchester—. Me gustaría poder ayudar, pero me necesitan aquí, y él es el único al que quiere la pobre Mary. Han estado unidos desde la infancia.

—¿Es grave su enfermedad?

Lord Ossory asintió con seriedad.

—Ha empeorado con episodios de fiebre y delirio, sus médicos no esperan que dure un año. Compadezco a sus hijos. Caroline tan solo tiene diez años y es la viva imagen de Mary. Mi sobrino es muy pequeño, no tenía ni un año cuando perdió a su padre. Ahora dudo que recuerde mucho a su madre.

Sabía lo que era perder a un padre a esa edad. Puede que los hijos de Fox nunca conocieran las privaciones que yo pasé, pero sufrirían una pérdida que ninguna cantidad de dinero podría compensar.

—La próxima vez que hables con tu hermano —le rogué a Lord Ossory—, dale mis más afectuosos saludos.

Cuando los días soleados del verano dieron paso a la fresca humedad del otoño, convencí a Lord Derby para que me permitiera regresar a Londres.

—El rey y la reina vendrán pronto a pasar revista a las tropas, ¿verdad? —le pregunté una noche mientras se vestía para volver al campamento. El conde nunca se quedaba en la cama después de terminar.

—Los esperamos antes de finales de mes —Se levantó para meterse la camisa por dentro y abrocharse los calzones—. Probablemente pueda encontrarte algún lugar discreto para ver la inspección real.

No podía imaginar nada que me fastidiara más.

—Es muy amable de tu parte, milord, pero temo que mi presencia te resulte vergonzosa.

—No había pensado en eso —Se sentó en el borde de la cama para calzarse las botas de montar.

—Tal vez debería volver a Londres y hacerme unos vestidos nuevos. La moda cambia muy deprisa y quiero ser tu orgullo si deseas sacarme en público.

Lord Derby se volvió y me cogió la mano.

—Por supuesto que quiero sacarte en público, llevando los vestidos más modernos que el dinero pueda comprar. Te daré un cheque para el banquero que debería proporcionarte el vestuario más elegante de cualquier dama de Londres.

Podría haber recompensado tanta generosidad saliendo de la cama desnuda para darle un beso de agradecimiento, pero sabía que eso disgustaría a Lord Derby más que complacerle. El sentido del decoro de este hombre llegaba a veces a un punto casi puritano.

Así que me quedé en la cama, con la sábana metida bajo los brazos para taparme los pechos, y le agradecí efusivamente toda su amabilidad. Era un hombre generoso y honorable. Nunca se le ocurriría seducir a la esposa de otro hombre, como Lord Dorset o Richard Fitzpatrick. No tenía el mal genio de Bully ni la insufrible presunción del general Smith. Y, sin embargo...

Llevé rápidamente mis pensamientos a otra parte. No tenía por qué pensar mal del caballero que me había rescatado del espectro de la pobreza, pero apenas había salido el sol a la mañana siguiente cuando ya estaba fuera de la cama y ordenando a mis criados que hicieran las maletas para nuestro regreso a Clarges Street. Allí me entretuve en una orgía de compras, haciendo pedidos a la modista, la sombrerera y al pañero de lino, que estaban todos agradecidos por mi compra.

—Hoy en día hay demasiada gente que cuida su dinero —refunfuñó la señora Whitelock, la modista—, para poder permitirse navegar hasta Nápoles o Jamaica si los franceses invaden. ¡Los demás podemos arruinarnos y aprender a *parlez-vous*!

Cuando me di cuenta de la expresión afligida en el rostro maternal de la sombrerera, intenté animarla.

—Quizá el negocio mejore ahora que los campamentos de la milicia se dispersan por el invierno.

—No es eso, señora, aunque los pedidos han bajado y la gente tarda más que nunca en pagar sus facturas, me acaban de decir que la joven Lady Holland ha exhalado su último suspiro, pobre alma. Era una de mis mejores clientas, siempre fue muy amable.

Un suave gemido escapó de mis labios. ¡Pobre Richard!

—Disculpa, ¿conocías a la señora?

Me esforcé por serenarme.

—Solo a sus hermanos, lo siento por ellos y por sus hijos.

¿Significaba esto que Charles Fox quedaría a cargo de sus jóvenes sobrinos? No me cabía duda de que los quería mucho, con un afecto tan abierto y alegre como el de un niño. Pero, ¿cómo podía proporcionar el tipo de cuidados que los niños necesitaban cuando ni siquiera cuidaba adecuadamente de sí mismo?

—¿Organizo un *petit souper* la semana que viene? —le pregunté a Lord Derby unas semanas después, cuando tomamos asiento para un concierto en Carlisle House—. Quizá podríamos

invitar a tu tío. Estoy segura de que Charles Fox y los demás apoyan el derecho del general a una audiencia justa.

Apenas había visto nada de mis amigos liberales desde la primavera y nada de Richard Fitzpatrick desde su regreso de América. Ansiaba su estimulante compañía.

—Seguro que le apoyan —respondió Lord Derby—. Y no solo porque un consejo de guerra podría desacreditar al gobierno. Nunca he tenido ideales elevados sobre política, ¡pero somos ingleses, por el amor de Dios! Llega un momento en que debemos hacer lo que es justo y atenernos a las consecuencias.

Una anciana sentada cerca de nosotros lanzó al conde una mirada de reproche, mientras un hombre corpulento con cara de bulldog rojo resoplaba.

—Bien dicho, milord —susurré. No me sorprendió oírle expresar tales sentimientos. En sus pasiones gemelas, las carreras y las peleas de gallos, la equidad era vital y todas las clases sociales se mezclaban como iguales.

—En cuanto a la cena —continuó Lord Derby—, no tienes por qué molestarte. Tanto Lady Melbourne como la duquesa de Devonshire nos invitaron al general y a mí recientemente. Todo lo que deseaba debatir con Fox y los demás ya se ha hecho.

—Entiendo —Mientras un cuarteto de cuerda empezaba a tocar los primeros compases de un concierto de Albinoni, me invadió una oleada de resentimiento. ¿Acaso la duquesa y Lady Melbourne pretendían robarme a mis amigos del mismo modo que Lady Derby había robado a Lord Dorset?

—Además —susurró el conde—, tenemos un acuerdo exclusivo.

—¡Por supuesto que lo tenemos, milord! —Hablé más alto de lo que pretendía, provocando algunas miradas de la gente que nos rodeaba. Bajé la voz a un susurro enfático—. No proponía invitarles a una noche de desenfreno, son mis amigos.

Aquellas amistades eran mis únicos vínculos personales duraderos. No permitiría que nadie me las arrebatará.

Lord Derby no retrocedió ante mi mirada de indignación.

—Algunos en términos muy amistosos, tengo entendido.

¿Asumía que yo abría los brazos a todos los caballeros que consideraba amigos? La indignación ardía en mi vientre, pero ¿cómo podía protestar después de mi cita con Bob Spencer?

No respondí hasta que terminó el primer movimiento del concierto. Mientras el público aplaudía, me incliné hacia Lord Derby y hablé lo bastante alto para que solo él pudiera oírme.

—Tal y como dices, milord, tenemos un acuerdo de exclusividad. Espero que confíes en que mantendré mi palabra.

No volvimos a hablar hasta que el concierto hubo concluido y los músicos hicieron sus reverencias. Entonces, Lord Derby me acompañó a la sala de banquetes, donde nos esperaba un suntuoso bufé de pasteles. Por el camino, gritaba saludos cordiales o se entretenía en animadas conversaciones con todos los caballeros que conocía. Parecía decidido a que todo el mundo se fijara en nosotros.

Me sentía halagada de que mi aspecto atrajera algunas miradas aquella noche, pues llevaba un vestido rojo cereza de rica seda paduasoy. La sobrefalda, de tafetán persa salpicado, estaba fruncida en la espalda con lazos de color crema. Otro a juego adornaba el escote del corpiño. En lugar de un abanico corriente, llevaba un único penacho de avestruz. No quería que nadie que me mirara esa noche dudara de que Lord Derby había hecho el mejor negocio al cambiar a su esposa por la amante del duque de Dorset.

—He estado pensando en algo —dijo el conde mientras llenaba un plato con trocitos de pan de jengibre alemán, pequeños pasteles helados y galletas en forma de anillo llamadas gimblettes—. Con la llegada del invierno estarías mejor en el campo. Hampstead, tal vez. No está a más de ocho kilómetros de tu dirección actual, pero en un terreno más elevado, donde el aire invernal es más saludable.

Aunque intenté parecer complacida con el plan, en realidad sentía como si las paredes profusamente decoradas de Carlisle House se cerraban sobre mí. Cuando Lord Derby no me paseaba por los parques, salones de actos y teatros de Londres, parecía empeñado en mantenerme enclaustrada. Supongo que no podía culparle. Después de haber sufrido el dolor y la humillación de una esposa infiel, ¿por qué iba a confiar en una mujer que cambiaba de amante más rápido que el ir y venir de las estaciones?

Una tarde de diciembre, a última hora, miré por la ventana esmerilada del rellano del piso superior de mi nueva y espaciosa casa de Hampstead. Era una bonita vivienda de ladrillo marrón dorado, con proporciones agradables y amplias habitaciones bien iluminadas. A diferencia de mi casa de Clarges Street, esta no se apretujaba promiscuamente entre las casas de ambos lados, sino que se mantenía a una decorosa distancia de sus vecinos tras una verja de hierro forjado y un velo de árboles y arbustos.

Vivir aquí me ahorraría bastante dinero, pues Lord Derby pagaba directamente todos los gastos de la casa y los establos, sin disminuir ni un centavo mi asignación. Lejos de las tiendas de Londres con sus mercancías tentándome desde sus escaparates, sería menos propensa a despilfarrar el dinero. Aun así, me sentía como si me asfixiaran lentamente con una almohada de seda.

Dirigí una mirada anhelante hacia la lejana cúpula de San Pablo, que emergía de la niebla que cubría la ciudad. Una luna fantasmal colgaba del horizonte oriental. Algunos días Londres parecía tan lejana como la luna. Hampstead Heath había sido durante mucho tiempo el refugio favorito de los asaltantes de caminos, por lo que temía aventurarme en la ciudad sin la compañía de Lord Derby.

Aunque no esperaba recibir su visita aquella noche, el conde llegó al anochecer con aspecto nervioso. En cuanto se quitó el sombrero y el abrigo, pidió champán.

—No creo que haya a mano, milord —Envié al criado a comprobarlo—. ¿No preferirías una copa de *smoking bishop* para calentarte después de cabalgar?

—Tengo calor —Como para demostrármelo, me atrajo hacia sí y me besó sonoramente en la boca—. Celebré que iba a tener esposa con una *fête champêtre*, me parece apropiado brindar por haberme librado de ella.

Bajo la desafiante muestra de triunfo del conde, vislumbré el dolor que se esforzaba por ocultar. La simpatía se sobrepuso a mi creciente irritación por su posesividad. Lo llevé al salón, donde crepitaba un cálido fuego en la chimenea.

—¿Entonces has conseguido las pruebas que necesitas para procesarla por estafa?

El conde asintió sombríamente mientras se frotaba las manos ante el fuego.

—Me enfrenté a Betty por ello. Le dije que me negaba a seguir siendo un cornudo complaciente. ¿Y si ella tuviera un hijo después? Si el joven Edward sufriera algún accidente, todas las tierras y títulos de los Stanley pasarían a un Sackville mutante. No puedo arriesgarme a eso.

La idea de semejante confrontación me revolvió el estómago.

—¿Qué le dijiste?

—¿Qué podía decirle? Negarlo habría sido desperdiciar el aliento. Se ha ido de mi casa, es lo

único que me importa.

En ese momento apareció mi criado con dos copas y una botella de champán abierta. Cuando las colocó sobre la mesa frente al sofá, Lord Derby lo despidió y llenó las copas.

Me dio una a mí y levantó la suya en un brindis.

—Puede que falten unas semanas para el Año Nuevo, pero yo digo: ¡Fuera lo viejo y dentro lo nuevo!

Levanté la copa y bebí un sorbo de champán mientras Lord Derby se bebía de un trago la suya. Las agrias burbujitas me picaban en la boca.

El conde irradiaba dolor y rabia, estaba intenso como el calor del hogar. Cuando rellenó la copa, temí que su feroz apretón hiciera añicos la botella.

—Intentó convencerme de que Dorset había engendrado a la pequeña Hetty, pero estoy seguro de que solo es una treta para poder quedarse con uno de los niños. ¡Maldita sea si lo permito!

Reprimí una punzada de compasión por Lady Derby. Debía saber que perdería a sus hijos si persistía en su aventura con el duque. Y, sin embargo... muchos hombres tenían aventuras y mantenían amantes sin miedo a perder su descendencia. Lord Derby no había sido uno de esos hombres, me recordé. Sus hijos y él eran los perjudicados en todo esto.

Dejé la copa, que apenas había tocado, y le abrí los brazos.

—No pienses más en ella esta noche. Ha elegido mal y estoy segura de que se arrepentirá. Esta es tu oportunidad de empezar de nuevo. Lo que sea que te espere debe ser mejor que lo que has soportado este último año.

—¡Hablas con mucho sentido común! —Lord Derby se volvió a beber la copa de champán con aire menos turbado y luego se rindió a mi abrazo.

Puede que el champán fuese especialmente potente. O tal vez el enfrentamiento de Lord Derby con su esposa había encendido las pasiones que normalmente mantenía bajo estricto control. Fuese lo que fuese la causa, el resultado fue de lo más estimulante.

Me besó con feroz energía, su lengua caliente empujaba y tanteaba. Fingí la menor reticencia, como si fuera una criatura tímida, abrumada pero secretamente excitada por su ardor varonil. De hecho, me sentía mucho más metida en el papel que en el escenario.

Como era tarde y no esperaba compañía, no llevaba aros bajo el vestido, y en lugar del corsé llevaba una lazada delantera. Lord Derby aprovechó al máximo mi atuendo informal. Me bajó a la tumbona, se arrodilló junto a ella y tiró de los cordones del corpiño hasta que mis pechos se liberaron como fruta redonda y madura. Mientras él se daba un festín con ellos, yo respondía con pequeños jadeos fingidos de alarma y suspiros de placer.

Extendió un brazo por debajo de las enaguas, tirando de ellas hacia arriba mientras con la mano me recorría los muslos, separándolos con áspera impaciencia. Solo opuse la resistencia simbólica que intuí que avivaría su deseo, pero el calor húmedo que le mojó los dedos cuando alcanzaron el objeto de su búsqueda delató mi desenfrenado deseo.

Con el aliento entrecortado como el de un semental, se desabrochó la cinturilla y abrió de un tirón la parte delantera de los calzones. Se los bajó para liberar su tenso pene, me montó y me «violó», para mi gran placer.

Después, se recostó con la cabeza en mi hombro, sin tensión en el cuerpo.

—Sería estúpido si suspirara por una mujer que me ha tratado como Betty. Tengo mis gallos y mis caballos. Tengo a mis hijos y te tengo a ti. ¿Qué más podría querer?

A cualquier otra mujer le habría molestado que la mencionaran tras los animales, pero sabiendo cómo Lord Derby los adoraba, lo tomé como una especie de cumplido.

—Me encanta el principio de la primavera —Di una vuelta a la sombrilla mientras cabalgaba con Lord Derby en un carruaje abierto hacia Kensington—. Ahora que ha empezado la temporada, tengo que abrir mi casa en la ciudad.

—¿Qué le pasa a Hampstead? —El conde me miró de reojo—. Creía que te gustaba el campo.

Sujeté el mango de la sombrilla con más fuerza.

—Es un lugar excelente para pasar el invierno, es más sano que la ciudad y no está demasiado lejos.

—¿Entonces por qué te vas? —dijo con tono desafiante—. Hay más peligros en Londres que la niebla invernal. Hace apenas un mes que esa turba atacó el Almirantazgo.

—Clarges Street está muy lejos del Almirantazgo —protesté—. Y nadie puede culparme por el juicio militar del almirante Keppel. Yo le haría uno a tu tío Burgoyne, si estuviera en mi mano. No me cabe duda de que limpiaría su nombre a la vez que expondría la mala gestión de la guerra por parte del ministro.

Había oído hablar mucho de ese tema durante las últimas semanas, pues el general Burgoyne era el único al que su sobrino había invitado a cenar con nosotros en Hampstead. Aunque el general me parecía bastante pomposo y dado a la fanfarronería, agradecí las noticias que me traía de mis amigos liberales.

—Creo que Hampstead será igual de agradable en verano —Lord Derby señaló hacia el norte—. Arriba, en las colinas, seguro que corre brisa y está protegida de los olores de la ciudad.

—Supongo, pero...

—Quizá deberías encontrar un inquilino para la casa de Clarges Street —Parecía más una orden que una sugerencia.

Toda esta conversación me cogió por sorpresa.

—¿Quieres decir que debería vivir en Hampstead todo el año?

—¿Por qué no? —preguntó el conde—. Si Knowsley estuviera tan cerca de Londres como Hampstead dudo que me molestara en mantener una casa en la ciudad, sin importar la estación.

¿Acaso no se daba cuenta de que necesitaba un lugar propio, un lugar al que pudiera regresar cuando terminara nuestra relación?

Cuando Lord Derby se marchó unos días al campo a buscar ganado de cría para sus establos, me atreví a ir de compras a Londres. En la sombrerería me encontré con la amante de Lord Cholmondeley, Dally Eliot, que me saludó muy cordialmente. Me pregunté si anhelaría un poco de compañía femenina al igual que yo.

Entablamos una agradable conversación mientras nos probábamos sombreros. Después de charlar sobre el tiempo inusualmente cálido y la extravagante altura de los nuevos peinados, pasamos a intercambiar cotilleos sobre los últimos escándalos de la sociedad.

—Hay mucho alboroto entre las amigas de Lady Derby —murmuró la señora Eliot—, sobre quién la visitará ahora que ha dejado al conde. El duque de Dorset le ha dicho a Lord Cholmondeley que piensa casarse con ella en cuanto sea libre, así que sus amigas deben de suponer que pronto volverá a ser respetable.

Aunque seguía resentida por todas las travesuras que Lady Derby había hecho, repliqué con acidez:

—No veo por qué es menos respetable que algunas de ellas, solo porque sus maridos sean más complacientes.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Dally—. Pero no deberían vender la piel del oso antes de cazarlo, ¿verdad?

—¿Cómo dices?

—Quiero decir... Lord Derby ha jurado que nunca se va a divorciar de ella. Te lo ha dicho, ¿verdad?

¿Que nunca se iba a divorciar de ella? Solo pude sacudir la cabeza en un silencio atónito mientras consideraba las consecuencias de tal acción. La condesa nunca sería libre para volver a casarse y nunca se le permitiría tener un lugar en la sociedad. ¿Cuánto tiempo estaría dispuesto el voluble Lord Dorset a soportarla en esas condiciones antes de buscar un nuevo desafío?

—¡Perdóname! —gritó Dally—. Debería haberme callado. Pensé que serían buenas noticias para ti.

¿Lo serían?

Turbada por mi silencio, continuó.

—Debe significar que no quiere casarse de nuevo. Quizás llegue a un acuerdo permanente contigo, como el que Lord Sandwich tiene con la señorita Ray.

Dally lo hizo sonar como una situación de lo más deseable, y quizás lo era. Durante más de quince años, Martha Ray había vivido abiertamente con Lord Sandwich en el Almirantazgo, donde actuaba como su anfitriona. Había contratado maestros para adiestrarla como dama y ella le había dado varios hijos. Parecía una unión tan segura como una mujer de nuestra clase podía esperar.

Si lo que Dally decía era cierto, pronto podría obtener la seguridad que había anhelado durante tanto tiempo. Pero, ¿tendría que pagar un precio más alto del que podía soportar?

## CAPÍTULO QUINCE

—No sabía que abril pudiese parecerse tanto a agosto —le comenté al general Burgoyne mientras el carruaje nos llevaba por Piccadilly Street hacia Covent Garden—. Te agradezco que me acompañes esta noche, señor. Espero que no haga demasiado calor en el teatro.

La función de esta noche tendría como protagonista a Margaret Kennedy, la experimentada actriz que había sido tan amable conmigo durante mi primera y desastrosa aventura en el escenario. Quería apoyarla y disfrutar de una velada fuera de lo común, pero sabía que Lord Derby no aprobaría que fuera al teatro mientras él estaba fuera pasando la Pascua con sus hijos, excepto si iba en compañía de su tío. Por la forma en que a veces sorprendía al general mirándome, no estaba tan segura de poder confiar en él. De todos modos, agradecí su compañía esta noche.

El general Burgoyne se abanicó la cara sonrojada con el sombrero.

—Esto no tiene nada que ver con el calor sofocante que sufrieron mis tropas en Ticonderoga hace dos veranos. ¡Qué país tan salvaje!

Me preparé para escuchar otro relato sensacionalista de su campaña en América: las noches en vela y los días agotadores, su ejército hambriento y sin apoyo del general Howe. Podría ser cierto en todos los aspectos, pero no podía olvidar que el general era dramaturgo además de soldado. Justo acababa de llegar a la parte en la que le atravesaban el sombrero cuando el carruaje se detuvo en la plaza del teatro.

—Me guardaré el resto de la historia para el viaje de vuelta —prometió el general mientras me ayudaba a bajar.

Si escuchar sus dudosas historias de guerra era el precio de una rara velada en la ciudad, era una ganga.

—Me da mucha confianza saber que tengo como escolta a un guerrero curtido en mil batallas.

Pavoneándose y acicalándose, el general me condujo a través del abarrotado vestíbulo hasta el palco.

Nos acabábamos de acomodar cuando escuché una voz familiar tras de mí, su sonido era más dulce que cualquier música que pudiera haber salido del foso de la orquesta.

—¡General Burgoyne, bienvenido!

Me giré, encantada de ver a Charles, Richard y Bob agolpándose en el palco.

Richard me dirigió una mirada inquisitiva, con sus ojos oscuros brillando.

—Te ruego que nos presentes a tu encantadora compañera, General. Creo que ya nos conocíamos, pero hace ya tanto tiempo que no recuerdo su nombre. ¿Lo recuerdas tú, Bob?

—Seguro que te equivocas, Richard —respondió Bob en un tono tan solemne que sonaba bastante gracioso—. Nunca podría olvidar a una criatura tan encantadora, por mucho tiempo que ignorara nuestra existencia.

¿Creían que había sido decisión mía evitar su compañía?

—Basta ya —retumbó Charles con humor ronco mientras me agarraba la mano—, o la señora Armistead puede decidir que ya no quiere saber nada más de nosotros.

—¡Eso nunca! —Verlos me hizo sentir como una niña hambrienta en un banquete—. Estoy encantada de verlos a todos y nunca podría olvidarlos, no importa cuánto tiempo nos separemos. Pero, ¿qué os trae a Covent Garden? ¿No os tachará el señor Sheridan de traidores por abandonar Drury Lane?

Richard rio entre dientes.

—Con el gentío que atrae la señora Robinson, Sherry puede prescindir de nosotros por una noche. Cuando oímos al general Burgoyne presumir de que iba a ir contigo al teatro, decidimos que debíamos aprovechar la ocasión para volver a verte.

¿Se habían tomado la molestia de buscarme? Nunca me había sentido tan sinceramente halagada en toda mi vida.

—Además —bromeó Bob—, Sherry va a poner Macbeth esta noche y tenemos ganas de reír y cantar.

—Yo también, ahora que estamos juntos de nuevo —Me aferré a la mano de Richard después de que él se inclinara sobre la mía—. No hemos hablado desde que volviste de América. Es un alivio tenerte de nuevo a salvo entre nosotros.

De repente recordé parte del motivo.

—Pero cuánto sentí enterarme del fallecimiento de Lady Holland. Por lo que dicen, eras el más atento de los hermanos. Qué consuelo debes haber sido para ella.

El dolor que vislumbré en los ojos de Richard me hizo desear rodearlo con los brazos, pero me abstuve por si algún escandaloso de *Town and Country* nos espiaba desde las galerías.

Charles respondió por su amigo.

—La pérdida de la querida Mary es un duro golpe para toda la familia, sobre todo para sus hijos.

—¿Se ha decidido quién se hará cargo de ellos? —Aunque nunca había visto a ninguno de los dos niños, mi corazón suspiraba por ellos.

Antes de que Charles pudiera responder, sonó la campana del apuntador para indicar el comienzo del espectáculo de la noche. Me agarré a la manga del abrigo de Richard con una mano y a la de Charles con la otra.

—Acompañadnos, por favor. No puedo dejar que os vayáis tan pronto.

¿Quién sabía cuándo volvería a verlos? Habiendo perdido a una mujer a manos de un encantador libertino, Lord Derby no era propenso a confiarme a un grupo entero de hombres, aunque fueran sus aliados políticos. A pesar de comprender las razones de su posesividad, no dejaba de irritarme.

Afortunadamente, la presencia de mis amigos no molestó al general Burgoyne.

—Vamos, caballeros, no deben decepcionar a la señora Armistead. Además, tengo algo que hablar con el señor Fox.

Llevó a Charles a un asiento al fondo del palco, dejando libres los delanteros para que me sentara entre Richard y Bob.

Un actor subió al escenario y empezó a recitar el prólogo de la velada.

—Mirad quién está aquí esta noche sin Lord Sandwich —Bob señaló con la cabeza uno de

los palcos frente al nuestro.

Allí estaba sentada Martha Ray, la mujer en la que había pensado mucho desde que Dally me la mencionó. El noble mecenas de la señorita Ray no estaba a la vista. En su lugar, estaba sentada con una mujer de mediana edad y un hombre que reconocí como Lord Coleraine, el mayor de los tres salvajes hermanos Hanger.

Al concluir el prólogo, entre aplausos y con algunas cáscaras de naranja que lanzaban al escenario desde la galería superior, Richard murmuró:

—Parece que Sandwich no controla mejor a su amante que al Almirantazgo.

—Quizá tenga miedo de aparecer en público —dijo Bob—, desde que esa turba arrancó las puertas del Almirantazgo.

Recordé que Lord Derby había mencionado el ataque cuando me sugirió que me quedara en Hampstead durante el verano.

Charles se inclinó hacia delante para susurrar:

—Espero que la pobre señora disfrute de su velada —Tal y como está creciendo el sentimiento público contra la guerra, puede que pronto consigamos suficientes votos para echar a Lord Sandwich de su cargo.

—¿Crees que Coleraine está intentando persuadirla para que abandone el barco antes de que el HMS Sandwich se hunda con todos sus tripulantes? —bromeó Bob.

—El perro tiene un historial de amores célebres —murmuró Richard—. Debemos proteger a la señora Armistead de sus avances.

—¡Silencio! —Fingí una mirada severa a ambos—. Dejad que la señora Kennedy actúe tranquila.

Recordé cómo me había molestado oír al público parlotear mientras intentaba recordar mis líneas. Afortunadamente, Margaret Kennedy era una actriz experimentada que sabía cómo aguantar a un público alborotado. Esta noche solo tuvo que mostrar sus bonitas piernas en calzones mientras se paseaba interpretando a la heroína de una ópera cómica de un acto. Con eso siempre se podía contar para mantener la atención de los hombres.

A pesar del excelente canto de la señora Kennedy, me resultó difícil mantener la concentración en su actuación. En su lugar, mis sentidos respondían a la presencia de mis amigos. Cuando Richard jugaba con la mano en la rodilla al compás de la música, mi corazón pareció latir con ese mismo ritmo. Respiré más hondo para inhalar el familiar aroma del jabón de afeitar de Bob. Una carcajada de Charles me tentó a unirme a ella. Sentí como si hubiera entrado el aire fresco y el sol de la primavera después de haber estado envuelta en una larga niebla invernal.

Al mismo tiempo, mi mirada se desviaba a menudo del escenario hacia el palco donde se sentaba la señorita Ray. Era una mujer de aspecto agradable, aunque su mandíbula prominente y su mentón hendido la alejaban de la belleza ideal. Deseaba conocerla lo suficiente como para poder hablar libremente con ella. Quería saber si estaba contenta con su vida con Lord Sandwich. ¿Se arrepentía de algo?

Sus respuestas podrían calmar mis dudas acerca de aceptar la oferta de Lord Derby de mantenerme durante mucho tiempo. Cada pizca de sentido común que poseía me instaba a resolver mi futuro de inmediato. El conde era un hombre generoso que me mantendría holgadamente. También era un hombre constante que no me abandonaría sin pensarlo como había hecho Lord Dorset. ¿Qué más podía pedirle a la vida?

¿Libertad? Seguramente ya había tenido suficiente desde que dejé la casa de la señora Goadby. Aunque tenía sus momentos emocionantes, también estaba llena de riesgos que se

multiplicaban a medida que me hacía mayor.

Cuando Richard y Bob rompieron de repente en un educado aplauso, me di cuenta de que la obra había terminado. Me uní a ellos, aplaudiendo enérgicamente para compensar la tardanza.

Durante la música de entreacto, Bob se dio la vuelta en la silla para hablar de política con Charles y el general Burgoyne.

Richard se volvió hacia mí.

—Preguntaste por los hijos de mi hermana. Caroline se ha ido con mi hermanastra, Lady Warwick. Mi hermano está a cargo del pequeño Harry, pero Charles y yo queremos participar en su educación.

—Es un niño afortunado por tener como tíos a tres de los hombres más inteligentes de Inglaterra —repliqué—. Pero le compadezco de todo corazón por haber perdido a su madre a una edad tan tierna.

Richard asintió con tristeza.

—¿Te he agradecido alguna vez todas las cartas que me enviaste mientras estuve en América? Las tuyas y las de Charles eran las que más esperaba. Cuando las leía, el Atlántico ya no me parecía tan ancho y no me sentía tan lejos de casa.

¿Debería pedir consejo a Richard sobre Lord Derby? De algún modo me asustaba la idea de que me aconsejara sobre otro hombre.

Antes de que pudiera decidirme, comenzó el plato fuerte de la velada. *Vida en un pueblo* era una ópera balada popular sobre dos jóvenes que huían de casa para escapar de un matrimonio concertado. Encontraron trabajo en la misma casa como jardinero y criada, y enseguida se enamoraron. Todos sus problemas desaparecen cuando se revelan sus verdaderas identidades. Ojalá la vida fuera tan fácil como una obra de teatro.

Tras una pantomima final en dos actos, el teatro se cierra con la habitual carrera de carruajes.

—¿Podemos ofreceros un viaje de vuelta a vuestro club? —pregunté a mis amigos, deseosa de permanecer con ellos unos minutos más—. Nos pilla de paso.

—En otra ocasión aceptaremos encantados —Richard me besó la mano, girando ligeramente la cara para rozarme los nudillos con la mejilla—. ¡Pero mi carruaje nos espera, si es que mis acreedores no me han embargado los caballos!

Me reí, aunque su broma hizo que me preocupara. Esperaba que ir a la guerra y cuidar a su hermana moribunda hubiera templado la pasión de Richard por el juego. De todos modos, me despedí de él y de los demás con pesar.

Mis amigos eran intrépidos y no esperaron bajo la plaza a que el carruaje de Richard se abriera paso hasta ellos. En lugar de eso, cruzaron la plaza del mercado a pie para buscarlo. El general Burgoyne y yo no nos atrevimos a seguirlos. Sabía demasiado bien lo peligroso que podía ser este barrio al anochecer para gente tan bien vestida como nosotros. Al menos tuve la suerte de contar con escolta masculina.

Entre la multitud, vi a la señorita Ray buscando ansiosamente su carruaje. No me sorprendió que Lord Coleraine la hubiera abandonado justo cuando podría haberle sido útil. Su juego era la galantería, no la caballería.

El general Burgoyne tenía mejores modales. A la luz vacilante de las lámparas de aceite y las antorchas de los mozos, vio mi carruaje y le hizo señas al cochero. Mientras me ayudaba a subir, un joven con sotana negra pasó corriendo y le empujó.

El general profirió una maldición.

Temblorosa, me aferré a la puerta del carruaje y lancé una mirada fulminante al clérigo. Estaba a punto de apartar la mirada cuando vi que llevaba algo en la mano. ¿Por qué iba a llevar

un sacerdote un par de pistolas?

La visión de las armas me dejó helada, con un pie dentro del carruaje, mientras él se acercaba a otra mujer que se disponía a entrar en el suyo. Después de haberla visto tantas veces aquella noche, reconocí al instante a Martha Ray.

El joven clérigo la llamó. Cuando ella miró hacia atrás, él levantó una de las pistolas hacia su frente y disparó. Cayó sobre los adoquines, salpicando de sangre la cara de sorpresa de un caballero que estaba detrás de ella.

Grité.

En ese momento, un vigoroso empujón del general me metió de golpe en el carruaje. Mientras me acurrucaba en mi asiento, esforzándome por no vomitar, le oí gritar al cochero que volara.

—¿Deberíamos ir a declarar al magistrado? —Aún me temblaban las manos mientras me sentaba en el salón a beber brandy para calmar los nervios.

El general negó con la cabeza.

—Había una docena de testigos. Y no me atrevería a aventurarme a volver a Bow Street a estas horas.

Sabía a lo que se refería. En aquella zona tan inestable de la ciudad, un acto de violencia podía desencadenar una serie de explosiones.

—Veamos qué nos depara el mañana —Levantó el segundo chupito de brandy y apenas se inmutó al tragarlo—. Si nuestro testimonio es necesario para procesar al asesino de la señorita Ray, entonces podremos decidir si nos presentamos.

—¿Qué habría que decidir? —balbuceé tambaleándome al borde de la histeria—. ¡Ese loco no debe quedar impune!

—¡Claro que no! —El general parecía tan ansioso por escapar de mí como lo había estado de Covent Garden—. Solo quería decir que tendremos que andarnos con cuidado debido a mi posición y a la tuya... y a la de la señorita Ray.

Tomé otro chupito de brandy, decidida a no derrumbarme delante del general.

—¿Qué impulsó a un hombre de Dios a disparar contra una mujer inocente?

—Tal vez no pensó que fuese inocente —El general se sirvió más brandy—. Ha vivido públicamente durante años con un hombre casado. Algunas personas son demasiado morales para su propio bien.

¿Por eso habían disparado a Martha Ray? ¿Acaso un fanático religioso había decidido que era su deber castigarla por el pecado de utilizar los atractivos que Dios le había dado para labrarse una vida decente? Si ese era el caso, su pistola podría haberme apuntado a mí a la cabeza.

—Listo —El general Burgoyne dejó caer el vaso vacío con tal fuerza que me hizo dar un respingo y el pulso me retumbó en los oídos—. Creo que ya me he calmado y puedo irme a casa.

Sin preguntarme si yo también me había calmado, me dio las buenas noches y se fue a toda prisa.

Mi criada me instó a que me fuera a la cama, pero no podía quedarme tumbada en la oscuridad imaginando el tiroteo. Si conseguía dormir, temía soñar esos momentos desgarradores una y otra vez. Y tal vez el hombre de negro me apuntaría con la pistola.

Me tranquilicé y ordené a mis criados que se fueran a la cama. Solo había bebido unos sorbos más de brandy cuando el intranquilo silencio se rompió con unos violentos golpes en la puerta principal. Grité y tanteé el vaso, derramando lo que quedaba de licor sobre el corpiño del vestido. Se apoderó de mí una idea descabellada: el hombre de negro había venido a terminar la

espantosa misión que había iniciado con Martha Ray.

Intenté gritar a mi criado que no abriera la puerta, pero no pude emitir sonido alguno, como tampoco había sido capaz de advertir a la pobre señorita Ray en Covent Garden. Cuando unos pasos urgentes se acercaron atronadoramente hacia mí, me encogí en la silla. Convencida de que estaba a punto de morir, solo podía pensar en cómo había luchado para asegurarme una cómoda jubilación que no llegaría a disfrutar.

Un hombre entró tambaleándose por la puerta, con el semblante tan perturbado como el de cualquier loco. Pero su ropa no era negra... sino azul.

—¿Richard? —Estallé en un frenesí de lágrimas.

—¡Gracias a Dios que estás viva! —Se arrodilló frente a mi silla y se agarró a mí con los fuertes brazos de un soldado—. Alguien entró corriendo en el club diciendo que habían tiroteado a la amante del conde frente al teatro de Covent Garden. Ya te puedes imaginar lo que pensamos. Charles fue al teatro y yo vine aquí.

—Han disparado... a la señorita Ray —Solté las palabras entre sollozos—. ¡Lo vi! Le puso la pistola... en la cabeza.

—¡Pobre mujer! —Richard me agarró con más fuerza—. Pero al menos estás viva. Estás a salvo.

¿Lo estaba? ¿Lo estuvo alguien... alguna vez?

Me sentía segura en el abrazo de Richard, aunque sabía que allí me acechaba otro tipo de peligro. Y, sin embargo... él era la única persona que había perdido en mi vida y que había vuelto.

De repente, juntó sus labios a los míos. O fui yo la que juntó los labios a los suyos. No sabía quién de los dos había iniciado aquel beso, solo que ambos lo deseábamos... desesperadamente. Era como si hubiésemos estado en tensión el uno con el otro durante mucho tiempo, retenidos por poderosos lazos invisibles. Ahora que las ataduras se habían roto, ninguna fuerza en el mundo podría detenernos.

Nuestras bocas chocaron, calientes y voraces. Nuestras manos se extendieron para acariciarnos y manosearnos mutuamente.

¿A cuántos hombres había alquilado mi cuerpo a lo largo de los años? Demasiados para contarlos. Demasiados para recordarlos. Esta necesidad salvaje superaba todo lo que los otros hombres habían provocado en mí.

No sé durante cuánto tiempo nos besamos y tocamos. Tampoco puedo recordar cuándo empezó a caerse la ropa ante la embestida de manos temerarias. Por acuerdo tácito, nos pusimos en pie y subimos dando tumbos por las escaleras hasta mi cama, sin dejar de embelesarnos a cada paso.

Cuando nos desprendimos de la última prenda, no nos lanzamos de inmediato a hacer el amor con ferocidad, sino que apretamos y frotamos nuestros cuerpos, como si ese hubiera sido nuestro principal objetivo. Una vez conseguido, nuestra pasión se hizo más lenta... y más profunda.

Las manos no paraban de apretar y acariciar, traduciendo en tacto los sentimientos que nunca habíamos expresado con palabras. O tal vez necesitábamos asegurarnos, de la forma más íntima, de que ambos estábamos sanos y salvos. Durante un rato, permanecemos entrelazados en un fluido abrazo. Luego él se puso boca arriba y yo me subí a horcajadas sobre él, dejándole que me chupara los pechos y me acariciara las nalgas hasta que me quedé medio loca de deseo. Me desquité con la lengua burlona hasta que él se retorció y se tensó.

—Suficiente —jadeó al fin.

Me posó una mano en el hombro, me tumbó suavemente boca arriba y se introdujo entre mis

muslos abiertos y acogedores, reavivando nuestro anterior frenesí de deseo. Juguetearnos sobre mi cama hasta que temí que el colchón de plumas reventara o que yo lo hiciera por el exceso de placer.

El colchón resultó ser más resistente de lo que pensaba.

Mientras Richard se estremecía y gritaba, me pregunté si alguna de sus adúlteras lo habría llevado a tal éxtasis.

A la mañana siguiente me desperté en los brazos de Richard. Sus ojos ya estaban abiertos, observándome con una mirada de afecto oscurecida por una sombra de pesar.

—Mi querida señora Armistead —Pasó el dorso de los dedos por mi pelo despeinado en una caricia llena de cariño.

—Elizabeth —Desde Ned no había invitado a un hombre a llamarme por un nombre que me correspondía por derecho.

—Elizabeth —Mi nombre sonó con mucha dulzura en sus labios—. Anoche fue...

—¿Maravillosa? —sugerí—. ¿Gloriosa? ¿Dichosa?

—Todo eso, por supuesto. Aunque lo que quiero decir es que fue un error. Un error mío. No quería que pasara, lo juro. Pero estaba tan abrumado por el alivio de encontrarte a salvo...

—Shhh —Planté un beso en la punta del dedo y luego lo posé sobre sus labios—. No estoy enfadada contigo. Tampoco era mi intención lo que ha pasado entre nosotros, pero sucedió y fue bueno. No estropeemos nuestro placer con lamentos.

Hizo un cómico esfuerzo por hablar mientras fingía que mi dedo le cerraba los labios.

—¿Pudo hablar así?

Levanté el dedo lo suficiente para darle un pellizco juguetón en la nariz.

—Eso depende de lo que tengas que decir.

—¿Y si digo que tu sentido común solo es comparable a tu generosidad?

—Espero tener el suficiente sentido común para no impedir nunca que un hombre me alabe.

—Hay tantas cosas de ti que me parecen dignas de elogio que apenas sé por dónde empezar —La mano que me acariciaba el pelo bajó hasta tocarme el pecho.

—Mmm. Este es un lugar tan bueno como cualquier otro.

—Desde luego. ¿Cómo podría alabar tanta perfección? ¿Te compongo un soneto? ¿Te comparo con...?

—No pongo en duda tu habilidad como poeta, pero siempre he pensado que las acciones dicen más que las palabras.

—Ah, ¿sí? —Inclinó la cabeza para pasarme la lengua por el pezón—. ¿Te dice esto más?

Arqueeé el cuerpo contra el suyo.

—Es un buen comienzo.

Me miró y, por primera vez, uno de los caballeros más seguros de sí mismos del reino parecía inseguro.

—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres? Teníamos buenas excusas para lo que hicimos anoche. Ahora no tenemos ninguna.

—Ninguna —asentí—, pero sí la mejor de las razones.

Levantó una ceja para preguntarme sin palabras.

Ya tenía preparada una respuesta.

—Porque queremos.

¿Cuándo había sido la última vez que había hecho algo por la mejor de las razones? Aunque la conmoción por lo que había presenciado la noche anterior había disminuido, aún me atormentaba. Si la muerte me sorprendiera, como le había sucedido a Martha Ray, sabía que no

había nada que hubiera hecho en mi vida que me causara más pesar que las cosas que podría no haber hecho.

Esta era una de ellas.

Un lunes por la mañana, dos semanas después, Richard y yo estábamos sentados uno al lado del otro en mi carruaje cerca de la horca de Tyburn, bebiendo café mientras esperábamos la ejecución del asesino de Martha Ray. Comparado con la desastrosa guerra americana y la amenaza de invasión francesa, el asesinato de una mujer apenas significaba nada. Sin embargo, había paralizado al país. Los periódicos estaban repletos de artículos sobre la noticia. Los clientes de las cafeterías lo comentaban durante horas. Era el tema de conversación en casas de juego y jardines de recreo.

Lo que intrigaba a la gente sobre el caso no eran los acontecimientos de esa noche, sino los motivos detrás de ellos. ¿Qué había llevado a un joven clérigo a cometer un crimen tan brutal? ¿Por qué había elegido a la señorita Ray como víctima? Los lectores de las revistas de escándalos se preguntaban por la relación entre la señorita Ray y su asesino y cómo afectaba eso a sus relaciones con el conde de Sandwich.

—Es mala hora para estar levantado —dijo Richard bostezando—. Especialmente para un acontecimiento tan morboso. Mi amigo Selwyn nunca se pierde un ahorcamiento, pero a mí no me fascinan. ¿Estás segura de que no prefieres irte a casa y pasar el tiempo en actividades más divertidas?

Desde aquella primera mañana, no se había vuelto a hablar entre nosotros de errores o arrepentimientos. Richard pasaba todas las noches conmigo y todo el tiempo que podía cada día. Cuando estábamos juntos, atesoraba cada dulce momento que me robaba.

—Ten paciencia conmigo, por favor —Le cogí la mano y le acaricié la mejilla—. Ese hombre mató a la señorita Ray ante mis ojos. Mis circunstancias son tan parecidas a las suyas que me imagino fácilmente en su lugar. Creo que la entiendo mejor que algunos de esos hombres que escriben tonterías para los periódicos. Si vuelvo a leer un relato que inste a los lectores a compadecerse del «desafortunado señor Hackman», gritaré que Martha Ray es la desafortunada.

Richard me acarició la comisura de los labios con el nudillo del índice para arrancarme una sonrisa.

—Sin duda, esos escritorzuelos son jóvenes educados, pero con tan pocas perspectivas que se identifican con Hackman.

Por mucho que me fastidiaran aquellos relatos periodísticos, al menos me habían asegurado que el reverendo Hackman no había asesinado a la señorita Ray para castigar sus pecados. Estaba enamorado de ella desde hacía años, quería que dejara a Lord Sandwich y se casara con él. En el juicio había dicho que quería suicidarse delante de ella aquella noche en Covent Garden. Pero en un instante de locura, había resuelto hacerla su compañera en la muerte. Aunque había intentado pegarse un tiro después de matarla, la bala solo le rozó la sien.

Sin duda, Richard tenía razón cuando decía que los periodistas se imaginaban en el lugar de Hackman.

—Eres demasiado objetivo.

—No en todo, querida —Me pasó el brazo por encima de los hombros y me acercó—. No en todo.

Por la ventana de mi carruaje tenía una vista clara de la horca donde pronto colgarían al asesino por lo que había hecho. Las gradas cercanas estaban abarrotadas de gente ansiosa por ver el acto final de un crimen tan publicitado. Se respiraba un ambiente festivo y los vendedores de comida hacían un buen negocio entre la multitud.

No tuvimos que esperar mucho antes de que llegara un carro abierto de dos ruedas con el condenado y la soga de cáñamo colgada del cuello como un ronzal. El carro transportaba también al verdugo, a un capellán y el ataúd de Hackman. Una compañía de soldados con alabardas marchaba con el carro, desplegándose en abanico para rodear la horca cuando llegaron a ella.

—Al menos el tipo se comporta con dignidad —dijo Richard—. Sin desmayos ni lamentos.

Vimos cómo el verdugo sujetaba la soga a uno de los robustos travesaños mientras el prisionero rezaba. Tardó tanto en rezar que los espectadores empezaron a inquietarse. Sin embargo, antes de que pudieran expresar su descontento con una lluvia de fruta podrida, Hackman se levantó y recibió un gran pañuelo del verdugo. Cuando lo dejara caer, sería la señal para quitar el carro.

Sentí como si me hubiera tragado un cúmulo de babosas retorciéndose, pero me negué a cerrar los ojos o a mirar hacia otro lado. Se lo debía a Martha Ray.

El capellán bajó del carro y, un momento después, James Hackman arrojó el pañuelo. En lugar de impulsar a los caballos hacia adelante, el verdugo bajó de un salto para recuperarlo.

—¿Qué está haciendo? —grité.

—Esa tela alcanzará un buen precio entre los coleccionistas de recuerdos morbosos —dijo Richard—. Y el verdugo tiene derecho a él. No quiere que otro se lo lleve.

En cuanto Richard terminó de explicarlo, el verdugo volvió a subir al carro. Azotó a los caballos y dio un fuerte bramido para que salieran disparados hacia delante, dejando que el prisionero se balanceara.

La visión no me horrorizó como lo había hecho el asesinato. En su lugar, una sensación de vacío e inutilidad se abrió paso en mi interior.

—¿Qué son todos estos baúles y cajas? —preguntó Richard cuando llegamos a mi casa después del ahorcamiento—. ¿Vas a irte de viaje? No te recomiendo París esta primavera. Ni la costa sur.

—Mandé a buscar mis cosas a la casa de Hampstead. Deben haber llegado mientras estábamos fuera. He decidido rechazar la oferta de Lord Derby de quedarme con él permanentemente.

—¿Vas a rechazar a Derby? —gritó Richard—. ¡No puedes decirlo en serio! Espero que no estés contemplando esta tontería por mi culpa.

—¿Por qué? —Después de lo que había presenciado aquella mañana, necesitaba que Richard llenara mi vida y le diera algún propósito—. ¿Quieres que esté con otro hombre?

Entré en el salón desabrochándome el sombrero.

—Quiero que te protejan y te mantengan —gritó Richard—. ¡Derby tiene unos ingresos de 35 000 libras al año! Puede mantenerte mejor que cualquier otro hombre del reino. No soy un joven sentimental como James Hackman. Sé lo duro que puede ser el mundo para una mujer sin recursos. Nunca he pensado menos de ti por tener compañía para mantenerte.

—Lo sé —Cerré la puerta tras nosotros—. Charles es igual. Bob Spencer, tal vez. Otros hombres pueden desearme y necesitarme, pero en el fondo sé que me desprecian.

—Tal vez te teman.

—¿Tú crees?

Richard asintió.

—Su deseo y su necesidad te dan poder sobre ellos. La mayoría de los hombres no ceden a eso fácilmente.

—¿Pero tú sí?

Se lo pensó un momento y luego se encogió de hombros.

—No pretendo comprender todos los extraños mecanismos del corazón. Sobre todo, del mío. Solo sé que no quiero ser la causa de que desperdicies la oportunidad de tu vida. No puedo permitirme una sola noche contigo, y mucho menos asumir tu manutención.

—¡No quiero que me mantengas! —¿Cómo ha podido pensar tal cosa?—. Te dije que te llevé a mi cama por una razón: porque era lo que ambos queríamos.

—Eso está muy bien para una o dos noches —replicó Richard—. Pero no es motivo suficiente para trastornar toda tu forma de vida. No abandones la prudencia.

Preferiría abandonar cualquier cosa antes que dejar que él me abandonara a mí.

—Eres muy bueno hablando de prudencia, ¡ganas dos mil guineas en el club y al día siguiente te vas a Newmarket a perder el doble apostando a los caballos!

Levantó las manos en señal de rendición.

—Quizá sea porque carezco de prudencia por lo que siempre he admirado la tuya. ¿Cómo vivirás sin el apoyo de Derby?

—De la misma manera que vivía antes de tenerlo, en compañía de varios hombres y que todos contribuyan a mis gastos. George Cavendish estaría encantado de acogerme de nuevo. Así, tú y yo podríamos seguir juntos... de vez en cuando.

Me pareció un buen arreglo. No tan seguro como la casa de Lord Derby en Hampstead, pero me permitía cierta libertad y felicidad.

Richard negó con la cabeza.

—Aunque pudiera permitírtelo, esto no puede seguir así. Solo dejé que continuara todo este tiempo porque pensé que una vez que Derby regresara de Yorkshire...

—¿No quieres estar conmigo? —Me habría roto el corazón si lo hubiera creído, pero sabía que no podía ser verdad. Nunca olvidaría la mirada afligida de Richard cuando vino la noche del asesinato de Martha Ray.

—¡Claro que sí! —Dio un paso hacia mí y luego se detuvo—. Estaría loco si no lo hiciera, pero la vida no es tan sencilla. ¿Crees que me acuesto con mujeres casadas porque soy un inmoral? Tal vez lo sea, pero veo mis motivos de otra manera. La mayoría de los matrimonios entre la nobleza son transacciones mercenarias que tienen más que ver con la propiedad que con el afecto. Yo proporciono a la esposa lo que le falta a su matrimonio a cambio de satisfacer mis necesidades carnales sin gastos ni responsabilidades.

—¿También satisface tus ansias de riesgo?

Richard emitió un gruñido irónico.

—Puede que sí. Me temo que me entiendes demasiado bien para ser feliz conmigo.

Le tendí la mano.

—Creo que la comprensión mutua es la base ideal de la felicidad.

—Solo en las obras sentimentales, querida —Lo dijo como si fuera una tonta que no supiese nada del mundo.

Como se negó a cogerme la mano, la retiré y me rodeé con ambos brazos.

—El intercambio entre tus amantes y tú suena bastante justo a su manera. Pero, ¿y sus maridos? ¿No les estás estafando lo que les corresponde?

—¿Sirviéndome de algo que no quieren? Ellos no sufren y sus esposas están más contentas. Pueden confiar en que seré discreto, a diferencia de mi primo Dorset. Y si llego a engendrar un hijo menor en la familia, saben que el vástago recibirá buena educación y probablemente sea un mérito para ellos.

¿Estaba intentando que le despreciara?

—Justificas muy bien tus acciones.

Richard me fulminó con la mirada.

—¿Nunca justificas las tuyas?

Me negué a echarme atrás.

—Cada vez que llevo a un hombre nuevo a mi cama. Esa es una de las muchas cosas que me gustan de estar contigo, Richard, no necesito esforzarme tanto para justificarlo.

Por un momento, el maestro de las réplicas rápidas pareció no encontrar respuesta. Pero al fin encontró una, maldita sea.

—Todo se reduce a esto, Elizabeth. Tú necesitas hombres ricos y yo necesito mujeres casadas. Si dejo que mis sentimientos por ti sigan creciendo, temo que puedan ser mi perdición y la de nuestra amistad. Como buen apostador que soy, no puedo arriesgarme a ello.

Me devané los sesos buscando algo que pudiera decir para retener a Richard. No para siempre, sino un día más... una hora más. ¿Podría amenazarle con poner fin a nuestra amistad si se marchaba? Nunca había apostado.

Richard pareció percibir mi rendición. Caminó lentamente hacia mí y me rodeó los hombros con los brazos.

—Quédate con Derby. Te mereces todo lo que él pueda darte.

Arrepentida, le di un último beso en sus inflexibles labios.

—Merezco más de lo que Lord Derby pueda darme jamás.

Lamenté el final de nuestro breve romance, pero en los días siguientes también sentí un inexplicable alivio. Lo que sentía por Richard se parecía demasiado al amor. Había vivido demasiado tiempo según el credo de la cortesana para abandonarlo ahora.

## CAPÍTULO DIECISÉIS

Decirle a Lord Derby que rechazaba su oferta fue una de las cosas más difíciles que había hecho nunca. Era un buen hombre y su esposa le había utilizado demasiado. Sin embargo, no podía convertirme para él en lo que Martha Ray había sido para Lord Sandwich. Por insegura que fuera a veces, mi libertad significaba mucho para mí.

—No lo entiendo —El conde parecía tan sorprendido, que estuve tentada de retractarme—. Pensé que estaba todo decidido. Si lo que quieres es un acuerdo más generoso, di un precio.

—Esto no es una estratagema de negociación, milord. Tu oferta es enormemente generosa, no busco más —Esperaba que no dijera una cifra, pues no estaba segura de que mis incipientes convicciones pudieran resistir el poder de mis viejos impulsos adquisitivos—. Los últimos acontecimientos me han obligado a reconsiderarlo.

—¿Últimos acontecimientos? ¿Te refieres al asesinato? No creo que tenga que ver con nosotros.

De repente me sentí como si estuviera reviviendo mi última conversación con Richard, pero desde el otro lado. Una aplastante carga de culpabilidad pesaba sobre mi conciencia, pues sabía el daño que estaba infligiendo.

Me recordé a mí misma que también tenía en mente la futura felicidad de Lord Derby.

—Toda la publicidad que rodeó el caso me hizo ver que te mereces algo mejor que una media vida con una media esposa. No dejes que tu amargura te lo impida. Libera a tu señora para casarse con Lord Dorset si eso es lo que quieren, entonces serás libre para encontrar una esposa que sea digna de tu devoción.

Pude ver la lucha en su interior y por un instante tuve la esperanza de que renunciara al duro rencor que era tan ajeno a su naturaleza generosa, pero la traición de Lady Derby era demasiado reciente y su humillación demasiado profunda.

—Me temo que eso no es posible —Hizo una cortante reverencia—. Que tengas un buen día, señora Armistead.

Un rato después de que se marchara, me quedé allí de pie tratando de ordenar todos mis sentimientos contradictorios. Cuando desafiaban cualquier tipo de orden, me distraía planeando mi próxima conquista.

Pronto supe que mi relación con Lord Derby no era la única víctima del asesinato de Martha Ray. Al mes siguiente leí en el Morning Post que Dally Eliot había dejado a Lord Cholmondeley y se había ido a Francia. Me pregunté si toda la publicidad que había rodeado al asesinato le había hecho darse cuenta por fin de que el conde la consideraba una amante permanente, como a la señorita Ray, y no una futura esposa.

A finales de octubre, el parlamento se abrió de nuevo y los grandes lores y damas acudieron a

Londres tras su segundo verano en los campamentos de la milicia. Charles Fox regresó de una serie de cacerías con el ánimo por las nubes, ansioso por volver a poner a Lord North en su punto de mira y arremeter contra él con una andanada de debates punzantes. Estaba encantada de organizar más cenas en un momento en que mis amigos liberales por fin parecían estar a punto de triunfar.

Una noche de noviembre, Charles estaba tan hablador como siempre, pero sus amigos parecían apagados y ansiosos, y sus pocos comentarios ingeniosos resultaban forzados. Decidida a averiguar la causa de su mal humor, me acerqué a Bob Spencer, que fue el último en marcharse.

—¿Qué ocurre? —Le agarré el codo de la manga del abrigo y me negué a soltarlo—. No me tomes por tonta fingiendo que todo va bien. ¿Ha ido mal el debate en el parlamento?

Dudaba que pudiera ser eso. Todos se empeñaban en hacer bromas y payasadas ante los reveses políticos, como hacían cuando la suerte iba en su contra en las mesas. Esta noche Charles era el único que no parecía abatido.

—Le pasa algo a Charles, ¿verdad? —exigí cuando vi que Bob no quería hablar—. Dímelo, maldita sea. También es mi amigo, tengo derecho a saberlo.

Bob se estremeció ante mis palabras, confirmando mi suposición. Pero, ¿qué podía aquejar a Charles? Las deudas no eran una novedad. Parecía bastante saludable después de su verano vagando por el campo.

—Se va a batir en duelo —graznó Bob—. El señor Adam lo retó por unos comentarios que Charles hizo en la Cámara. Temo por él, todos tememos por él. Si alguna vez lo hubieras visto disparar, sabrías por qué. Mientras tanto, el señor Adam tendrá un gran blanco.

Sentí como si las ballenas se hubieran apretado hasta tal punto que no podía respirar y mi corazón apenas tenía espacio para latir. Perdí la fuerza en los dedos junto con el agarre que tenía sobre el abrigo de Bob.

—No te precipites —me suplicó mientras salía por la puerta—. Y no le digas a Charles que te lo he contado. No quiere que te preocupes.

Me pregunté qué es lo que quería Charles mientras veía huir a Bob. ¿Que mañana abriera el periódico y leyera que le habían disparado? Los recuerdos del asesinato de Martha Ray volvieron a atormentarme. Sabía que intentar detenerle sería inútil, pero si no hacía nada me volvería loca de preocupación.

Al amanecer estaba sentada en un carruaje cerrado en la calle, frente al alojamiento de Charles. Recé para que hubiera tenido la sensatez de dormir un par de horas y no hubiera ido al campo de duelos directamente desde el club. Retorcí las manos dentro del manguito de piel y miré la sombría figura del médico sentado frente a mí. Me había costado mucho conseguir sus servicios a una hora tan temprana y el pago de unos honorarios muy elevados.

—¿Seguro que has traído todo lo que puedas necesitar? —pregunté por quinta vez.

—Vendas... —El doctor traicionó su impaciencia con un leve suspiro, pero me siguió la corriente. Por el bien de sus honorarios, sin duda—. Compresas, láudano, sanguijuelas... estoy equipado para la ayuda que pueda administrarse en estos casos.

—Muy bien —Vislumbré otro carruaje que pasaba junto a nosotros para aparcar frente a la puerta de Charles. Debía ser Richard que venía a buscarlo. Sabía que Charles no tendría a nadie más como su segundo.

—Toda la ayuda que pueda administrarse —repitió el médico—. No prometo que pueda hacer algo si su amigo sufre algo peor que una herida superficial. Un hueso roto, un órgano vital perforado, una herida en el vientre... —Se interrumpió con un estremecimiento.

—No espero milagros, señor —Me negué a contemplar ninguna de las horribles posibilidades que mencionó—. Solo quiero asegurarme de que mi amigo reciba cualquier tratamiento que pueda ayudarlo.

Poco después, Richard y Charles salieron de la casa, subieron al carruaje que los esperaba y partieron. Mi carruaje siguió por las calles aún oscuras de Mayfair hasta Hyde Park. La semana anterior había llovido mucho, pero esta mañana estaba despejada y fría, con la hierba blanquecina por la escarcha.

En cuanto se detuvo el carruaje, me apeé sin esperar a que el médico o el cochero me ayudaran.

—Dios mío, ¿qué haces aquí? —gritó Charles cuando me vio—. La única persona con menos probabilidades de que yo de estar fuera a una hora tan temprana.

Lanzó una mirada sombría a Richard, que levantó las manos.

—No le he dicho ni una palabra, lo juro. Vete a casa, señora Armistead. Un campo de honor no es lugar para una mujer.

—¿Honor? —grité—. ¿Qué honor puede haber en una locura tan peligrosa? Haz las paces con ese hombre, Charles, como sea. Luego vuelve a mi casa para un buen desayuno.

—Una oferta tentadora, querida, pero si trato de satisfacer al señor Adam, no tendrá fin. Debo atenerme a lo que dije en la Cámara, porque era verdad y lo decía de corazón.

Cuando traté de discutir más, me hizo callar.

—Me conmueve profundamente que hayas venido a estas horas, pero debo pedirte que te marches y no te angusties más por mi culpa.

La profundidad de mi ansiedad me sorprendió. Superaba incluso mis temores por Richard cuando se fue a la guerra.

—¿Cómo puedoirme ahora y temer lo peor? He traído un médico para que te atienda en caso de que te hieran. Te ruego que no le necesites.

—Nosotros pensamos lo mismo —murmuró Richard sombríamente—. Vamos, Charles, acabemos con esto.

Poniendo una esbelta caja de madera bajo el brazo, se dirigió hacia un par de hombres que esperaban bajo un árbol cercano.

—Si insistes en quedarte —Charles me dedicó una sonrisa pícara—, ¿me darías un beso... para que me dé suerte?

Su petición me cogió por sorpresa, aunque no tanto como mi imperiosa necesidad de acceder.

Me incliné hacia él para darle un breve beso, pero había algo de cariño y dulzura en el contacto de sus labios con los míos que me hizo sentir como una jovencita inocente con su primer novio tímido. Creo que él también lo sintió, porque cuando nos separamos inspiró profundamente y se balanceó sobre los pies, como si se hubiera mareado.

—Te lo juro —murmuró—, vas a hacer que quiera provocar un duelo todas las semanas.

—Hazlo —grité—, y nunca más volveré a hablarte, y mucho menos besarte —Luego cedí un poco—. Pero te daré otro si sobrevives a este duelo.

—Trato hecho —Hizo una reverencia y marchó a reunirse con su oponente y sus segundos, que estaban cargando las pistolas.

Temblando de miedo, retrocedí hasta situarme junto al doctor. Tras unos instantes de seria discusión, los segundos entregaron a Charles y al señor Adam cada una de sus armas. Los hombres se colocaron espalda con espalda y luego se alejaron el uno del otro. En voz baja, conté catorce pasos. Deseé que Charles tuviera las piernas más largas para que la distancia entre ellos fuera la mayor posible.

—Podría ser peor —murmuró el médico, que parecía familiarizado con tales procedimientos—. El número de pasos lo determina la gravedad del insulto.

Mientras hablaba, los dos hombres se volvieron el uno hacia el otro. El señor Adam se colocó de lado, con el brazo de la pistola extendido ante él y el otro metido detrás. Había visto muchos grabados de duelos como para suponer que esa era la postura adecuada. A Charles no parecía importarle, pues se plantó de frente a su oponente.

—Por el amor de Dios, Charles —gritó Richard—, ¡ponte de lado!

—¿Para qué? Soy tan grueso de un lado como del otro.

—¡Fuego, señor Fox! —gritó su oponente.

Charles sacudió la cabeza.

—Te crees herido. Dispara tú primero.

Sonó un disparo, que me arrancó un grito, aunque me lo esperase. El grito se apagó en un sollozo de alivio cuando Charles permaneció de pie, ileso. Había desviado el disparo deliberadamente.

Richard se apresuró a hablar con el señor Adam y luego con Charles. Supuse que debía de estar preguntando si se había satisfecho el honor, con la esperanza de poner fin al duelo antes de que se derramara sangre. Cuando Charles negó con la cabeza las condiciones de su oponente, me entraron ganas de estrangularlos a los dos.

Los segundos dieron a cada hombre una pistola nueva.

Me tapé la boca con la mano mientras el señor Adam apuntaba con cuidado y disparaba por segunda vez. Apenas podía creer lo que veían mis ojos cuando Charles ni se cayó ni salió de él ningún chorro de sangre. En lugar de eso, levantó tranquilamente la pistola y la disparó al aire.

Cuando los duelistas se reunieron para hacer las paces, me acerqué a ellos con las rodillas temblorosas, agradecida por poder darle a Charles el beso que tan poco había hecho para merecer.

Se volvió hacia mí.

—Has sido muy amable al traer un médico, señora Armistead, me temo que lo necesito.

—¿Por qué? —No había notado el frío de la mañana hasta ese momento—. No te han herido.

—El primer disparo me dio en la barriga —admitió en tono pesaroso—. Es increíble lo poco que duele.

Sus palabras me dieron de lleno como un disparo de pistola en el vientre, uno que duele mucho. Dejé caer al suelo el manguito de piel y le agarré por el brazo.

—¡Ven, doctor! Han herido al señor Fox.

—¡Maldito seas, Charles! —Richard dejó caer la caja de la pistola para agarrar el otro brazo de su amigo—. ¿Por qué no has hablado antes? El duelo debería haber concluido a primera sangre.

¿Sangre? Me quedé mirando el chaleco de color beige de Charles, preguntándome por qué no estaba manchado de un carmesí mortal, como la parte de atrás de la falda de Rose la noche en que murió.

El rápido examen del médico resolvió el misterio.

—Parece que la bala ha rebotado en la hebilla del cinturón, señor Fox.

Un frenesí de risas se apoderó de Richard, haciendo que se le saltaran las lágrimas.

—La hebilla de cualquier otro hombre no podría haber resistido el disparo de pistola, Charles, pero la tuya es así de sólida para poder ceñir semejante barriga.

Mi corazón dio un temeroso bandazo al pensar en lo que podría haber ocurrido si Charles no se hubiera puesto de frente al señor Adam con tan despreocupado valor.

—Tiene una contusión —advirtió el médico—, causada por el impacto del disparo. Te aconsejo que guardes cama dos o tres días, señor Fox, por si se inflama.

Richard dominó su risa y se secó una lágrima de la mejilla con el dorso de la mano.

—Veré que se haga, doctor, aunque tenga que atarle.

—Si hubiera adoptado una postura diferente —murmuró el doctor como si no pudiera creerlo—, o si el disparo hubiera impactado un centímetro en cualquier otra dirección, probablemente habría muerto sufriendo mucho. Eres un hombre muy afortunado, señor Fox.

La idea pareció encantar a Charles.

—¡Debe ser por el afortunado beso de la señora Armistead! Vamos, querida, creo que me debes otro.

Exasperada como estaba por los sustos que me había dado, no pude resistirme a su encanto bonachón.

—Lo tendrás dentro de tres días, siempre que sigas los consejos del médico.

Unas semanas más tarde, Inglaterra iniciaba una nueva década con la ferviente esperanza de que fuera mejor que la anterior. Las noticias de la victoria del almirante Rodney sobre la flota española pronto subieron los ánimos de todos. En febrero, Edmund Burke, amigo de Charles, presentó un proyecto de ley de reforma económica con un discurso que todos mis amigos liberales alabaron. Tantos condados y ciudades enviaron peticiones pidiendo la reforma que ni siquiera Lord North, con su sólida mayoría, se atrevió a oponerse.

Me disgustó bastante que Charles y los demás ya no se reunieran tan a menudo en mi casa. Además de Devonshire House y el salón de Lady Melbourne, ahora acudían con frecuencia a la protegida del señor Sheridan, Mary Robinson.

—¿Hay alguna apuesta en el libro de Brooks sobre quién de vosotros se meterá primero en su cama? —le pregunté a Bob Spencer una noche que se quedó en mi salón después de que los demás se hubiesen marchado—. ¿O el señor Sheridan ya os ha ganado?

—No entiendo por qué lo haría —Bob se recostó en la silla con un vaso de oporto—, cuando su propia esposa es igual de bella y talentosa. Pero hay algo aparte de su matrimonio que mantiene a Sherry lejos de su cama.

—Ah, ¿sí? —respondí—. ¿De qué se trata?

—Su codicia, por supuesto. La señora Robinson está de moda, llena teatros sin importar la obra. Sherry no querrá arriesgarse a que se quede embarazada, se mantiene cerca de ella solo para mantener a los demás alejados. Aunque Dios sabe cuánto tiempo lo conseguirá, con tantos Romeos asediando su balcón. ¿Has oído que ha rechazado una renta vitalicia de seiscientos al año del duque de Rutland?

La noticia fue como si me dieran una bofetada en la cara. Había luchado muchos años para conseguir el tipo de pensión que esta altanera había rechazado.

—Necesitaría un buen sueldo o dos para ganar tal suma en el escenario —resoplé—. Y no hay garantía de cuánto puede durar su carrera como actriz. La niña mimada de este año puede caer en el olvido la próxima temporada —Cuánto lo sabía.

—Las actrices van y vienen —Bob se encogió de hombros—. Pero tú has demostrado un tremendo aguante, querida. Hace cinco años que eres la reina de las ramera.

Levantó la copa en un brindis por mi éxito.

Pensando en todo lo que había pasado en ese tiempo, parecía mucho más largo. Podía retirarme mañana mismo, supuse, pues había conseguido todo lo que quería. Pero, ¿a qué tenía que retirarme?

Desde aquella noche, me mantuve atenta a las actividades de la señora Robinson. De hecho,

habría sido difícil ignorarlas con sus frecuentes apariciones en el escenario, los muchos artículos sobre ella en los periódicos y los cotilleos de nuestros admiradores en común.

Mientras asistía a una representación de *Las reinas rivales*, me impresionaron tanto las frecuentes miradas de la señorita hacia el palco real que no pude resistirme a comentárselo a Charles Fox. Siempre me había parecido una fuente de información fiable, pues era el hombre más sincero que había conocido.

—Parece que, por una vez, las revistas de escándalos han acertado con la información —susurré al abrigo de mi abanico—. La señora Robinson se ha liado con el amigo del príncipe, Lord Malden.

No podía comprender qué la había llevado a elegirlo a él en vez de a la generosa pensión del duque de Rutland.

—Malden no es más que el mensajero —murmuró Charles—, y de mala gana, el pobre.

¿Mensajero? Dirigí otra mirada hacia el palco real, donde Lord Malden estaba sentado con el Príncipe de Gales y el duque de York. Tanto Malden como el duque observaban la obra con vivo interés, pero el príncipe estaba encorvado en su asiento, como una imagen de embelesada adoración. De repente, el rechazo de la señora Robinson a un simple duque cobró todo su sentido.

—El pobre diablo está enamorado de ella —susurró Charles—. No es que lo culpe, después de haber estado casi prisionero en la aburrida y decorosa corte de su padre. Es natural que un joven cachorro quiera un revolcón.

Tal vez eso también explicaba por qué el príncipe se había sentido atraído por la alegre y amable compañía de Charles en los últimos meses.

Saber que la seductora joven actriz no tenía ningún interés en ninguno de mis amigos me tranquilizó y me animó. Me acomodé con indiferente diversión para ver si el príncipe lograba convertirla en su amante.

Al día siguiente del cierre de Drury Lane por el verano, Charles me confió que la señora Robinson se había ido a Windsor, donde el príncipe tenía grandes esperanzas de tener una cita con ella.

—Solo te lo digo porque sé que eres el alma de la discreción, querida, y por tu interés en los jóvenes amantes.

Le aseguré que me honraba su confianza, aunque me sentía avergonzada de que mis motivos no fueran tan admirables como él creía. Sin embargo, antes de que terminara la semana, tanto Charles como yo teníamos asuntos mucho más serios en los que ocuparnos que una aventura amorosa real.

La primera noticia que tuve fue el viernes por la tarde, mientras me arreglaba el pelo para ir a Vauxhall.

Un joven y desaliñado paje llegó con un mensaje para mí.

—Disculpa, señora, pero Lord George Cavendish lamenta no poder acompañarte esta tarde. Ha habido disturbios en Whitehall. Dice que debes quedarte en casa esta noche, pues teme que el camino a Vauxhall no sea seguro.

La advertencia del muchacho revivió los recuerdos de los disturbios de Wilkes, de mis primeros días en casa de la señora Goadby.

—¿Qué clase de disturbios? Lord George no está en peligro, ¿verdad? —Si lo estuviera, ¿qué pasaría con Charles, Richard y Bob? Antes de que el joven mensajero pudiera responder, añadí —: ¿Y tú, muchacho? ¿Estás herido?

Le llevé al salón, le hice sentar y pedí una jarra de cerveza para reanimarlo.

—Creo que Lord George está a salvo en la casa, señora. Han llamado a los guardias para que despejen el recinto. He oído que le arrancaron las mangas al obispo de Lincoln e intentaron grabar la señal de la cruz en la frente de Lord Boston.

—¿Los guardias?

—No, señora. Los hombres de Lord George - Lord George Gordon, quiero decir, no Cavendish. Lideró una turba desde Southwark con peticiones exigiendo... algo sobre los católicos, señora. Llevaban pancartas que decían «No al papismo». Había cientos de ellos, quizás miles.

A la mañana siguiente, mi ama de llaves regresó del mercado con la noticia de que habían saqueado y quemado dos capillas católicas durante la noche.

—Pero todo parece bastante tranquilo ahora, señora —me aseguró.

—Espero que eso sea lo último —Me recordé a mí misma que Londres había visto muchos disturbios a lo largo de los años. La gente se desahogaba durante uno o dos días, luego se procedía con las detenciones, se reparaban los daños y la vida volvía a la normalidad.

Richard Fitzpatrick vino a verme el domingo por la tarde con aspecto sombrío.

—Han quemado las casas de algunas familias irlandesas de Moorfields y ninguna autoridad mueve un dedo para impedirlo. Es un desastre. Si hubiese ocurrido en Mayfair, seguro que se habría leído inmediatamente la Ley de Disturbios.

Me estremecí al imaginar semejante violencia en Clarges Street. Una casa en esta parte más segura de la ciudad era una de mis más preciadas muestras de éxito.

—Seguro que lo peor ya ha pasado. Los disturbios nunca duran más de un día o dos.

El Consejo Privado parecía tener la misma opinión, pues se reunió el lunes, aunque no tomó ninguna medida. Descubrieron su error el martes, cuando se reunió el parlamento. Una vez más, la turba se abalanzó sobre Westminster con sus demandas, interrumpiendo los debates y atacando a cualquiera que se les pusiera por delante.

El miércoles, un inquieto Bob Spencer apareció en mi puerta.

—Prepara el carruaje y recoge lo que vas a necesitar para estar una semana fuera. Debes partir dentro de una hora.

Mi confianza en él era tal que dominé el susto y transmití sus órdenes a mis criados antes de hacer preguntar.

—¿Adónde vamos a ir? ¿Qué ha ocurrido?

—Tengo que enviaros a casa de mi tía en Chertsey. Órdenes de Charles. Richard y él están de guarnición en Rockingham House. ¡La turba está haciendo estragos por todo Londres, saqueando e incendiando!

Nunca había visto al cómico Bob Spencer tan nervioso. Me asustó más que todas las funestas noticias que había oído hasta entonces.

—Pero la Ley de Disturbios...

—El juez Hyde la leyó esta mañana. La respuesta fue el derribo de su casa. Una turba ha incendiado la casa de Lord Mansfield en Bloomsbury y ahora están quemando la de Lord George Savile en Leicester Fields. Atacan las prisiones, el Banco de Inglaterra y Dios sabe qué más.

¿Leicester Fields? Eso estaba a poca distancia. No perdí más tiempo interrogando a Bob. En poco tiempo el carruaje estaba lleno y mis sirvientes apretujados a bordo.

Bob hizo una última sugerencia.

—Algunos están escribiendo «No al Papismo» en las puertas, esperando que la turba los perdone.

Aunque sería un gran golpe para mí que mi casa resultara dañada, negué con la cabeza. No

podía soportar la idea de ver esas horribles palabras en mi puerta.

Estuve a punto de cambiar de opinión cuando giramos en Piccadilly y vislumbré el este. Un humo negro y espeso inundaba el cielo estival desde tantas partes de la ciudad que parecía imposible que sobreviviera ningún edificio de Londres. ¿Podría una invasión francesa haber causado tantos estragos como esta detestable obra a manos inglesas?

Mi joven sirvienta gimoteó.

Tentada como estaba de hacer lo mismo, sabía que debía servir de ejemplo a ella y a los demás.

—No te preocupes, Letty. Pronto estaremos a salvo en el campo hasta que se controle este alboroto. Será como unas vacaciones.

El tráfico avanzaba lentamente por Knightsbridge Turnpike, atestado de carruajes que huían de la ciudad. No habíamos ido muy lejos cuando nos encontramos con una compañía de milicianos de rostro adusto marchando hacia Londres. Esperaba que fueran capaces de sofocar la violencia.

Mientras atravesábamos Kensington, vislumbré las imponentes torres de Holland House, la casa familiar de Charles Fox. Me conmovió que pensara en mi seguridad y enviara a Bob para que me alejara del peligro. Le rogué que cuidara más de su propia seguridad de lo que lo había hecho en su duelo con el señor Adam.

Pasado Chiswick, tomamos un puente que cruzaba el Támesis. Me alegré de pagar el peaje y escapar de lo peor del tráfico en dirección oeste. Mientras el carruaje rodaba sobre el puente de Kew, Cook, todas las criadas y yo mirábamos con horror hacia Londres en llamas. De repente, una cegadora columna de llamas rugió hacia el cielo mientras una violenta explosión rasgaba el aire.

—¡Santo cielo! —Cook se persignó—. ¿Qué crees que ha sido eso?

No pude encontrar la voz para responder, y cuando la sirvienta empezó a llorar no se me ocurrió nada que pudiera consolarla.

Había oscurecido cuando llegamos a Chertsey. La fresca dulzura de las rosas silvestres soplaba en la brisa, limpiando el hedor del humo de mis fosas nasales. Un ruiseñor llamó desde el fondo del jardín, parecía un canto de bienvenida.

Pero mirando hacia el este desde la cresta de la colina, pude ver llamas de locura consumiendo Londres. Recé para que no consumieran también a mis amigos.

## CAPÍTULO DIECISIETE

Al contrario que en las colonias americanas, una demostración de fuerza despiadada sofocó pronto los disturbios de Gordon, pero no antes de que causaran terribles daños y se cobraran casi trescientas vidas. Aunque Clarges Street escapó a los daños, me quedé varias semanas en Surrey con mis sirvientes, saboreando la tranquila belleza del campo.

Cuando regresé a la ciudad, encontré una carta esperándome. Al no reconocer la escritura, miré la firma antes de leer otra palabra.

—¿Dally Eliot? —susurré—. ¿Qué podía querer de mí la antigua amante de Lord Cholmondeley?

Me pregunté cómo le habría ido en Francia durante el último año. No podía ser fácil vivir en un país en guerra con el suyo propio. Su carta me dio una pista incluso antes de leerla, porque el papel era muy fino y llevaba un impresionante emblema en la parte superior. Dally debía de haber encontrado un poderoso protector.

Picada por la curiosidad, empecé a leer.

—Querida señora Armistead: Perdona que me tome la libertad de dirigirte esta solicitud con tan poco tiempo, pero no hay nadie más a quien pueda acudir.

Las noticias de los disturbios de Gordon habían llegado a París, y Dally estaba ansiosa por saber si Lord Cholmondeley había sufrido algún daño o pérdida. Aunque se había separado del conde, estaba claro que no había dejado de quererlo. ¿Acaso esperaba que la persiguiera hasta Francia y le ofreciera casarse con ella antes que perderla?

Me dirigí de inmediato a mi escritorio y redacté una respuesta que esperaba tranquilizara a Dally. Le aseguré que comprendía su preocupación y que me complacía poder ayudarla.

—Descansa tranquila. Milord ha salido ileso de los disturbios. Asistió el día 4 al baile de cumpleaños del rey, que se celebró a pesar de los disturbios. En ese acontecimiento, el Príncipe de Gales le envió a entregar un par de ramos de rosas a la señora Robinson, que presenciaba los festejos desde el palco del Chambelán.

Incluí otras noticias sobre el conde que pensé que Dally podría desear oír y le di a entender que agradecería cualquier otra carta que quisiera intercambiar conmigo.

Cuando ojeé los periódicos para averiguar qué había ocurrido en la ciudad durante mi ausencia, descubrí que los disturbios habían sido prácticamente olvidados en favor de los cotilleos reales. El Morning Post informaba de que el Príncipe de Gales había logrado conquistar a la encantadora señora Robinson.

¿O era al revés?

No mucho después, estaba dando un paseo por Hyde Park con Richard cuando vi a la señora Robinson cabalgando cerca de allí. Encaramada en una hermosa montura oscura, llevaba un

redingote escarlata con un pequeño tricornio colocado en ángulo desenfadado sobre su alta cabellera.

—¡Una bella amazona! —Richard parecía incapaz de apartar los ojos de ella—. Dale una espada a la señorita y estará lista para galopar a la batalla.

Los celos me atravesaron el corazón.

—Creo que la señorita lleva sus dotes de actriz fuera del teatro. Hace dos días la vi en St. James Park con un vestido sencillo y un sombrero de paja, parecía una inocente campesina. La noche anterior apareció en Ranelagh vestida a la última moda, con la cara pintada, remendada y desaliñada más allá de toda descripción.

Richard no hizo ningún esfuerzo por contradecirme.

—En la variedad está el gusto. El afortunado que se gane sus favores podrá elegir entre Julieta, Polly Peachum o Cleopatra en su cama, dependiendo de su capricho.

—Más le vale al afortunado caballero que no se despierte y se encuentre en compañía de Lady Macbeth —Mi agria ocurrencia provocó una gran carcajada en Richard. Por un momento tuve la satisfacción de desviar su atención de la fascinante señora Robinson.

Los periódicos no tardaron en llamarla Perdita, como la heroína de *Cuento de invierno*, la obra en la que el Príncipe de Gales la había visto por primera vez y de la que había quedado prendado al instante. Ahora que se acercaba su mayoría de edad, el príncipe paseaba a su amante por toda la ciudad. Además de los lugares habituales de entretenimiento público, asistieron a las revistas militares en Hyde Park y a la cacería del rey en Windsor. El príncipe organizó un baile para ella en el Weltje's Club, con invitados entre los más grandes lores y damas del reino. No podía negar que formaban una pareja atractiva, ambos jóvenes y rubios con un don para la elegancia.

El príncipe instaló a su amante en una casa de Cork Street, comprada a la deshonrada Lady Derby, que había pagado muy cara su aventura con el duque de Dorset. Aunque rechazada por la sociedad educada como si estuviera divorciada, la condesa no era libre de volver a casarse. El ojo del duque se desvió pronto, como sabía que haría. Después de liarse con una bailarina de ópera, la humillada y desconsolada Lady Derby había huido a Italia. Me preguntaba si la señora Robinson sacaría una lección de la condesa sobre confiar en los afectos de los hombres. Desde luego que sí.

Me estaba hartando de la «fiebre de Perdita» cuando el rey llevó a cabo una purga política, disolviendo el parlamento a principios de septiembre, justo cuando todos mis amigos liberales estaban de cacería o asistiendo a las carreras de caballos en Newmarket.

Charles Fox estaba en Bath, recuperándose de una enfermedad que había contraído durante los disturbios de Gordon. Regresó de inmediato a Londres y se dedicó a hacer campaña con toda la alegre energía que, de otro modo, habría malgastado en actividades menos valiosas. Le vi a menudo por la ciudad durante las tres semanas siguientes, pero rara vez tenía tiempo para algo más que un intercambio de saludos o una palabra rápida.

—Querida, me harías un gran favor si hablaras por mí con alguno de los comerciantes que frecuentas.

—Llevo una semana haciéndolo —le contesté—. Dime, ¿qué te parece tener que trabajar tan duro por un escaño en el parlamento?

Hasta ahora, su elección estaba asegurada en un «municipio de bolsillo», donde un pequeño número de votos estaba controlado por un terrateniente local. Pero el invierno pasado, cuando los sentimientos a favor de la reforma parlamentaria estaban a flor de piel, se había propuesto a Charles como candidato para Westminster. Siempre más apasionado que prudente, aceptó.

Esperaba que aquella apuesta no le costara su escaño.

—¡Lo disfruto muchísimo! —Una sonrisa de dulce entusiasmo iluminó sus rasgos oscuros—. Hablar con la gente, escuchar sus opiniones sobre cómo debería gobernarse el país... Ojalá lo hubiera emprendido hace años.

Mientras me alejaba, después de desearle mucho éxito, sacudí la cabeza por su optimismo de jugador. Lo había visto así de confiado en las carreras de caballos o con las cartas, aunque con una diferencia vital: las elecciones no se ganan a ciegas. No conocía a nadie más capaz de ganarse el corazón de los votantes disfrutando de cada momento del escrutinio.

Cuando se lo dije a Bob una noche en Vauxhall, se mostró dubitativo.

—Si estas elecciones fueran en cualquier otro momento, o si el escaño que Charles busca estuviera en cualquier otra parte del reino, su encanto le daría ventaja. Pero con esos malditos disturbios tan frescos en la mente de los londinenses...

—¡La gente no puede culpar a la oposición! —espeté—. Vosotros fuisteis los que introdujisteis el proyecto de ley de ayuda a los católicos. Muchos de sus miembros fueron víctimas de la violencia.

—Cierto —dijo Bob—. Pero hay algunos que dirían: 'Sin proyecto de ley, no hay disturbios'. Otros están muy asustados como para votar a quien prometa promover la seguridad y el buen orden. El rey no disolvió el parlamento por capricho. Sabe que unas elecciones en este momento favorecen a sus amigos.

—¡Pero eso no es justo!

—Tal vez no —Bob se encogió de hombros con pesar—, así es la política.

Aunque me había resistido a visitar Covent Garden desde el asesinato de Martha Ray, me apresuré a ir el día en que se cerraron las urnas para escuchar el resultado final.

—Con tres mil ochocientos cinco votos —se gritó desde la tribuna—, ¡El honorable señor Charles James Fox es reelegido para Westminster!

Toda la plaza del mercado estalló en vítores y decenas de votantes felices lanzaron sus sombreros al aire. Alcancé a ver de lejos a Charles alzado en una silla por sus jubilados partidarios. Estrechó todas las manos que le tendieron, saludando y llamando a los que no podía alcanzar.

Me maravilló que fuera capaz de permanecer sentado mientras la multitud lo paseaba triunfante por la plaza del mercado. No se aferró ni hizo ningún esfuerzo por no caerse, sino que confió en que sus seguidores lo llevarían sano y salvo. Cuando su silla pasó junto a mi carruaje, nuestras miradas se cruzaron por un instante.

Su sonrisa de felicidad se ensanchó aún más, algo que creía imposible. Luego se llevó la mano al ala del sombrero y lo levantó.

Me sentía feliz y orgullosa de llamarle amigo, pero me habría sentido igual de orgullosa, aunque hubiera perdido.

A pesar de la victoria de Charles en Westminster, los presentimientos de Bob sobre los resultados electorales resultaron ser ciertos. Gracias a todo el alarmismo después de los disturbios de Gordon, el gobierno de Lord North consiguió una vez más la mayoría que necesitaba para seguir su obstinado curso de guerra contra América.

Tal vez porque no había nada nuevo ni entretenido en el mundo de la política, los periódicos se apresuraron a volver su atención a Perdita Robinson una vez concluidas las elecciones. La señorita parecía disfrutar de su lugar en el centro del escenario de la sociedad, interpretando a la perfección el papel de amante real.

Un día apareció en Hyde Park vestida con un gabán y un sombrero azul y plateado a juego,

en un carruaje azul tirado por cuatro caballos alazanes y atendido por un par de sirvientes uniformados.

Al verla pasar, oí a un caballero decir a otro:

—¡Ahí va la reina de las ramera!

No era un título que codiciara la mayoría de las mujeres, pero yo sí. ¿Cómo no iba a hacerlo? Había conquistado a duques, condes, nobles y a los mejores hombres de mi generación. Además, me había aferrado a lo que había conseguido mientras otras mujeres, más bellas y mejor educadas, subían y bajaban del favor en un abrir y cerrar de ojos. ¿Podría ahora dejarme apartar por esta arrogante actriz que había tenido la suerte de atrapar a un príncipe como su primer mecenas?

—Ya veremos —susurré, apretando el puño mientras veía cómo las cabezas se giraban para mirar a Perdita Robinson—. Veremos quién es la reina de las ramera.

¿Reina de las ramera? ¿O tonta de la corte?

Aquel día de invierno, mientras mi carruaje recorría a toda velocidad la carretera entre Richmond Park y Wimbledon Common, me replanteé mi cita con el Príncipe de Gales. Me acordé de la mirada de admiración que me dirigió cuando nos presentaron en un baile de Navidad que ofreció su tío.

Charles me aseguró más tarde que el príncipe no le había hablado de otra cosa en la recepción de Año Nuevo.

—No hay duda, querida, el chico está enamorado de ti.

Aunque yo no estaba enamorada, el joven príncipe me parecía digno de admiración. Tenía modales encantadores y vestía bien. Su aspecto me recordaba a Ned Armistead, a quien casi había conseguido olvidar después de todos estos años.

—¿Has entrado en calor, señora? —preguntó el criado del príncipe, que había sido enviado a buscarme a una posada cercana a Bushy Park. El príncipe se reuniría con nosotros allí a su regreso de Kew.

—Estoy muy bien, gracias —respondí.

La gruesa capa de lana y el manguito de piel me mantenían abrigada. Ojalá algo pudiera tener un efecto similar sobre mis pensamientos y sentimientos. Aunque me halagaba a mí misma por aparentar menos edad de la que tenía, aquel verano había pasado mi trigésimo cumpleaños. El príncipe solo tenía dieciocho. Temía que, cuando me viera de cerca, me considerara demasiado vieja para sus abrazos.

¿Cómo soportaría la humillación si sucediera? Esas historias nunca permanecían en secreto. Mi audaz promesa de no dejar que Perdita Robinson me eclipsara me pareció de pronto una ridícula insensatez. Tal vez debería alegar una indisposición y rogarle al señor Meynell que me llevara a casa. Podría haberlo hecho, pero no me atrevía a decepcionar al joven que un día sería rey.

Por fin llegamos a la posada, donde el señor Meynell había reservado la mejor habitación con un nombre falso. Pidió comida y vino y se marchó una vez puesta la mesa.

—Mi señor llegará pronto, señora —Me hizo una reverencia—. Disfruta de tu... comida.

Cuando se marchó, deambulé por la habitación, anticuada pero acogedora, con techo de vigas de roble, ventanas con parteluz y chimenea de piedra. Una gran cama con cortinas de color marrón tabaco ocupaba una esquina, dejando un amplio espacio delante de la chimenea para comer.

Empezaba a pensar en tomar un trago de vino para calmar los nervios cuando oí un golpecito vacilante en la puerta. Pensando que el señor Meynell había regresado, me apresuré a recibirlo.

Abrí la puerta de un tirón y me encontré al Príncipe de Gales sobresaltado. Di un chillido asustado al encontrarlo allí y justo después los dos nos reímos a carcajadas.

—¿Puedo pasar? —preguntó cuando recuperó el aliento.

Me pareció una petición sorprendente, y bastante entrañable, viniendo del hombre que había pagado la habitación. Un hombre que un día sería mi soberano.

—Por supuesto —Me aparté para dejarle entrar y le hice una profunda reverencia—. Espero que me disculpe, Su Alteza.

—Espero que el viaje no haya sido demasiado pesado —Eché un vistazo a la habitación mientras se quitaba el gabán, el sombrero y los guantes—. ¿Te gustan los preparativos?

Le aseguré que sí.

—Eres muy amable —El príncipe se calentó las manos frente al fuego—. Charles Fox me dice que eres la mujer más amable que conoce.

Esas palabras me hicieron entrar en calor por dentro.

Antes de que pudiera responder, el príncipe soltó un suspiro de agobio.

—Te mereces algo mucho mejor. Ojalá pudiera agasajarte en una casa grande de la ciudad, amueblada con todas las comodidades. Ahora que soy mayor de edad, debería tener mi propio establecimiento, mis propios ingresos y la libertad de entretener a quien me plazca.

—Así debería ser, Su Alteza —Yo tenía todas esas cosas—. ¿No es ya así?

El príncipe negó lentamente con la cabeza, dio un paso hacia la mesa y me acercó una silla.

—Comamos mientras te lo cuento todo. Temo que la comida se enfríe si esperamos a que cuente todas las privaciones que sufro.

¿Privaciones principescas? Acallé una mirada de duda mientras tomaba asiento. ¿Acaso el joven había sufrido alguna vez sabañones o se había acostado con el hambre royendo su estómago vacío?

Para cuando nos saciamos con chuletas de cordero, pastel de ternera y un poco de queso suave, regado con una botella de vino tinto, mi opinión había cambiado por completo. Tal vez los hijos de la realeza no habían pasado frío ni hambre, pero sí se les había privado de libertad y afecto, enfriados por las constantes críticas.

—Doy gracias a Dios por mi hermano Federico —El príncipe George agitó los restos de vino en el fondo de la copa—. No sé cómo habría podido soportarlo todo sin él. Recuerdo a un tutor que solía azotarnos con un látigo.

—¿Qué hombre tan malvado! —Me acerqué a la mesa para ofrecerle la mano al príncipe—. Si hubierais sido un par de aprendices, le habrían acusado de malos tratos.

Pensé en los hijos de Bully, con quienes había mantenido la amistad desde mi aventura con su padre. Tenían la misma edad que los jóvenes príncipes y también se llamaban George y Frederick. Un escalofrío de leve repugnancia se apoderó de mí al pensar en llevarme a uno de ellos a la cama.

¿Pero al príncipe sí? No podía negar un elemento de preocupación maternal en mis sentimientos hacia él. Pero la perspectiva de una pareja joven, ansiosa y relativamente inexperta me resultaba más que atractiva.

El príncipe me cogió la mano y se la llevó a los labios.

—Veo que Charles tenía razón, eres tan amable como bella.

Sus ojos azules se parecían mucho a los de Ned, pero brillaban de deseo por mí y no por el señor Meynell u otro hombre.

Lo siguiente que supe fue que estaba en el suelo a mi lado: el futuro rey de Inglaterra, arrodillado como un súbdito devoto ante la reina de su corazón.

—Desde el momento en que te vislumbré por primera vez en la ópera, no he podido sacarte de mi mente. Tu divino rostro, la elegancia de tus formas, tu forma de reír, ¡todo ello me llena del más inexpressable deleite!

Una y otra vez me llenaba la mano de ardientes besos entre extravagantes elogios a todas mis virtudes, incluidas algunas que yo no estaba segura de poseer. Los esfuerzos del príncipe por expresar su inexpressable admiración me parecieron divertidos, pero también entrañables. ¿Cómo no iba a sentirse halagada por unas declaraciones tan apasionadas una mujer que hacía tan poco que dudaba de su edad y su atractivo? Sobre todo, cuando provenían de un hombre apuesto más de diez años menor que ella.

Por fin, cuando el flujo de palabras se ralentizó, le cogí la barbilla con las manos y acerqué sus labios a los míos. Me besó con ansiosa reverencia, como si fuera un ídolo con el que había soñado durante mucho tiempo. Mientras tanto, sus manos suaves y flexibles susurraban sobre mi cuello, mis hombros y la parte superior de mi pecho, al descubierto por el corpiño escotado. Luego bajó una para levantar el dobladillo de las enaguas y acariciarme las piernas.

—¡Qué extremidades tan exquisitas! —Me acarició la mejilla con la suya—. ¡No sabes cuánto deseaba verlas!

—Serán tuyas, sin duda —Pasé los dedos por su pelo sin empolverar, saboreando su textura sedosa—. ¿Te importaría si nos retiramos a la cama, donde podremos satisfacer ese deseo y cualquier otro que puedas tener?

El príncipe respondió a mi invitación como un cachorro cariñoso con ganas de jugar. Por cada prenda que me ayudaba a quitarme, colmaba de caricias, besos y elogios la parte de mi cuerpo que acababa de descubrir. Admiraba especialmente mis pechos, acariciándolos, chupándolos y proclamando su perfección en susurros sin aliento.

Cuando se sentó a horcajadas sobre mí, se retorció de excitación no contenida. Bastaron unos cuantos empujones para que entrara en espasmos de éxtasis, dejándome excitada pero insatisfecha. Mientras yacía con la cabeza acurrucada en mi pecho, preguntándose con voz somnolienta cómo había podido vivir sin mí, me felicité por ser ahora una amante real.

La bella Perdita no había conseguido usurpar mi corona de ramera.

## CAPÍTULO DIECIOCHO

A pesar de las declaraciones de devoción del príncipe, no estaba nada segura de volver a verle. Hacía tiempo que había aprendido a dudar de las cosas que decían los hombres cuando les poseía la fiebre de la lujuria. No obstante, tres noches después volví de un ridotto en el Panteón y me lo encontré esperando en el salón.

—Espero haber hecho bien en invitar a Su Alteza a pasar, señora —susurró mi criado mientras me cogía la capa y el sombrero—. Siendo él un príncipe y la noche tan fría.

—Has hecho bien, Gerald —Eché un rápido vistazo al espejo más cercano y me apresuré a ir al salón, donde el príncipe había estado ocupando su tiempo con una botella de mi brandy.

Antes de que pudiera hacer una reverencia, me cogió las manos y me las besó una y otra vez.

—Querida señora, espero que no te importe que haya venido a visitarte. Disfruté tanto de tu compañía la otra noche que apenas he podido pegar ojo desde entonces, entre el recuerdo de cada momento de dicha y el anhelo de volver a verte.

Su tono ardiente y el brillo de adoración en sus ojos me aseguraron que se creía profundamente enamorado. Me hizo avergonzarme de mis motivos para estar con él.

Aparté una mano de sus labios para acariciarle la mejilla.

—Siento haber perturbado tu descanso.

—Prefiero pensar en ti que perder el tiempo durmiendo... a menos que pueda soñar contigo.

—Pero si no duermes, te pondrás enfermo —Intenté no parecer demasiado maternal en mi preocupación.

Al príncipe no pareció importarle.

—Hay una forma de asegurarme una noche de sueño perfecta, si me lo permites...

—¿Y cuál es? —pregunté, aunque supuse fácilmente lo que era.

—¡Pasar la noche aquí contigo, por supuesto!

Era tarde y habría preferido una noche tranquila. Además, no había mencionado ni una palabra sobre el pago.

—Supongo que sería posible.

—Sabía que estarías de acuerdo. Eres un ángel bondadoso —Cogió un joyero de la mesa y me lo entregó con una floritura—. Espero que me hagas el honor de aceptar esta muestra de mi admiración.

Abrí la caja y encontré un delicado broche de oro en forma de lazo engastado con topacios.

—¡Es precioso! —Hice un esfuerzo por ocultar mi decepción. Este bonito adorno habría costado muy poco comparado con las enormes sumas que el príncipe le habría dado a Perdita.

Nos retiramos enseguida a dormir. Después de un agradable revolcón en la cama, el príncipe se durmió con la mejilla sobre mi pecho, aunque yo no estaba tan cómoda como él. Más tarde,

aquella misma noche, me sacudió de un sueño intranquilo unos golpes frenéticos en la puerta.

—¡Señora Armistead! —llamó mi criada en un fuerte susurro—. ¡Lord George está aquí! ¿Qué hago?

Me incorporé como un rayo, recordando cuando una banda de jóvenes derribó la puerta en casa de la señora Goadby.

—¡Entretenlo todo lo que puedas! —Me levanté de la cama y encendí una vela.

El príncipe bostezó.

—¿Qué pasa, cielo?

—Ha venido mi mecenas —Recogí su ropa y se la arrojé—. ¡No debe encontrarte aquí!

Tal vez si me hubiera detenido a pensar un poco en el asunto, no habría hecho tanto alboroto por una nimiedad. Pero lo tarde que era, el cansancio y los recuerdos angustiosos me asustaron mucho.

Mi angustia sembró el pánico en el príncipe. O quizás era el miedo tan profundamente arraigado de que le sorprendieran haciendo algo que sus padres no iban a aprobar.

—¡Vaya! —Salió corriendo de la cama con los brazos llenos de ropa—. ¡No deben verme así!

—Por aquí —Abrí la puerta que llevaba al vestidor y le hice señas al príncipe—. ¡Ponte la ropa y sal por la otra puerta!

Cogí la vela de la mesilla de noche y la coloqué en el vestidor. Cerré la puerta y me metí en la cama. Entonces, mientras escuchaba los pasos inseguros de Lord George, empecé a temblar por el frío del aire de la noche invernal.

—Yuhu, señora Armistead —La puerta de la alcoba se abrió y entró la vacilante luz de las velas y largas sombras tambaleantes.

—Pasaba por aquí —anunció Lord George con voz algo arrastrada—, y hacía un frío de mil demonios fuera. No quería meterme en una cama fría cuando la tuya es siempre tan agradable y cálida...

Cualquier otra noche, me habría hecho gracia ver a uno de los engreídos hermanos Cavendish borracho.

—Pasa —Intenté no sonar enfadada—. Siempre eres bienvenido aquí.

Se acercó a la cama canturreando:

—Qué agradable y cálido.

En ese momento, una corriente de aire apagó la vela.

—¡Maldita sea! —murmuró—. Aun así, creo que puedo encontrar el camino. Ya he estado aquí un par de veces.

Oí unos pasos arrastrados y luego:

—¡Hmm! ¿Qué es esa luz debajo de la puerta?

—¿Qué luz? —pregunté en voz alta, esperando que el príncipe oyera y apagara la vela.

—Ahí abajo. ¿Lo ves? —La voz de Lord George se alejó de la cama—. Es el vestidor, ¿no? Es peligroso dejar velas encendidas cerca de la ropa.

—Ahora veo la luz. Seguramente sea mi criada... arreglando algo.

Los pasos de Lord George no se detuvieron.

—Si hay criadas a estas horas, significa que te están robando.

—Iré a verlo. Ven a la cama antes de que tropieces con algo en la oscuridad y te hagas daño.

Era demasiado tarde, Lord George empujó la puerta del vestidor.

—Aquí está la vela, pero no veo a nadie.

¡El príncipe habrá escapado!

Un suspiro de alivio se me atragantó cuando Lord George murmuró:

—Espera, hay alguien detrás de la puerta —Recogió la vela y la sostuvo en alto—. ¡Muéstrate de inmediato!

Oí unos pasos arrastrados. Entonces vislumbré al príncipe vestido con nada más que una camisa, con la cara de un tono rojo culpable.

Por un momento ninguno de nosotros dijo una palabra. Entonces, Lord George soltó la carcajada más violenta que jamás había oído. Incapaz de hablar por la risa, hizo una baja reverencia al príncipe y se retiró de mi habitación.

Volví a la cama, pero no pugué ojo en toda la noche. En cuanto se corriera la voz de esta pequeña farsa, sería el hazmerreír de la sociedad. Si la vergüenza del príncipe superaba su encaprichamiento, temía que mi reinado como amante real fuera el más breve de la historia.

Afortunadamente, el príncipe no me echó en cara el incidente con Lord George. En las dos semanas siguientes, me pidió el honor de acompañarme a las mascaradas un par de veces.

—Ojalá pudiera asistir a mascaradas todas las noches —me confesó mientras bebíamos ponche después de bailar—. Son emocionantes y misteriosas, ¿no crees?

Antes de que pudiera responder, un hombre disfrazado de carnicero se acercó a nosotros y entabló conversación con el príncipe. Por su voz y la barba oscura de la parte inferior de la cara, supuse que podría tratarse de nuestro amigo común Charles Fox.

Lo comprobé cuando me señaló con un gesto y declaró en tono jovial:

—Tienes una buena novilla, señor. Dime su precio y te lo pagaré hasta el último chelín.

El príncipe debió de adivinar también la identidad de su amigo, pues no se ofendió por la insolente broma, sino que replicó con elaborada galantería:

—Me temo que nunca podremos cerrar un trato, señor, pues te aseguro que está por encima de cualquier precio.

A la mañana siguiente, leí un relato del incidente en el Morning Post. Un periódico rival insistió en que tales informes eran falsos y que Perdita seguía siendo la favorita del príncipe. A mediados de febrero, el escenario estaba preparado para un enfrentamiento público. Ocurrió una noche en la ópera.

Hasta hacía poco, el lugar había sido el último bastión de la respetabilidad pública. Su dirección se negaba a vender palcos a mujeres como yo, aunque hubiese actuado en el escenario de Haymarket. Hicieron una excepción con Perdita Robinson, tal vez por sus conexiones reales. Con su habitual facilidad para exhibirse, la dama cogió un palco junto al reservado para la Familia Real.

Aproveché el relajado decoro de Haymarket para adquirir mi propio palco, justo enfrente del palco real.

La primera noche que me senté allí, se produjo un intenso murmullo. Me di cuenta del por qué cuando miré al otro lado del teatro de la ópera y encontré a la señora Robinson mirándome. Fingiendo que no me daba cuenta, desplegué mi lorgnette de plata, una nueva baratija elegante que Lord George me había regalado. Mantuve una sonrisa tranquila en beneficio de nuestro público. La bella Perdita podría ser diez años más joven que yo, pero su altiva mueca de desprecio le quitaba belleza.

Unos instantes después, el Príncipe de Gales tomó asiento, acompañado de su tío Gloucester. Mientras los músicos comenzaban la obertura del Mitrídates de Mozart, el príncipe echó un vistazo al teatro de la ópera. Una pequeña tos de Perdita y el rápido aleteo de su abanico atrajeron su mirada. Ella le dedicó una sonrisa tímida y seductora que temía que le conquistara con facilidad, pero en cuanto la reconoció, su sonrisa se congeló y apartó la mirada.

Luego me miró a mí y su semblante se derritió. Volviéndose hacia su tío, le susurró algo. El duque me miró inclinando la cabeza y con una sonrisa de cálida aprobación.

Por el rabillo del ojo, vi a Perdita marchitarse y levantar un pañuelo para enlucirse la mejilla. Lanzó un suspiro tan fuerte que casi ahogó un pasaje tranquilo de la obertura. Puede que su actuación despertara la compasión del público, pero no desvió la atención del príncipe, que permaneció clavada en mí a la vista de todos.

Ojalá pudiera afirmar que no me regodeé en mi insignificante triunfo, pero sería mentira.

Pronto descubrí que Perdita Robinson tenía más en común con el rey George de lo que ninguno de los dos habría imaginado jamás. Ambos se negaban a renunciar a lo que consideraban sus legítimas posesiones sin luchar, sin importarles lo que les costara a ellos o a cualquier otra persona.

Las fortunas de Gran Bretaña cayeron a un nuevo mínimo con la captura de toda nuestra flota mercante colonial y la pérdida de varias posesiones valiosas en el Caribe. Los impuestos se multiplicaron como pulgas mientras la deuda pública se hinchaba sin control. Sin embargo, el rey se negó a liberar su obstinado control sobre América.

Los periódicos a sueldo del gobierno se entusiasmaban con los pequeños triunfos mientras despreciaban las derrotas catastróficas, pero no engañaban a nadie. Se disparaban cañonazos para celebrar «victorias» militares tan miserables que la gente empezó a recibir las andanadas con amarga burla en lugar de regocijo.

La señora Robinson parecía igualmente decidida a recuperar su dominio sobre el Príncipe de Gales. Antes de aquella noche en la ópera, no se había fijado lo más mínimo en mí cuando nuestros carruajes se cruzaban en el parque o cuando presidíamos la corte en los palcos contiguos de Vauxhall. Ahora me convertía en el blanco de su desdeñosa mueca cada vez que nos encontrábamos. Teniendo en cuenta que tales expresiones estropeaban su aspecto, le contestaba con una sonrisa serena.

Los periódicos se apoderaron rápidamente de nuestra antipatía mutua y la exageraron hasta convertirla en una rivalidad feroz. Todo lo que una de nosotras decía, hacía o llevaba se interpretaba como un insulto o un desafío a la otra. En primavera, el *Morning Post* pronosticaba una pelea campal entre nosotras en St. James Park.

En un esfuerzo por recuperar el afecto del príncipe, Perdita lo asediaba con cartas y se preocupaba de aparecer dondequiera que fuera en público. Intentó ponerlo celoso acostándose con sus amigos, Lord Malden y el conde de Cholmondeley. Yo despreciaba sus ridículas estrategias. Mi aventura con el duque de Dorset me había enseñado la inutilidad de aferrarse a un hombre una vez que este había dirigido su atención a otra parte.

Cuando quedó claro que Su Alteza nunca volvería con ella, Perdita decidió que pagaría caro su abandono. Primero lo chantajeó para que le devolviera unas cartas vergonzosas que le había enviado, utilizando a Lord Malden para negociar en su nombre. Cuando la negociación amenazó con estancarse, afirmó estar embarazada del príncipe. Es posible que las especulaciones periodísticas sobre el tema alarmaran al rey durante un tiempo, pero por lo demás no pasó nada.

Esa temporada vi poco a mis amigos liberales, pues estaba muy ocupada con mis obligaciones con Lord George y el príncipe. Una noche de mayo organicé un *petit souper* y me llevé una amarga decepción cuando solo apareció Bob Spencer.

—Los demás me rogaron que te transmitiera su pesar. Sherry está ocupado organizando una gran fiesta con Seignior Vetris. Charles y Richard no pudieron encontrar a nadie que ocupara su lugar en la tribuna de faro de Brooks.

Seguramente adivinó lo que pensaba de aquella excusa.

—No te lo tomes a mal. Están muy mal de dinero. A Richard le embargaron los caballos de su carruaje en plena calle y a Charles uno de sus acreedores le sacó a subasta su alojamiento. Solo lamenta la pérdida de sus libros. Algunos de sus amigos tienen la intención de asistir a la subasta y recomprar todo lo que puedan para él.

—¿Para qué molestarse? —Mi exasperación con Charles casi pudo más que mi afecto por él. ¿Cómo podía un hombre tan capaz comportarse como un niño irresponsable?—. Si juega tanto como siempre, volverá a perderlo todo.

—Verás, no está apostando exactamente. Richard y él tienen un banco de faro y ganan algo de dinero. Al menos Charles, lo suficiente para empezar a pagar sus deudas más acuciantes y comprarse ropa nueva.

—Ojalá hubiera venido esta noche para poder verlas. Tenía tan mal aspecto durante todo el año pasado, que me preguntaba si su charla sobre vestirse como un hombre del pueblo no era más que una excusa para hacer de la necesidad una virtud —Cogí a Bob del brazo y lo llevé al comedor—. Espero que tengas buen apetito, porque tendremos cinco veces más comida y vino.

Parecía como si le viniera bien una buena comida.

—Ya que hablamos de finanzas —le dije—, ¿cómo te va estos días?

Sabía que recientemente se había visto obligado a declararse en quiebra y vender su colección de cuadros.

Bob fingió encogerse de hombros con despreocupación, pero cuando continué mirándole fijamente, exigiéndole en silencio la verdad, soltó un suspiro y se hundió en la silla que siempre ocupaba en mi mesa.

—Tengo suficientes amigos para no pasar hambre, pero eso es lo mejor que puedo decir de mí. Es mi culpa, por supuesto, lo cual no es ningún consuelo.

Mis criados sirvieron fragantes y humeantes cuencos de sopa de tortuga. Bob se zampó la suya con tanto apetito que temí que se quemara la boca.

—Sé que se supone que uno debe tomarse los reveses con calma, como hace Charles —dijo entre cucharada y cucharada de sopa—. O hacerse el tonto al respecto, como yo suelo hacer. Pero, al fin y al cabo, ¡ya estoy superando la edad de un joven cachorro irresponsable! Tengo ganas de establecerme en un lugar que pueda llamar mío.

Me pregunté si ese cambio había sido fruto de encontrarse de repente con más de treinta años. ¿O es que una de las amantes casadas de Bob había conquistado por fin su promiscuo corazón?

Cuando terminó la sopa, Bob sonaba un poco más esperanzado.

—Charles y Richard quieren darme una parte de su banco de faro. Si consigo lo suficiente para vivir cómodamente, ¡juro que no volveré a tocar una carta!

Tal vez había esperanza para el hombre después de todo. Deseaba que una resolución tan prudente se contagiara a sus amigos.

Bob se frotó las manos de alegría cuando le sirvieron un plato de sus macarrones favoritos.

—Pero ya está bien de hablar de mí. ¿Qué tal te va, querida? ¿Te ha prometido el príncipe un título?

Dudé un momento antes de contestar. Aunque normalmente me guardaba mis propios consejos, sentí una repentina necesidad de confiar en alguien. Había sido amiga de Bob Spencer durante muchos años, tal vez un hombre pudiera aconsejarme sobre la mejor manera de tratar a otro.

—No me ha prometido nada. Perdita Robinson le impidió hacer promesas caras que podría verse obligado a cumplir. Es un chico dulce y es halagador que me eligiera como amante real,

¡pero no puedo permitírmelo! Especialmente ahora que Lord George se ha comprometido.

Necesitaba un nuevo mecenas o dos, pero los caballeros parecían reacios a perseguir a la amante del príncipe.

Bob hizo una pausa mientras se comía los macarrones.

—Supongo que no puedes decirle al heredero del trono que se retire. ¿Has pensado en jubilarte del todo? Mi tía ha tenido que renunciar a la pequeña villa de Surrey donde te alojaste durante los disturbios. Podría presentarte al agente inmobiliario, si te interesa alquilarla.

En cierto modo, la perspectiva de la jubilación me atraía. Al igual que Bob, a menudo anhelaba una vida más estable. Pero, ¿podría abandonar la agitada alegría de Londres por un pueblo aislado, donde mi notorio pasado me excluiría de toda sociedad respetable?

—No sé si estoy preparada para renunciar a todo esto, pero sería agradable tener un lugar en el campo donde poder ir en verano. Sin embargo, no estoy segura de que mi jubilación desanimara al príncipe.

Bob se lo pensó un momento.

—Lo que necesitas es que encuentre a otra persona. ¿Has pensado en animarle a que vuelva a reconciliarse con Perdita?

Respondí con una mirada fulminante.

—Espero que lo estés diciendo en broma.

—Bueno, entonces, ¿qué tal otra persona? ¿La sobrina de Lord Craven, tal vez? ¿O Emily Roberts? Por la forma descarada en que lo mira desde el palco de la ópera, está claro que estaría dispuesta —Bob continuó nombrando otras caras nuevas de la ciudad.

—Puede que estés en lo cierto, aunque no estoy segura de que una chica de su edad sea la respuesta. El príncipe parece querer una amante que sea su madre —Éramos una buena pareja en ese sentido, porque yo tendía a mimar a mis amantes.

Seguía dándole vueltas a la sugerencia de Bob cuando nos retiramos al salón después de cenar. Mi mirada se posó en el escritorio y en la última carta que había recibido de Dally Eliot desde París. Me pareció que añoraba un poco Inglaterra.

Eso me dio una idea brillante.

De la decepcionante cena salió una sorprendente cantidad de cosas buenas. Bob me presentó al agente inmobiliario de su hermano, a quien engatusé para que me concediera un alquiler en St. Anne's Hill en condiciones muy razonables. Y Dally respondió con entusiasmo a mi carta sugiriéndole que hiciera una visita a Inglaterra. Sin embargo, su regreso no fue como yo esperaba. Parecía que mi compañera cortesana tenía sus propios planes.

En cuanto supe que estaba de vuelta en la ciudad, la vi paseando por el parque con Lord Cholmondeley. Ninguno de los dos me hizo caso, solo tenían ojos el uno para el otro. Poco después me enteré de que el conde había abandonado a Perdita Robinson para volver a Dally.

A la semana siguiente, invité al conde y a Dally a acompañarme a la ópera. Mientras esperábamos a que empezara la obertura, Lord Cholmondeley se excusó para hablar con un amigo.

Me volví hacia Dally.

—Milord parece muy contento de tenerte de vuelta en Londres. No le he visto tan animado en todo el tiempo que ha estado fuera. Me encanta tu vestido, ese tono de azul complementa tus ojos a la perfección. ¿Es un regalo de milord?

—Uno de tantos. Me ha colmado de vestidos y joyas —La voz de Dally se redujo a un susurro—. Todos menos el que más quiero. Esperaba que mi ausencia le hiciera darse cuenta de que me quería lo suficiente como para desafiar a sus entrometidos parientes. Preferiría ser su

esposa con una modesta fortuna que vivir en el lujo como su amante.

Levantó su elegante lorgnette de concha de tortuga y dirigió una mirada hacia los palcos que teníamos enfrente. Dudaba que pudiera ver mucho a través de la niebla de lágrimas de sus ojos.

Me aventuré a hacerle una sugerencia.

—¿Y si te hubieras resistido un poco más o tuviera un rival por tu afecto?

Se le escapó un leve suspiro.

—Sin duda, tienes razón. Ojalá pudiera mantener la cabeza tan bien como tú en lo que se refiere a estos asuntos, no podría soportar pensar en él con esa tal Robinson.

Su lorgnette estaba apuntando al palco de Perdita. No me había dignado a mirar en esa dirección.

—¿Quién es su acompañante esta noche? ¿Lord Malden?

—No. Creo que es el duque de Dorset.

Se me curvó el labio.

—Se merecen el uno al otro.

El duque parecía empeñado en conquistar a todas las mujeres célebres del reino. Me pregunté si se proponía coleccionar nuestros retratos en una sala de Knole para que los admiraran las futuras generaciones de los Sackville. Por supuesto, si no sentaba pronto la cabeza y encontraba una esposa joven y respetable, tal vez no habría generaciones futuras.

En ese momento entró en su palco el Príncipe de Gales, acompañado de Charles y Richard. Me pregunté quién se estaba ocupando del banco. El príncipe no miró ni una sola vez en dirección a Perdita, sino que clavó los ojos en mí con una sonrisa afectuosa.

Levanté el abanico y le susurré a Dally:

—¿Qué te parece el príncipe? ¿No crees que se ha convertido en un hombre apuesto?

Dally volvió su lorgnette hacia él.

—Muy guapo, en efecto, y bastante encantador, según he oído. Te felicito.

—Creo que te está mirando con mucho interés. Tal vez deberías bajar el lorgnette para que pueda verte mejor la cara.

Hizo lo que le pedí, pero lentamente, como una belleza misteriosa bajando su máscara a petición de un admirador.

—¿No te pone celosa el interés del príncipe por otra mujer?

—De algunas podría estarlo —De una en particular—. De ti, en absoluto —Explicué brevemente mi problema.

—Hombres —murmuró Dally en un tono de cariñosa exasperación—. Pueden ser las criaturas más confusas de manejar.

—Cierto —repliqué mientras Lord Cholmondeley regresaba acompañado por el conde de Derby, con quien no había hablado desde que me negase a convertirme en su amante permanente—. Sin embargo, creo que ambos encontramos el reto bastante estimulante.

Le presenté a Dally al príncipe esa noche y percibí que la encontraba intrigante. Tenía muchas de las cualidades que él parecía admirar en mí: una figura escultural y una belleza madura. Además, poseía un grado de elegancia y sofisticación del que yo no podía presumir.

Mientras observaba al príncipe por si reaccionaba ante Dally, ella vigilaba a Lord Cholmondeley por si respondía al interés del príncipe. Luego, mientras los tres conversaban, Lord Derby me llamó aparte para preguntarme si podía visitarme al día siguiente. Aunque no sabía lo que quería, acepté.

Se presentó puntualmente a la hora acordada y, tras una conversación intrascendente sobre el tiempo y sus caballos, me explicó el motivo de su visita.

—Debería haberte hecho caso y haberme divorciado de Betty mientras podía.

—¿Por la señorita Farren? —Había visto a la señorita interpretar varios papeles y su sutil estilo de actuación me parecía muy superior a las posturitas de Perdita.

El conde levantó la cabeza.

—¿Te has enterado?

—Peor, lo he leído en los periódicos. Los últimos informes afirman que la señora Robinson está haciendo todo lo posible por arrebatarte tu afecto por la señorita Farren.

—¡Qué tontería! —gritó el conde, aunque intuía que se sentía secretamente halagado por la noticia—. La señora me ha hablado en alguna ocasión, pero nada más.

Sufrió una pequeña punzada de decepción al oír desmentir un rumor poco halagador sobre mi rival.

—¿Por qué de repente quieres divorciarte? ¿Te casarías con la señorita Farren si fueras libre? Lord Derby suspiró.

—Esas parecen ser las únicas condiciones en las que ella consentiría en ser mía. Y la señorita tiene una gentileza natural en sus modales. No sería una deshonra para el título de condesa, que es más de lo que se puede decir de algunas damas de noble cuna.

—Si es así como te sientes, ¿qué te impide pedir el divorcio ahora?

—Sería difícil procesar a Dorset ahora que él y Betty están separados. Además, habría todo tipo de especulaciones sobre por qué tanto retraso. No quisiera que la reputación de la señorita Farren sufriera por mi culpa.

Estaba enamorado de ella, pobre hombre.

—¿Qué vas a hacer?

—Solo veo dos opciones. Esperarla el tiempo que haga falta o intentar olvidarla.

—Esto último me parece lo más sensato —Hablé por experiencia.

—Pensé que eso era lo que me aconsejarías —Lord Derby parecía tener algo más que decir, pero tardó varios minutos en armarse de valor—. ¿Me ayudarás?

—Si... puedo. ¿En qué sentido?

Parecía muy aliviado de que no me hubiera negado rotundamente.

—No soy como Dorset, que cambia de sentimientos tan a menudo como de vestuario. Solo me han importado tres mujeres en toda mi vida: Betty, la señora Farren... y tú.

¿Adónde llevaba todo esto?

Lord Derby no me mantuvo en suspenso.

—Quiero decir... un hombre tiene sus necesidades.

¿Era un argumento que había usado con la virtuosa señorita Farren? De alguna manera, dudaba que la persuadiera.

—Pocas mujeres tienen motivos para saberlo mejor que yo, señor.

Recordando mis pasiones por Ned, Dorset y Richard, pensé en decirle a Lord Derby que las mujeres también tenían necesidades.

—Esperaba poder persuadirte para que vengas conmigo al extranjero durante el verano.

—¿Para satisfacer tus necesidades discretamente sin avergonzar a la señorita Farren?

Dudó con una sonrisa tímida.

—Así es.

Sonaba como una posible solución a mi «problema principesco», y tenía ganas de ver un poco más del mundo.

—¿Cuándo deseas partir, milord?

El príncipe se enfurruñó terriblemente por mis planes de irme al extranjero a pasar el verano,

pero fingí no darme cuenta, insistiendo en que volvería en otoño. En realidad, mi intención era ausentarme hasta estar segura de que me había olvidado. Dudaba que tardara mucho.

Partí hacia Francia, un poco nerviosa por viajar a un país extranjero en guerra con el mío. Dally Eliot me aseguró que no habría ningún problema. Me dijo que los comerciantes franceses recibían con agrado a los visitantes ingleses que gastaban mucho y que los aristócratas eran muy anglófilos.

En París me reuní con Lord Derby, como habíamos acordado. Lo encontré tan generoso como siempre, pero mucho menos posesivo que durante nuestra primera relación. Hice muchas compras de la última moda parisina y de artículos para amueblar mi querida villa de Surrey.

Lord Derby me llevó varias veces a Versalles, donde me maravillé con los jardines y las elaboradas fuentes. Mi favorito era el espectacular Bosquet des Rocailles, un salón de baile al aire libre con una pista de mármol medio rodeada de agua que caía en cascada sobre hileras de rocas. A pesar de su belleza, el magnífico castillo me incomodaba. No podía imaginarme viviendo en medio de tanta grandeza, sobre todo si lo comparaba con la miseria de París.

El olor opresivo de la ciudad vieja en pleno verano era peor que cualquiera de los que había sufrido mientras mendigaba por las calles de Londres. Apestaba a violenta desesperación.

Lord Derby sacudió la cabeza con enfado mientras se abanicaba la nariz.

—Esto es lo que pasa por no tener control sobre el poder de la monarquía.

Inhalé vinagreta de agua de lavanda.

—Hablas como Charles Fox. Te has convertido en un discípulo aventajado suyo.

El conde bramó:

—Hay muchos hombres peores a los que podría seguir, pero pocos son mejores.

—Estoy de acuerdo, milord. No te molestes por mi broma.

—Perdóname, querida. No pretendía ser irascible contigo, pero estoy harto de esta ciudad. Dejemos este lugar y vayamos a Spa, donde el aire y el agua son limpios.

Al día siguiente partimos hacia Lieja, a través de los prados ondulados y las pintorescas ciudades catedralicias de Picardía. Cada vez que nos deteníamos para comer, descansar o cambiar de caballo, saboreaba el aire fresco, perfumado con la dulzura campestre de las flores silvestres y las cosechas maduras. Después de mi visita a París, nunca volvería a dar por sentadas estas bendiciones cotidianas.

Spa me recordaba mucho a Bath, en Inglaterra, porque sus aguas medicinales atraían a muchos visitantes enfermos que esperaban recuperar la salud. Al igual que Bath, Spa contaba con una gran variedad de entretenimientos públicos, como un teatro y un elegante local de juegos. Nuestras primeras semanas allí fueron muy agradables y recibí varios regalos de caballeros deseosos de conseguir mi compañía. Entretuve a un conde austriaco y a un acaudalado comerciante flamenco, pues hacía tiempo que tenía por norma mantener varias cuerdas en mi arco. Sin embargo, no podía evitar una creciente sensación de descontento.

Durante todo un año revoloteé por Europa en compañía de varios amantes diferentes, en constante movimiento, en busca de algo que llenara el inquietante vacío de mi interior. Sin embargo, solo me sentía feliz y plena cuando pensaba en mis amigos de Inglaterra y en mi pequeña casa de campo.

## CAPÍTULO DIECINUEVE

**R**egresé a Londres a la primavera siguiente, cansada de mis viajes y deseosa de no aventurarme más allá de Surrey durante algún tiempo. Mi intención era descansar unos días, deshacer las maletas y poner orden en casa antes de emprender cualquier compromiso social. Me acababa de levantar de la cama cuando mi criado me anunció que Charles Fox había venido a saludarme.

Hice lo que cualquier mujer elegante haría ante la llamada inesperada de un caballero: eché un vistazo al espejo del tocador. La imagen me dejó afligida. Mi rostro estaba pálido, mi pelo necesitaba desesperadamente la atención de un peluquero y las ojeras me hacían parecer más cercana a los cuarenta que a los treinta. Si mi interlocutor no hubiera sido Charles, nunca le habría permitido verme en tal estado.

Yo le había visto con un aspecto mucho peor a lo largo de los años de nuestra amistad y nunca pensé mal de él. Más que con cualquier otra persona que conociera, sentía que podía ser yo misma con él. Solo él parecía ver detrás del encanto mundano de la cortesana a la chica ansiosa y asustada, y la miraba con cariño.

—¡Señor secretario! —Entré en el salón y le hice una profunda reverencia—. Es un honor. Espero no haberte apartado de ninguna tarea importante. Enhorabuena por haber formado gobierno por fin. Me alegré al oírlo.

—Hay tanto trabajo que no tengo tiempo para travesuras —Charles no parecía tan eufórico como esperaba encontrarle dadas las circunstancias—. ¿Pero cómo no iba a dedicarte unos momentos para darte la bienvenida a casa? He echado mucho de menos tu presencia. Más de una vez he venido corriendo a darte una buena noticia y me he dado cuenta de que te habías marchado al extranjero. El príncipe ha estado perdido sin ti.

—Eso dijo cuando escribió para pedirme que volviera a casa —Tenía sentimientos encontrados acerca de esa citación. Aún no podía permitirme entretener al príncipe sin apoyo financiero, pero tampoco me había atrevido a ignorar un llamamiento real directo—. He oído que se las ha arreglado para encontrar algún consuelo en mi ausencia.

Durante el viaje a casa había leído en los periódicos el embarazo de Dally y el nacimiento de una hija bautizada como Georgiana. Envidiaba a la niña, pero no las atenciones del príncipe.

—Diversiones fugaces en el mejor de los casos —protestó Charles en nombre de su joven amigo.

Me negué a dejarme convencer de la devoción del príncipe, incluso por un defensor tan persuasivo como el nuevo secretario de Asuntos Exteriores británico.

—Puede que hayan divertido a Su Alteza, pero deduzco que la señora Eliot fue la última en reírse.

Charles negó con la cabeza.

—Que llame a la niña como quiera, todo el mundo sabe que podría ser perfectamente de Cholmondeley.

Su inocente comentario me remordía la conciencia, pues el conde había sido uno de mis últimos compañeros de viaje por Europa.

—Basta de cotilleos —dije, deseosa de cambiar de tema—. ¿Qué significan esos asuntos comparados con tus actividades? Debes estar ocupado día y noche negociando la paz con los americanos.

Era lógico. Pocos hombres habían trabajado tanto para evitar la guerra y, una vez iniciada, para poner fin al derramamiento de sangre.

—Ese es mi mayor deseo —Las gruesas cejas de Charles se erizaron y sus rasgos se contrajeron en un ceño oscuro. Nunca le había visto tan temible—. ¡Y es mi derecho como secretario de Asuntos Exteriores! Fue la razón principal por la que acepté el puesto, pero esa serpiente de Shelburne está jugando su propio juego.

Conocía a lord Shelburne, un liberal que también se había opuesto a la guerra. El carácter del conde era tan opuesto al de Charles Fox como podía serlo un hombre. Bebía con moderación y nunca apostaba. Por lo que se sabía, había sido fiel a sus dos esposas, la segunda de las cuales era la hermana de Richard, Louisa. Frente a esas virtudes, milord tenía fama de reservado y taimado. Mientras que Charles tenía un amplio círculo de amigos, Shelburne no tenía ninguno.

—¿Qué asuntos te conciernen? —Mis conocimientos sobre el gobierno se limitaban a lo que había aprendido de la conversación de Charles y sus amigos durante la cena. Sin embargo, no hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que un secretario de Asuntos Exteriores debía negociar tratados en nombre de su país.

—Depende de si Gran Bretaña reconoce la independencia de los estados americanos antes de negociar un tratado. Shelburne piensa que el reconocimiento debe concederse como parte del tratado, lo cual significa que Gran Bretaña negociaría con América como colonia. Como él es Secretario Colonial, la responsabilidad sería suya.

Le hice señas a Charles para que tomara asiento y llamé para pedir café.

—¿Importa quién firme el tratado mientras haya paz?

Después de todo lo que esta guerra le había costado a Gran Bretaña, habría dejado que Perdita Robinson negociara la paz. Bueno, quizás no a ella... podría haber insistido en que los americanos la hicieran su reina.

—Es una cuestión de principios —insistió Charles—. La soberanía americana no la concedemos nosotros, sino que la tienen que reclamar ellos. Y ellos ya la reclamaron valientemente cuando sus representantes firmaron la Declaración de Independencia. Si este gobierno pretende que podemos negar el reconocimiento como una herramienta de negociación barata, ¡perderemos la única pizca de honor que aún podemos salvar de este lamentable asunto!

—En ese caso —le aseguré a Charles—, estoy segura de que te impondrás —Lo creí hasta lo más profundo de mi corazón.

Unos días más tarde, después de haber descansado y haberme puesto presentable, invité a Dally Eliot a dar un paseo en carruaje hasta Berkeley Square. Allí nos sentamos bajo los árboles a comer pasteles de té y helado de crema de la pastelería del señor Negri mientras nos poníamos al día de los últimos cotilleos.

—¿Sabes quién es el último amor de Perdita?

—¿Uno de mis antiguos amantes? —le pregunté—. ¿O uno de los tuyos?

—El coronel Tarleton —Dally arrugó su aristocrática nariz—. Una pareja bien avenida, ¿no

crees?

—En efecto —Había paseado por Hyde Park con el coronel cuando regresó en libertad condicional de su regimiento en América. Como Perdita Robinson, era apuesto, autopromocionador... y totalmente despiadado.

—La sedujo por una apuesta —La voz de Dally hervía de desprecio—. Dudo que incluso su amigo el señor Fox fuera tan tonto como para apostar por la virtud de Perdita.

—¿No ha descubierto la verdad? —Si me hubieran engañado así, no volvería a hablar con el canalla, ¡y mucho menos a acostarme con él!

—Claro que ha descubierto la verdad —Las cejas de Dally se arquearon hasta una altura increíble—. Tengo entendido que montó en cólera y juró que no volvería a tener nada que ver con él. Entonces, unos días más tarde, tuvo un accidente de carruaje. Tarleton corrió a su lado, jurando que se había enamorado de verdad de ella a pesar de la apuesta. Son inseparables desde entonces.

—¿De qué vivirán? He oído que el dinero que recibió del príncipe por sus cartas de amor ni siquiera cubrió sus deudas. Y el coronel Tarleton no tiene fortuna.

—¡Por mí como si se van a Newgate! —resopló Dally—. Estoy harta de leer sobre ellos en los periódicos y de verlos adulándose mutuamente por toda la ciudad. De hecho, ya estoy harta de Londres. Mi Lord du Chartres me ha invitado a volver a París y pienso ir antes de que se acabe el mes.

Echaría de menos tener otra mujer con quien cotillear y compadecerme, pero no podía culpar a Dally por querer dejar Londres.

—Lamento que las cosas no hayan funcionado con Lord Cholmondeley. ¿Has abandonado toda esperanza en él?

Sabía que no debía animarla, pero no pude evitarlo. ¿Me estaba poniendo sentimental en el ocaso de mi carrera?

Dally asintió con determinación.

—Estoy segura de que le importo más que cualquier otra mujer, pero no lo suficiente como para arriesgarse a la ira de su tío casándose conmigo. Se ha hecho cargo de mi hija, aunque sabe que es más probable que el príncipe sea su padre.

—¿No te vas a llevar al bebé contigo? —Después de tantos años tomando todas las precauciones para evitar la procreación, últimamente había empezado a anhelar tener un hijo.

—¿Qué clase de vida sería para la pobre? —Dally revolvió lo que quedaba de su helado de crema en un charco beis en el fondo del plato—. Quiero algo mejor para ella.

Sacudí la cabeza en desconcierto.

—Me temo que no podría comportarme tan noblemente en tu situación.

—Te sorprendería lo que harías por amor.

Aunque sabía que Dally tenía buenas intenciones, el comentario me dejó helada.

Durante toda aquella turbulenta primavera, Charles y sus amigos se reunieron a menudo en mi casa para debatir cómo podrían contrarrestar la influencia de Lord Shelburne sin hacer pedazos el partido.

—Nuestro pobre gobierno está asediado por demasiados enemigos en la oposición —Richard golpeó la mesa con el puño—. ¿Tenemos que soportar también a un saboteador entre nuestras propias filas?

Charles apoyó el bigote oscuro en el puño.

—Sabes perfectamente que es porque nuestra mayoría pende de un hilo por lo que hemos tenido que hacer esta diabólica alianza. He hecho todo lo posible por trabajar con él, pero no

puedo seguir negociando con los americanos mientras él haga todo lo posible por socavar mis esfuerzos.

—Shelburne se ha insinuado tanto con el rey —murmuró Bob Spencer—, que es más conservador que Lord North en su peor momento.

Nadie se rio de su amarga broma, pero Charles le respondió:

—Shelburne sabe que no tiene apoyo en el parlamento, por lo que busca el favor real y lo consigue.

—Solo va a conseguir que las cosas vayan a peor —dijo Richard—, hasta que Lord Rockingham se recupere. Si es que se recupera.

Había oído que el Primer Ministro estaba gravemente enfermo. Desde que asumió el cargo, había hecho todo lo posible para mantener a raya a la némesis de Charles, Shelburne. Ahora mis amigos bebían en un silencio pensativo, contemplando un futuro incierto.

Por fin, Bob se aventuró a hablar:

—¿Qué harás, Charles, si el rey pide a Shelburne que forme gobierno?

—Intentar persuadir a Su Majestad de que ese hombre no gozaría de la confianza del parlamento ni del país.

—¿Y si no lo consigues?

Charles se encogió de hombros.

—Entonces tendré que dimitir. No he luchado todos estos años para derribar un gobierno malo y poner otro peor en su lugar.

Esperaba que no llegara a eso. Inglaterra necesitaba un hombre como Charles al timón. Bob Spencer parecía pensar lo mismo.

—Apenas llevamos cuatro meses en el poder —protestó—. ¿Cómo puedes tirarlo todo por la borda cuando queda tanto por hacer?

Antes de que Charles pudiera responder, Richard tomó la palabra.

—Todos dirán que dimites porque el rey no te nombró primer ministro y te has enfadado por ello.

Charles asintió.

—Me disgustan los abusos tanto como a cualquier hombre, pero no puedo dejar que eso me impida hacer lo correcto.

Admiré su valentía. Desde que tenía uso de razón, me había esforzado por caer bien y no ofender nunca. Mi carrera había dependido de ello... pero la suya también. Tanto el político como la cortesana eran criaturas del favor público.

Al día siguiente, Charles presentó su dimisión. Al otro, Lord Rockingham falleció. Algunos otros liberales renunciaron a sus puestos, pero otros permanecieron, incluyendo al joven amigo de Charles, William Pitt. Sabía que Charles debía de estar dolido cuando el insolente joven declaró que su mentor había dimitido por despecho al negársele el cargo de Primer Ministro.

Cuando vi a Charles en la ópera una noche, me acerqué para ofrecerle unas palabras de apoyo. Dudé al ver que llevaba a una mujer del brazo. Miré más de cerca, esperando ver a la duquesa de Devonshire o a alguna otra anfitriona liberal. La sangre se me heló en las venas cuando reconocí a mi rival, Perdita Robinson.

—Por supuesto que sé que anda en compañía de la señora Robinson —dijo Richard cuando le comenté la noticia—. También lo sabe todo el mundo en Londres que lee un periódico. ¿Por eso me has llamado? Pensé que estabas enferma o herida.

¿Richard lo sabía? Se lo estaba tomando con demasiada frialdad para mi gusto.

—¿Herida? —grité—. No tengo la costumbre de montar accidentes para que la gente corra.

A diferencia de alguna que podría nombrar.

—¿Perdona? —Parecía desconcertado.

—¿Te has preguntado por qué esa mujer está con Charles? —Mi voz se volvía más chillona con cada palabra—. Está fuera del gobierno y no tiene dinero. Tiene que estar utilizándolo para sus propios fines, aunque no puedo imaginar qué es lo que quiere. Tienes que hablar con él, Richard. Eres el único al que podría escuchar.

—¿Hablar con él? ¿Sobre qué? ¿Sobre acompañar a la señora Robinson? Si lo hiciera, lo único que diría es: ¡Bien hecho, amigo mío! ¿Por qué de repente te preocupas por las aventuras de Charles? Creía que esa supuesta rivalidad entre Perdita y tú era un invento del Herald y el Post para vender más periódicos.

¿Por qué de repente me importaba tanto? Me esforcé por encontrar una razón que satisficiera a Richard... y a mí misma.

—¿No te habría preocupado Charles si hubiera depositado su confianza en nuestro nuevo Primer Ministro? Esa mujer representa un peligro tan grande para su corazón como Lord Shelburne lo sería para sus principios políticos. Charles es muy abierto y confiado en su afecto. Cuando lo abandone después de conseguir lo que quiera, me temo que le romperá el corazón —Sonaba casi razonable, solo me faltaba creérmelo.

—¡No seas ridícula! —espetó Richard—. Puede que la señora Robinson sea demasiado apasionada para su propio bien, pero dudo que quiera hacer daño a Charles. Además, no es un muchacho inocente en el arrebato del amor. Se ha acostado con más mujeres de las que puedo contar. Su corazón no es el órgano frágil que imaginas.

¿Estaba siendo tonta, como afirmaba Richard? Charles era un hombre de mundo y lo bastante mayor para cuidar de sí mismo. Sin embargo, cuando pensaba en Perdita Robinson paseándose de su brazo, una oleada de urgencia posesiva me sacudía hasta la médula.

—Si no te conociera mejor —dijo Richard—, juraría que estás celosa.

Una oleada de calor me inundó las mejillas.

—¿Celosa de Charles Fox? De verdad, a veces dices tonterías muy absurdas.

—¿De veras? —Me dirigió una mirada perspicaz que no pude devolverle.

Después de mi charla con Richard, intenté olvidarme de Charles y Perdita. Juré que lo que tuvieran no era asunto mío. Sin duda acabaría tan rápido como cualquier otra relación entre un político y una cortesana. A pesar de mis buenas intenciones, olvidar resultó más fácil de decir que de hacer. Cada vez que leía alguna mención socarrona de ellos en los periódicos o escuchaba algún cotilleo, me ponía tan inquieta y excitable como un terrier olfateando una rata.

La despedida de Perdita del coronel Tarleton había sido demasiado silenciosa. Él se había ido a Newmarket y ella se había ido con Charles. No era el tipo de ruptura que cabría esperar de dos amantes de la publicidad tan volátiles. Fuera cual fuera el uso que Perdita esperaba hacer de Charles, sospechaba que Tarleton también se beneficiaría. Pero, ¿qué querían?

Charles estaba fuera de lugar, con menos poder político del que había tenido en años. Richard y él habían renunciado al banco de faro cuando asumieron el cargo, así que no tenía dinero. Todo lo que le quedaba eran sus amigos. ¡Amigos que incluían al Príncipe de Gales!

No podía quedarme de brazos cruzados y dejar que ese par de intrigantes utilizaran a Charles tan cruelmente. Si Richard no me ayudaba, tendría que tomar cartas en el asunto yo misma.

—Bendita sea mi alma, ¿soy el primero en llegar? —Charles ocupó su silla habitual en el salón y aceptó un vaso de clarete—. ¿Te han reclutado los otros como cebo? He oído murmullos de que últimamente voy muy poco a casa de Brooks. Me alejé de los clubes cuando estaba ocupado en el gobierno. Ahora estoy tratando de reformar mis hábitos. Un hombre no puede

jugar al joven holgazán para siempre, pero no es fácil dejar de jugar cuando uno ha estado en ello la mayor parte de su vida.

—Tal vez deberías ir pensando en sentar cabeza —Aunque sabía que era un buen consejo, me daba escalofríos imaginarme a Charles casado—. Encuentra a alguna dama agradable con una fortuna holgada que se encargue de que comas bien, de que tengas los calcetines remendados y los botones cosidos.

Señalé el hueco donde le faltaba uno en el chaleco.

—Dámelo y haré que mi criada te lo cosa.

Charles se rio mientras me entregaba su abrigo azul y su chaleco beige.

—¿Qué pensarán los demás cuando lleguen y me vean desnudo?

—Los demás no van a venir esta noche, eres mi único invitado —Cogiendo sus prendas, llamé al criado y le di instrucciones sobre el botón que faltaba. De paso, ordené que le cepillaran también el abrigo.

—Tu afamada hospitalidad alcanza nuevas cotas —dijo Charles cuando volví de la puerta—. Y yo soy el único beneficiario de ella esta noche. ¿A qué debo el honor?

No me sentía muy honrada compartiendo mis sórdidas sospechas con un hombre que tenía buena opinión de casi todo el mundo. Me salvó de la vergüenza el regreso de mi criado al anunciar la cena.

—Dejemos las explicaciones para después de cenar —Le ofrecí a Charles el brazo—. Y decreto que no se hable de política esta noche, me temo que es malo para la digestión.

—¿Cuál será el tema de nuestra conversación, entonces? —Charles se levantó para cogerme del brazo—. ¿Libros? ¿El teatro?

—¿Y qué te parece si hablamos del fascinante señor Fox? —sugerí.

Se rio de aquella manera alegre y contagiosa que había llegado a conocer tan bien.

—¿No querrás decir notorio?

—Fascinante —repetí—. Dime, ¿es cierto que destrozaste el reloj de bolsillo de tu padre y que te bañaste en un cuenco de nata de la mesa del banquete de tus padres?

—¡Esas historias son absurdas! —Charles me sujetó la silla—. Apenas era un bebé cuando me bañé en la crema. Tenía unas picaduras de mosca que me picaban como el diablo. Sumergirme en la nata fue el remedio perfecto. Y no rompí el reloj de mi padre, solo quería desmontarlo para ver cómo funcionaba el mecanismo. No tenía ni idea de que sería tan difícil volver a montarlo.

En los últimos años había pasado algunas de mis veladas más entretenidas en esta mesa, en la animada compañía de Charles y sus amigos. Ahora que lo tenía para mí sola, me di cuenta de que gran parte de mi diversión se la debía solo a él.

—¿Y tú? —preguntó—. La cortesana más longeva y célebre del reino, hay revistas llenas de *tête-à-têtes* e inteligencia ramera y, sin embargo, conservas tu misterio. Me pregunto a menudo si hubo alguna vez un señor Armistead.

—No en el sentido que quieres decir —Nunca me había considerado misteriosa... tan solo oscura—. Una vez conocí a un hombre llamado Armistead, pero solo fingía que yo era su esposa.

Las cejas oscuras de Charles se alzaron.

—Me intrigas aún más. ¿Qué fue de ese hombre y por qué conservaste su nombre?

—Huyó al continente para escapar de un chantajista —Le conté a Charles todo sobre Ned, lo que había hecho por mí... y a mí. Viejos secretos que nunca había confiado a nadie.

Hablamos durante toda la cena. Apenas me di cuenta de lo que comíamos. Después volvimos al salón, aún inmersos en la conversación. Allí encontramos su abrigo cepillado y el botón que

faltaba en el chaleco restaurado. Me dio las gracias tan cordialmente como si hubiera hecho el trabajo con mis propias manos, pero no parecía tener prisa por volver a ponerse las prendas.

En lugar de eso, se dirigió al sofá y me hizo señas para que me uniera a él.

—Bueno, yo diría que me has mantenido en suspenso demasiado tiempo. La verdad es que me has entretenido tan agradablemente que no he vuelto a pensar en el asunto hasta este momento. Sin embargo, tengo curiosidad. ¿Por qué me has invitado aquí esta noche... a solas?

Tomé asiento, medio a regañadientes y medio ansiosa. La agradable velada que acabábamos de pasar me había dejado plagada de dudas. En parte, me sentía tentada a callarme, temiendo estropear mi madura amistad con Charles. Pero más que nunca no podía soportar la idea de que lo utilizaran y lo dejaran de lado.

Tomé sus manos entre las mías y me quedé mirándolas en lugar de mirarle a los ojos.

—Quería hablar contigo... para advertirte. Espero que no te moleste mi intromisión. Juro que está motivada enteramente por el deseo de tu felicidad.

Charles chasqueó la lengua.

—Debes saber que hace falta mucho para provocar mi resentimiento. Nunca he odiado a nadie. Habla con libertad, te lo ruego.

—Se trata de esa mujer, Robinson. Me temo que solo te está utilizando para acceder al príncipe —Me preparé para la respuesta de Charles. Le conocía mejor que para temer una muestra de mal genio, pero sí que temía un suspiro de reproche herido o una mirada de censura.

En lugar de eso, soltó una suave risita.

—¿Así que dudas de que mis atractivos personales sean suficientes para asegurar el afecto de una dama?

¿Acaso lo dudaba? Quizás por primera vez en nuestra larga relación, juzgué a Charles por su apariencia como un hombre deseable. Ciertamente, comparado con Richard y Lord Dorset, no era apuesto. Era dos centímetros más bajo que yo y la diferencia parecía mayor cuando llevaba zapatillas altas y un peinado imponente. Aunque había exagerado durante su duelo al decir que Richard era «tan ancho por un lado como por otro», era de complexión robusta. Sus cejas eran tan espesas y negras que la duquesa de Devonshire le llamaba «El ceja». Sus rasgos eran mucho más los de un campesino honrado y campechano que los del aristócrata de raza real que era. Y, sin embargo...

Había llegado a conocerle y a gustarme tanto que descubrí que también me gustaba su aspecto, solo porque era suyo. Otros hombres me parecían sosos e insustanciales comparados con él, pero Perdita Robinson no me parecía el tipo de mujer que viera a Charles bajo esa luz.

—Creo que podrías conquistar a cualquier mujer si te lo propusieras —Levanté la vista para que pudiera ver la sinceridad en mis ojos. No obstante, cuando mi mirada se encontró con la suya, vislumbré algo que no esperaba. Algo que me hizo añadir—: Serías bienvenido en mi cama si me lo pidieras.

Por un momento, el gran orador pareció quedarse sin palabras. Luego, con voz ronca por la emoción, preguntó:

—¿De verdad?

Asentí con la cabeza.

¿Me lo pediría? Me dije que tal vez fuera la única manera de romper su relación con Perdita. No sería peor que muchas otras razones por las que había ofrecido mi cuerpo a los hombres a lo largo de los años, aunque no me atrevía a seducir a Charles con esa excusa ni con ninguna de las otras que me había dado a mí misma en el pasado.

—Mary Robinson y tú sois mujeres muy diferentes —reflexionó Charles—, pero en el fondo

no es una mala persona.

—Te mereces algo mejor que ella.

—¿Lo merezco? —Separó una mano de la mía y la llevó a mi mejilla—. Entonces tal vez debería buscar admisión en tu cama.

—Me decepcionarías si no lo hicieras —Este tipo de frases habían sido mi especialidad durante muchos años. Esta vez, la profundidad del verdadero sentimiento que había tras ellas me dejó pasmada.

Charles me rozó los labios con el índice y se inclinó hacia mí.

—No podría soportar decepcionarte.

Nunca había esperado el beso de un hombre con tanta expectación. No sería el primero que compartíamos. Recordé los besos que le había dado antes y después de su duelo con el señor Adam. Incluso entonces, los había reconocido como algo único... como él mismo.

Empezó suave, casi tímidamente, con su labio inferior susurrando sobre el mío mientras aspiraba mi aroma con deleite. Cuando respondí separando los labios y moviéndolos contra los suyos a un ritmo provocativo, se puso juguetón y me provocó con la lengua. Levantó la mano para acariciarme el pecho y sentí la acostumbrada sensación de deseo que cualquier caricia aceptable de un amante podría despertar. Pero también sentí algo más: una ternura suave y melancólica en el corazón.

La sensación me asustó. Pensé en pedirle que se detuviera y despedirlo con una disculpa, pero temí que eso lo llevara directamente a la cama de Perdita. Además, mis aventuras con Bob y Richard me habían demostrado que los amigos podían convertirse en amantes y luego volver a ser amigos sin más.

¿Por qué Charles Fox iba a ser diferente?

—¿Nos retiramos? —susurré al fin.

—Una sugerencia loable —Me dio un último beso, se levantó y me ofreció el brazo.

Subimos las escaleras sin decir una palabra más y nos desnudamos en un silencio incómodo, más como una pareja de recién casados ansiosos pero inexpertos que como una cortesana y un libertino envejecidos.

Así fue como hicimos el amor, con cariños murmurados y suaves sonidos de placer, que fueron muchos. Aunque todo parecía deliciosamente nuevo, no éramos inexpertos. Ambos sabíamos dónde y cómo acariciar... morder... amasar... Incluso cuando todo mi cuerpo ansiaba liberarse, como sentía que le ocurría al suyo, continuamos con nuestras caricias, reacios a que terminaran. Pero no podíamos resistir eternamente los impulsos de la naturaleza.

Cuando se deslizó dentro de mí y empezó a moverse con gozosa pasión, me estremecí presa de un profundo éxtasis que no cesaba. Justo cuando se calmó, la fuerza de su liberación me envió un último pulso de placer.

Cuando los primeros rayos del alba se asomaron por la ventana de mi habitación, me pregunté si había juzgado mal los motivos de Perdita para acompañar a Charles Fox. Después de muchos años en la cama con otros hombres, sentí que me había hecho el amor de verdad.

## CAPÍTULO VEINTE

—Puedes estar tranquila respecto a Perdita —me aseguró Charles a la mañana siguiente, mientras yacíamos abrazados después de hacer el amor una vez más—. Nuestra relación era más económica y política que amorosa. He estado negociando en nombre del príncipe un acuerdo en lugar de la fianza que le dio para asegurarse sus favores.

¿Qué? ¿Me había preocupado y enfadado por nada?

—El príncipe va a recibir pronto sus propios ingresos —continuó Charles—. A todos nos interesa que el asunto se resuelva antes de entonces. Como tengo la confianza de ambas partes y ninguna otra ocupación, me evitó preocuparme por las travesuras que pudiera estar tramando Lord Shelburne. No puedo negar que la señora Robinson estaba agradecida por mi ayuda y fue afectuosa en su gratitud, pero nunca dudé de que su corazón pertenece al coronel Tarleton.

—¿Podrías haberme dicho todo eso anoche! —Aunque hice todo lo posible por fingir seriedad, no podía lamentar de verdad las circunstancias que me habían impulsado a los brazos de Charles después de tantos años de casta amistad.

—Lo habría hecho, te lo aseguro, pero mi queridísima Liz no paraba de hacerme comentarios sobre que me daba la bienvenida a su cama. ¿Cómo iba a pensar en otra cosa?

Sus ojos bailaban con una picardía tan inocente que no pude resistirme a besarle.

—Tendría que haber sabido que no tengo que discutir con el debatiente más hábil del parlamento.

Me acarició la mejilla y me calentó con una mirada de adoración.

—Guardo mis debates e improperios para los asuntos políticos de la Cámara. En casa, me esfuerzo para ser un modelo de buen carácter, ¡lo cual es lo más fácil del mundo cuando estoy en compañía de mi Liz!

Hablar de mi casa como su hogar y de mí como su Liz me dejó con vagos celos, pero pensé en ellos como una versión de galantería ociosa. El príncipe había profesado adoración y devoción, pero ahora se sacrificaba en el altar de Lady Melbourne. Otros hombres habían pronunciado palabras como amor y pasión, pero aquellas brillantes llamas pronto se enfriaron hasta convertirse en brasas... algunas en amargas cenizas.

No preveía una amarga despedida de un amigo tan amable como Charles, así que me lancé a nuestra breve aventura con alegre despreocupación por el futuro. Y coseché una felicidad que no había conocido antes.

Cuando comenzó la temporada de caza, se marchó a su acostumbrada ronda por las fincas de sus amigos en Norfolk, donde abundaban las aves de caza. Yo me fui a Surrey para pasar el primer verano en mi pequeña y querida villa.

La anticipación de sus placeres rústicos ayudó a aliviar mi separación de Charles. Aunque me

prometió escribirme a menudo e hizo planes para celebrar la Navidad conmigo en Londres, sabía que nuestro encantador interludio había llegado a su fin, como tenía que ser. Apenas podía pagar sus propias facturas, por lo que no podría pagar las mías con regularidad. Tendría que conseguir uno o dos nuevos mecenas cuando regresara a Londres, aunque me encontraba extrañamente reacia a ello.

Disfruté de un verano tranquilo pero activo en St. Anne's Hill, arreglando la casa a mi gusto, entreteniendo a los visitantes ocasionales y dando paseos solitarios por el campo. Lo mejor de todo fue que descubrí la inesperada satisfacción de hundir las manos en la tierra cálida y húmeda para plantar rosales, bulbos y plantas perennes que florecerían el verano siguiente.

Para mi sorpresa, empecé a recibir cartas de Norfolk con el garabato abierto y juvenil de Charles. En ellas me hablaba del tiempo, de su bolsa de pájaros, de un sabroso plato en la cena... de todo lo que veía y hacía, con la alegre certeza de que lo encontraría interesante. Sus cartas siempre incluían uno o dos cariños que yo apreciaba. Nada tan florido como las declaraciones románticas del príncipe, sino sencillas, directas y sinceras.

*—Ha sido un día tan bueno que solo podría haber mejorado con una carta de Liz o Pienso a menudo en ti en tu casita y ansío saber de todas tus actividades en el campo. Por favor, dame la alegría de escribirme tan pronto como puedas.*

Al leer las cartas era imposible dudar de que Charles me amaba de verdad... por el momento. Pero sabía que no podía suponer que duraría. Pronto sus cartas fueron menos frecuentes y menos afectuosas. Cuando volviéramos a Londres, volveríamos a ser amigos de nuevo. Intenté convencerme de que eso era lo que quería.

A finales de noviembre regresé a Londres. Allí encontré a Charles esperándome.

—¡Queridísima Liz! —Corrió hacia mí con los brazos abiertos. Su rostro brillaba de alegría al verme de nuevo—. El país está muy de acuerdo contigo. Estás más guapa que nunca.

Al entregarme a su abrazo, me invadió un dulce calor. Había vivido muchos momentos felices a lo largo de los años, pero ninguno como este. Por intensa que fuera mi euforia, siempre me había faltado algo, algún nuevo objetivo por el que luchar, alguna ambición por cumplir. Esta felicidad me parecía completa.

Después de un largo y cálido beso, nos sentamos juntos cogidos de la mano y compartimos nuestras últimas noticias.

—¡He ganado tres mil libras en Newmarket! —Charles sacó un fajo de billetes de su bolsillo y contó diez, que me entregó con una floritura—. Te lo daría todo, pero tengo que apaciguar a mis acreedores.

—¡Son billetes de cien libras! —Se los devolví, apenas capaz de creer que estaba rechazando dinero de un hombre—. No puedo aceptar semejante suma. No te invité a mi cama en términos comerciales —Solo de pensarlo me ponía enferma.

—¡Claro que no! —Charles parecía como si le hubiera acusado de algo atroz—. Si lo hubieras hecho, mil libras no comprarían ni un solo día de tanta felicidad como la que me proporcionaste.

—Entonces, ¿por qué...?

—Porque —me apretó suavemente los dedos sobre los billetes—, lo que es mío es tuyo. Es la primera vez que una ganancia en el juego me ha proporcionado algo más que un placer fugaz. Te ruego que no disminuyas esa felicidad negándote.

Tenía gastos que cubrir y el dinero me permitiría posponer la búsqueda de otro mecenas hasta que los sentimientos de Charles por mí se enfriaran.

—Si insistes... Gracias, pero debes prometerme una cosa.

—Haría cualquier cosa en mi poder para complacer a mi Liz.

—Que esta sea la última vez que me das el dinero que has ganado en una apuesta. No podría soportar ser la causante de tus apuestas.

Ladeó la cabeza y me observó con una mirada muy entrañable e inquisitiva.

—¿Liz quiere reformarme?

—No, Charles. Solo quiero cambiar algunos de tus hábitos, si me lo permites. Quiero que estés sano y feliz y no me conformaré con la euforia momentánea que producen las cartas.

Temiendo haberle ofendido, esperé a que su mirada se enfriara, pero se volvió más cálida y se suavizó, templada con desilusión.

—Toda mi vida se me ha bendecido con el amor de familiares y amigos que me han dado todo lo que he deseado. Sin embargo, esta es la primera vez que alguien se ha preocupado lo suficiente como para negarme algo por mi propio bien.

Apenas se había reanudado el parlamento tras el receso navideño cuando Charles llegó una noche a casa a altas horas de la madrugada repleto de noticias.

—¡Lord North ha propuesto una coalición entre nosotros derrocar el mandato de Shelburne! —Se metió en la cama y se acurrucó cerca de mí en la oscuridad.

—¿North? —Al despertar de un ligero sopor, me pregunté si había oído bien—. Pero has estado luchando contra ese miserable desde que te conozco. ¿Cómo puedes aliarte con él ahora?

Una risita tembló a través del cuerpo cálido y sólido de Charles.

—Lord North nunca fue un hombre malo, tan solo débil. Incluso cuando nuestro combate político era más hostil, confiaba en él cien veces más que en Shelburne.

—Temo que otras personas malinterpretan tus motivos —Le acaricié la mejilla—. Al igual que malinterpretaron tu dimisión el verano pasado.

Los panfletos satíricos, los escandalosos reportajes periodísticos y las crueles caricaturas que se mofaban de Charles me llenaban de impotente indignación. Esperaba que la prensa no utilizara su aventura conmigo para verter más improperios sobre él.

—Liz no debe preocuparse por mí. Mientras ella y mis amigos piensen bien de mí, el resto puede pensar lo que quiera.

—Claro que pienso bien de ti —apreté la frente contra la suya—. Nada de lo que digan cambiará eso.

Después de casi diez años de amistad, conocía todos los defectos y contradicciones de su carácter. Pero cuanto mejor le conocía, menos me importaban. Poseía la mente más original y el corazón más afectuoso que jamás había conocido. En su compañía, el mundo parecía un lugar más brillante, más cálido, más esperanzador.

Durante el resto del invierno, también me pareció un lugar más emocionante, con mi mesa en el centro. En el parlamento, la coalición Fox-North atacó al gobierno, obligando a Lord Shelburne a dimitir. Durante más de un mes, el rey hizo todo lo que estuvo en su mano para excluir a Charles de la nueva administración. Hizo propuestas a todos los políticos importantes. Ninguno aceptó. Ni siquiera el joven Pitt era lo bastante ambicioso como para intentar gobernar sin el apoyo de Charles.

Mientras tanto, yo tenía tantos problemas para elegir un nuevo patrón como el rey para encontrar un primer ministro. El problema no era que mis favores no se solicitaran. Tenía el caché de una amante real, después de todo, y aún parecía más joven de lo que era. Además, tenía poca competencia estando Dally en Francia y Perdita demasiado enamorada del coronel Tarleton como para pensar en tener un nuevo amante. Aun así, ninguno de los caballeros que pujaban por mis favores me hacía sentir la mitad de viva y adorada que Charles.

Cuando el rey por fin accedió a dejar gobernar a Lord Portland, con Charles de nuevo como secretario de Asuntos Exteriores, observé su regreso al poder con sentimientos encontrados. Me enorgullecía verle en el alto cargo que su talento merecía, pero sabía que sus obligaciones le mantendrían demasiado ocupado para estar conmigo.

Una vez más, Charles me sorprendió. Aunque estaba muy ocupado con los asuntos del gobierno, siempre encontraba tiempo para mí. Mientras veinte de las damas más elegantes del reino se desentendían con la esperanza de bailar con el nuevo secretario de Asuntos Exteriores en el baile de Lady Hertford, él vino a mi casa. Celebramos su victoria con una cena privada antes de retirarnos temprano a dormir.

Cuando el parlamento cesó sus actividades por el verano, Charles dio por sentado que me acompañaría a St. Anne's Hill.

—Qué lugar tan excelente, Liz —Se paseó por los jardines, inhalando una corriente tras otra del aire perfumado de flores—. ¡Qué vistas! Podrían convertir a un hombre en poeta.

—Me alegro de que te guste —Acomodé el brazo entre los suyos y le guie por el recorrido, con el placer de mi pequeño dominio aumentado por el suyo—. Estas son las flores que planté el otoño pasado. Este año quiero empezar un huerto.

—Qué escenario tan perfecto para mi Liz —Me dio una palmadita en la mano—. En Londres brilla, pero en Surrey resplandece. Soy un hombre afortunado por poder disfrutar de su resplandor.

Alquiló una casa en Wimbledon para sus recepciones oficiales, pero la mayor parte del tiempo vivía conmigo. Dábamos largos paseos por el bosque y cavábamos juntos en el jardín. Después de cenar solía leerme sus libros favoritos.

Tras una visita relámpago a Wimbledon, regresó a casa un poco avergonzado.

—Espero que no te importe que haya traído visita, no ocupará mucho espacio. Pensé que unas vacaciones aquí le vendrían tan bien como a mí.

Se volvió e hizo una seña a un niño que caminaba hacia nosotros con una ligera cojera. Reconocí de inmediato las oscuras cejas al estilo Fox del niño, mientras que sus ojos serios e inteligentes me recordaban a los de Richard Fitzpatrick.

—Liz, te presento a mi sobrino, Lord Holland. Un buen joven, ¿verdad? Hijo mío, esta es la señora Armistead. Estoy seguro de que te gustará tanto como a mí. Y a ella le divertirá tener un par de Fox, uno joven y otro viejo.

Devolví la tímida sonrisa del muchacho.

—Bienvenido a St. Anne's Hill, Lord Holland. Estoy encantada de conocerte.

—Gracias, señora —Se inclinó sobre mi mano con la pintoresca formalidad de un niño que ha pasado mucho más tiempo entre adultos que entre otros niños.

—Qué lugar tan bonito tienes.

—¿Qué te parecería un paseo en barca por el río antes de cenar? —propuso Charles—. Esta tarde hay que ir al fondo del jardín para oír cantar a los ruiseñores.

Durante los quince días siguientes, los tres nos lo pasamos muy bien juntos, yendo de picnic, navegando y pescando en el río, jugando a la pelota, a los bolos y al *jack-stone*. Aquellos dulces días de verano fueron lo más cerca que había estado nunca de la maternidad y me sentí muy orgullosa de ello, porque el sobrino de Charles parecía ansiar cada pizca de afecto maternal que yo pudiera darle. Cuando Lord Holland se marchó, me alegró ver que había engordado unos kilos, mientras que Charles parecía haber perdido otros tantos.

—¡Gracias! Me lo he pasado muy bien —Lord Holland me echó los brazos al cuello—. ¿Puedo volver otra vez, por favor?

—Cuando quieras y cuantas veces quieras —Me aferré a él, deseando poder revivir las últimas tres semanas—. Mientras tanto, espero que no te importe que te envíe una carta de vez en cuando para que no me olvides.

—Yo no puedo hacerlo, pero me gustaría recibir cartas.

—Ve al carruaje, jovencito —pidió Charles a su sobrino—. Iré en un momento.

Cuando Lord Holland se fue, Charles me estrechó entre sus brazos.

—Liz, ¿eso que veo son lágrimas? Ya has oído al chico, volverá. Mientras tanto, me tienes a mí. Siempre me dices que actúo como un niño.

—Así es —Tenía la impulsividad de un niño, la honestidad de un niño, las ganas de vivir de un niño y el placer por las cosas más simples—. Yo también te echaré de menos.

—¡No digas tonterías! —Me besó en una mejilla y luego en la otra—. Volveré antes de que tengas tiempo de echarme de menos.

No era eso lo que quería decir, pero lo dejé pasar. Conteniendo las lágrimas, me despedí de ambos Fox.

—¡Dios mío! —Hice un esfuerzo por calmar mis manos temblorosas para poder terminar de leer la carta que sostenían. Acababa de llegar uno de mis criados de Londres informándome de que varios comerciantes habían llamado para reclamar el pago de facturas atrasadas.

¿Tan mal estaban mis finanzas? Me tambaleé y me desplomé sobre la silla más cercana, jadeando como si me estuviera ahogando. Posiblemente pronto me ahogaría... en deudas.

Había intentado que las mil libras que había recibido de Charles me duraran el mayor tiempo posible, pero mantener un carruaje, sirvientes y dos casas era una empresa costosa. Si podía arreglármelas durante otros dos meses, recibiría el pago de mi renta vitalicia. Pero ¿qué otras deudas contraería mientras tanto? Y después de pagarlas, ¿qué me quedaría para vivir?

—¿Hola? ¿Señora Armistead?

Al oír la voz de Richard y su paso rápido, me metí la carta en el bolsillo. Me levanté para saludarle e intenté borrar cualquier signo de angustia de mi rostro. Podría haber engañado a la mayoría de la gente, pero no a él.

—¿Qué ocurre? —Me volvió a sentar en la silla y se arrodilló a mi lado—. Te veo muy pálida.

—Nada, solo me ha asustado tu voz.

—No mientas —me espetó—. Nunca fuiste tan buena actriz.

Durante años había mantenido mi propio consejo, en este tema más que en ningún otro. Sin embargo, anhelaba confiar en alguien y tenía fe en el juicio de Richard.

—Es el... dinero. Charles...

—¡Dios mío! —gritó Richard antes de que pudiera decir otra palabra—. ¿Cómo te has enterado?

¿Enterado? ¿De qué estaba hablando? Su tono me dejó helada.

Si quería saber más, tendría que tirarme un farol.

—De la... misma manera que tú, supongo.

—¿Te lo ha dicho él? —Richard se deslizó en el banco a mi lado—. Para ser uno de los hombres más inteligentes de Inglaterra, puede ser un idiota con las mujeres. Quizá sea mejor que lo sepas, puede que te haga prestar atención a lo que he venido a decirte.

Tal vez, pero antes tenía que averiguar de qué estaba hablando. Algo que ver con una mujer y el dinero, al parecer.

—¿Cuánto le dio?

Mi suposición resultó correcta.

—Trescientas directamente. Envió las otras quinientas al día siguiente, pero ya se había ido.

¿Ocho... cientos... libras? Con eso habría saldado todas mis deudas y me quedaría suficiente hasta el pago de mi renta vitalicia.

—¿Sabe Charles a dónde fue? —Era mejor actriz de lo que Richard creía. ¿Podría engañarle para saber el nombre de la mujer?

Richard se encogió de hombros.

—Supongo que a Dover, con la esperanza de atrapar a Tarleton antes de que embarcara hacia Francia.

¿Tarleton? El nombre me golpeó como un revés. Mientras los comerciantes clamaban por el dinero que no tenía, ¿le estaba dando Charles ochocientas libras a Perdita Robinson?

—¿Qué has venido a decirme, Richard? —Fuera lo que fuese, quería que me lo dijera lo antes posible y luego me dejara resolver lo que tenía que hacer.

—Me preocupa la... relación entre Charles y tú. Creí que habría terminado hace meses.

—Yo también —Mi pensamiento se escapó en un susurro pesaroso.

—Cuanto más dure —dijo Richard—, peor será para los dos cuando termine.

No me estaba diciendo nada que no supiera ya, pero me estremecí igualmente. ¿Había llegado ya demasiado tarde para romper con Charles sin romperme el corazón?

## CAPÍTULO VEINTIUNO

—Y a están hechas las maletas, señora —Mi criada me entregó la llave del baúl—. ¿Cuándo le digo al señor Sloan que deseas partir?

—En una hora, si puede tener el carruaje listo para entonces —Sería tiempo suficiente para un último paseo por el lugar—. Dile a Cook que dé de comer a todos antes de irnos. Cuando estemos de camino, no quiero parar excepto para cambiar los caballos.

Después de mi charla con Richard, sabía que solo tenía una vía disponible. Debía irme al extranjero para escapar de mis acreedores hasta que pudiera reunir el dinero para pagarles.

Y para escapar de mi ruinoso enredo con Charles.

—¿Y tú? —Los ojos de la chica bailaban de emoción. Este sería su primer viaje al extranjero—. ¿Le digo a Cook que te prepare la comida?

—No tengo hambre, Mary, solo quiero aire fresco. Ven a mí cuando Sloan esté listo para partir.

Salí al jardín, con un peso en el corazón que crecía a cada paso. Todas las fragantes flores se habían caído de los rosales, pétalo a pétalo, dejando tan solo espinas y amargos tallos escarlata. Los ruiseñores habían volado a sus hogares invernales en el sur. La próxima primavera volverían a cantar, pero ya no estaré aquí para oírlos.

Me prometí que volvería algún día, cuando todas mis deudas estuvieran saldadas y Charles hubiera encontrado una nueva compañera. Pensar en él me hizo sonreír... y luego suspirar. Esperaba que no se tomara a mal que le hubiera dado la noticia por carta. No podía mirarle a los ojos y decirle lo que tenía que decirle sin traicionar lo que sentía por él.

Solía hablar como si quisiera que estuviéramos siempre juntos. Me honraba creer que me quería más que a ninguna otra mujer. Eso no significaba que sus sentimientos fueran a durar para siempre. Los tratos entre hombres y mujeres habían sido mi negocio durante muchos años. Sabía que la pasión, el deseo y el amor eran como mis rosas. Por vívidas y dulces que fueran, el tiempo las destruiría.

—¿Liz? ¿Dónde estás? —El sonido de la voz de Charles me sacudió el corazón como el tacto de unos dedos hábiles sobre las cuerdas de un arpa. La melodía que tocaba era compleja, con algunas notas discordantes y un hilo conmovedor en la armonía.

—Aquí.

Apenas había terminado la palabra cuando se acercó saltando por el sendero. Sus fieras cejas oscuras estaban fruncidas en una expresión de miserable ansiedad, pero sus ojos irradiaban tanta ternura que apenas pude soportarlo.

—¡Mi queridísima Liz! —Me cogió las manos y me besó una y luego la otra—. No puedes imaginar el alivio que siento de encontrarte todavía aquí. Temía que te hubieras ido. Habría

tenido que dimitir de mi cargo, reunir los fondos que pudiera y seguirte a Spa o a San Petersburgo o... a Samarcanda, si fuera necesario.

Resistí el impulso imperioso de besarle.

—Siento haberte angustiado. Pensé que escabullirme en silencio sería lo más fácil para los dos. Quizás fui una cobarde. Tenemos que hablar para que entiendas por qué debemos separarnos.

Negó con la cabeza, la imagen de la dulce terquedad.

—Si Liz puede persuadirme a que nos separemos, entonces le tendría que dar mi escaño en el parlamento, porque tendría más éxito en los debates del que yo he tenido nunca.

A pesar de mi desdicha, tuve que sonreír ante la escandalosa idea de una mujer en el parlamento.

—Eres un hombre sensato. No debería ser difícil hacerte entrar en razón.

Empecé a caminar, con los brazos alrededor de mí. Aunque el día era bastante suave para principios de noviembre, me dolían los huesos por el frío de cien heladas.

—¿Cómo podría no amarte, Charles? Edmund Burke tenía razón cuando dijo que estabas hecho para amarte, pero debo ganarme la vida y solo conozco una forma de hacerlo.

Charles se puso a mi lado, con la respiración acelerada.

—¿Es esa la vida que quieres para ti, sin ataduras, solo transacciones? ¿Te conformas con la codicia de un mes o un año cuando podrías ser amada para siempre?

Esa palabra hizo que me detuviera en seco.

—¿Es eso lo que me ofreces?

Respondió encogiéndose de hombros y suspirando, con las palmas de las manos abiertas y vacías.

—Es todo lo que tengo. Pero sería el hombre más feliz del mundo si dedicara el resto de mi vida a mi Liz.

Ansiaba tanto creerle... pero media vida pasada en la fugaz compañía de distintos hombres argumentaba lo contrario.

—Podría ser mucho tiempo, ya lo sabes. Es una maravilla que nos hayamos llevado tan bien durante un año. Somos tan diferentes como pueden serlo un hombre y una mujer. Tus antepasados fueron reyes, mientras que yo vengo de Vinegar Alley. Eres uno de los hombres más inteligentes del reino y yo nunca fui al colegio de señoritas. Eres uno de los hombres más queridos y estimados de nuestro tiempo, pero yo soy una de las mujeres más notorias. ¿Sigo?

—Si me lo permites —Tomó mis manos entre las suyas—. Eres la mayor belleza que jamás haya adornado un salón de baile londinense. Yo soy bajo y redondo, con un rostro que solo un caricaturista podría amar. Tú te has ganado una buena fortuna, mientras que yo he malgastado una mucho mayor sin tener nada que demostrar. Si hiciéramos un balance de todo eso, creo que estaríamos en paz. ¿Pero qué importa, Liz? El corazón es un mal contable.

—Un sentimiento muy bonito —Me defendí con la única arma que me quedaba—. Quizás tu corazón no pueda calcular la suma de 800 libras que le diste a Perdita Robinson. El mío puede calcularlo bastante bien y no suma la devoción de toda una vida —Mi voz se quebró en un gemido humillante—. Al menos, no para mí.

—¡Liz! —Ni siquiera tuvo la delicadeza de parecer culpable—. La pobre acudió a mí como última esperanza para salvar a Tarleton de sus acreedores, para que no huyera a Francia.

Richard había mencionado al coronel Tarleton, pero mi suspicacia y mis celos se habían apoderado de Perdita, sin pensar en por qué podía necesitar dinero de Charles.

Ante mi silencio aturdido y avergonzado, añadió:

—Conseguí el dinero para ella porque sabía cómo me sentiría yo en su situación si la persona a la que amaba más que a todo el mundo estuviera endeudada y a punto de huir del país sin mí.

En ese momento, algo se rompió dentro de mí. O se liberó de sus ataduras. No importaba si Charles me amaba o no, pero yo sí que le amaba y no podía negarlo ni huir de ello. Solo conocería la felicidad entregándome a él sin retener nada. Me eché sobre su robusto hombro y me aferré a él, ocultando el rostro.

Me acarició la espalda y me canturreó su cariño.

—¿Significa esto que te vas a quedar?

Me obligué a mirarle a los ojos.

—Todo el tiempo que quieras.

Charles esbozó una sonrisa tan luminosa que por un momento pensé que había vuelto la primavera.

—Te advierto que eso significa para siempre. Y prométeme que nunca volverás a dejarme. He sido más desgraciada estos últimos días que nunca en mi vida.

—Nunca te dejaré en contra de tus deseos.

Parecía satisfecho.

—Entonces eso significa nunca jamás.

No le contradije, aunque sabía que mi promesa no era exactamente lo que él creía.

Casi tan rápido como había llegado al poder, las maquinaciones del rey George derrocaron a la coalición Fox-North. Esta vez, el joven señor Pitt no tuvo escrúpulos en aceptar el cargo de Primer Ministro. Charles y sus partidarios atacaron al nuevo gobierno, pues creían que había llegado al poder de forma ilegal. Al final, el parlamento se disolvió y se convocaron elecciones.

—¿Cómo me las arreglaré sin mi Liz? —preguntó Charles cuando me dispuse a ir al campo por mi cuenta—. Cuarenta días es mucho tiempo.

—No digas tonterías —Me negué a dejarme conmover por su cara larga y sus ojos suplicantes—. Estarás ocupado en la campaña electoral a todas horas. Mi presencia solo sería una distracción. Además, no necesitas historias peores sobre ti en la prensa.

—Bueno, si es necesario... —Charles suspiró—, entonces es necesario.

Besé el dedo índice y lo posé en el hoyuelo de su barbilla.

—Te escribiré todos los días con las noticias de St. Anne's Hill y tú me escribirás notas cuando puedas.

Le alisé el borde del cuello.

—Procura mantener un horario regular y no bebas demasiado vino ni comas alimentos demasiado ricos en grasa. Asegúrate de tener el abrigo cepillado y la ropa limpia antes de salir a hacer campaña. Un candidato desaliñado no suele ganar votos.

De vuelta en St. Anne's Hill, me dediqué a llenar de plumas nuestro rústico nido, plantando más flores y escribiendo cartas de ánimo a Londres. Mi pobre querido necesitaba todo mi ánimo, porque el rey estaba decidido a derrotarle por todos los medios. Al principio de la votación, Charles iba a la zaga por cincuenta votos.

Me escribió:

—*Me llegan muchas malas noticias de todas partes, pero creo que las desgracias, cuando se me presentan, me levantan más el ánimo en lugar de hundirlo. Hay pocas cosas que no pueda resistir, y la mayor parte de ellas están en tu mano evitar que sucedan.*

El Viernes Santo el margen se había ampliado a casi trescientos. Charles siguió escribiéndome:

—*Debo continuar, aunque muy en contra de mi voluntad. Espero que hoy hayas comido*

*bollos. ¡No sabes cuánto deseo ver a mi Liz!*

Pero después de Pascua su suerte mejoró y empezó a ganar terreno a su oponente favorito. Aunque Charles nunca mencionó por qué, los periódicos informaron que la duquesa de Devonshire y otras damas liberales habían empezado a hacer campaña por él. Llevando colas de zorro en los sombreros, incentivaban a los votantes a las urnas en sus carruajes e incluso intercambiaban besos por votos.

—Antes jugaban con la guerra y hoy juegan con la política —murmuré, tirando un ejemplar del Herald.

Pero después Charles se adelantó en la votación.

—*Ahora, como ves, llevo veintiún puntos de ventaja. Gran parte del placer de mi triunfo consiste en pensar que a mi Liz le va a complacer.*

En mi respuesta le aseguré que estaba muy orgullosa de él, aunque lo estaría tanto en la victoria como en la honrosa derrota. Me contestó:

—*Cómo anhele una visita tuya. Este año me he acostumbrado a verte mucho y empiezo a inquietarme cuando paso tres días sin ti.*

Finalmente, tras una reñida campaña en la que muchos otros miembros de la coalición cayeron derrotados, Charles fue elegido. Una vez más, una multitud jubilosa le acompañó por las calles, tras lo cual el Príncipe de Gales le agasajó con un suntuoso desayuno en Carlton House.

En cuanto pudo separarse de las celebraciones, Charles cabalgó hasta St. Anne's Hill. Le recibí con los brazos abiertos y una cena festiva con su asado de cerdo favorito. Después nos acostamos temprano para lo que mi ángel declaró que había sido la celebración más deliciosa de su elección.

Disputar unas elecciones contra un enemigo tan determinado y poderoso costó mucho. Aunque muchos partidarios ricos dieron sus aportaciones, las deudas de Charles aumentaron. Una vez fuera del cargo, sus acreedores se abalanzaron sobre él. Temía que intentara recuperar su fortuna apostando.

Así que tomé una medida que antes no habría podido contemplar. Vendí los contratos de arrendamiento de mis casas en Londres, junto con mis dos anualidades, por una suma considerable. Entregué todo a Charles para que pagara sus deudas más acuciantes.

—Pero... Liz... —Parecía bastante desconcertado cuando le conté lo que había hecho—. No puedo quitártelo.

—¿Por qué no? —Además del miedo que esperaba sufrir ante esta entrega de mi seguridad mundana, también sentí un alivio inexplicable, como si me hubiera desprendido de una carga invisible—. Tú mismo lo dijiste, nuestros intereses son uno.

—¡Te ruego que lo reconsideres, querida! —Su voz se quebró—. Esto es todo lo que tienes en el mundo. No puedo soportar pensar qué sería de mi Liz si algo me sucediera.

—Yo tampoco, aunque no por lo material —La idea de un mundo sin Charles era demasiado sombría para considerarla—. Por favor, acéptalo. Nada podría hacerme más feliz que aliviar tus cargas.

Quizás solo una cosa, me encantaría darle un hijo. Hacía varios meses que tiré la baqueta y la solución limpiadora que había usado escrupulosamente durante tantos años para evitar el embarazo. Desde entonces no había concebido, pero tal vez ahora que la separación y el estrés de las elecciones habían terminado...

—Quiero hacerte feliz, Liz. Dios sabe que tengo poco más que ofrecerte. Pero lo que tú ofreces...

Traté de explicar por qué era tan importante para mí, aunque no lo entendía del todo.

—Sabes cómo he ganado este dinero.

—¿Qué quieres decir? Ambos hemos sembrado nuestra parte, pero al final hemos recogido una buena cosecha, ¿no? Además, tengo mucho más que reprocharme en la pérdida de mi fortuna que tú en la ganancia de la tuya.

Su completa y sincera aceptación de mi pasado me hizo amarle más que nunca.

—Es posible que así sea, pero esta sería mi manera de romper con todo y comprometerme contigo para siempre. ¿No es eso lo que quieres?

Abrió la boca para hablar y volvió a cerrarla. Durante unos instantes le costó serenarse.

—Y me llaman a mí orador persuasivo. No tengo más remedio que aceptar cuando Liz plantea las cosas en términos tan amables. Bendita seas, mi ángel.

Podíamos ser pobres en dinero, pero éramos ricos en nuestra devoción mutua y en la amabilidad de nuestros amigos.

—Un banquete delicioso, señora Armistead —declaró Bob Spencer un día a principios de verano, mientras apartaba su silla de la mesa—. ¡El pollo es de los más tiernos que he comido y no hay palabras para describir los espárragos!

—Hay una gran diferencia —le contesté con satisfacción—, cuando van directamente del huerto al plato sin pasar por el mercado de la ciudad. Espero que hayas dejado sitio para las fresas y las natillas.

—Después —dijo Charles—, ¿ayudamos a la digestión con un paseo por el río? ¿O te resultará demasiado aburrido, Richard, después de volar en globo?

Richard se encogió de hombros, tan despreocupado de su seguridad como de su dinero en las mesas de juego.

—Ha sido toda una sensación volar y contemplar el mundo a vista de pájaro.

—Tengo que probarlo —Bob saboreó una cucharada de fresas—. Creo que viajar en globo se pondrá de moda pronto.

—Dejaré este tipo de aventuras a vosotros, intrépidos caballeros —dije—. Una cobarde declarada como yo prefiere mantener los pies bien plantados en el suelo.

—No eres cobarde, señora Armistead —Richard habló en tono de broma. Dudaba que Charles o Bob notaran la frialdad de su mirada. Pero yo sí, y me dolió—. Después de todo, mantienes a un Fox hambriento en casa. Eso requiere valentía.

Charles miró el cuenco vacío y se echó a reír.

—Liz no tiene nada que temer de su viejo Fox. Es tan manso como un perrito faldero: come de su mano y siempre acude cuando se le llama.

Aunque Richard se unió a la risa de sus amigos, sospeché que era tan forzada como la mía. Algo había cambiado entre nosotros después de aquel día en que me había instado a separarme de su amigo.

—Me sorprende —dijo Bob mirando fijamente a Charles—, lo bien que te sienta este lugar. Nunca lo habría imaginado. Y me atribuyo el mérito de haber presentado el lugar a la señora Armistead.

Cogí la última baya del cuenco, plenamente consciente de que me había acostado con los tres caballeros que estaban sentados a mi mesa.

—Estoy en deuda contigo —Charles levantó la copa hacia su amigo sin el menor signo de incomodidad—. Este lugar cada vez me gusta más, al igual que su encantadora inquilina. De hecho, solo hay una cosa en el mundo que lamento.

—El deplorable estado de nuestra suerte política —sugirió Richard dando un trago a su copa de vino.

Charles negó con la cabeza.

—¡Anímate, viejo amigo! Habrá otras elecciones y un trabajo honorable en la oposición.

—Entonces, ¿qué lamentas? —preguntó Bob.

Charles miró a su alrededor con un suspiro. La habitación era estrecha y estaba mal iluminada, pero allí habíamos compartido muchas comidas felices.

—Las dos mil libras que costaría comprarle este pequeño paraíso a tu hermano. Pero como si fueran dos millones, es poco probable que pueda reunir semejante suma.

No volví a pensar en ello hasta tres semanas más tarde, cuando llegó una carta de aspecto oficial para Charles. Me acerqué mientras la abría, preocupada por si contenía malas noticias.

—¡Santo cielo! —murmuró—. Es del agente del duque de Marlborough. Su Excelencia se complace en ofrecernos la propiedad de St. Anne's Hill con sus edificios, pastos, bosques y tierras de cultivo por dos mil libras.

—Sí, pero también dijiste que...

Charles hizo un gesto con la mano para hacerme callar y siguió leyendo.

—¡La suma de la cual nos adelantará para una hipoteca sobre la propiedad a un interés anual de cien libras!

Eso era menos que mi alquiler. ¡Y la propiedad sería nuestra!

Charles saltó de su silla y me abrazó. Bailamos alrededor de nuestra pequeña biblioteca hasta que caímos mareados de felicidad.

Para mantener nuestra querida casa a salvo de los últimos acreedores de Charles, la compra se hizo a mi nombre. A principios de septiembre firmé los papeles que hacían nuestra St. Anne's Hill. Después celebramos una pequeña cena para celebrarlo, en la que Bob Spencer fue el invitado de honor.

Propuse un brindis por Bob y su amabilidad. A continuación, Charles levantó la copa.

—Amigos míos, espero que todos brindéis conmigo por la salud y la felicidad de mi muy querida señora Armistead, la Dama de la Colina.

Apenas se había secado la tinta de las escrituras cuando una apasionada tormenta descendió sobre nosotros, encarnada en la persona del Príncipe de Gales. Estaba violentamente enamorado... otra vez. Esta vez el objeto de sus afectos no era una cortesana cuya compañía pudiera contratar, ni una mujer elegante casada deseosa de hacer una conquista real.

La señora Fitzherbert era una respetable viuda católica que se tomaba en serio su religión y su reputación. No estaba dispuesta a conceder sus favores al príncipe bajo ninguna condición que no fuera el matrimonio, que sería ilegal debido a su posición y a su religión. Cuando las atenciones del príncipe se volvieron demasiado implacables, ella huyó a Europa y le dejó desconsolado.

—No puedo vivir sin mi amado ángel —Se tiró en un sofá de nuestra sala de lectura y sollozó durante una hora, a pesar de nuestros esfuerzos por consolarlo y razonar con él.

—¡Renunciaría a todos los títulos que poseo por ser su amante y esposo! —El príncipe se tiró al suelo y se revolvió enloquecido.

—Cálmate —le supliqué—. Si la señora Fitzherbert se preocupa por ti, no desearía que te angustiaras tanto por su culpa.

—¿Si se preocupa por mí? —chilló el Príncipe—. ¿Acaso crees que no? —Empezó a rasgarse el pelo con una mano y a golpearse la frente con la otra.

—¡Claro que se preocupa! —Lancé una mirada hosca a Charles—. Estoy segura de que sí, y por eso no le gustaría verte de esta manera.

El príncipe me echó los brazos al cuello, enterrando la cara contra mi hombro, lo que hizo

que Charles frunciera el ceño.

—Juro que abandonaré el país y renunciaré a la Corona por ella si es necesario.

—Pero, muchacho —gritó Charles—, ¿cómo la vas a mantener?

—¡Venderé todas las joyas y la vajilla! De alguna manera reuniré la c-competencia para volar con mi amor a América, donde podremos ser libres para vivir juntos.

Me preguntaba qué clase de bienvenida darían los americanos a un hijo del rey George.

—No te precipites —Charles me soltó suavemente del agarre del príncipe—. Tal vez se pueda hacer algo.

A pesar de todas sus histéricas declaraciones de devoción a la señora Fitzherbert, intuí que, si Charles no estuviera allí, el príncipe podría haber buscado aliviar su pena y frustración en mi cama.

—Querido Charles —El príncipe lo abrazó cálidamente—. ¡Eres tan inteligente que estoy seguro de que encontrarás alguna forma de ayudarme!

Cuando se fue, me desplomé en un sillón.

—Compadezco al muchacho —murmuró Charles—. ¿Cómo no iba a compadecerme? Me sentiría como él si las circunstancias conspiraran para separarme de mi Liz —Hizo una mueca—. Aunque no lo demostraría de esa forma tan apasionada.

Después de ese disgusto, nos establecimos en una vida doméstica de satisfacción. Charles fue a Londres para la sesión de primavera del parlamento y se alojó en una casita que cogimos en South Street. Le hice breves visitas para ir de compras y al teatro, pero nunca me quedaba mucho tiempo en la ciudad. Temía que algún caballero, sin saber de mi exclusivo apego a Charles, intentara solicitar mis favores.

Cuando el tiempo se hizo más cálido, Charles vino a casa a St. Anne's Hill con más frecuencia, a menudo trayendo a sus amigos para compartir nuestros placeres rurales. Como Eton estaba a solo diez millas de distancia, mi joven Fox podía visitarnos a menudo, para nuestro deleite. Su presencia me permitía dar rienda suelta a mis sentimientos maternos, pero también me recordaba cuánto anhelaba tener mi propio cachorro Fox.

En pleno verano, St. Anne's Hill estaba en su mejor momento, con el sol brillando, todas las plantas en flor y los pájaros llenando el bosque con sus cantos. Charles salió con un delantal verde de jardinero a podar los árboles frutales. Después de su frenética juventud, parecía deleitarse con aquella tranquila ociosidad.

Con la llegada del otoño, se marchó a cazar a Norfolk y a las carreras de octubre en Newmarket. Yo me quedé en Surrey, disfrutando de la cosecha en una soledad ajetreada, lo que me hizo apreciar aún más la compañía de Charles cuando regresó.

Me escribió muchas cartas desde Norfolk, como había hecho durante el primer arrebato de nuestra relación amorosa. El afecto que expresaba en esos mensajes se hizo aún más ardiente con el tiempo.

—Adiós, mi queridísima Liz. ¡Eres lo que más quiero en este mundo!

En noviembre, Charles regresó para una emocionante reunión y para celebrar el cumpleaños de su querido sobrino, antes de partir de nuevo al parlamento. El día de Navidad dimos vacaciones a los criados mientras lo celebrábamos tranquilamente con la familia. En la noche de Reyes organizamos una celebración más animada, invitando a nuestros vecinos del campo a escuchar música, bailar y comer.

Mes tras mes y año tras año, sin que ni siquiera un aborto me hiciera pensar que podía concebir, fui perdiendo poco a poco la esperanza de tener un hijo con Charles. Aunque era uno de los pocos temas de los que nunca hablábamos, intuía que él también quería. Sabía que tenía

un hijo y una hija de distintas mujeres con las que había mantenido una breve relación. El niño, Harry, era sordo. Vivía con la familia de un vicario de Kent, que cuidaba muy bien de él.

La hija de Charles tenía seis años cuando su padre me preguntó un día:

—Liz, ¿te importaría que Harry y la pequeña Harriet vinieran por Navidad? Creo que ya son lo bastante mayores como para recibir una visita, si tú estás dispuesta.

—¡Por supuesto, querido! —Sabía, por lo que sentía por su sobrino, cuánto podía querer a un niño. ¿Cuánto más podía querer a los hijos de Charles, aunque no fueran míos?

Aquel año disfruté más que nunca de la Navidad. El pequeño Harry era la viva imagen de su padre y bastante inteligente, aunque no oía ni hablaba. Charles y él se comunicaban por medio de signos con los dedos. Harriet no se parecía a ninguno de los Fox. Era bizca, pero por lo demás bastante guapa, y charlaba como una urraca. Después de que aquella primera visita rompiera el hielo, trajimos a los niños para que se quedaran con nosotros a menudo.

Cuando el lugar bullía con nuestras alegres actividades, recuperé la dulzura medio olvidada de una familia devota.

Ojalá el resto del mundo hubiera sido tan feliz y pacífico como St. Anne's Hill.

Charles consideró la toma de la Bastilla como un gran triunfo sobre la tiranía, pero mucha gente en Inglaterra se alarmó por la creciente violencia en Francia. No veían con buenos ojos a los partidarios de las reformas. Algunos de los amigos de Charles empezaron a distanciarse de sus principios liberales.

Ayudado por un pequeño número de devotos seguidores, Charles se opuso a la Ley de Extranjería, a la Ley de Correspondencia Traidora y a la suspensión del Habeas Corpus. Aunque el Primer Ministro Pitt afirmaba que esas medidas represivas eran necesarias para garantizar la seguridad del país, Charles creía que su ataque a las libertades civiles suponía una amenaza mucho mayor.

La prensa le atacó como nunca antes, llamándole traidor a la patria y comparándole con los revolucionarios más sanguinarios de Francia. Aunque él juró que sus insultos no le impedirían actuar según sus principios, yo sabía que le escocían. Hice todo lo que pude para proporcionarle un pequeño remanso de felicidad en St. Anne's Hill.

Un día de junio de 1793, después de una mañana dedicada a la jardinería, jugamos a pasarnos un volante de plumas de un lado a otro, contando el número de voleas que podíamos mantenerlo en el aire. Después de quinientas cuarenta y siete, fallé un tiro, así que nos retiramos a la veranda para leer el correo con un vaso de limonada bien fría.

—¡Una carta del jovencito! —exclamé al reconocer la letra de Lord Holland. La cogí para leerla, pues Charles tenía mucha correspondencia política.

—¿Qué tal le va por Italia? —preguntó Charles mientras echaba un vistazo a su parte del correo.

Lord Holland había salido al extranjero en su Grand Tour, un viaje bastante restringido teniendo en cuenta el número de países europeos en guerra.

—Muy bien, aunque dice que le muerden las pulgas de las posadas. Le encanta la escuela de pintura de Bolonia, pero no le gustó el fresco de Correggio. Cómo me gustaría poder estar allí para disfrutarlo todo con él... ¡menos la parte de las pulgas, por supuesto!

—Puede que se cumpla el deseo de mi Liz —Charles habló en un murmullo aturdido mientras miraba la carta que tenía en la mano.

—Querido, ¿ha muerto alguien y te ha dejado un poco de dinero? —Sabía que a Charles no le haría ninguna gracia.

—No —Me entregó la carta.

—Tengo el honor de informarle... —Leí las palabras murmurando algunas en voz alta—, ...contribución recaudada... bienquerientes de todo el país... alivio de sus deudas. ¡Vaya, qué amable es Kins!

Más tarde descubrimos que varios amigos de Charles, entre ellos su viejo oponente en duelo, el señor Adam, habían organizado un comité para recaudar fondos en su nombre. Muchos de los donantes eran comerciantes, granjeros, campesinos... la gente corriente a la que Charles decía representar. Se había recaudado suficiente dinero para pagar todas sus deudas y poder mantenerse en el futuro.

Charles estaba encantado. No solo porque aliviaba nuestras preocupaciones financieras, sino por la fuente.

—*Creo que es lo más honorable que le ha ocurrido a nadie* —escribió a su sobrino. Otros habrían sido demasiado orgullosos para aceptar semejante regalo, pero Charles creía que el orgullo era la pasión de las mentes pequeñas, oscuras e intrigantes. Consideraba aquellas contribuciones como un espaldarazo popular a sus creencias y a sus esfuerzos en favor de ellas.

Resultó que no utilizamos nada del dinero para ir al extranjero. La agitada violencia del continente no consiguió que nos alejáramos del remanso de paz de nuestra pequeña colina. Para entonces, Charles y yo llevábamos diez años juntos y estábamos más enamorados que nunca.

—*Es un consuelo para mí en cada desgracia* —escribió a su sobrino en una carta que ojeé—, *y me hace disfrutar el doble de cada suceso agradable de la vida. Hay un encanto y un deleite en su compañía que el tiempo no desvanece en lo más mínimo. Y por la bondad de su corazón, si alguna vez tuvo una igual, nunca tuvo una superior.*

Se me hizo un nudo en la garganta al leer aquellas palabras, porque expresaban perfectamente lo que yo sentía por él. Aunque a veces parecía no oír ni una palabra de lo que yo decía si sus pensamientos estaban en otra parte, aunque no sabía trincar bien un asado ni para salvar su vida y aunque era felizmente inmune a las pulgas de las posadas extranjeras que me picaban hasta la muerte, le adoraba con todo el afecto que había atesorado en mi corazón durante tantos años.

Aunque ya tenía más de cuarenta años y me estaba volviendo más bien robusta, aunque me hubiese acostado con muchos hombres, incluidos sus amigos más queridos, y aunque no podía darle un hijo, me hizo sentir, por primera vez en mi vida, segura de su amor.

Al año siguiente, ambos nos sentimos amargamente decepcionados cuando Lord Holland escribió que no regresaría de Italia a tiempo para celebrar su mayoría de edad. Sin embargo, pronto tuve una idea para entretenernos. Hacía tiempo que Charles deseaba tener un pequeño templo en el jardín. Ahora que nuestras finanzas estaban en mejor estado, podíamos permitirnos construir uno. Aunque el jovencito aún estaba en el extranjero, decidimos celebrar su mayoría de edad con una fiesta. Mientras Charles se iba de caza, yo enviaba las invitaciones, encargaba las provisiones y supervisaba la limpieza de la casa.

Unos días antes del regreso de Charles, Richard llegó una tarde desde la cercana Sunninghill. Nos visitaba a menudo, pero en los últimos diez años nunca había venido cuando Charles no estaba en casa. Le di una calurosa bienvenida, aunque un poco cautelosa.

Me entregó una hoja de papel.

—Los versos que pediste para dedicar al Templo de la Amistad. Es apropiado que Charles y tú construyáis uno, los dos hacéis de ella casi un credo.

Su tono desenfadado se volvió serio.

—¿Hay alguna posibilidad de que podamos volver a ser amigos, Elizabeth? Y no solo como las dos personas que Charles más quiere llevándonos bien por él.

La pérdida de su amistad había sido mi único pesar durante estos años tan bonitos con Charles.

—Eso depende completamente de ti. ¿Me perdonas por no haber seguido tu consejo de separarme de él? Lo intenté, pero estaba fuera de mi alcance.

—Fui yo el que se equivocó al pedírtelo, me doy cuenta ahora. Temía que mis sentimientos envenenaran nuestra amistad.

¿Se refería a los celos? ¿De cuál de los dos había estado celoso y qué amistad había temido destruir? ¿La de ambos, tal vez? ¿Cómo habrían sido nuestras vidas si él y yo no hubiéramos tenido tanto miedo de arriesgar nuestra amistad por algo más profundo? No podía arrepentirme de cómo había salido todo.

Le ofrecí la mano a Richard. Por un momento pensé que me la iba a besar, pero en lugar de eso, la envolvió con las dos suyas y sonrió. No hablamos más, pero creo que los dos lo entendimos.

—Hasta el tiempo te favorece, señora Armistead —dijo Bob Spencer cuando llegó a nuestra fiesta con el señor Sheridan a cuestas—. ¡He visto agostos más fríos que este noviembre!

El clima templado fue un gran alivio. Nuestra lista de invitados había crecido tanto que no estaba segura de poder meterlos a todos a la vez en nuestra pequeña villa.

—Creo que este lugar tiene algo de magia que concede deseos especialmente queridos. Háblale al señor Sheridan del pozo sagrado, Lord Robert.

Me volví para dar la bienvenida a otro grupo de invitados. William Adam se inclinó sobre mi mano.

—Es mérito de su generosidad, señora, que se me admita en una celebración de la amistad. Recuerdo la mirada gélida que me dirigió una mañana hace mucho tiempo en Hyde Park.

Aunque nunca podría recordar aquel día sin ser consciente de todo lo que podría haberme costado, esbocé una sonrisa.

—Debo hacerme eco del sentimiento que el señor Fox expresó una vez en la Cámara de los Comunes, señor. Mis amistades son perpetuas. Mis enemistades no. Has demostrado ser un amigo incondicional desde entonces. Una docena de años de apoyo y respeto seguramente compensan algunos momentos imprudentes.

Inclinándome más cerca, susurré:

—Además, tu duelo fue la excusa para que besara por primera vez al señor Fox.

Así fue, mi felicidad aumentaba con cada nuevo invitado, con cada afectuoso saludo que intercambiaba. Cuando todos nuestros invitados se reunieron, los condujimos al jardín, donde recibimos muchos cumplidos sobre el pequeño edificio de ladrillo con bandas de piedra.

—Para celebrar este cumpleaños tan especial de nuestro querido Lord Holland —dijo Charles—, y para rendir homenaje a nuestros muy queridos amigos, dedicamos este Templo de la Amistad.

Desvelé la inscripción en latín, que se podría traducir así:

*Para conmemorar el cumpleaños de Henry Richard Lord Holland, que alcanzó la edad de veintiún años el veintiuno de noviembre de 1794, día felizmente celebrado aquí, Charles y Elizabeth, que, aunque no son sus padres, lo aman con amor paternal, construyeron tal y como juraron este templo sagrado para él y para la amistad.*

Todos aplaudieron y vitorearon. Luego Richard leyó los versos que había compuesto para la ocasión, por los que yo encabecé los aplausos y le besé en la mejilla. Terminada la breve ceremonia, volvimos a la casa para comer, beber y bailar. Cuando Charles y yo intercambiamos una cariñosa mirada a través de nuestro agradablemente abarrotado salón, mi corazón intentó

contener la felicidad.

Entonces, justo cuando menos lo esperaba, mi pequeño mundo feliz y seguro dio un vuelco.

## CAPÍTULO VEINTIDÓS

Con un suspiro de satisfacción, levanté la vista de las flores que estaba plantando alrededor de nuestro Templo de la Amistad. Me invadieron unos gratos recuerdos al rememorar el feliz día del otoño pasado en que lo habíamos dedicado. Por un momento casi pude oír el traqueteo de los carruajes que subían por el camino y el saludo de un amigo.

—¡Hola, señora Armistead! —Eso no era un recuerdo.

Me levanté tan bien como me lo permitieron mis rodillas reumáticas y saludé al señor Adam mientras descendía de su carruaje.

—¡Qué agradable sorpresa, señor! Estaba pensando en la última vez que estuvo aquí, en la celebración de la mayoría de edad de Lord Holland.

—¿Volverá pronto de Italia el jovencito? Estoy deseando verle ocupar su lugar en la casa con el señor Fox.

—No tiene planes definitivos por el momento —Metí los guantes de trabajo en el bolsillo de mi delantal de jardinería—. La situación en Europa sigue muy inestable, aunque espero que sea pronto. Su tío y yo anhelamos volver a verle.

Las facciones del señor Adam se tensaron.

—¿Está el señor Fox en casa? Hay un asunto que debo discutir con él.

Algo tan urgente como para venir hasta aquí en un bonito día de verano con una mirada ansiosa en los ojos. ¿Una situación política? No creo, el parlamento no se reanudaría hasta el otoño. ¿Alguna dificultad con el fondo para la manutención de Charles?

—Lamento que haya venido desde tan lejos. Charles y Richard Fitzpatrick partieron esta mañana hacia Kent para visitar a Lord Robert Spencer. No los espero de vuelta hasta el fin de semana.

Los dedos del señor Adam bailaron nerviosos alrededor del ala de su sombrero.

—Debería haber enviado un mensaje, pero rara vez oigo que se aleje de casa en verano.

—Le diré al señor Fox que ha venido de visita y haré que se reúna contigo —Me dirigí a la casa—. Ven a tomar algún refrigerio después del largo viaje.

—No te molestes, señora. Si el señor Fox no está aquí, debo irme.

¿Creía que comprometería su reputación tomar el té conmigo? Mis días como cortesana famosa habían terminado hacía mucho. Por muy glamurosos que hubieran sido, no los echaba de menos.

—Quédate, no me sentiré bien si te despido sin probar bocado.

—De acuerdo —Aunque todavía vacilante, el señor Adam me siguió—. No puedo rechazar su amable invitación.

Durante el almuerzo, utilicé todas las artes de la persuasión para averiguar qué quería mi

invitado con Charles. Con cada evasiva crecía mi curiosidad, hasta que reventó los lazos de la sutileza.

—Perdóname, señor, pero es evidente que estás ansioso por hablar con el señor Fox. Como tantos asuntos que le conciernen a él también me conciernen a mí, debo insistir en que me digas qué ocurre.

—¡No te preocupes, señora! Puede que no tenga importancia, es solo un malentendido por parte de ciertas personas. He pensado que el señor Fox debería saberlo para que pueda aclarar el asunto antes de que se convierta en pasto de periódicos y vendedores de prensa.

Ahora más que nunca tenía que saberlo. Supliqué hasta que el pobre hombre cedió.

—Se trata de la señora Coutts...

¿La esposa del banquero? Mi ánimo se hundió.

—¿Qué le ocurre?

—Cuando hablé con la señora ayer... —El señor Adam parecía aliviado de quitarse el peso de encima—, parecía segura de que habría un acontecimiento feliz en un futuro próximo en relación con el señor Fox y su hija, la señorita Frances.

Mis nervios estaban tan tensos que estallé en carcajadas ante tal disparate.

—¿La mediana, la favorita del señor Coutts? ¡Pero si solo es una niña!

—Veintidós, creo, aunque su delicadeza la hace parecer más joven.

—¡Esa es la edad de Lord Holland! —exclamé—. Es posible que el señor Fox la quisiera para su sobrino.

La fortuna de la señorita Coutts sería un gran activo político para nuestro querido joven. La dama podría ser una buena pareja para él también en temperamento, pues era bastante tímida. Pero, ¿por qué Charles nunca me había mencionado esos planes? Debía de saber que yo lo aprobaría de todo corazón.

El señor Adam hizo estallar mis esperanzas.

—La señora Coutts fue muy categórica al nombrar al señor Fox como el objeto del afecto de su hija. Insiste en que los sentimientos de la chica son correspondidos.

—Es completamente absurdo —¿De verdad lo era? Charles estaba igual de afectuoso últimamente... aunque quizás un poco preocupado.

—Así se lo dije a la señora Coutts —El señor Adam bebió un sorbo de té, pero parecía que habría preferido un estimulante más fuerte—. Dijo que su hija había pedido un mechón de pelo del señor Fox como muestra de afecto y que él le había prometido uno.

La tarta de fresas que me había comido se convirtió en un nido de serpientes hirvientes.

—Le aseguré que debía tratarse de un malentendido —continuó el señor Adam—, pero no me escuchó. Dijo que sería mucho mejor para la carrera política del señor Fox que llevara una vida doméstica más tranquila. Protesté diciendo que su vida es la de un hombre casado, aunque algunas personas estrechas de miras piensen lo contrario. Me temo que la hice enfadar, pero no me importa. No soportaría oír hablar del señor Fox como si no significaras nada para él.

Oí todas las palabras, que se sucedían cada vez más deprisa hasta que temí que el pobre hombre se hiciera un nudo en la lengua. Solo pude prestar atención a algunas partes. A saber, que sería mejor para Charles que estuviera casado. Por mucho que lo intentara, no podía negar que la señorita Coutts podría ser un buen partido para él en muchos aspectos.

Cuando el pobre señor Adam se escapó, volví al Templo de la Amistad, donde me hundí en el suelo.

Este giro de los acontecimientos no debería haberme sorprendido. Había iniciado mi relación con Charles sabiendo que no podía durar. Por eso había prometido no dejarle sin su

consentimiento. Había previsto un día en que ese consentimiento podría no estar garantizado.

El matrimonio era un asunto importante para hombres como Charles, pero no una cuestión de amor. Hacía tan solo unos meses, el Príncipe de Gales había abandonado a la mujer por la que una vez había jurado renunciar a la Corona. A cambio de casarse con una princesa protestante, el parlamento había aceptado pagar sus enormes deudas. Ya corrían rumores de que su novia estaba embarazada de un heredero legítimo al trono, algo que la señora Fitzherbert no había podido proporcionarle.

Tras décadas de mala vida y un par de hijas ilegítimas, Lord Cholmondeley se había casado por fin con una heredera quince años menor que él. A diferencia de la pobre, escandalosa y huidiza Dally, su novia le había traído la fortuna y la distinción que ansiaba para su familia. Su novia había dado rápidamente un heredero a Lord Cholmondeley y estaba criando a sus dos hijas naturales.

El duque de Dorset no había necesitado casarse por dinero. Pero a la edad de cuarenta y cinco años, había decidido que era el momento de asegurar la sucesión de los Sackville. Se separó de Seignior Bacilli, su amante durante casi tanto tiempo como yo había sido de Charles, para casarse con una querubínica niña de menos de la mitad de su edad. La nueva duquesa había tenido rápidamente una hija y luego un heredero.

Ahora era el turno de Charles. La señorita Coutts traería una dote que sin dudas aumentaría su poder político. Una vida doméstica más respetable le haría menos vulnerable a los ataques de la prensa. Y lo mejor de todo, una novia joven podría darle hijos legítimos, que podrían ocupar sus puestos en la sociedad y continuar su trabajo.

¿Era por eso que había estado tan preocupado, queriendo decírmelo, pero sin saber cómo? ¿Habían ido Richard y él a visitar a Bob para que pudiera consultarlo con sus dos mejores amigos? ¿Podría convencer a alguno de ellos para que me diera la noticia?

Bob intentaría tomárselo a broma. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Richard encontraría unas elocuentes palabras de consuelo. Las lágrimas empezaron a caer. Tal vez estaban echando a suertes en ese mismo momento para ver a quién de los dos le tocaba la tarea.

En el pequeño santuario que el amor había construido, me derrumbé y lloré hasta que mi corazón estuvo tan reseco y estéril como mi futuro.

Para cuando Charles regresó, estaba tranquila y resignada a lo que debía ser. Que se casara con otra mujer no alteraría mis sentimientos hacia él. De hecho, al apartarme, estaba llevando ese amor a una especie de satisfacción agrí dulce. No sin coste para mí, pero tampoco sin recompensa.

Cuando Charles bajó del carruaje, le saludé con un beso tan ardiente que le tiré el sombrero.

—¡Hola! La ausencia del viejo ha hecho que el corazón de Liz se encariñe aún más — Mirando a su alrededor para asegurarse de que ninguno de los criados estaba mirando, me apretó la mano contra la parte delantera de sus calzones—. Y no tiene por qué dudar de lo feliz que está Kins de estar de nuevo en casa con ella. ¿Cuánto falta para la hora de acostarse?

Tenía intención de hablar con él en cuanto Harriet se fuera a la cama, pero lo pospuse un poco más. Aquella noche hicimos el amor con una tierna intensidad que nuestros años juntos no habían hecho sino profundizar.

—¿Kins? —murmuré después, pasando la mano por la familiar mata de pelo de su pecho.

—¿Sí, mi querida esposa? —Pronunció las palabras con un tono de perfecta sinceridad, pero me dolieron.

—Ambos sabemos que no soy tu esposa y ha llegado el momento de que hagas un buen partido. Quiero que sepas que no pondré ningún obstáculo en tu camino. Ni te exigiré más de lo

que necesito para seguir viviendo como hasta ahora.

Desearía poder negarme a aceptar nada de él, pero no tenía intención de hacerme la mártir. Necesitaba vivir y a la herencia de la señorita Coutts nunca le faltaría el pago de aquellas anualidades que había vendido para Charles.

—¿Liz? —Su mano me recorrió la cara en la oscuridad, hasta posarse en la frente—. ¿Tienes fiebre? Estás diciendo tonterías.

—No tengo fiebre —Le aparté la mano. ¿Por qué tenía que hacer esto más difícil?—. Y no estoy loca. El señor Adam estuvo aquí mientras estabas fuera. Me dijo que le habías prometido un mechón de pelo a la señorita Coutts.

Me acarició el brazo para apaciguarme.

—Cierto, pero ¿qué significa eso? Me afeitaría la cabeza y te lo daría todo si me lo pidieras. Dios sabe que volvería a crecer rápido.

—¿No me estás escuchando? —Me senté en la cama con los brazos alrededor de las rodillas dobladas—. No tienes por qué negarlo. No voy a llorar ni a exigir nada. Siempre he sabido que llegaría este día. Ahora que ha llegado, no me voy a interponer en tu camino.

Charles también se incorporó. Podía ver su amplia sombra en la oscuridad y sentir su calor.

—¿Crees que debería casarme con... con la señorita Coutts? Pero si es una niña.

Negué con la cabeza.

—Es una mujer joven que podría darte hijos. Quiero eso para ti y todas las demás ventajas que obtendrías de un matrimonio tan espléndido.

—¿Está Liz cansada del viejo? ¿He hecho algo para ofenderla? Juro que no he tocado una carta en todo este año y no he bebido demasiado vino en casa de Bob.

Para ser uno de los hombres más inteligentes de Inglaterra, estaba siendo extremadamente tonto. Nos había imaginado discutiendo la situación tranquilamente, con agri dulce afecto. No obstante, su negativa a admitir la verdad y su lastimero desconcierto sacudieron mi frágil autocontrol.

—¡Claro que me haces feliz! —lancé las palabras como una acusación mientras salía de la cama y buscaba a tientas mi vestido—. Más feliz de lo que jamás esperé ser en este mundo. Mucho más feliz de lo que merezco, sin duda. No has hecho nada para ofenderme. Solo desearía que me hubieras dicho lo de la señorita Coutts antes de que me lo dijera otra persona.

—¡Pero Liz, ángel mío, atiende a la razón!

—No puedo escuchar. No si voy a hacer lo que debo. Prometo no hacer nuestra despedida más difícil de lo que pueda evitar. ¿No puedes tener conmigo la misma cortesía?

Me fui dando tumbos, maldiciendo mi estupidez por sacar el tema en un momento tan incómodo. Me dirigí a tientas a nuestra pequeña biblioteca, donde habíamos pasado tantas horas agradables. Ahora pasaba algunas de las más miserables de mi vida.

Cuando por fin amaneció, me arrastré hasta la cama y descubrí que Charles se había ido. Seguía sin estar cuando me desperté más tarde, después de un sueño agitado.

Al oír a Harriet jugando, me levanté y me vestí, preparándome para hacer lo que tenía que hacer durante el día por ella. Me preguntaba qué sería de la niña. Esperaba que aún se le permitiera visitarme de vez en cuando en St. Anne's Hill. Su padre no era el único por cuyo amor había arriesgado mi corazón.

—¿Ha desayunado el señor Fox? —pregunté a mi criada cuando me trajo el plato.

Negó con la cabeza.

—No le he visto esta mañana, señora. ¿No está todavía durmiendo?

—Puede que haya salido temprano.

Al visitar los establos me percaté de que faltaba uno de los caballos. ¿Dónde podría haber ido Charles a esas horas? Me inquietaba la idea de que estuviera bajo el aire húmedo de la noche, por caminos oscuros, tal vez abordado por asaltantes. Me dije a mí misma que ya no tenía que preocuparme por él, pero mi corazón ansioso se negó a prestar atención.

Horas más tarde, oí el ruido de unos cascos y el grito de Harriet:

—Papá, ¿dónde has estado?

Me apresuré a llegar a la veranda, donde me vi obligada a contenerme para no abrazar a Charles. Parecía cansado, desaliñado y sombrío.

—Ven, Liz —Me cogió de la mano—. Están enganchando el carruaje. Vamos a dar una vuelta.

—¿Puedo ir yo también? —gritó Harriet.

—Esta vez no —respondió su padre en tono amable pero firme mientras me llevaba al carruaje que me esperaba.

—¿Adónde vamos? —pregunté mientras tomábamos el camino hacia Chertsey. La esperanza irracional y la sombría desesperación libraban una dolorosa batalla por la posesión de mi corazón.

—No tengo ni idea —dijo Charles—. He dado órdenes de conducir hasta que yo lo diga.

—¿Por qué?

—Porque quiero que te quedes y me escuches sin que nadie nos interrumpa. Anoche me pillaste tan desprevenido que no sabía qué decir. Y no se podía razonar contigo. Así que cabalgué hasta Sunninghill y saqué al pobre Richard de la cama para desahogarme.

—¿Qué te dijo? —Lo mismo que me dijo hace diez años, sin duda. Richard lo había visto venir e intentó advertirme.

—Dijo que solo un estúpido dejaría ir a una mujer como tú. Que si no podía persuadirte de que cambiaras de opinión, más me valía retirarme del parlamento porque habría perdido mi don.

Si pensaba que Richard no me amaba antes, ahora sabía que sí. Me llevé los dedos a los labios para reprimir un sollozo.

—Ahora —continuó Charles—, imaginemos que estamos en el parlamento y acatemos sus normas para mantener el orden. Tendrás un turno de réplica y luego haremos la pregunta.

Asentí con la cabeza porque estaba demasiado abrumado para ahogar una palabra.

—Muy bien —Charles se aclaró la garganta—. He hecho una balanza entre un lado donde está el todo y otro donde no hay nada. Te amo más que a la vida misma, Liz, y no puedo concebir ninguna idea posible de felicidad sin ti.

No describió sus sentimientos como antaño lo había hecho el príncipe con violenta pasión, sino simple y ciertamente como la más fundamental de las verdades.

—¿Cómo podría cualquier ventaja insignificante de fortuna o conexión pesar más en la balanza que toda la comodidad y felicidad de mi vida?

Me aseguró que nunca había animado lo más mínimo a la señorita Coutts ni a su familia a pensar en él como posible pretendiente. De hecho, temía que hubiera algún malentendido entre la señora Coutts y el señor Adam.

—Pero, ¿qué significa lo dicho? —concluyó—. Como no puedo consentir separarme de ti, es hora de que observemos las legalidades y te convirtamos en mi esposa tanto de nombre como en la práctica.

¿Esposa? No podía guardar silencio ni un momento más, con reglas para mantener el orden o sin ellas.

—¡Mi querido Kins, no te he ofrecido tu libertad como amenaza para que te cases conmigo!

Si todo lo que dices es cierto, y me convences de que lo es, entonces me conformo con seguir como hasta ahora. Si puedo estar segura de que siempre me amarás y serás enteramente mío, seré la mujer más feliz del mundo.

—Entonces soy el hombre más feliz del mundo, Liz, pero me saldré con la mía en el asunto del matrimonio. Ya hemos estado juntos en lo mejor y en lo peor, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad. Por lo tanto, ¿qué más da si lo decimos delante de un clérigo y firmamos un trozo de papel?

—Una vez me dijiste que no sentías inclinación por el matrimonio y que nada podría inducirte a contraerlo —Qué extraño que recordara esas palabras tan claramente cuando se aplicaban a mí y no a la señorita Coutts.

—¿Cuándo dije semejante tontería? —preguntó Charles—. Estarás equivocada, hace años que me considero un viejo casado en todos los sentidos.

Le recordé la noche de Covent Garden en que me desafió a traducir sus palabras del francés.

—Definiste el amor como una locura pasajera. Dijiste que la amistad es la única felicidad real del mundo.

Su expresión ansiosa se transformó en una sonrisa de dulzura hechizante.

—¿No lo ves, querida Liz? Tenía razón, a mi manera, aunque era demasiado joven y tonto para verlo. El amor sin amistad es una locura pasajera, pero el amor que nace de la amistad, la clase de amor que hemos tenido la bendición de encontrar, ¿puedes negar que es la única felicidad verdadera y duradera del mundo?

No me atreví a responder a esa pregunta en ese momento.

—Prefiero verte casado con otra mujer que pensar que estás casado conmigo pero deseando ser libre. Además, debes saber el escándalo que te causará casarte con una mujer con mi pasado. Los periódicos no tendrán piedad. Las esposas de tus amigos no querrán recibirme, pero tampoco desearán ofenderte.

Sabía de algunas cortesanas que se habían casado con sus patrones. Las presiones de la censura de la sociedad habían hecho mella en esas uniones. No podía soportar que eso nos ocurriera a Charles y a mí.

—¿Eso es lo mejor que puedes hacer, Liz? —Me levantó las manos y las besó—. Entonces es como si estuvieras casada ya. Si diez años no han atenuado mi amor por ti, sino que lo han aumentado, la razón dicta que otros diez, treinta o cincuenta lo multiplicarán aún más... hasta que sea demasiado para que un cuerpo vivo pueda sostenerlo. En cuanto a lo otro, si no quieres que el matrimonio sea público, no se hará público. Nos iremos a alguna parroquia lejana con un clérigo discreto y tendremos una ceremonia tan secreta como Liz desee. Pero conocidos o desconocidos, debemos casarnos.

Me dio unos momentos para digerir lo que había dicho, mientras mantenía mis manos entre las suyas y sus ojos clavados en los míos para que pudiera ver allí su amor, su constancia y su determinación.

*Nunca te enamores*, me había dicho la señora Goadby. Durante muchos años había vivido según esa exigente regla. Pero nunca había conocido la verdadera felicidad hasta que la había roto.

—Vayamos a la cuestión —continuó Charles—. Resuélvase que Charles James Fox y Elizabeth Armistead...

—Elizabeth Bridget Cane —Algo tan importante exigía mi nombre completo.

—...y Elizabeth Bridget Cane se unirán en legítimo matrimonio tan pronto como sea posible para su mutua conveniencia. ¿Procedemos con la votación?

Negué con la cabeza.

—No es necesario —Crucé el carruaje para sentarme a su lado y sellar mejor nuestra decisión con un beso—. Se aprueba la cuestión del honorable caballero... ¡por unanimidad!

## EPÍLOGO

*St. Anne's Hill, Surrey, septiembre de 1835*

Cortesana. Meretriz. Ramera. Hetaira. ¿Puedes creer que estas palabras están conectadas con una mujer mayor viuda y respetable como yo sin reírte, hacer muecas o suspirar? Eso fue hace muchísimo tiempo y parece como un sueño. Uno que he revivido al contar mi historia.

Como me pidió Charles, nos casamos hace ahora cuarenta años. Y como yo le pedí, nos casamos en secreto, sin que lo supiera más que mi doncella de confianza, Mary. Saboreamos cada momento de otros siete años maravillosamente felices juntos, según lo que aparentábamos, como dueño y señora.

Entonces, en vísperas de un viaje a París, donde iba a ser agasajado por el emperador Napoleón, Charles me convenció de que le permitiera revelar nuestro secreto para que yo pudiera participar adecuadamente de todas las cortesías que se le ofrecían. Como esperaba, causó un escándalo. Pero Charles era tan querido y tan impermeable a la opinión pública que pronto todo el mundo fingió olvidar que la modesta y respetable señora Fox había sido alguna vez la seductora y notoria señora Armistead.

Estuve otros cuatro años con mi ángel hasta que «murió feliz». Sus últimas palabras fueron una cariñosa despedida hacia mí. Ahora hace más años que nos separamos que los que estuvimos juntos, pero sigo queriéndole. ¿Terminará cuando yo muera? Confío en que no, porque desde su muerte he sentido su amor conmigo tan fuerte como lo fue en vida.

¿Te preguntas qué fue de todos los demás: Dally, Perdita, Dorset, Derby, Bob, Richard y el príncipe? Te dejaré que lo averigües, si te interesa. Todos ellos también se han ido, junto con el mundo que una vez conocimos. Si lo he logrado revivir en estas páginas, me doy por satisfecha.

¿Se puede extraer alguna lección de mi historia? Los victorianos, entre los que ahora vivo, ansían lecciones, moralejas y finales ordenados. Nosotros, los georgianos, nos regocijábamos en las contradicciones y los excesos imprudentes. Sacad las conclusiones que queráis. O ninguna. Si tan solo te he emocionado y entretenido con mis confesiones, ¿qué más puedes pedir... de una cortesana?

## ¿REALIDAD O FICCIÓN?

Por si el lector se pregunta qué partes de esta historia son inventadas y cuáles se basan más en hechos documentados, hay muy poca información fiable sobre la cortesana conocida como Elizabeth Armistead antes de que apareciera como amante del vizconde Bolingbroke en 1774. Su verdadero nombre era Elizabeth Bridget Cane y nació el 11 de julio de 1750. Para mí, su segundo nombre sugería ascendencia irlandesa, mientras que el rumor de que había sido ayudante de vestuario de la célebre actriz Miss Abingdon me hizo sospechar una conexión con el teatro. A partir de estas escasas pruebas, inventé que sus padres eran un actor y una ayudante de vestuario irlandesa. La idea de Elizabeth mendigando con su padre ciego fue inventada, pero no es tan descabellada. Tomé prestado el incidente de la vida de Emily Warren, otra cortesana de la época.

Aunque Elizabeth Cane era conocida profesionalmente como la señora Armistead, en su posterior certificado de matrimonio figuraba como soltera y no se sabía nada de un tal señor Armistead. Es posible que fuera su primer amante, pero mi investigación sobre la cultura de las casas de maricas en el Londres del siglo XVIII me sugirió una posibilidad aún más intrigante. Hay informes contradictorios sobre el burdel del West End en el que Elizabeth Armistead comenzó su carrera. Elegí el de la señora Goadby, en Great Marlborough Street, porque había bastante información disponible sobre este establecimiento. Las otras chicas que trabajaron allí son todas producto de mi imaginación, pero sus historias están sacadas de relatos reales y reflejan la forma en que muchas jóvenes de la época se prostituían.

Por inverosímil que parezca, la historia de cómo Elizabeth Armistead conoció a Charles James Fox y sus amigos es cierta, tal y como relató muchos años después Lord Egremont, ¡quien afirmó haber estado presente! El posterior despido de Elizabeth por parte de la señora Goadby y su enfrentamiento con los jóvenes caballeros en su club es invención mía, aunque hacer tal apuesta habría sido perfectamente propio de ellos. Ciertamente, todos se hicieron buenos amigos y Elizabeth hizo su breve incursión en los escenarios londinenses poco después.

A medida que ascendía en notoriedad, Elizabeth Armistead tuvo muchos amantes ricos y con títulos. Solo he mencionado los que fueron más significativos para el curso de su carrera y su vida. He investigado a fondo para confirmar los periodos de tiempo en los que mantuvo relaciones con estos hombres, así como sus circunstancias familiares y su carácter personal. La mayor parte de esta sección está muy bien documentada, al igual que la amistad cada vez más profunda de Elizabeth con Charles Fox y Richard Fitzpatrick.

No se sabe si Elizabeth asistió al teatro la noche en que Martha Ray fue tiroteada, pero es muy posible que lo hiciera. Su reacción ante la tragedia y la de sus amigos es una invención mía, pero todo coincide perfectamente con su separación de Lord Derby. Aunque la ausencia de

Richard Fitzpatrick en la lista de amantes de Elizabeth fue significativa, su relación fue tan estrecha que me resulta difícil creer que nunca fueran íntimos. Su posterior distanciamiento y posterior reconciliación sugieren que había algo más entre ellos. La relación con Fitzpatrick me pareció un interesante contraste con la de Fox.

La transformación de Charles Fox y Elizabeth Armistead de amigos a amantes y luego a esposos también está bien documentada, e incluye muchas conmovedoras cartas de amor. A veces he incorporado líneas de esas cartas a sus diálogos. Más que cualquier detalle factual específico, espero haber sido capaz de captar el sabor robusto y subido de tono de la época georgiana y la emoción de su mayor historia de amor.

## ¿QUÉ LE OCURRIÓ A...?

**Richard Fitzpatrick** fue Secretario Principal de Irlanda, Consejero Privado y dos veces Secretario de Guerra. El duque de Queensbury le dejó un importante legado en reconocimiento a sus buenos modales. Aunque vivió mucho más que sus padres y su hermana, el estilo de vida disoluto de sus años de juventud le alcanzó en la madurez. Lord Byron escribió sobre él: «No hacía mucho que había visto al pobre Fitzpatrick, un hombre de placer, ingenio, elocuencia... de todo. Se tambaleaba, pero aún hablaba como un caballero, aunque débilmente». En su lápida pidió ser recordado como «durante cuarenta años, el íntimo amigo del señor Fox». Elizabeth plantó una hiedra en su tumba.

**Lord Robert Spencer** fue fiel a su palabra. Después de ganar bastante dinero en el banco de faro de Brooks para pagar a sus acreedores y comprar la finca de Woolbeding, en Sussex, nunca volvió a jugar. Los muchos años que pasó acostándose con las mujeres más célebres del reino llegaron a su fin cuando se enamoró de la señora Harriet Bouverie. Tras la muerte de su marido, se casaron y vivieron felices con su hija menor, Diana, de quien se creía que era hija de Lord Robert. Elizabeth y Harriet se hicieron muy amigas más tarde. Al igual que Fitzpatrick, en el epitafio de Lord Robert consta que "«vivió como amigo de Fox».

**John Frederick, duque de Dorset** fue nombrado embajador en Francia durante los años previos a la Revolución Francesa, donde se convirtió en uno de los favoritos de la reina María Antonieta. Siguió promoviendo el deporte del críquet y fue uno de los primeros miembros del Marylebone Cricket Club. Durante muchos años fue amante de la bella bailarina de ópera italiana Giovanna Baccelli. A los cuarenta y cinco años, la abandonó para casarse con Arabella Cope, de veintiún años. Su esposa le dio un hijo y dos hijas antes de morir en 1799.

**Edward Smith-Stanley, conde de Derby** mantuvo una casta relación con la actriz Elizabeth Farren hasta que la muerte de su primera esposa les permitió casarse. La pareja tuvo una hija en común. Lord Derby murió a los ochenta y dos años, pero quedó inmortalizado en la famosa carrera de caballos que lleva su nombre, el Derby de Epsom.

**George, conde de Cholmondeley** se casó con lady Georgiana Bertie, cuyo hermano, el duque de Ancaster, había sido uno de los primeros mecenas de Elizabeth. La condesa dio a su marido una hija y dos hijos y educó a sus dos hijas ilegítimas como parte de la familia. En 1815 su título fue elevado a marqués e ingresó en la Orden de la Jarretera. Murió a la edad de setenta y siete años.

**Frederick St. John «Bully» vizconde de Bolingbroke** cayó en la locura pocos años después de su aventura con Elizabeth y murió a los cincuenta y cuatro años. Elizabeth permaneció muy unida a sus hijos George y Frederick, a sus hijos y nietos. Estaba especialmente unida a Robert, hijo de George, fruto de una relación incestuosa entre George y su hermanastra Anne Beauclerk.

**El príncipe de Gales** convenció a la señora Fitzherbert para que se casara con él en una ceremonia que no era legalmente vinculante. Más tarde la abandonó para casarse con Carolina de Brunswick a cambio de que el parlamento condonara algunas de sus deudas. Después de que su padre estuviese incapacitado mentalmente para gobernar, fue nombrado príncipe regente y más tarde gobernó como rey Jorge IV. El príncipe era famoso por su extravagante estilo de vida y sus numerosas amantes. En sus últimos años, concedió a Elizabeth una pensión vitalicia que continuaron su hermano y su sobrina, la reina Victoria.

**Mary «Perdita» Robinson** quedó paralítica a los veintiséis años tras un aborto espontáneo. Como ya no podía actuar, se dedicó a la escritura, escribiendo poesía, seis novelas, dos obras de teatro y una autobiografía. Banastre Tarleton y ella permanecieron juntos durante quince años, hasta que él la abandonó para casarse con una sobrina de la esposa de Lord Cholmondeley. Perdita murió en la pobreza a la edad de cuarenta y dos años.

**Grace Dalrymple Eliot** dejó a su hija Georgiana al cuidado de Lord Cholmondeley. Regresó a Francia como amante del duque de Orleans. Permaneció allí durante la Revolución Francesa y fue encarcelada por tener en su poder una carta de Charles Fox. Aunque muchos de sus amigos fueron ejecutados, ella sobrevivió y finalmente fue liberada. Dally escribió sobre sus experiencias en *Diario de mi vida durante la Revolución Francesa*.

VERSOS INSCRITOS EN EL TEMPLO DE  
LA AMISTAD DE ST. ANNE'S HILL

POR EL HONORABLE R. FITZPATRICK.

The Star, whose radiant beams adorn  
With vivid light the rising morn,  
The season chang'd — with milder ray  
Cheers the calm hour of parting day.  
So Friendship, of the generous breast  
The earliest and the latest guest,  
In youthful prime with ardour glows,  
And sweetens Life's serener close.  
Benignant pow'r! in this retreat  
O deign to fix thy tranquil seat;  
Where rais'd above the dusky vale  
Thy favourites brighter suns shall hail;  
And, from Life's busy scenes remote,  
To thee their cheerful hours devote;  
Nor waste a transient thought, to know  
What cares disturb the Crowd below!

La Estrella, cuyos rayos radiantes adornan  
Con vívida luz la naciente mañana,  
La estación cambiada - con un rayo más suave  
Saluda la hora tranquila del día de despedida.  
Así que la amistad, de pecho generoso  
La más temprana y la más reciente invitada,  
En la flor de la juventud brilla con ardor,  
y endulza el sereno final de la vida.  
¡Benigno poder! En este retiro  
Dígnate a fijar tu asiento tranquilo;  
Donde elevados sobre el oscuro valle  
Tus favoritos soles más brillantes saludarán;  
Y, lejos de las agitadas escenas de la vida,  
te dediquen sus alegres horas;  
Ni desperdiciar un pensamiento pasajero, para saber  
Qué preocupaciones perturban a la multitud de abajo.

# FUNERAL DE LA HONORABLE SEÑORA FOX

Informe de *The Windsor and Eton Express*, 16 de julio de 1842

Ayer tuvo lugar en la iglesia de Chertsey el funeral de esta venerable y muy respetada señora, viuda del distinguido estadista Charles James Fox. La ceremonia estaba destinada a ser privada, pero personas de todas las clases estaban ansiosas por mostrar su respeto a quien ha sido tan larga y justamente amada, y quien por su urbanidad, amabilidad y excesiva benevolencia, se ha ganado el cariño de los habitantes de los alrededores de su propia residencia, St. Anne's Hill. A petición suya, se permitió a unos cuarenta respetables comerciantes de Chertsey, vestidos de luto con sombreros y guantes, unirse a la procesión de media milla de Chertsey y acompañarla hasta la iglesia.

Tan intenso era el sentimiento general de pesar por la pérdida de esta estimable señora, que muchos de los habitantes de Chertsey mantuvieron sus tiendas parcialmente cerradas desde el momento de su muerte, y ayer la mayoría de ellas estaban completamente cerradas. Alrededor de la una, el cortejo fúnebre abandonó la residencia de la difunta en St. Anne's Hill en el siguiente orden: El coche fúnebre contenía el cuerpo tirado por cuatro caballos y atendido por pajes. El féretro era negro y estaba decorado con muebles y encajes de estilo isabelino. En la placa del ataúd figuraba la siguiente inscripción: «A la memoria de la Honorable Elizabeth Bridget Fox, obituada el 8 de julio de 1842, a la edad de noventa y dos años». Luego siguieron dos carruajes de luto, el primero con el Coronel Fox (el albacea), Lord Lilford, Sir R. Adair y el Reverendo Charles Cotton, vicario de Chertsey; el segundo con Henry St. John, Esq., D. Grazebrook, Esq., C.J. Ives, Esq.; a estos siguieron los carruajes privados de la difunta y del Coronel Fox, y la procesión se cerraba con los comerciantes de la ciudad como se ha indicado anteriormente. Un gran número de espectadores se reunieron a lo largo de la procesión.

Hacia las dos, el cortejo llegó a la iglesia, que estaba completamente llena de habitantes de la ciudad y de los alrededores, que parecían profundamente sensibles a la pérdida que habían sufrido. El reverendo vicario ofició el funeral de manera impresionante y el cuerpo fue entregado a su última morada en una bóveda situada en el extremo noreste del patio de la iglesia.

El funeral fue dirigido por el señor Waterer, de Chertsey. Lord Holland no pudo asistir al funeral de su ilustre pariente por encontrarse ausente de este país, creemos que en Italia. Durante la procesión, un niño pequeño fue atropellado, y se manifestó mucha ansiedad por él. Se le llevó a la consulta del señor Smith, donde, al ser examinado, se comprobó que, afortunadamente, solo había sufrido heridas leves. Tenía la cabeza algo lacerada, pero no de gravedad.

## FUENTES DE INVESTIGACIÓN

- Barker, Hannah. *Gender in eighteenth-century England*, Longman, 1997
- Bass, Robert Duncan. *The green dragoon: the lives of Banastre Tarleton and Mary Robinson*, Sandlapper Publishing, 2003
- Bleackley, Horace. *Ladies Fair and Frail*, John Lane, 1925
- Brewer, John. *A Sentimental Murder*. Farrar, Straus and Giroux, 2004
- Byrne, Paula. *Perdita*. Random House, 2004
- Cleland, John. *Fanny Hill: Or the Memoir of a Woman of Pleasure*, 1749
- Davis, I.M. *The Harlot and the Statesman*. The Kendall Press, 1986
- Derry, John W. *Charles James Fox*. Batsford, 1972
- Drinkwater, John. *Charles James Fox*. Ernest Benn Ltd. 1928
- Foreman, Amanda. *Georgiana, Duchess of Devonshire*, HarperCollins UK, 1997
- Foster, Vere. *The Two Duchesses*. Blackie and Sons. 1898
- Genest, John. *Some Accounts of the English Stage 1660-1830*, 1832
- George, M. Dorothy. *London Life in the Eighteenth Century*, Academy Chicago Publishers, 2000
- Griffin, Susan. *The book of the courtesans: a catalogue of their virtues*. Broadway, 2001
- Hickman, Katie. *Courtesans*. Harper Collins, 2003
- Hicks, Carola. *Improper Pursuits*. Macmillan, 2001
- Jesse, John Heneage. *George Selwyn and His Contemporaries*. London, 1901
- Levy, M. J. *Love and madness the murder of Martha Ray*. HarperCollins, 2004
- Linnane, Fergus. *Madams, Bawds and Brothel Keepers of London*, Sutton Publishing, 2005
- Manning, Jo. *My Lady Scandalous*. Simon and Schuster, 2005
- Marshall, Dorothy. *Dr. Johnson's London*. John Wiley and Sons, 1968
- Rictor Norton (Ed.), *Homosexuality in Eighteenth-Century England: A Sourcebook*.  
<http://rictornorton.co.uk/eighteen/>
- O'Toole, Fintan. *A traitor's kiss: the life of Richard Brinsley Sheridan*, Farrar, Straus and Giroux, 1998
- Priestley, J. B. *The Prince of Pleasure and His Regency*. Penguin Books, 1969
- Robinson, Mary. *Memoirs of the Late Mrs. Mary Robinson*. London, 1830
- Rubenholt, Hallie. *The Covent Garden Ladies*. Tempus Publishing, 2005
- Russell, Lord John. *Memorials and Correspondence of Charles James Fox*. 1853
- Sackville-West, Vita. *Knole and the Sackvilles*. Heinemann, 1934
- Thorold, Peter. *The London Rich*. St. Martin's Press, 1999
- Tillyard, Stella. *Aristocrats*. Chatto and Windus, London, 1994
- Toynbee, Mrs. Paget. *The Letters of Horace Walpole, fourth Earl of Oxford*. Clarendon Press. 1903-1925
- Trevelyn, Sir George Otto. *The Early History of Charles James Fox*. 1811
- Trotter, John Bernard. *Memoirs of the Latter Years of the Right Honourable Charles James Fox*. London, 1811
- White, T.H. *The Age of Scandal*, Putnam, 1950

Copyright © 2011 por Deborah Hale.

Traducción de Isabel M<sup>a</sup> Garrido Bayano

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción o retransmisión total o parcial de este libro sin la autorización escrita de la autora.

*Confesiones de una cortesana* es una obra de ficción. Todos los eventos, los diálogos y los personajes, con excepción de algunas figuras históricas conocidas y públicas, son producto de la imaginación de la autora y no pueden interpretarse como reales. Allí donde las figuras públicas e históricas aparezcan, las situaciones, los eventos y los diálogos de dichas personas son puramente ficticios y no tienen la intención de interpretarse como eventos reales o cambiar toda la naturaleza ficticia de la obra. En cualquier otro aspecto, cualquier parecido a personas vivas o fallecidas es pura coincidencia.